

Selecta

ANA ÁLVAREZ

*Algún día
te besaré*



Algún día te besaré

Ana Álvarez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Manuel Arroyo es un personaje que en un principio no estaba previsto que tuviera su novela, por eso quiero dedicarla a todos los que me lo han pedido y animado a escribirla. Contrarreloj y apurando el tiempo. Para todo el equipo que ha trabajado duro para llevarlo a cabo. Lola, Laura, Almudena... ¡Va por vosotras!

Prólogo

Boda de Javier y Alice

Sevilla

Durante toda la ceremonia de la boda de Alice y Javier, Stefany había sentido sobre ella la mirada oscura y penetrante de uno de los invitados, causándole un ligero desasosiego. Alto, moreno y de ojos negros e insondables, pelo muy corto y porte marcial, tenía aspecto peligroso y atrevido. Cuando le preguntó por él a su hermana, esta le explicó que era primo de Javier, y nada más, pero su curiosidad no se quedó satisfecha con tan escasa información.

Después, en el almuerzo que se celebró a continuación, se encontraron sentados en mesas diferentes, puesto que ella estaba ubicada junto a los novios, como único familiar de Alice. Pero eso no evitó que el hombre continuara observándola con insistencia. También ella le miraba de vez en cuando, para encontrarse con unos ojos atrevidos que parecían desnudarla y una sonrisa provocadora. Él se había quitado la chaqueta del traje gris claro que vestía y se había quedado con el pantalón y la camisa negra que se ajustaba a un cuerpo que sin ropa debía quitar el hipo. Hombros anchos, abdomen plano y un trasero en el que debía ser un lujo apoyar las manos.

Stefany parpadeó tratando de evitar esos pensamientos acerca de un desconocido que tenía todo el aspecto de traer problemas a cualquier mujer que se le acercara. Y si había algo que ella no deseaba eran problemas, y mucho menos con un familiar de Javier.

Trató de ignorarlo y se concentró en comer y en conversar con Alice y Susana, sentadas cada una a un lado. Sin embargo, estaba segura de que no terminaría la tarde sin que el hombre se acercara.

Eso sucedió en cuanto la comida hubo finalizado. Tras los postres, y antes de que el grupo de la familia más íntima se trasladase a la casa de Fran y Susana a pasar la tarde en la piscina, disfrutarían de un rato para tomar unas copas. En cuanto se sirvió una y se disponía a acercarse a su hermana para charlar un poco, vio al desconocido dirigirse resuelto hacia ella, con paso elástico y felino.

—¡Hola! Soy Manuel, primo de Javier.

—Lo siento, no hablo español. —respondió con la única frase que su hermana le había enseñado en este idioma.

Él esbozó una sonrisa y dijo en un perfecto inglés sin pizca de acento:

—Ningún problema. ¿Amiga de la novia?

—Soy su hermana.

—Yo, como ya te he dicho, primo del novio. Todo queda en familia.

—¿En qué familia?

Él rio alzando una ceja.

—Es una frase hecha que decimos por aquí. ¿Y cómo se llama la hermana de la novia?

—Stefany.

—Un nombre tan bonito como su dueña.

—Gracias, pero no me gusta demasiado.

—¿El nombre o la dueña?

No le agradaba que aquel hombre se hubiera dirigido a ella sin ser siquiera presentados, y mucho menos que la tratara con tanta familiaridad. Pero sobre todo que la mirase como lo estaba haciendo, como llevaba haciéndolo desde hacía horas, con una intensidad en sus ojos oscuros que le producía una sensación incómoda que no le permitía relajarse y disfrutar. Como un animal a punto de ser llevado al matadero. No quería ser desagradable con un pariente de Javier, pero si Manuel quería ligar con ella lo tenía difícil. Era atractivo, mucho, con una especie de encanto animal oscuro y misterioso, pero ella prefería a hombres como Javier, tiernos y encantadores. No obstante, una vocecilla interior

le dijo que una experiencia sexual con alguien así debía ser algo digno de recordar. Pero era familia de su hermana y prefería mantenerlo a distancia.

—El nombre, por supuesto. La dueña me encanta.

—Eres modesta ¿eh?

—Tanto como tú.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Qué te hace pensar que no lo soy?

—Pues que te has acercado a mí muy seguro de ti mismo, con la evidente intención de ligar conmigo.

La contempló con más detenimiento aún, y el cosquilleo que Stefany sentía aumentó.

—¿Y lo voy a conseguir?

—No.

—¿Así de rotunda?

—Así de rotunda.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Puedo preguntarte yo por qué de entre todas las mujeres guapísimas que hay en esta sala quieres ligar conmigo?

—¿Respondo la verdad, o algo que te halague?

—La verdad.

La sonrisa se hizo más intensa.

—Porque eres la única que no conozco.

Stefany paseó la mirada por la estancia. Había mujeres de todas las edades, ataviadas con ropa elegante y apropiada para la ocasión.

—¿Te estás jactando de haberte acostado con todas ellas?

—¡No, mujer! Cuando hablo de conocer, no me refiero en el sentido íntimo. ¡No pensarás que me he enrollado con mi prima ni con mi tía! Alguna sí ha pasado por mi cama, pero no me refería a eso. Cuando te he visto me has parecido diferente y eso ha despertado mi curiosidad.

—¿Curiosidad? Por la forma en que llevas mirándome todo el día, intuyo que despierto algo más que eso.

—¿Y te molesta o te halaga?

Stefany fingió una indiferencia que estaba lejos de sentir. Ninguna de las dos cosas que él había insinuado era la acertada, pero desde luego no la dejaba indiferente. También ella había recorrido con la mirada a los invitados y él era el único hombre que había llamado su atención de entre los presentes. Los hermanos de Javier eran muy atractivos, cada uno a su manera, pero Manuel desprendía un magnetismo, un aura de peligro que lo hacía distinto a ellos. Era el tipo de hombre del que ella siempre había preferido mantenerse alejada

—Ninguna de las dos cosas —respondió.

—¡No seas mentirosa! —rio leyéndole el pensamiento—. Ninguna mujer permanece indiferente ante un hombre que no deja de mirarla, y que demuestra interés.

—Entonces debo ser un tipo raro de mujer.

Él enarcó una ceja.

—¿Lesbiana?

Stefany puso los ojos en blanco, exasperada.

—¿Por qué todos los hombres piensan que una mujer debe ser lesbiana cuando no cae rendida a sus pies?

—Yo no pienso eso, pero mi experiencia me dice que el interés de un hombre despierta o halago o rechazo, pero nunca indiferencia.

—Y tienes mucha experiencia, claro.

—Alguna.

—Pues conmigo te equivocas. Me da igual que me mires de lejos o de cerca, indiferencia es lo único que me causas.

—En ese caso, aceptarás bailar conmigo.

Stefany miró a su alrededor.

—No hay baile.

—Pero seguramente lo habrá, más tarde.

—Creo que no. La fiesta terminará en casa de los padres de Javier, de forma íntima y en la piscina. ¿No dices que eres primo del novio? Deberías saberlo.

—Caray con mis primos, celebran las bodas más raras de la historia. Yo que esperaba bailar contigo...

—Pues me temo que no.

—Pero que no lo sepa, tiene su explicación. He estado ausente y he llegado apenas ayer para la ceremonia.

—¿Vives fuera de Sevilla? ¿Eres otro emigrante a causa del desempleo?

—No, soy militar, vivo en Valencia y paso mucho tiempo fuera de España, destinado en misiones.

—¡Misiones! —exclamó con fingido y exagerado asombro—. ¿Tratas de impresionarme?

—En absoluto; pero tú sí te estás burlando de mí.

—Es que ha sonado muy rimbombante ¿Qué tipo de misiones realizas? ¿Sacas a pasear el perro del capitán? ¿O le llevas la ropa a la lavandería?

—De todo tipo, a veces humanitarias en lugares de conflicto y de otras no me está permitido hablar. Por mucho que te burles y pienses que te miento para fanfarronear.

—¿Mar, tierra o aire?

—Tierra. Pertenezco a los GOE, llamados también boinas verdes. Si quieres saber más, puedes buscar en Google, encontrarás más información de la que yo puedo darte.

—¡No dudes que lo haré! Ahora eres tú quien ha despertado mi curiosidad.

—¿Por mi trabajo y no por mi persona? Le estás dando un terrible golpe a mi ego.

—Es lo que hay. Y no creo que tu ego sufra demasiado, seguro que te lo han inflado con anterioridad y lo que yo pueda decir no le afecta.

Él rio con ganas. Stefany tenía razón, las mujeres le buscaban y caían rendidas a sus pies sin que él moviera un dedo. No recordaba ninguna que le hubiera interesado y no hubiera conseguido sin el menor esfuerzo. Era refrescante una que, al menos en apariencia, no lo hacía.

—De modo que nos vamos a quedar sin bailar.

—Así es.

—También podría hacer de cicerone y enseñarte la ciudad.

—Ya lo hacen Javier y Alice.

—Yo podría mostrarte un aspecto de la ciudad muy diferente.

—Estoy segura de ello, pero no me interesa. Gracias.

El hombre introdujo la mano en un bolsillo y, sacando la cartera, le entregó una tarjeta con un nombre y un número de teléfono.

—Si cambias de idea, llámame. Estaré por Sevilla unos días aún.

Stefany le echó un vistazo: Manuel Arroyo Romero, y un número de móvil. Ninguna referencia a profesión o actividad.

—Aquí no dice nada de que seas GEO.

—GEO; no es lo mismo. Y no, esta es mi tarjeta personal.

—La de los ligues.

—Algo así. Guárdala.

Ella la conservó en la mano, y miró a su alrededor deseando librarse del acoso de aquel hombre. Vio a su hermana dirigirse hacia el baño y temió un nuevo ataque de náuseas como el que había sufrido aquella mañana. Ambas estaban casi seguras de que se hallaba embarazada de nuevo.

—Disculpa, voy a buscar a Alice; temo que no se encuentre bien.

Mientras se alejaba apretando en su mano la tarjeta que le había dado, Manuel la siguió con la vista.

Stefany entró en el servicio de señoras y la dejó caer en la papelera tras arrugarla levemente. Después buscó a Alice.

Capítulo 1

México

Un año después

Stefany colgó el teléfono tras hablar con su hermana. Solían llamarse con frecuencia, al menos una vez a la semana, para saber la una de la otra, a pesar de la distancia. Pero la conversación de aquella tarde se debió a motivos de trabajo más que a una charla amistosa.

Alice se ocupaba de la línea de diseño de interior en la empresa, dedicada al diseño en general, que habían fundado entre las dos. Desde Sevilla y ayudada por un complejo programa de ordenador en tres dimensiones preparaba los proyectos de decoración y los enviaba a Scott, amigo de Stefany y empleado de ambas, para que se ocupara de realizarlos en Estados Unidos.

En aquella ocasión estaba llevando a cabo la remodelación de una casa en las afueras de Richmond, cuyo dueño deseaba decorar al más puro estilo mejicano, para rememorar su infancia en aquel país, y no quería en ella sucedáneos de ningún tipo. Puesto que no tenía problemas en pagar y les había dado carta blanca en el presupuesto, se hacía necesario un viaje a Ciudad de México para aprovisionarse del material adecuado para decorarla.

Stefany aprovechó la ocasión para tomarse unas merecidas vacaciones en México y de paso compraría personalmente todo lo que requería para el proyecto de Alice.

Esta le había dado unas directrices muy concretas, que Stefany anotó con

cuidado en su móvil. Después, y tras preguntar por sus sobrinos, Javi y la pequeña Marga de cuatro meses, se despidieron.

Continuó preparando el equipaje, deseosa de disfrutar de unos días de asueto en un lugar cálido, sin horarios ni estrés. Porque, aunque la empresa funcionaba muy bien y daba beneficios casi desde el primer momento, era una fuente constante de quebraderos de cabeza.

Después de dejar todo en manos de Scott y de Alice, se desplazó hasta Cuernavaca Morelos, situado a unos ochenta y cinco kilómetros de Ciudad de México, dispuesta a disfrutar de unos días de relax. Allí, además de hacer un poco de turismo, no demasiado, se tumbó al sol disfrutando del clima templado que caracterizaba al lugar, y se dejó mimar por camareros y demás personal del hotel de cinco estrellas donde se alojaba. El Vista Hermosa ofrecía una inmejorable relación calidad precio, y ella necesitaba mucho unas vacaciones, por lo que aprovechó la necesidad de visitar el país vecino para tomárselas.

Desde la piscina, con una copa en la mano y tumbada al sol, ignoró las miradas de admiración de un huésped que, sin lugar a dudas, deseaba compañía para las vacaciones; pero no había ido a buscar una aventura, sino a relajarse y descansar. No tenía pareja, ni siquiera un amigo especial, nadie a quien guardar fidelidad, pero tampoco era una mujer que se acostase con desconocidos ni tuviera aventuras esporádicas. El único intento de mantener una relación había sido con Scott, su amigo desde la infancia, pero pronto quedó claro que la amistad no iba a pasar la línea que llevaba al amor. De mutuo acuerdo decidieron dejarlo para no estropear una relación maravillosa de camaradería y cariño. Con el tiempo se convirtieron también en compañeros de trabajo, la empresa de bricolaje y reformas de Scott se ocupaba de montar e instalar los diseños que Alice enviaba desde España con eficacia y calidad. Él se había quedado al frente de la empresa Sanders&Barrow para que ella se pudiese tomar una semana de vacaciones.

Tras cinco días de completo relax, con las pilas cargadas y deseando reincorporarse al trabajo, se desplazó hasta Ciudad de México para realizar las compras que Alice necesitaba para su proyecto y el verdadero motivo que la había hecho viajar al país.

Una vez allí, donde tenía pensado permanecer tres días, se dispuso a recorrer

tiendas. Llevaba en el teléfono móvil fotos de las muestras que su hermana le había enviado, para buscar las telas más parecidas, y una larga lista de accesorios como lámparas, jarrones y todo tipo de adornos que debía encargarse que les enviaran a través de un transportista. Serían tres días muy intensos, pero afrontó el reto con entusiasmo.

Tras un suculento desayuno, ya retornaría a la comida sana a su vuelta, se desplazó hasta las Galerías Coapa, un centro comercial situado al sur de la ciudad, en el distrito de Liverpool, donde esperaba encontrar lo que necesitaba. También pensaba darse una vuelta por el bazar Pericoapa, situado cerca para adquirir lo que no pudiese encontrar en otras tiendas.

Se divirtió mucho, ir de compras le encantaba fuera cual fuera el motivo o el género a adquirir. Cargada de bolsas, se disponía a buscar un lugar donde comer puesto que ya pasaba casi un cuarto de hora de la una y su estómago comenzaba a protestar.

De repente, el suelo comenzó a moverse con fuerza, y la gente que se encontraba dentro de las galerías, a correr de un lado a otro y gritar. Stefany apretó con ímpetu las bolsas tratando de que si se formaba una avalancha no se las arrebatasen, pero lo que pensaba fuera un ligero temblor de unos pocos segundos se convirtió en una pesadilla. Las cosas empezaron a caer con estrépito a su alrededor, las estanterías a volcarse y esparcir su mercancía por doquier, en las paredes se formaron grietas y comenzaron a desprenderse cascotes del revestimiento.

Al grito de «hay que salir de aquí, esto se puede derrumbar», se puso en movimiento para buscar una salida. Estaba tan nerviosa que no conseguía ubicarse ni recordar dónde estaba la más cercana. Se unió a un grupo de personas que sí parecía tener claro a dónde se dirigían y les siguió. Gritos, caos y horror la rodeaban, mientras la tierra seguía temblando durante un tiempo que se le antojó interminable. Se movía como una zombi, limitándose a seguir a unos desconocidos que, intuía, buscaban lo mismo que ella: salir de la trampa mortal que eran las Galerías en aquel momento. El corazón le golpeaba con violencia, estaba al borde del infarto cuando, sujetando con fuerza sus compras, salió a la luz del día.

En la plaza, en lugar de sentirse a salvo, se encontró con más horror. No sabía qué hacer, ni dónde refugiarse, por doquier caían trozos de edificios, la gente corría y se arrollaba en un desesperado intento de ir a algún sitio. Pero no había ningún lugar donde pudieran considerarse a salvo porque el caos reinaba por todos lados.

Un grupo de agentes de seguridad trataba de organizar a quienes huían despavoridos. Stefany, aturdida, se limitó a permanecer quieta, parada en medio de la plaza junto al edificio que acababa de abandonar; se sentía perdida y desorientada, jamás había vivido una situación semejante. Ya había salido, pero se encontraba incapaz de decidir que debía hacer a continuación.

—¡¡¡Muévase!!! —escuchó a su lado, un aviso cargado de urgencia que su mente embotada no conseguía asimilar.

Un fuerte empujón la hizo reaccionar, pero demasiado tarde. El revestimiento de una de las paredes de la zona sur de las Galerías se vino abajo y, de repente, todo su cuerpo acusó el impacto de los cascotes golpeándola y tirándola al suelo con violencia. El instinto le hizo soltar las bolsas y levantar los brazos para protegerse la cabeza, pero antes de conseguirlo, todo se volvió negro. Su cuerpo quedó tendido e inconsciente, medio sepultado entre los escombros.

Capítulo 2

Terremoto

Manuel supo del seísmo por la televisión. Mientras desayunaba con calma en su día libre, escuchó en las noticias que un fuerte terremoto había asolado Ciudad de México y que se contaban por cientos los heridos y muertos, y que muchas personas se encontraban aún atrapadas bajo los escombros. Un sudor frío le recorrió la espalda y le hizo saltar precipitadamente de su asiento. Buscó entre los contactos anotados en una agenda tradicional que guardaba en un cajón, uno que hacía mucho tiempo no marcaba. Lo tecleó con impaciencia en el móvil y aguardó con los nervios a flor de piel. Un pitido intermitente y una voz mecánica informando que el número marcado estaba apagado o fuera de cobertura fue la única respuesta que recibió. Insistió una y otra vez en los siguientes quince minutos, con idéntico resultado.

Echó mano de la frialdad con que había sido entrenado para las situaciones de emergencia y comenzó a buscar más información en internet. Apretó los labios mientras leía que el distrito de Liverpool había sido uno de los más castigados, que edificios enteros se habían derrumbado y muchas personas estaban sin hogar y refugiadas en centros de acogida temporal. Que aún se reproducían algunas réplicas que terminaban de derrumbar edificios en mal estado y que el caos asolaba Ciudad de México.

Volvió a marcar el número media hora después, sin poder contactar con la persona que deseaba, y se dijo que ya no esperaba más. Telefoneó a la policía mexicana, a centros oficiales, y a la embajada de España, pero nadie se hizo eco

de su llamada. El país debía ser un auténtico desbarajuste con las líneas telefónicas colapsadas, si no interrumpidas. No obstante, era un hombre de recursos, no en vano formaba parte de los GOE, un grupo de élite del ejército español, altamente cualificado y entrenado para afrontar todo tipo de situaciones. Sin esperar un segundo más, llamó a su superior inmediato.

—Hola, Manuel. ¿No puedes pasar ni siquiera un día sin nosotros?

—He visto las noticias sobre el terremoto de México.

—Sí, son escalofriantes.

—Necesito ir allí, consígueme un permiso.

—Imposible, el aeropuerto está cerrado y a ti no te corresponden vacaciones hasta dentro de unos meses.

—¡No me vengas con chorradas! —protestó enérgico—. Se puede entrar en el país de otras formas y ambos lo sabemos. Tú consígueme el permiso y del resto me ocuparé yo.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes alguna amiguita en México?

—Lo que tengo en México es asunto mío, y totalmente personal. Solo te digo que necesito ir allí y te ruego que me consigas unos días libres. Es importante y urgente. Nunca te pido nada, siempre estoy disponible, y espero que en esta ocasión tú estés a la altura.

—Me estás recordando las veces que te has ofrecido voluntario en misiones arriesgadas para salvarme el culo, ¿verdad?

—Tómalo así, si quieres. Pero gestiona el permiso, porque me voy a ir con o sin él.

—Eso es deserción.

—Solo si tú así lo declaras.

—De acuerdo, dame unas horas y veré qué puedo hacer. No soy yo quien debe otorgarlo, si de mí dependiera ya lo tenías.

—Estoy seguro de que puedes obtenerlo, Salcedo. Si tienes que tirar de favores, hazlo, es vital para mí ir a México.

—Te llamo en cuanto lo tenga.

Apenas cortó la llamada, recibió otra de su hermano. Isaac había pertenecido a los GOE como él, pero hacía unos años conoció a una chica, Clara, y se había

ablandado hasta el punto de cambiar el riesgo de las misiones en lugares de conflicto por la tranquilidad de un destino en España y la convivencia en pareja. Dudaba que él pudiera hacer lo mismo, por mucho que Merche, su madre, se lo insinuara cada vez que iba a casa.

—Hola, Manuel... ¿Has visto las noticias?

—Sí.

—¿Sabes algo?

—No, estoy tratando de contactar por teléfono, pero las comunicaciones deben estar interrumpidas. He solicitado un permiso a Salcedo para ir allí.

—¿Quieres ir? Aquello debe ser un verdadero maremágnum, no será fácil encontrar a nadie.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo.

—Probablemente no seas bien acogido, hace mucho tiempo.

«No hace tanto», pensó, pero su hermano no lo sabía. Nunca había perdido el contacto del todo, de vez en cuando hacía un viaje relámpago a Ciudad de México para comprobar que las cosas estaban bien. Lo hacía a escondidas, en la sombra, porque estaba seguro de que no sería bien recibido, en eso Isaac tenía razón. Pero esa vez debía ir, de incógnito o no, y nada le detendría.

—No lo seré, pero me da igual. Voy a ir de todas formas.

—¿Crees que Salcedo te logrará el permiso?

—Más le vale, o se tendrá que buscar a otro de aquí en adelante para los trabajos chungos.

—Veré si yo también puedo mover hilos para hacerte ir de forma más o menos oficial. Eso te facilitará las cosas.

—Gracias, Isaac. Y ya sabes, a mamá ni media palabra.

—Sabes que cuentas con mi discreción en este asunto; siempre ha sido así.

—Si me llama y no consigue contactar conmigo, estoy en mi base en Valencia, de maniobras, entrenamiento o lo que se te ocurra.

—Por supuesto, te cubriré... como siempre. Te llamo en cuanto sepa algo.

—De acuerdo.

—Y ten cuidado, por favor. Aunque no sea zona de conflicto bélico, Ciudad de México es una ciudad peligrosa en estos momentos.

—Siempre lo tengo, no te preocupes. No estaría aquí si no fuera cuidadoso.

Ambos lo sabían. Manuel había participado en misiones muy peligrosas, de las que otros hombres con menos temple y menos arrojo no hubieran regresado.

Cortó la llamada y comenzó a prepararse para el inminente viaje que se avecinaba. Sacó su mochila especial y la llenó con lo básico; sabía que viajar ligero de equipaje era necesario en determinadas ocasiones, y esa era una de ellas.

Un par de mudas de ropa, pasaporte, y poco más que pudiera ralentizar su entrada en el país, ya fuese por vía aérea o terrestre. Y en su cartera, un par de fotos que podrían ayudarle a localizar a las personas que estaba buscando, impresas con precipitación y baja calidad desde el móvil, pero serían suficientes. Nunca llevaba fotografías en el dispositivo, dado el carácter de su trabajo. Este era una ayuda, pero no imprescindible para él; estaba más que habituado a sobrevivir sin la tecnología.

Se sentó a esperar, tratando de calmar la impaciencia, y siguió mirando noticias del país siniestrado. Cuanta más información tuviera, mejor llevaría a cabo su tarea de búsqueda. No dudaba de que Salcedo le conseguiría el permiso solicitado, le debía demasiados favores en el pasado y esperaba seguir contando con él en el futuro, por eso no le fallaría.

No se equivocó, apenas una hora más tarde recibió la llamada que esperaba. No solo tenía el permiso necesario, sino que le habían incluido en una partida de ayuda que el ERICAM, Equipo de Emergencia y Respuesta Inmediata de la Comunidad de Madrid, enviaba para ayudar en el rescate de víctimas, y eso le facilitaría muchísimo la entrada en el país. De inmediato se puso en marcha hacia la capital.

Aterrizó en México, en un aeropuerto privado, bastantes horas después, mientras el país trataba de recuperar la calma, que no la normalidad. Para eso aún tardaría mucho. Lo llevaron a él y al resto del equipo hasta Ciudad de México, donde comenzaría su búsqueda, mientras sus compañeros se dedicarían a su cometido. A pesar de que no estaba obligado a participar en las tareas de rescate, pensaba

asumirlas, al igual que ellos, en la medida que su verdadera misión se lo permitiese.

Lo primero que hizo al llegar a la ciudad devastada, fue tratar de establecer contacto telefónico, sin conseguirlo. Cargado con su mochila a la espalda, se internó en el distrito de Liverpool, lleno de calles cubiertas de escombros y casas en ruinas, hasta llegar a la dirección que era su objetivo. El edificio que buscaba estaba seriamente dañado, aunque aún se mantenía en pie. Ventanas sin cristales, enormes grietas en las paredes y trozos de revestimiento caído le dejaron bien claro que sus habitantes no se encontraban en el interior. Se acercó hasta un grupo de hombres y mujeres que participaban en la tarea de limpieza y desescombro de la zona, dirigidos con eficacia por un bombero, al que preguntó:

—¿Saben algo de las personas que habitaban aquí?

—No hay nadie en el interior, el edificio ha sido declarado en ruina y los han desalojado a todos.

—Eso ya lo imagino, pero trato de localizar a una de las familias que vivían en él. La verdad es que no sé por dónde empezar. —Sacó las fotografías con la esperanza de que alguien reconociera los rostros y le dijeran al menos si habían sobrevivido.

—Lo siento, no me suenan de nada. Cuando nosotros llegamos aquí esta mañana no quedaba nadie, y solo estamos limpiando la zona. No tenemos noticias de que haya nadie atrapado entre los escombros.

Algo era algo.

—Podrían estar en casa de familiares —sugirió una mujer—. O tal vez en los centros de acogida que se han habilitado para las personas que se han quedado sin hogar.

—¿Dónde están esos centros?

Le dieron un par de direcciones situadas en la zona, y allí se dirigió, tratando de mantener la calma y la mente fría. Trabajaría de forma sistemática, como hacía siempre que debía localizar a alguien, tachando posibilidades hasta encontrar lo que buscaba. Con la única diferencia de que en esta ocasión estaba emocionalmente implicado y le urgía obtener resultados lo antes posible.

Los centros, situados en grandes edificios que el sismo había respetado en

mayor o menor medida, estaban repletos de hombres, mujeres y niños, instalados de manera precaria en colchones esparcidos por el suelo o sillas plegables. En todas las caras se leía el horror y la incertidumbre.

Recorrió despacio cada rostro, esperando encontrar entre ellos a las personas que buscaba, sin lograrlo.

En cada lugar que visitaba, le daban la dirección de algún otro donde quizás tuviera más suerte, y sus esperanzas renacían. Pero los recorrió todos sin éxito.

Tras horas de búsqueda exhaustiva e infructuosa, estuvo casi seguro de que no se encontraban en ningún alojamiento improvisado. No se amilanó, una vez tachados de su lista mental los centros de acogida, decidió probar suerte en los hospitales.

Pero primero necesitaba encontrar un alojamiento, porque llevaba más de treinta y seis horas sin dormir, y aunque estaba habituado a permanecer mucho tiempo sin descanso, el cuerpo le pedía una ducha con urgencia e intuía que en la ciudad devastada no abundarían las plazas de hotel vacantes. Tampoco sería aconsejable deambular por la misma una vez se hiciera de noche. Por mucho que fuera un hombre duro y habituado a defenderse, no necesitaba más problemas de los que ya tenía.

Encontró una habitación doble en un hotel cercano a la zona donde había centrado su búsqueda, limpia y asequible, y se registró en ella. Después volvió a salir dispuesto a continuar sus pesquisas hasta que oscureciera o hasta que el cuerpo le dijera basta.

Capítulo 3

Stefany

Stefany se despertó con un fuerte dolor en la cabeza. Trató de alzar un brazo, pero no consiguió despegarlo del pecho, inmovilizado por un vendaje. También el hombro le lanzó una punzada que le hizo cejar en su empeño por moverlo y de moverse ella misma. Evaluó su posición y se dio cuenta de que estaba acostada; no sabía dónde, pero sin duda alguna se encontraba tendida en un sitio blando, como un colchón.

Abrió los ojos y se encontró en una habitación de hospital, grande, en la que estaban alineadas unas cuantas camas con personas que se quejaban de forma lastimera. ¿Qué hacía en un hospital? ¿Qué le había ocurrido? Trató de recordar algún tipo de accidente, pero no lo consiguió.

Tras mirar a su alrededor, comprendió que debía tratarse de alguna catástrofe colectiva, debido al gran número de heridos de diversa consideración reunidos en aquella enorme sala.

Giró la cabeza y se miró el hombro, vendado y dolorido. En la otra mano un gotero anclado en el dorso introducía líquido en su organismo.

—¡Por favor! —Trató de llamar la atención de una mujer ataviada con un uniforme de hospital, pero la voz le salió rota, apenas un susurro. El hombre situado a su izquierda, lo hizo por ella.

—Enfermera... la chica ha despertado.

Tras unos minutos en que terminó de atender a una mujer entrada en años, una sanitaria se le acercó solícita.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó en español, y ella la entendió sin problemas. A continuación, le tomó el pulso y le miró las pupilas. La luz de la linterna le molestó y parpadeó tratando de evitarla.

—Muy dolorida. ¿Qué me ha pasado? —respondió en el mismo idioma, aunque con acento americano.

—No lo sé con exactitud, pero parece que la sacaron de debajo de un edificio derrumbado.

—¿De un edificio derrumbado? No entiendo... ¿Qué edificio?

—No puedo decírselo con claridad, son muchos los heridos y no conozco las circunstancias de todos. Sí puedo decirle que tiene un fuerte golpe en la cabeza que ha necesitado unos cuantos puntos, una fisura en el hombro y una costilla rota. Ha tenido suerte, solo son heridas leves.

Ante la mirada de extrañeza de Stefany, la enfermera le aclaró.

—El terremoto ha derrumbado muchos edificios.

Trató de buscar en su memoria algo relacionado con un terremoto, pero fue incapaz.

—No recuerdo ningún terremoto. De hecho, no recuerdo nada.

La mujer se puso seria.

—¿Nada?

Stefany negó angustiada.

—¿Su nombre? ¿El nombre de algún familiar a quien podamos avisar de que se encuentra aquí?

Rebuscó en su memoria. Solo encontró imágenes. Un ordenador, un jardín, un niño pequeño jugando con una mujer que no era ella, de eso estaba segura..., un hombre moreno y corpulento.

—No. Solo imágenes y algunas personas, pero no sé quiénes son.

La mujer sonrió.

—En ese caso no es preocupante, es debido al golpe en la cabeza. El resto de la información volverá y todo encajará de nuevo. De todas formas, paso aviso al neurólogo para que venga a verla. Y no se preocupe, este tipo de amnesia no es permanente.

Se dirigió a los pies de la cama y miró el informe adosado.

—Llegó sin documentación. Si logra recordar algo sobre su identidad, hágalo saber para incluirla en las listas de heridos y que sus familiares puedan localizarla.

Stefany asintió. No sabía quién era, ni dónde estaba, ni siquiera si tenía familiares, aunque las imágenes que revoloteaban en su cabeza le hicieran pensar que sí.

—Pero no se esfuerce, descanse y los recuerdos llegarán solos.

Cuando la enfermera se alejó, su vecino de cama, que había escuchado la conversación, le dijo:

—No es mejicana.

—No, no lo soy. —Era una certeza—. Soy estadounidense. No sé por qué estoy en México, pero no vivo aquí, de eso estoy segura.

El hecho de saber algo de su vida la tranquilizó un poco.

—Descanse, si puede. El ruido es infernal y no ayuda, pero trate de dormir un poco. Seguro que cuando despierte tiene la mente más despejada y lo recuerda todo.

Con esa esperanza cerró los ojos y trató de aquietar los fuertes latidos de su corazón y la angustia que le había producido su amnesia. El cuerpo laxo por los sedantes respondió y se quedó dormida de nuevo.

Manuel entró en el hospital ABC, un centro privado que había abierto sus puertas de forma altruista para acoger a los numerosos heridos ocasionados por el seísmo. Ya había visitado el hospital público nacional Siglo XXI sin resultados. Este era más pequeño, y también más organizado. Preguntó en admisión por el nombre de una de las personas que buscaba, de la otra solo sabía el nombre e ignoraba el apellido. En la base de datos no figuraban, pero le dieron permiso mirar entre los heridos, dado que había bastantes sin identificar.

Entró y deambuló entre las camas, situadas unas junto a otras en batería y ocupadas por adultos. Paseó la mirada buscando una mujer joven, una imagen del pasado, que probablemente hubiera cambiado con el paso de los años. De repente, una voz hablando en inglés se elevó por encima del murmullo general.

—¡Le conozco! Conozco a ese hombre.

Se giró y vio a una mujer tendida en una cama, que le miraba con evidentes signos de nerviosismo.

—¿A mí?

Ella asintió.

Se acercó despacio hacia ella y se detuvo junto a la cama. No era la persona que buscaba, pero la reconoció cuando estuvo a su lado, a pesar de su cara pálida y sin maquillar.

—¿Stefany? Eres la hermana de Alice, ¿verdad?

Ambos nombres le resultaban familiares, pero se encogió de hombros a pesar del dolor que ese gesto le produjo.

—No lo sé.

Manuel parpadeó confuso.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No recuerdo nada... me he despertado aquí y sin la menor idea de quién soy o qué hago en México.

—¡Mierda! —masculló. Lo último que necesitaba en aquel momento era una complicación semejante—. Vamos a ver... yo soy Manuel, primo de Javier, el marido de tu hermana Alice. Nos conocimos hace un año, en su boda, en Sevilla. ¿No lo recuerdas?

—Solo sé que te conozco, no de qué.

—¿No?

La mirada que le lanzó le hizo temer que se hubieran enrollado y ella no lo recordara. Sin embargo, el destello de sus ojos oscuros le resultó muy familiar. Y le hizo cosquillas en el estómago.

—¿Te ha visto el médico? ¿Qué te ha dicho?

—Hace unas horas me ha visto un neurólogo y me han hecho un TAC. No se aprecia daño más allá del golpe que me he dado en la cabeza y espera que recupere la memoria en breve. En eso confío, es terrible no saber nada sobre una misma... Me vienen vagas imágenes de un niño pequeño. ¿Sabes si tengo hijos?

—No sé mucho de ti, la verdad. Solo nos hemos visto en una ocasión y no hablamos de nuestras vidas más allá de cosas banales. ¿Tu hermana y Javier

saben que estás aquí? Tengo entendido que vives en Estados Unidos.

Stefany suspiró. En eso no se había equivocado.

—No lo sé.

—Trataré de llamarles; si lo saben y no tienen noticias tuyas, estarán preocupados.

—Gracias...

—Hablaré también con el médico que te atiende y le daré tu identidad.

Unas lágrimas de alivio asomaron a los ojos de la chica, que parpadeó para evitarlas. A pesar del contratiempo que suponía, se puso en la piel de Stefany. Se inclinó sobre ella y le acarició la cara con la palma de la mano.

—Tranquila, todo va a salir bien.

—¿Tienes fotos de mi hermana y su marido? Parece que mi memoria responde a las imágenes más que a otros datos.

—No, lo siento. No llevo nada personal en el móvil, y mucho menos fotos familiares.

—Lástima.

—Vuelvo en un momento.

Salió al pasillo y buscó un puesto de enfermería, donde comentó que había identificado a una de las pacientes. Le trasladaron al despacho del médico que la atendía, que hizo una breve pausa en su maratónica tarea para recibirle.

—¿Me está hablando de la chica que tiene amnesia?

—Sí; se llama Stefany, no recuerdo bien el apellido y es la cuñada de un primo mío. Tengo que llamarles para que sepan que se encuentra bien, y le preguntaré el nombre completo. Porque está bien, ¿verdad?

—Solo tiene heridas leves, la amnesia se la produce un golpe en la cabeza que no reviste mayor importancia. Es de prever que en breve sea capaz de recordar. Aunque probablemente estará aturdida durante unos cuantos días.

—He visto que tiene un brazo inmovilizado.

—Una fisura en el hombro y una costilla rota, ambos en proceso de curación. La tendremos aquí el mayor tiempo posible, pero me temo que no será mucho. Las réplicas se suceden y se producen nuevos heridos a cada momento. ¿Puede avisar a su familia para que se ocupe de ella?

—Su familia vive en España, y no creo que se puedan desplazar con facilidad.

—Es un problema. ¿Y usted? No está en condiciones de moverse sola por un país devastado, ni siquiera aunque pudiese recordar.

—Me resultaría muy complicado. He venido con los rescatistas españoles para realizar tareas humanitarias de salvamento, no puedo ocuparme de una persona herida y amnésica.

El neurólogo clavó en él una mirada dura.

—Esto es también una labor humanitaria.

Manuel se sintió avergonzado.

—Tiene razón. Trataré de localizar a algún pariente que pueda hacerse cargo de ella, y si no lo encuentro, me ocuparé yo.

—Bien. Deje sus datos en el control para que le podamos localizar si fuera necesario.

Manuel apretó la mandíbula con fuerza y su mirada se hizo dura.

—No voy a salir por la puerta y dejarla abandonada, si es lo que piensa.

—No me malinterprete, me refiero a si surge algún cambio en su estado. Las fracturas no revisten mayor importancia, soldarán bien si no hace ninguna barbaridad, pero con los golpes en la cabeza, nunca se sabe.

—Bien, estaré localizable. Ahora, si no tiene nada más que decirme, voy a informar a la familia del estado de Stefany. Confío en encontrar cobertura.

—En la zona de la cafetería se ha instalado un repetidor que facilita la conexión wifi.

—Gracias.

Se dirigió a paso rápido hacia la cafetería. Una vez en los alrededores buscó un sitio poco concurrido, y llamó a su primo Javier. Este contestó rápido.

—Hola, Manuel, ¿Cómo estás?

—Bien. Javier, no te llamo para que nos preguntemos por la salud. Las comunicaciones están mal y tengo que decirte algo importante.

—¡No me asustes! Ya bastante preocupados estamos.

—Por tu cuñada.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Tranquilo, ella está razonablemente bien.

—¿Qué quiere decir razonablemente? ¿Qué sabes de ella?

—Estoy en México realizando labores de rescate y la he encontrado por casualidad en un hospital, herida leve.

—Gracias a Dios. Estábamos muy preocupados, desde el seísmo no conseguíamos contactar con ella. ¿Qué le ocurre?

—Una costilla rota, una fisura en un hombro y un golpe en la cabeza. Lo único preocupante es que ha perdido la memoria de forma temporal. Los médicos están seguros de que en los próximos días su amnesia pasará, pero de momento está un poco perdida y desorientada.

—Trataré de conseguir unos días libres para ir a buscarla, en esas condiciones no puede volver sola a Richmond. Alice le da el pecho a la nena y le resultará más complicado ausentarse.

Manuel sacudió la cabeza. Era un sinsentido hacer a su primo cruzar el océano para buscar a Stefany.

—No te preocupes, yo me encargo de ella. La llevaré a casa sana y salva, en cuanto termine mi misión aquí.

—¿Puedes hacerlo? ¿No supone un problema para ti?

«Sí lo supone, pero lo haré».

—Puedo hacerlo. Aún tengo que estar aquí unos días, pero eso le vendrá bien para recuperarse. Está bastante magullada. Necesito su nombre completo para anotarlo en el informe de hospitalización, ella no lo recuerda.

—Stefany Barrow. Y muchas gracias.

—Las gracias no se merecen, la familia está para estos casos también, no solo para las celebraciones y las barbacoas. Tranquiliza a Alice, dile que su hermana está en buenas manos. Que cuando sea posible la llamará, en la zona del hospital en que está no hay cobertura. Las comunicaciones están mal por aquí.

—Sé que la cuidarás. Y cuídate también tú, por favor.

—Te tengo que dejar, me queda poca batería y esto es un caos; no sé si podré recargarla pronto. Ya hablamos.

—Gracias de nuevo.

Cortó la llamada y se dirigió al mostrador de admisión para completar la ficha de Stefany con su nombre y apellidos. También añadió su número de teléfono

como familiar de contacto, y regresó a la sala donde se encontraba la chica.

La expresión de alivio al verle fue evidente.

—Has vuelto.

—Pues claro, te he dicho que lo haría. Ya he actualizado tus datos en Admisión, te llamas Stefany Barrow. También he hablado con Javier para que sepan que estás bien.

—Gracias.

—Asimismo he visto al médico que te está tratando. No le da importancia a tu amnesia, dice que desaparecerá poco a poco, y el resto de tus fracturas también irán evolucionando favorablemente. Vendré a verte siempre que pueda y me ocuparé de ti cuando te den de alta. También te llevaré a casa, si no estás en condiciones de hacerlo sola.

—¿Vendrás de verdad? ¿Por qué, si no me conoces de nada?

—Se lo he prometido a mi primo.

Ella asintió.

—Ahora tengo que dejarte, no estoy aquí de vacaciones, y tengo una tarea que cumplir.

—Eres español, ¿no? Aunque hemos hablado en inglés este no es tu idioma habitual. ¿Has venido con algún grupo de ayuda para el rescate?

—Sí.

—Gracias. Saber que me conoces hace que me sienta menos perdida.

—De nada. Descansa ahora, seguro que eso te ayudará a recuperar la memoria.

Se inclinó para besarla en la dolorida cabeza. Y a continuación la dejó allí, sola y magullada entregada a sus cavilaciones.

Salió con paso rápido para no ver la expresión de Stefany, para no sentir la tentación de volver y permanecer con ella un rato más, calmando sus temores. Tenía un trabajo que hacer y ya había perdido demasiado tiempo.

Se internó de nuevo en la ciudad medio destruida, molesto por la complicación que suponía la chica que dejaba atrás. Ya tenía suficientes problemas con tratar de localizar a Daniela para echarse a la espalda uno más. Sin embargo, se conocía lo bastante para saber que no podría dormir tranquilo si la abandonaba, sola y asustada en aquel hospital. Hacer a Javier cruzar medio mundo estaba

fuera de toda lógica. Sería él quien la mantendría a salvo y la llevaría a casa, A lo mejor se mostraba un poco agradecida por ello. La chica le había gustado cuando la conoció en la boda de su primo, había atrapado su mirada desde el primer momento y, por supuesto, había tratado de ligar con ella. La forma de rechazar sus atenciones le divirtió, y si no hubiera tenido que regresar de inmediato a Valencia por un imprevisto, no se hubiera dado por vencido sin insistir. En la boda, la mirada de Stefany le hizo comprender que su boca no era sincera al decir que no se sentía, al menos, halagada por su atención. Y si algo sabía él, era interpretar miradas femeninas.

Desechó esos pensamientos de su mente, las circunstancias habían cambiado desde entonces y en los ojos de la chica solo había miedo e incertidumbre. Pero él, por mucho que le gustaran las mujeres e hiciera de la conquista femenina uno de sus mayores placeres, no era de los que se aprovechaban de ellas cuando eran vulnerables.

Visitó un par de hospitales más y, agotado, se dijo que tenía que dormir un rato. Llevaba sin hacerlo más de cuarenta y ocho horas, y aunque estaba habituado a descansar poco, el estrés emocional añadido al agotamiento físico le empezaba a pasar factura. Unas horas de sueño reparador le ayudarían a aclarar las ideas para seguir buscando, porque en aquel momento no sabía por dónde continuar.

Regresó al hotel dispuesto a darse la ansiada ducha y a dormir unas horas. El descanso le ayudaría a organizar su tiempo para atender los dos problemas que tenía en aquel momento.

Capítulo 4

Continúa la búsqueda

Despejado después de la noche, Manuel decidió cambiar de estrategia. Tras asegurarse de que las personas que buscaba no figuraban en las listas de fallecidos, lo que le hizo respirar más tranquilo, regresó al domicilio cuya dirección tenía anotada, y volvió a empezar.

Enseñó la foto por tiendas y comercios, y aunque en algunos de ellos reconocieron a Daniela, nadie supo decirle su paradero o dónde podría localizarla. Dejó su número por si alguien averiguaba algo y continuó la búsqueda ampliando el círculo.

Después del almuerzo, sin haber obtenido ningún resultado a lo largo de la mañana, se dirigió de nuevo al hospital para visitar a Stefany.

Esta le dedicó una sonrisa de alivio al verlo llegar, y Manuel supo que, a pesar de que el día anterior él le asegurase que no la abandonaría a su suerte, había temido que no volviera. Se mostró amable con ella a pesar de la frustración que le producía no avanzar en la misión que le había traído a Ciudad de México.

—Hola.

—Hola, Manuel. Dijiste que te llamabas así, ¿verdad?

—En efecto. ¿Cómo te encuentras?

—¿Quieres saber si he recordado algo?

—No, quiero saber cómo te encuentras.

—Dolorida, aburrida, cansada... aquí es muy difícil dormir por el ruido. Pero, sobre todo muy agobiada. No tengo documentación, ni dinero... y tú dices que

soy Stefany Barrow, pero ¿y si te equivocas?

—No me equivoco. —Se inclinó hacia ella y ahondó en sus ojos. Algo se le agitó dentro y supo sin ninguna duda que él ya la había mirado así antes—. Recuerdo perfectamente tu cara, tu boca y tus ojos.

—¿Nos enrollamos? —preguntó temerosa de que hubiera sido así y eso condicionara su relación presente.

—No; te tiré los tejos, pero tú me rechazaste con mucha elegancia.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Preferirías no haberlo hecho?

—No, no quería decir eso.

Él sonrió tratando de animarla, y también de animarse a sí mismo. El fracaso en la búsqueda le estaba empezando a pasar factura.

—No sé qué quería decir... me siento muy extraña. La única persona «conocida» es un desconocido, y me preocupa no controlar lo que pasó entre nosotros con anterioridad.

—No pasó nada. Charlamos en la boda de tu hermana, ni siquiera llegamos a bailar.

—Porque yo te rechacé.

—Y porque no hubo baile.

Stefany miró al hombre, ataviado con unos pantalones vaqueros muy gastados y una camiseta que marcaba un torso fuerte de músculos firmes y delineados. Bailar con él habría sido todo un placer, y perderse en sus ojos oscuros, también.

Parpadeó para alejar los pensamientos tan fuera de lugar que la estaban asaltando. Estaba herida, amnésica y solo se le ocurría imaginar cosas inapropiadas con el único hombre capaz de ayudarla. Cambió de tema.

—¿Qué tal tu día? —preguntó.

—No muy bien.

—¿No habéis logrado rescatar a nadie?

—No he ido con los compañeros de rescate esta mañana. Mi primera misión aquí es encontrar a unas personas.

—¿Y no ha habido suerte?

—No. Su casa está en ruinas, la ciudad es un caos y parece que se las haya

tragado la tierra.

—¿Son parientes tuyos?

—Algo así.

—Pues espero que lo consigas.

—Yo también. Ahora tengo que irme, hay mucho trabajo por hacer ahí fuera, pero he pasado a ver cómo estabas. ¿Quieres que te traiga algo de comer o para el aburrimiento?

—No, gracias. La comida es aceptable y no puedo usar las manos ni siquiera para sujetar un libro con el que distraerme. —Se miró los brazos, uno inmovilizado con la vía y el otro con el hombro vendado—. Seguiré aquí tumbada, tratando de recordar.

—No te agobies con eso, los recuerdos llegarán solos, en cuanto los efectos del golpe vayan pasando.

—Seguro que sí. Hay otra cosa que me preocupa... Me ha dicho el médico que las fracturas evolucionan muy bien y que están escasos de camas, que me darán el alta en breve. Que la amnesia puede persistir aún unas semanas y es preferible que la trate mi médico habitual. No sé qué voy a hacer entonces si no he recobrado la memoria, no tengo dónde ir.

—Yo he cogido una habitación en un hotel, puedo pillar otra para ti, y si no hubiera ninguna libre la mía tiene dos camas.

—No tengo dinero, ni ropa... he perdido todas mis pertenencias.

—Te compraré algo, no te preocupes. ¿Talla mediana?

Stefany se encogió de hombros.

—Creo que sí, pero no te lo puedo asegurar.

—¿Me permites?

Manuel se acercó y, alargando las manos, le rodeó la cintura con ellas. Los dedos largos y morenos le transmitieron un fuerte calor a través de la tela.

—Mediana, sí. Y de sujetador, diría que... —Los ojos se pasearon con descaro por los senos, cubiertos púdicamente por un camisón de tejido áspero—, una noventa y cinco.

—Menos mal que eres un experto —rio sin poder evitarlo.

Él le guiñó un ojo.

—Me alegro de haberte cambiado esa cara tan mustia que tenías cuando he llegado. ¿Zapatos?

—Los que traje están al lado de la cama. No están en muy buen estado, pero puedo usarlos.

Colocó la mano grande y morena sobre la de ella, que reposaba en la cama semi inmovilizada por el gotero, y le acarició despacio el dorso con el pulgar. Sensaciones familiares la asaltaron y se preguntó una vez más si él había dicho la verdad al contarle que ni siquiera habían bailado juntos. A pesar de que no le recordaba de forma explícita, existía demasiada familiaridad entre ellos.

—Hasta mañana, Stefany. No dudes que volveré.

—Ahora lo sé.

Se inclinó y la besó en la mejilla y la calidez de su boca la reconfortó. Después le vio alejarse en dirección a la salida y la habitación le pareció vacía, y las horas que debían pasar hasta que regresara al día siguiente, demasiado largas.

Manuel, por primera vez desde que había llegado, se unió al grupo de rescate con el que entró en el país. Durante unas horas sumó su esfuerzo al de sus compañeros tratando de limpiar de escombros la ciudad, y con la esperanza, cada vez más débil, de encontrar supervivientes debajo de los edificios derrumbados.

Se destrozó manos y espalda en la ardua tarea, pero el trabajo físico le hizo bien. Estaba levantando junto a dos hombres más una gran viga cuando le sonó el móvil.

Tras terminar la tarea, devolvió la llamada.

—Buenas tardes —le respondió una voz desconocida al otro lado del aparato—. Me dejó su número por si podía informarle sobre el paradero de Daniela Mendoza.

—Sí, así es. —El corazón le empezó a latir con fuerza—. ¿Qué ha averiguado?

—Que se encuentran bien, alojados en casa de unos familiares.

—¿Sabe qué familiares? ¿Podría darme la dirección?

—Una hermana del marido, pero no sé dónde vive.

—Gracias. Si logra averiguar algo más, dígamelo por favor, me gustaría verlos

antes de marcharme. Aún estaré por aquí unos días.

—Lo haré.

Se sintió aliviado de saberlas a salvo, y a la vez frustrado porque le gustaría comprobarlo con sus propios ojos. Seguiría intentándolo, aunque la posibilidad se le antojaba cada vez más difícil.

Había anochecido cuando regresó al hotel. Comprobó que el teléfono estaba a punto de agotar la batería y lo puso a cargar para telefonar a Javier en cuanto se diera una ducha. Estaba agotado y desmoralizado. Lo único bueno del día había sido el corto espacio de tiempo que pasó con Stefany, su sonrisa a pesar de las difíciles circunstancias que estaba atravesando.

Con ella en la mente se durmió después de hablar con su primo y tomar una cena fría.

Capítulo 5

Merche

Merche entró en el departamento de señoras de C&A, la tienda de ropa donde trabajaba desde hacía muchos años, y se acercó a los probadores para recoger prendas y colgarlas de nuevo en sus perchas. Era una tarea constante pues los clientes solían dejar en ellos la ropa que no se llevaban. Ante los mismos había un grupo de empleadas hablando, y que se callaron de inmediato al verla aparecer. Era la segunda vez que le ocurría algo semejante en pocos días. Sin darle tiempo a decir nada, se dispersaron para retomar sus respectivos quehaceres, que habían abandonado para charlar. Una de las chicas la miró de soslayo y esbozó una sonrisa ladina cuando pasó por su lado. No pudo evitar sentirse incómoda, con la sensación de haber interrumpido algo.

Hacía pocos meses habían entrado nuevas dependientas, todas jóvenes y recién incorporadas al mercado de trabajo, y habían formado un grupo aparte que no se mezclaba con las empleadas más antiguas. Pero eso no justificaba lo que había sucedido en el probador.

Recogió el montón de prendas para reintegrarlas a sus respectivos lugares, y allí se encontró con su amiga y compañera de muchos años, Carmen.

—No sé qué ocurre —le comentó mientras colocaba una blusa en su correspondiente percha—. Desde hace días, en los corrillos habituales que se forman entre las chicas nuevas, se disuelven y se callan todas cuando aparezco yo. ¿Contigo también lo hacen?

—No, conmigo no.

—Pues a mí ya me ha ocurrido varias veces en los últimos días.

Su amiga la miró con fijeza y se puso seria.

—¿De verdad no sabes lo que pasa?

—No.

Carmen miró el reloj de su muñeca y dijo resuelta:

—Vamos a desayunar, es casi la hora.

Intuyendo que se iba a enterar del motivo del extraño comportamiento de sus compañeras, terminó de colocar las prendas con rapidez y ambas amigas salieron del edificio hacia la cafetería cercana donde solían desayunar. Una vez en ella, Carmen se dirigió a una mesa en vez de sentarse en la barra como solían hacer. Merche comprendió que lo que iba a decirle era importante y por un momento temió por su puesto de trabajo. El suyo, debido a la antigüedad en la empresa, era uno de los sueldos más altos y temía que la despidieran para contratar a alguien nuevo por menos dinero. Era una práctica muy frecuente entre los empresarios desde hacía unos años.

Una vez sentadas con sus respectivos cafés y tostadas delante, abordó el tema.

—¿Qué ocurre, Carmen? ¿Hay rumores de despido y me van a mandar al paro? Esta negó con la cabeza.

—Permíteme que te haga una pregunta personal. ¿Va todo bien entre Isaac y tú?

Isaac era su marido, se habían conocido en la tienda muchos años atrás y aún eran compañeros de trabajo, aunque intentaban mantener sus ocupaciones fuera de su vida personal.

—¿Van a despedirle a él? —Isaac llevaría muy mal el desempleo, era un hombre muy activo.

—No se trata de eso. Responde a mi pregunta... ¿Tenéis problemas?

—No. ¿Por qué?

Carmen respiró hondo antes de soltar la bomba.

—Se rumorea por la tienda que tu marido tiene algo con una de las chicas nuevas. Martina, una rubia muy jovencita y muy cabeza hueca también.

Merche se sintió con dificultades para respirar. De repente el aire no le entraba en los pulmones. Lo cierto era que Isaac y ella estaban un poco fríos en la cama

desde hacía unos meses, como si el apetito sexual se hubiera perdido. Hacían el amor poco y sin mucho entusiasmo, como una costumbre ya establecida y escasa de pasión. No se había detenido a pensarlo, lo había asumido como algo lógico y natural de la edad y de la rutina.

—Sé quién es la chica. ¿Estás segura o son solo rumores?

—No sé hasta dónde habrán llegado, pero desde luego tontear, sí lo hacen. Siempre que puede ella se escapa hasta la sección de caballeros, cuando tú estás ocupada, y el lenguaje corporal de ambos dice mucho. Ella coquetea descaradamente y él sonríe con cara de bobo, como si no hubiera contemplado una mujer en su vida; yo misma lo he visto. No te digo que haya algo más, pero... Si quieres verlo, pasa por allí cuando piensen que no estás y te darás cuenta de lo que hablo.

—Gracias por contármelo —agradeció, en estado de *shock*—. ¿Por qué no lo has hecho antes?

—Porque pensé que era una tontería y que no llegaría lejos. O que te darías cuenta tú sola y tomarías cartas en el asunto. Conozco a Isaac hace muchos años y es un hombre con dos dedos de frente, no creo que debas preocuparte; son cosas de la «pitopausia», ya sabes.

Sí, sabía que los hombres se ponían muy tontos cuando cumplían cierta edad, pero eso no le servía. La garra helada de los celos se había apoderado de ella y se negaba a razonar.

—¿De verdad no tenías ni idea?

Negó.

—No, en casa está como siempre.

—Lamento abrirte los ojos. Si no fuera por lo que me has contado de las chicas no te habría dicho nada, estoy segura de que no es más que una tontería. Ella le busca y él se deja encontrar.

El pesar en la cara de Carmen era evidente.

—No lo laments, prefiero saberlo. Lo último que quiero es ser el hazmerreír de toda la empresa. ¡Joder! ¿Cuántos años tiene esa niña? No llega a los treinta ¿verdad?

—No lo creo. Veintiséis o veintisiete, como mucho.

—¿Qué ve en un hombre como Isaac? Yo estoy enamorada de él, hemos pasado juntos toda la vida, hemos envejecido, engordado y criado canas a la vez. Lo sigo encontrando atractivo, pero ¿ella? No es ningún cincuentón guaperas, tiene su barriguita cervecera, el pelo le clarea...

—No le des vueltas, cielo. Para ella es un juego, tener a un hombre babeando detrás es divertido, sin importar la edad que tenga. Y él, simplemente, no ve el ridículo que hace. La crisis de los cincuenta pocos tíos la llevan bien.

Carmen dio un sorbo a su café mientras Merche removía el suyo de forma mecánica. También la tostada continuaba intacta sobre el plato.

—Come algo —la instó su amiga.

—No puedo, soy incapaz de tragar nada. Creo que me voy a tomar el resto de la mañana libre, no puedo seguir ahí dentro cinco horas más siendo el foco de chismorreos de todo el mundo. Necesito irme a casa y pensar.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Hablar con él, por supuesto, y, si realmente hay algo, pedirle como mínimo un poco de respeto hacia mí y que lo trasladen fuera.

Regresaron juntas al trabajo, donde Merche buscó a la encargada para decirle que se encontraba enferma y se marchaba a casa. Antes de hacerlo, cedió a la tentación y bajó hasta la sección de caballeros, donde raramente iba. Allí estaban, y como le había dicho Carmen, el lenguaje corporal de los dos era inequívoco. Martina miraba a Isaac con coquetería mientras se atusaba un mechón de cabello, y él la contemplaba con una sonrisa bobalicona y asentía a algo que ella le contaba. Sintió asco y rabia. De repente la chica la vio y se irguió, fingiendo colocar bien la manga de una chaqueta. Ella siguió caminando, seria y tragándose las ganas de liarse a bofetadas con los dos.

—Isaac —dijo en tono brusco—. Vengo a decirte que me marcho a casa, tengo un fuerte dolor de cabeza y he pedido libre el resto de la mañana. Me llevo el coche, regresa en autobús.

Él la miró sin acusar el malhumor de su mujer.

—¿Estás en condiciones de conducir?

—Por supuesto.

—De acuerdo, nos vemos en casa. Mejórate.

Ella giró y se marchó sin añadir una sola palabra más. Sentía clavada en su espalda la mirada burlona de la chica, que ni siquiera tuvo la decencia de marcharse.

Llegó a casa, escenario de tantos momentos vividos en común, y un nudo le apretó la garganta. Sin embargo, no era capaz de llorar, el enfado lo invadía todo. Si Isaac tenía algún tipo de problema con su relación, debería habérselo dicho y no ridiculizarla en el trabajo como estaba haciendo.

Tenía que calmarse, para afrontar la situación con ecuanimidad cuando él llegara, porque iba a tirar del hilo, llevara este a donde llevara. No era mujer de medias tintas ni de esconder la cabeza como el avestruz.

Llenó la bañera de agua caliente, eso siempre conseguía calmar sus nervios. Mientras tanto, se desnudó y se contempló en el espejo. No se conservaba mal para su edad, pero evidentemente el tiempo había causado algunos estragos en su cuerpo. Las caderas más anchas, algunas estrías provocadas por los embarazos, los pechos caídos. La preciosa jovencita que había sido quedaba muy atrás. Pero mirarse solo conseguía crearle más rabia dentro.

—¿Qué quieres, gilipollas? El tiempo no pasa en balde —gritó al espejo. Pero en realidad esas palabras iban destinadas a su marido, aunque no pudiera escucharlas—. También tú estás gordo, calvo... y has tenido algún que otro gatillazo que yo he sabido comprender. Llevo la mayor parte de mi vida compartiendo contigo besos, caricias y noches de pasión, pero también tus ronquidos, tus pedos y tus miserias. ¿Cómo te atreves a ponerme en ridículo en mi puesto de trabajo como lo estás haciendo? No te lo pienso consentir.

Respiró hondo y entró en la bañera. Cerró los ojos y dejó que el agua caliente diluyera su enfado. Cuando Isaac llegó a media tarde se encontraba calmada y dispuesta a llegar al fondo del asunto.

El entró y la encontró sentada en el sofá. No había conseguido comer más que un poco de fruta a mediodía.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó solícito.

—Mejor. —La palabra le salió como un latigazo, seca y cortante.

—¿De verdad? Tienes mala cara.

Ella se encogió de hombros.

—Voy a darme una ducha.

Era la rutina de cada tarde al llegar a casa. Entró en el baño y Merche se acercó al móvil. No le gustaba lo que iba a hacer, pero se sintió con todo el derecho del mundo. Una serie de mensajes de *whatsapp* entre Martina y su marido evidenciaban que había una relación más estrecha que la de simples compañeros de trabajo. Frases como «Hola, preciosa». «Buenos días, encanto», o «¿cómo está hoy el hombre más sexy de C&A?», le provocaron náuseas. Dejó el móvil sobre la mesa y esperó con calma a que saliera de la ducha.

—Estás pálida. ¿Por qué no te vas a la cama?

—Eso te gustaría, ¿verdad? —dijo con voz dura y una mirada más dura aún.

—¿Por qué dices eso?

—Para seguir mandándote mensajes con tu amiguita.

Él desvió la vista hacia el móvil con aire culpable.

—Merche...

—¿Quieres decirme qué demonios pasa, Isaac? ¿Tienes un lío con una cría de poco más de veinte años?

—No, claro que no.

—¿Entonces? ¿Puedes explicarme lo que vi esta mañana en la tienda? No me siento orgullosa de ello, pero acabo de mirar tu móvil y si aún recuerdo cómo se lee, te llama el hombre más sexi de C&A. Y palabras como «encanto» o «preciosa» no son las que se dedican a una simple compañera de trabajo.

—No ha pasado nada, no te he puesto los cuernos si es lo que piensas.

—Quieres decir que no te has acostado con ella.

—En efecto. Solo hemos intercambiado algunos *whatsapp* y hemos ido a desayunar juntos varias veces.

Al principio de su relación Merche y él habían decidido que en el trabajo serían simples trabajadores, por lo que solían desayunar por separado, cada uno con sus compañeros de sección. Pasar veinticuatro horas al día juntos era demasiado y cada uno necesitaba su espacio y sus amistades.

—¡¡¿Por qué?!! ¿Porque es más joven? Quiero la verdad, Isaac... —Trató de calmarse después de que la voz se le hubiera alzado sin pretenderlo. No quería una discusión a voz en grito, sino respuestas. Aunque dolieran, aunque les

llevara a un callejón sin salida.

Él asintió dispuesto a darle la verdad que reclamaba.

—No es porque sea más joven, sino porque es alguien nuevo. Nosotros... llevamos juntos toda la vida, nos conocemos a la perfección. Sabemos cómo vamos a reaccionar ante cualquier circunstancia, lo que nos vamos a decir antes de que lo escuchemos. No queda un resquicio de ti que no conozca y a ti te pasa lo mismo conmigo.

Merche sintió que tenía razón. Para ella eso tenía mucho valor, pero estaba claro que para Isaac no.

—El sexo se ha enfriado entre nosotros en los últimos meses.

También era cierto.

—Yo me siento inmerso en la rutina, en la costumbre, pero no me he dado cuenta hasta que Martina ha empezado a coquetear conmigo. Es divertido, excitante... me siento más joven. Y no creas que no soy consciente de los años que nos separan, de que ella no puede ver en mí gran cosa, pero me hace sentir bien. Unos *whatsapp*, desayunar juntos... no creo que sea tan malo. No hemos pasado a mayores, ni vamos a hacerlo, Merche. No te he puesto los cuernos.

Ella lo miró incrédula.

—¿Te estás escuchando? ¿No es tan malo, dices? ¿Te has parado a pensar en mí? ¿En la posición que me dejas? ¿Eres consciente de que me has convertido en el hazmerreír de la tienda? No, claro que no. Tú te sientes vivo. Tú te sientes bien... y no vas a pasar a mayores. ¡Genial! Dices que no me has puesto los cuernos, pero yo siento que sí lo has hecho. Aunque no se la hayas metido hasta las entrañas, no significa que no lo estés deseando.

—Eso no es verdad, no pongas en mi boca palabras que no he dicho ni en mi mente pensamientos que no existen.

—Aunque no lo hayas pensado, el simple hecho de que te sientas vivo con otra y no conmigo, me indica que hay un grave problema en nuestro matrimonio. Lo hay, ¿verdad?

—No puedo negarte eso.

Ella asintió.

—Bien, habrá que solucionarlo de alguna forma.

—Te aseguré que esto acaba aquí y ahora. Siento haberte hecho daño, hablaré con Martina y se acabaron los mensajes y los desayunos. Le pediré que no vuelva por la sección de caballeros.

—Eso no soluciona nada, Isaac. No hará que lo nuestro te ilusione y, si es así, siempre habrá una Martina.

—¿Y qué propones?

—No lo sé. Ahora mismo soy incapaz de pensar. Esta conversación me ha agravado el dolor de cabeza. Me voy a la cama y ya hablamos mañana.

Subió la escalera y abrió la primera habitación.

—¿Qué haces?

—Voy a dormir en la habitación de Manuel. Esta noche no podría compartir la cama contigo.

Cerró la puerta y le dejó solo y abatido en el salón.

Se desnudó y se metió en la cama. El olor de su hijo impregnaba el cuarto y se sintió una extraña en su propia casa. Nunca había dormido en otra habitación que no fuera la suya, ni siquiera en las discusiones más fuertes, que las habían tenido. Ambos eran de genio vivo y habían discutido acaloradamente más de una vez. Y también habían hecho las paces luego con una pasión que hacía tiempo había abandonado su lecho. Lo de ahora era diferente. Las palabras de Isaac la habían dejado helada por dentro, porque el problema no era una chica más joven que le había despertado la libido, el problema estaba en ellos. Y había que buscarle una solución porque si algo no quería era un hombre que no se sintiera vivo a su lado.

Cerró los ojos y trató de dormir, pero el sueño era esquivo esa noche. La pasó en vela, sin cesar de darle vueltas a una idea, la única que se le ocurría como solución, por muy dolorosa que le resultase.

Se levantó al alba, como cada día, para encontrarse con un Isaac también ojeroso preparando la cafetera.

—Buenos días —saludó.

—¿Te encuentras mejor? ¿Has descansado? —La voz de él sonó tan apagada como la suya.

—No mucho.

—Yo tampoco. Merche...

—No quiero más disculpas. He pensado mucho esta noche y creo que solo hay una cosa que podamos hacer.

—¿Qué? —preguntó ansioso.

—Darnos un tiempo para decidir qué queremos hacer con nuestro matrimonio. Isaac se sentó en una silla y clavó en ella una mirada incrédula.

—¿Estás hablando de separarnos?

—Solo de forma temporal, para averiguar si queremos seguir juntos o no. Si todavía hay amor entre nosotros.

—¿Hablas por ti? ¿No quieres seguir conmigo? Porque yo estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que me digas para arreglar esto.

—Lo siento, Isaac. Ayer con tus palabras se rompió algo, y no sé cómo arreglarlo o si quiero hacerlo. Escuchar de tus labios lo que te hace sentir nuestra relación me hizo daño, y más daño aún el que no me lo hayas dicho hasta que ha surgido esto. Tengo que estar segura de que estás conmigo porque de verdad me quieres y no por costumbre o porque sientas cariño hacia mí, algo que no dudo. Pero no quiero tu cariño.

Se puso de pie y se acercó con la evidente intención de abrazarla, pero Merche se apartó con rapidez.

—No, no me abrases ni me toques. Esto no se va a arreglar con un polvo, al menos no para mí

Él aspiró hondo, y admitió con pesar.

—De acuerdo; nos daremos un tiempo.

—Ahora, me voy a dar una ducha y nos vamos al trabajo. Decidimos cómo lo haremos a la vuelta.

—Bien.

El trayecto fue tenso y difícil. Merche entró en la tienda con la cabeza alta, sin mirar a su alrededor. Carmen la siguió con la mirada y se percató de las ojeras que el maquillaje no conseguía cubrir del todo. En cuanto pudo se acercó y le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Ayer hablamos.

—¿Y?

—Vamos a separarnos un tiempo, para decidir si queremos seguir juntos o no.

—¡Joder! ¿Después de tantos años una niñata va a romper tu matrimonio?

—Es más complicado que eso. Ya te lo contaré con más calma. Por lo pronto voy a pedir el traslado temporal a la tienda de Los Arcos, no quiero estar aquí viendo a Isaac cada día. Ni a la niñata. Con el resto no sé qué haremos, aún lo tenemos que hablar.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites, ya lo sabes.

—Claro que lo sé. Gracias.

Una clienta se les acercaba y ambas amigas pusieron fin a la conversación.

Capítulo 6

Alta de Stefany

Manuel se encontraba junto con sus compañeros de rescate terminando de limpiar de escombros una vivienda. Entre los restos, una muñeca rota le puso un nudo en la garganta. Aunque le hubieran dicho que Daniela y su familia estaban bien, no estaría tranquilo hasta que se hubiera asegurado. En aquel momento se encontraba en un callejón sin salida, pero no quería rendirse. Parecía que se las había tragado la tierra, y lo único que tenía para localizarlas era un nombre y una dirección en ruinas a la que era imposible que alguien volviera en mucho tiempo.

Soltó la muñeca y se preguntó si también Lupe habría perdido sus pertenencias. Si se sentiría perdida y desolada con su mundo patas arriba. Hacía un año que no la veía, los últimos meses habían sido muy complicados con varias misiones largas que le obligaron a permanecer lejos de España durante mucho tiempo, con escasos intervalos de descanso. Se prometió a sí mismo solucionar aquel problema de una vez por todas, la incertidumbre que padecía era soportable en circunstancias normales, pero el seísmo había vuelto a abrir la herida y en esta ocasión iba a cerrarla. Tenía que saber la verdad fuera cual fuera.

Apartó la muñeca y continuó con su tarea. El móvil vibró en el bolsillo trasero del pantalón y alentó sus esperanzas de avanzar en sus pesquisas.

—¿Diga?

—¿El señor Manuel Arroyo?

—Sí, soy yo.

—Llamo desde el hospital ABC para informarle que la señorita Stefany

Barrow ha sido dada de alta y debe abandonar las instalaciones con la mayor brevedad posible.

Manuel suspiró. Aunque sabía que llegaría ese momento, había confiado en que Stefany permaneciera unos días más en el hospital. Necesitaba finalizar su búsqueda para poder acompañarla a casa, tal como le había prometido a Javier.

Se mesó los cabellos y se dispuso a abandonar las tareas de rescate por ese día.

—Tengo que irme —se disculpó—. Y no sé si podré regresar hoy.

—No te preocupes. Sabemos que tú estás aquí por otros motivos, y que tu ayuda es de agradecer, pero tu tarea es otra.

—Gracias.

Antes de dirigirse al hospital recordó que la chica no tenía ropa y buscó un comercio donde aprovisionarse de lo más necesario para que pudiera abandonar el centro.

El dinero no era un problema, disponía de una saneada cuenta corriente y no tenía dudas de que, si ella no le devolvía el importe de las compras, lo haría su primo.

No tenía idea de los gustos de Stefany, la primera vez que la vio iba disfrazada para la boda de su hermana. Nadie que él supiera vestía en una ceremonia de ese tipo como lo hacía en la vida cotidiana.

Se decidió por un pantalón de chándal que se adaptaría a su cuerpo sin demasiados problemas, con su elástico en la cintura y su formato holgado, y una sencilla sudadera abierta delante con una cremallera que le sería fácil poner y quitar a pesar de su lesión en el hombro. Un paquete de tres bragas de algodón de la talla mediana y un sujetador camiseta que se adaptaría sin problemas al pecho de la chica, según había calculado la tarde anterior con un simple vistazo. Había tocado demasiados pechos femeninos como para equivocarse en eso, así como hecho regalos de ropa interior con pocas equivocaciones de tallaje.

Miró el feo diseño de la prenda, él los prefería de encaje y a ser posible de los que se abrían delante, pero en una ciudad devastada no era cuestión de mostrarse exquisito, sobre todo si no conocía los gustos de la muchacha en cuestión. No le había parecido sofisticada en exceso cuando la conoció en Sevilla, pero uno nunca podía adivinar qué encontraría debajo de la ropa de una mujer. Había visto

de todo, desde bragas con agujeros bajo prendas de marca hasta sujetadores con pedrería que debía lastimar el seno de forma cruel. De todas maneras, prefería saber que llevaba puesta una ropa interior fea para evitar tentaciones. Era un fetichista del encaje negro, al que pocas veces se podía resistir, y aunque en la boda de Javier hubiera estado encantado de llevarse a la preciosa invitada a la cama, las circunstancias habían cambiado y eso estaba fuera de toda cuestión en aquel momento. En primer lugar, porque él no se aprovechaba de mujeres en estado vulnerable, y en segundo porque, si lo hacía, su primo le arrancaría la piel a tiras. Y su madre también. Merche era muy estricta en cuanto a comportamientos caballerosos se refería y les había inculcado a sus dos hijos férreos principios al respecto. Eran esos principios los que lo habían llevado hasta México.

Pensando en su madre recordó que tenía varias llamadas perdidas suyas, llamadas que no pensaba devolver. Hacía años que llevaba a rajatabla la norma de no comunicarse con ella cuando se encontraba fuera de España, aunque no estuviera realizando ninguna misión peligrosa. Era la mejor forma de no mentirle y de que ella tampoco pudiera distinguir entre unas y otras.

Añadió unos calcetines a la cesta y, con todas las compras en una bolsa de papel, se dirigió al hospital a recoger a Stefany.

Esta le aguardaba con impaciencia. Hacía mucho rato que le comunicaron que habían avisado a la persona de contacto para que acudiera a recogerla, o al menos eso le parecía. Tanto que ya empezaba a dudar de que la promesa de ocuparse de ella cuando saliera del hospital no hubiera sido más que una burda mentira. Había pasado la hora del almuerzo hacía rato y ya empezaba a dudar de que apareciese.

Le esperaba sentada en el corredor, había tenido que dejar la habitación para que instalasen a un nuevo paciente que necesitaba atención inmediata, vestida con la espantosa bata del hospital y los zapatos maltrechos y sucios. Y enfado en la mirada.

—Lo siento —se disculpó—. No he podido llegar antes.

—Podías haber avisado de que tardarías. Pensaba que no ibas a venir.

—No ha sido fácil encontrar ropa para ti, y estaba lejos del hospital cuando me

han llamado. Los transportes aún no funcionan como debieran.

—Estaba convencida de que me ibas a dejar tirada, sin conocer a nadie, sin ropa ni dinero... ni siquiera el teléfono de tu primo para avisarle.

—Si vamos a pasar unos días juntos deberás aprender a confiar en mí. Siempre cumplo mis promesas.

—Algo me dice que eso no es del todo cierto. Cuando trato de recordar la conversación que dices que tuvimos siento una ligera inquietud.

—Piensa lo que quieras. Pero estoy aquí, y te aseguro que tengo otras prioridades antes que venir a rescatarte. Estoy en México por un asunto que todavía no he logrado resolver y en lugar de ocuparme de ello me he pasado más de una hora buscando ropa para ti —le largó la bolsa, molesto por la desconfianza—, calculando tallas para que no parezcas un fante.

—Disculpa, estaba muerta de miedo —dijo arrepentida. Pero se había asustado mucho al verse sola y sin la protección que le brindaba el hospital—. En seguida me visto y nos vamos.

Entró en el servicio y reapareció poco después con la ropa que le había comprado. No le quedaba como un guante, pero podía pasar. Mucha gente en Ciudad de México, en aquel momento, vestía ropa prestada. Llevaba el brazo inmovilizado debajo de la sudadera, pegado contra el pecho, y Manuel observó que caminaba rígida, como dolorida, y recordó que tenía una costilla rota.

—¿Te ha costado trabajo cambiarte?

—Un poco, me ha ayudado una enfermera, pero ya está.

Tras firmar el alta y recoger la documentación para que el seguro de viaje de Stefany, si es que lo tenía, se hiciera cargo de los gastos médicos, salieron a la calle. Un panorama desolador les recibió. En su mente se formó una imagen de cómo era la zona antes de la catástrofe, un espacio amplio delante del hospital con una pequeña rotonda y una fuente. En aquel momento todo estaba diferente a la idea que tenía del sitio. Incluso las caras de los transeúntes transmitían un desaliento contagioso.

Manuel la agarró del brazo sano y detuvo un taxi para ir hasta el hotel. Era evidente que no estaba en condiciones de realizar el largo camino andando ni meterse en un autobús atestado de gente.

—Vamos.

El trayecto fue un duro enfrentamiento con la realidad. Stefany tenía ligeras visiones de zonas por las que había transitado y la sensación de que empezaba a recordar la reconfortó.

Llegaron al hotel donde se hospedaba Manuel y solicitaron una habitación. No la había. El precio asequible del establecimiento había hecho que muchas personas que habían perdido su hogar se alojasen allí.

—Hay dos opciones —dijo él—. Buscar otro alojamiento para ti o compartir la habitación conmigo.

Stefany dudó. No le hacía gracia alojarse sola sin poder recordar, se sentía muy vulnerable, pero por otra parte no conseguía confiar en el hombre que tenía al lado. Él adivinó al instante sus dudas.

—No te fías de mí.

—No es eso.

—Sí lo es. Pero lo comprendo, no me conoces de nada y tu instinto de mujer te previene. Y no se equivoca. Voy a confesarte una cosa: soy un donjuán, me gustan las mujeres, todas ellas: rubias, morenas, altas, bajas... me gusta conquistarlas, seducirlas, hacerlas caer bajo mi encanto. Pero lo que nunca haré será forzar a ninguna a hacer algo que no desea. No soy un violador y mucho menos de una mujer herida como estás tú en este momento. Puedes estar tranquila, Stefany, de que no te tocaré un pelo... a menos que tú quieras. Puedes compartir la habitación conmigo sin ningún temor.

Ella clavó la mirada en los ojos oscuros y supo que decía la verdad.

—De acuerdo. Me sentiría muy indefensa y vulnerable sola en otro hotel.

Manuel se dirigió al recepcionista y dio los datos de Stefany para que la alojase en su habitación. La falta de documentación de la chica hubiera sido un problema en otras circunstancias, pero en aquel momento había muchas personas en su misma situación en la ciudad y los hoteles hacían la vista gorda. Se imponía una visita a la embajada para conseguir un pasaporte nuevo.

Subieron a la habitación. Esta contaba con escaso mobiliario: dos camas individuales cubiertas con unas impolutas colchas blancas, una silla, una mesa y un armario.

—Como puedes comprobar no es el Palacio Real, pero está limpia.

—Necesito una ducha. Tengo metido en el cuerpo el olor a hospital y a sufrimiento.

Manuel sabía de lo que hablaba. El sufrimiento humano tenía un olor muy característico que él conocía demasiado bien.

—Ahí está el baño. Lo lamento, pero solo te he comprado la ropa que llevas puesta, no se me ocurrió echar también un pijama; yo no los uso.

Stefany trató de no pensar en ese hombre atractivo y sexi durmiendo desnudo en la cama de al lado. Porque ahora que lo miraba bien, se daba cuenta de que era ambas cosas.

—Yo sí los uso, estoy segura de ello.

—Tengo una camiseta limpia, ¿Te vale hasta que mañana salgamos a comprar uno?

—Gracias.

Sacó de la mochila una camiseta azul marino, que le tendió. Tenía otra blanca, pero estaba seguro de que le transparentaría los pezones y no era buena idea. No debía ver en ella a una posible conquista, por mucho que le hubiera gustado llevársela a la cama en la boda de Javier. Ahora se encontraba bajo su cuidado y era muy estricto con esas cosas.

Stefany desapareció en el cuarto de baño, para reaparecer pocos minutos después.

—¿Ya? —Se extrañó. Por las palabras de la chica había imaginado que se daría una ducha larga.

—Tengo el hombro inmovilizado, no consigo quitarme la ropa sin ayuda. En el hospital tuve la suerte de encontrar una enfermera en los servicios.

Manuel se acercó despacio. Stefany había abierto la cremallera de la sudadera y con la mano libre, bajado el hombro contrario, pero la prenda colgaba inerte del otro brazo, sin caer al suelo por su propio peso.

Alargó la mano y tiró con suavidad de la manga. No llevaba nada debajo, ni siquiera el sujetador que le había comprado. El vendaje de sujeción que le habían aplicado le dejaba el brazo completamente pegado al pecho, sin posibilidad de ponerse nada que no estuviese por encima. Stefany trató de cubrirse con la mano

sana, y Manuel alzó una ceja, divertido.

—No es el primer pecho que veo, y estoy seguro de que tampoco es la primera vez que tú lo enseñas.

—Por si acaso...

—Tampoco es tan espectacular... los he visto mejores.

—Y yo también he conocido hombres más amables y menos engreídos que tú.

—¿Eso es un recuerdo o una suposición?

—Ambas cosas.

Manuel sonrió. Aquella era la mujer que recordaba de la boda de Javier, combativa e ingeniosa. No la apocada e indefensa que había encontrado en el hospital, lo que le hizo suponer que la amnesia estaba remitiendo. Esa nueva Stefany despertaba en él las ganas de provocarla.

Sujetando la sudadera contra el pecho para cubrirse lo más posible, se dirigió de nuevo al cuarto de baño.

—Tienes otro problema, Stefany.

Se giró a medias.

—¿Cuál?

—No debes mojar te el vendaje del hombro.

—¿Y cómo pretendes que me duche?

—¿Cómo lo has hecho en el hospital?

—No lo he hecho, me lavaban las enfermeras en la cama; por eso lo necesito tanto.

—Puedo echar te una mano sosteniendo la alcachofa de la ducha mientras tú te enjabonas, si la sujetas a la pared te empaparás entera. Salvo que prefieras que te enjabone yo. Ningún problema por mi parte.

—No, gracias... ya me las apañaré.

Él se encogió de hombros.

—Como prefieras.

Stefany entró de nuevo en el cuarto de baño. Con dificultad se deshizo del pantalón de chándal y de las braguitas de algodón. Solo tenía tres por lo que debería lavarlas una vez terminara.

Desnuda entró en la bañera, agarró la alcachofa con la mano sana, y con la

misma trató de abrir el grifo. Un fuerte chorro de agua helada brotó hacia arriba y tuvo que apartarse para no mojar el hombro vendado. Cortó el flujo de líquido y lo volvió a intentar, esta vez dejando fluir solo un delgado hilo, con el que se humedeció el cuerpo apenas lo suficiente para aplicar el gel que proporcionaba el hotel. No se atrevió con el cabello ante el riesgo de mojar el vendaje. Le habían dicho que debería llevarlo al menos diez días, y no quería pensar en tanto tiempo sin lavarse el pelo, pero era impensable hacerlo sola en aquellas condiciones.

Se lavó lo mejor que pudo con el escaso caudal de agua que podía permitirse sin mojarse y se puso ropa interior limpia y el pantalón de chándal. Se metió la camiseta de Manuel por la cabeza dejando cubierto el brazo vendado. También dejó en remojo con gel de ducha las braguitas que acababa de quitarse y salió a la habitación.

Le vio sentado en la cama comprobando algo en el móvil, que tenía conectado a un enchufe para cargarlo.

—¿Cómo ha ido la ducha? —preguntó con interés. No dudaba que le habría resultado difícil, pero la chica era una luchadora, de eso estaba seguro.

—Bien.

—¿No te has lavado el pelo?

—No me he atrevido, hubiera sido muy complicado sin mojar la venda. Lo cierto es que no me siento limpia del todo, pero tal vez cuando consiga coger más soltura haciendo las cosas con una sola mano, me atreva. No sé si soportaré diez días más teniéndolo así.

En verdad lo necesitaba. Los mechones aparecían grasientos y apelmazados. Manuel recordaba el hermoso pelo que lucía en un recogido un año atrás. Ahora lo llevaba en una melena a la altura del hombro con un corte atrevido y asimétrico.

—Si quieres puedo ayudarte. —Se ofreció—. No tienes que permanecer así hasta que te quiten el vendaje.

—¿Cómo? Se mojará con el agua de la ducha.

—No tiene por qué ser bajo la ducha. He vivido en campamentos durante meses, sin agua corriente y te aseguro que ni mis compañeras ni yo hemos

estado sin lavarnos el pelo durante ese tiempo.

—¿Has estado en campamentos? ¿En qué trabajas? ¿Eres periodista o algo así?

—Pertenezco a los GOE, uno de los cuerpos especiales del ejército. —Sonrió al recordar la reacción de ella cuando le habló del tema por primera vez.

—Eso suena peligroso.

Manuel lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes? ¿No lo es? ¿Acaso eras el cocinero?

—¿Tengo pinta de cocinero?

Stefany observó los bíceps y los pectorales marcados bajo la camiseta y negó, convencida.

—No.

—Sí, es peligroso, pero eso es lo que me atrae de la profesión. Aunque tengo a mi madre siempre con el alma en vilo, pobrecita.

—¿Y estás aquí por motivos de tu profesión? Porque no creo que te hayan mandado a remover escombros.

—No, estoy por motivos personales. Trato de localizar a alguien con quien no consigo ponerme en contacto desde el terremoto.

—Una mujer, seguro.

Él esbozó una sonrisa pícara.

—Dos.

—Sí, tienes aspecto de ser de los que se las tiran a pares.

—Cuando se presenta la ocasión, no le hago ascos a un buen trío. Y volviendo a nuestro tema, ¿quieres que te lave el pelo, sí o no? No tendrás que desnudarte, tal como estás es perfectamente factible. Lo he hecho antes.

—¿Le lavabas el pelo a tus compañeras en los campamentos?

—Pues sí, y aunque no te lo creas, hacían cola ante mi tienda el día que conseguíamos agua suficiente. —Sonrió alzando una de las comisuras de la boca y con un leve encogimiento de hombros.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres muy arrogante?

—Me lo han dicho —admitió—. Y también que voy de *sobrao*.

—¿Eso qué es?

—Más o menos lo mismo, pero en el lenguaje de mi tierra. Bueno, ¿aceptas o

no? No tenemos toda la tarde y hay que conseguir algo de cena.

—De acuerdo.

Manuel cogió una silla y la colocó delante del lavabo. Hizo que Stefany se sentara en ella de espaldas a la pieza y le cubrió los hombros con una toalla.

—Echa la cabeza hacia atrás.

Se situó a su lado y, tras abrir el grifo, graduó la temperatura del agua. Le humedeció el cabello y, después de echarse una generosa cantidad de champú en las manos, procedió a enjabonarlo.

La presencia del hombre tan cerca le causaba un leve desasosiego, pero nada comparado con lo que sintió cuando las manos de él comenzaron a frotar el cuero cabelludo. Los dedos se deslizaban jabonosos por la piel produciendo un masaje sensual, o al menos eso le pareció a Stefany. El movimiento rotativo le estaba empezando a calentar la sangre y volvió a pensar una vez más que habían tenido algo en el pasado, porque era como si reconociera sus manos y su forma de tocarla. El corazón se le agitó y el pulso se le aceleró sin que pudiera evitarlo. Y lo peor es que estaba segura de que él lo sabía.

De repente un fogonazo de su memoria le trajo la imagen de Manuel con una camisa negra y el pelo más corto de lo que lo llevaba en aquel momento.

—¿Cuando nos vimos tú llevabas puesta una camisa negra?

—Sí. En la boda de tu hermana yo vestía traje gris y camisa negra. ¿Por qué? ¿Lo recuerdas?

—Ha sido un *flash*, una imagen que me ha venido a la mente con nitidez.

—Eso es buena señal, significa que los recuerdos llegarán poco a poco. También yo recuerdo que en la boda tenías el cabello más oscuro. ¿Eres de las que cambian continuamente de color de pelo?

—Estoy segura de que no. Soy rubia y es posible que en algún momento me haya teñido, pero tengo la certeza de que fue algo ocasional.

Stefany empezó a pensar si estos estarían motivados por impulsos sensoriales y necesitaría ver o sentir a las personas que había olvidado para volver a recordarlas.

Los dedos de Manuel, impregnados de champú, continuaban haciendo su labor de limpieza, y también de seducción. Por la mente de Stefany pasó la idea de

que, si el simple roce de unos dedos en su cabeza le producían sensaciones tan intensas, qué no le provocarían otro tipo de caricias de aquel hombre. Y estuvo segura de que ya la primera vez que lo vio supo que era alguien peligroso, no solo por su trabajo en el ejército sino también para cualquier mujer, incluida ella.

—Relájate.

La palabra, susurrada con voz ronca, provocó el efecto contrario e hizo que se alterase más aún.

—Ya es suficiente —pidió—. Me siento el pelo limpio.

Una leve risita acompañó al momento en que dejó de tocarla. Abrió el grifo, enjuagó la melena, y después de envolverla en una toalla, salió dejándola sola. Stefany se lo agradeció, necesitaba un poco de espacio. Se miró al espejo y se vio como si acabara de echar un polvo; los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas.

—Menudo truhan estás hecho —susurró para sí—. Pero si esperas seducirme lo llevas claro. No recuerdo quién soy, dónde vivo ni quiénes son mis familiares, pero sí sé cómo soy, y que no me van los tipos como tú ni lo que puedes ofrecerme.

Cuando se reunió con él tras secarse el pelo con una toalla y peinarlo con un peine que encontró en el cesto sobre el lavabo, lo vio de nuevo sentado en la cama y hablando por teléfono.

—Acaba de salir del baño —le escuchó decir—. Se encuentra bien. ¿Quieres hablar con ella?... De acuerdo, pásame a Alice.

Clavando en Stefany la mirada, le tendió el dispositivo.

—Tu hermana quiere hablar contigo.

Lo miró alarmada, presa del pánico.

—¡No me acuerdo de ella!

—No te preocupes por eso, ya lo sabe.

Cogió el aparato con mano temblorosa.

—Hola... —saludó dubitativa.

—¡Stefany! Que alegría escucharte... Javier y yo estábamos muy preocupados por ti.

Stefany reconoció la voz. No la asociaba con nadie, pero la había escuchado

antes sin ninguna duda. Era una voz que le transmitió un sosiego y una tranquilidad que la relajó al instante. No lograba ponerle cara, por mucho que intentaba imaginar el rostro de su hermana, no lo conseguía, pero supo que mantenían una buena relación.

—Estoy bien, un poco magullada, nada más.

Manuel se había quedado en la estancia para escuchar la conversación, no por cotillear lo que pudieran decirse, sino por ayudar a Stefany si se bloqueaba por su falta de memoria. Sacudió la cabeza ante la entereza de la chica. Tenía una fisura en un hombro y una costilla rota, además de un traumatismo craneoencefálico que acarrearaba una pérdida de memoria, y admitía «que estaba un poco magullada». No era una blandengue, desde luego, y él admiraba eso en cualquier persona, pero más en una mujer. Demasiado a menudo se había topado con algunas que exageraban una debilidad física que no tenían para conseguir algo.

—No te recuerdo —susurró Stefany con pesar al teléfono.

—No te preocupes, todo volverá a su lugar en unos días, ya lo verás. Manuel cuidará de ti mientras tanto.

Recordó los dedos de él masajeando su cabeza y tuvo sus dudas, pero no podía decírselas a su hermana; ella confiaba en aquel hombre. Aunque en realidad él no había hecho nada indecoroso ni se había propasado en absoluto, pero el simple roce de sus dedos le habían producido sensaciones que la habían alterado mucho.

—A él sí tengo la seguridad de conocerle. Dice que nos vimos en tu boda. Eso me da la esperanza de que cuando os vea a vosotros os recuerde también.

—Seguro que sí. Confía en Manuel, a pesar de lo que pueda parecer es buena persona.

—Lo haré.

De repente una pregunta le cruzó el pensamiento y se le hizo importante conocer la respuesta.

—Alice... ¿Tengo pareja? ¿Hay un hombre en mi vida?

Manuel alzó una ceja y puso más atención a la charla.

—No.

—¿Estás segura?

—Estás soltera y por lo que yo sé, ni siquiera te gusta nadie.

—A veces me asalta la imagen de un hombre, pero no sé quién puede ser. Moreno y corpulento, y también la de un niño que me tiende los brazos.

—El niño puede ser mi hijo Javi; te adora. Y el hombre, sin lugar a dudas, es Scott.

—¿Scott? ¿Quién es?

—Tu amigo del alma desde que erais niños. Os habéis criado juntos y ahora forma parte de nuestra empresa de diseño.

—¿Tenemos una empresa?

—Sí. Tú te ocupas de diseño gráfico y yo de interiores. Scott se encarga de las instalaciones necesarias en casas y locales.

Se había relajado a medida que hablaban, y le hubiera gustado seguir mucho rato más, pero era consciente de que las separaban muchos kilómetros y que probablemente la llamada le estaría costando muy cara a quien la hubiera realizado.

—Te tengo que dejar, Alice. Manuel me espera para cenar.

—De acuerdo, cariño... ¡Cuídate! Un beso muy fuerte.

—También para ti.

Cortó la llamada y alzó los ojos hacia el hombre que la observaba en silencio.

—¿Ha sido tan terrible? —le preguntó recogiendo el teléfono que le tendía.

—No, ha sido muy tranquilizador.

—Claro que sí. —Seguía observándola detenidamente—. De modo que Scott...

Ella se encogió de hombros. Quizás era buena idea que pensara que tenía una relación. Quizás así dejaría de mirarla como lo hacía, provocándole aleteos por todo el cuerpo. No la había mirado así en el hospital, sus visitas habían sido más frías e incluso pensaba que de compromiso.

—Al parecer sí hay un hombre en mi vida, aunque no lo recuerdo de momento. No sé cómo de profunda es mi relación con él, pero confío en que cuando lo vea lo sepa al instante.

—Es muy posible —comentó—. Ahora vamos a comer. ¿Quieres salir o

prefieres que salga yo y traiga algo para tomarlo aquí?

—Lo que te apetezca.

—Entonces salgo yo. Cuanto menos te muevas, antes te curarás y podrás regresar a casa en mejor estado.

Se dio una ducha y salió para regresar poco después con una bolsa de comida rápida. La tomaron sentados en las camas y después llegó la hora de dormir.

Manuel se desnudó sin pudor, dejándose solo el bóxer, y se metió en la cama. Se giró hacia la pared para darle un poco de intimidad mientras se quitaba el pantalón de chándal.

—Si necesitas ayuda me lo dices.

—Puedo sola, gracias.

Poco después la sintió meterse en la cama y apagó la luz.

—Te repito lo de antes... Duerme tranquila que no te voy a meter mano mientras lo haces.

—Lo sé. —Estaba segura de ello. Si alguna vez ese hombre la tocaba no sería de forma furtiva ni impuesta, sino para que lo sintiera... y lo disfrutara.

Cerró los ojos y el cansancio y los analgésicos hicieron que se quedara dormida de inmediato.

Manuel, en cambio, tardó mucho rato en hacerlo pensando en cómo continuar su búsqueda y cuidar de Stefany al mismo tiempo.

Capítulo 7

Las mejores amigas

Después de tomar la decisión de separarse de forma temporal de Isaac, Merche tuvo que afrontar otra tarea muy desagradable, y era comunicárselo a sus hijos, y por supuesto a Susana, su hermana y también su mejor amiga. Siempre había existido entre ambas una relación muy especial que iba más allá del parentesco. Habían compartido piso en la juventud y también confidencias y estrecheces. En esa época conocieron a sus respectivos maridos y habían hecho juegos malabares para cuadrar sus horarios y estar con sus chicos en el único dormitorio de la pequeña vivienda.

Decidió hablar con ella en primer lugar, segura de que los sensatos consejos de su hermana la ayudarían a encontrar la mejor forma de contárselo a Isaac y a Manuel. No tenía dudas de que el primero lo entendería, pero su hijo menor era temperamental e impulsivo y no sabía cuál podría ser su reacción. Con toda seguridad tendría que contenerle para que no interviniera y respetase la decisión que Isaac, y sobre todo ella, habían tomado.

Se presentó en casa de su hermana una tarde tras telefonarle y autoinvitarse a un café.

Le abrió Fran, su cuñado, al que conocía desde hacía muchos años y a quien quería como si fuera un hermano. Tras un cariñoso abrazo, la condujo hasta el salón donde Susana hablaba por teléfono con su hijo Sergio. Por lo que Merche pudo escuchar, planeaban reunirse para una de las numerosas barbacoas que la familia celebraba.

Se sentó a esperar que terminase la conversación y sonrió al ver la felicidad de su hermana. Una felicidad que ella también había disfrutado hasta hacía muy poco, pero que en aquel momento sentía que se le escapaba de las manos.

Una vez terminada la charla, Susana se acercó y la besó. Se sentó a su lado y le preguntó sin más:

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo sabes que ocurre algo?

—Merche...

—Ya... —trató de sonreír y apartar la profunda tristeza que sentía y que transmitían sus ojos—. Me conoces mejor que nadie.

—¿Están bien los chicos? —preguntó Susana consciente de la continua preocupación de su hermana por la profesión de sus hijos, sobre todo el menor que continuaba perteneciendo a los GOE y se jugaba la vida en peligrosas misiones en zonas de conflicto. Cuando no conseguía localizarle por teléfono, Merche sabía que se encontraba en una de ellas.

—Sí, ningún problema con ellos, aunque Manuel está desaparecido de nuevo.

—Regresará cualquier día, comiéndote a besos, como siempre.

—Sí, es un zalamero.

Fran intuyó que su cuñada quería hablar a solas con Susana y se disculpó:

—Me voy al despacho, tengo trabajo que hacer. ¿Queréis que os prepare un café antes?

—Mejor un *whisky* —pidió Merche—. Aunque tenga que conducir luego.

Su hermana no era bebedora y mucho menos de las que se arriesgaban a conducir en estado de embriaguez, por lo que Susana se empezó a preocupar de veras.

Una vez Fran les hubo servido las bebidas y desapareció en el despacho, Merche le dio un largo trago al vaso, tomando ánimos para la bomba que iba a soltar.

—Isaac y yo nos estamos replanteando nuestro matrimonio. Vamos a separarnos un tiempo hasta que tengamos claro qué queremos hacer.

Susana clavó los ojos en los de su hermana, que eludió su mirada.

—¿Qué ha pasado? Ha metido la pata, ¿no?

—¿Qué te hace pensar que es eso lo que ha ocurrido?

—Porque tú sigues tan enamorada de él como el primer día y si te estás planteando una separación es porque ha hecho algo que no puedes perdonar.

—No es lo que piensas. —Dio otro trago—. Es peor.

El silencio, un arma muy utilizada en los interrogatorios, hizo que Merche se lanzara a contarle todo.

—He descubierto que anda tonteando con una de las chicas jóvenes de la tienda, aunque él dice que no ha pasado nada serio; nada que, como tú dices, no pueda perdonar.

—¿Entonces?

—El problema está en por qué lo ha hecho. —Otro trago. A ese paso acabaría borracha antes de salir de casa de su hermana y esta o Fran deberían llevarla a casa—. Dice que la vida conmigo se le antoja aburrida y monótona, que esta chica, muy joven, le hace sentirse vivo. Hace meses que no hacemos el amor, y cuando sucede la pasión brilla por su ausencia, eso ya lo había notado, pero pensé que era algo lógico a nuestra edad. El fuego se apaga. No sé si es su culpa o la mía, pero lo cierto es que hay un problema en nuestra relación, más allá de lo de Martina.

Enfrentó la mirada de su hermana y suspiró antes de preguntar

—¿A vosotros os ha pasado algo parecido? ¿La pasión se ha enfriado?

—No, Merche, no es nuestro caso. Incluso ha aumentado desde que los chicos se fueron de casa; ahora no tenemos que preocuparnos de seguir un horario o que nos escuchen.

—Me alegro mucho por vosotros.

—¿De quién ha sido la decisión de dejarlo temporalmente?

—Mía. Él dice que hará lo que sea para arreglarlo, que se alejará de la chica, pero yo no voy a poner un parche en nuestra relación. Quiero darle tiempo y espacio para que decida si quiere seguir conmigo o no. No pienso pasarme la vida pensando si lo hace por costumbre, si no se siente vivo, si...

Los sollozos que llevaba conteniendo durante días estallaron por fin, liberándola. Susana la abrazó con fuerza, y la instó a soltar la presión.

—Eso es... llora; te hará bien. No te contengas, estás conmigo, cielo... llora.

No tienes que hacerte la dura...

Y lo hizo. Sin contención, sin medida. Susana le rellenó el vaso y Merche volvió a beber, sintiendo que poco a poco el gran peso que le oprimía el pecho se iba aligerando.

—Ahora habla, suéltalo todo.

—He pedido el traslado a la tienda de Los Arcos, no puedo soportar verle continuamente y tampoco las miraditas cotillas de las dependientas. Creen que hemos roto por culpa de Martina, porque Isaac se ha liado con ella.

—¿Y cómo están las cosas con él en este momento?

—Se fue de casa ayer, se muda con un amigo soltero hasta que decidamos qué vamos a hacer. Eres la primera en saberlo, todavía tenemos que decírselo a los chicos, y no sé cómo.

—Juntos. Es la única forma de que lo acepten sin culpabilizar a nadie. Hazles ver que es una decisión de los dos, y lo entenderán. Que son asuntos de pareja y que a ellos no les afecta en nada.

—Isaac no dudo que lo comprenda, pero Manuel... ya le conoces.

—Manuel no está en este momento, así que cruza ese puente cuando llegue.

—Tienes razón.

—¿Otra copa? —propuso viendo que su hermana había vuelto a terminarse el vaso. Ella aún estaba con el primero.

—¿Quieres emborracharme?

—Mañana no tienes que trabajar, es domingo.

—Pero debo volver a mi casa, y ya llevo dos.

—No tienes que volver a tu casa, tengo cuatro dormitorios vacíos listos para ser ocupados.

—¿Y estropearos una sesión maratónica de sexo ahora que estáis solos?

—Cariño, yo he hablado de sexo y de pasión, no de maratones. Ya no tenemos veinte años.

—No, no los tenemos —dijo con pesar.

—Pero eso no significa que no estemos estupendas.

Merche esbozó una mueca de disgusto y Susana le rellenó otra vez el vaso.

—¿Quieres un consejo? Tienes que dar un cambio a tu vida. Vete a un buen

salón de belleza, cambia de aspecto, apúntate a un gimnasio y ponte en forma.

—No pienso hacer nada de eso para agradarle a un hombre, aunque ese sea Isaac. Y haga lo que haga no puedo competir con una cría de veinte años, por mucha cabeza hueca que tenga.

—No se trata de agradarle a él, sino de ti. ¿Cómo te sientes?

—Como una puñetera mierda. Gorda, con estrías, con canas aunque me las tiña...

—Lo dicho. Vamos a hacer que recuperes la autoestima.

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas cuando me llevaste de compras, arañando los ahorros de las dos, para aquella fiesta de cumpleaños de Raúl? Me compré ropa nueva, me hiciste un peinado diferente, y yo me sentí de puta madre.

—Hace mil años de eso.

—Algunos menos. Vamos a hacer lo mismo contigo. Pero nada de C&A, ni de ver a tus compañeras de siempre, iremos a otro sitio.

—Gracias.

—Y ahora, antes de que te caigas redonda, vamos a pedirle a Fran que nos prepare algo de cena y te quedas a dormir que mañana vamos a hacer barbacoa.

Era muy frecuente que su hermana y su cuñado organizaran una barbacoa familiar los fines de semana a la que solían acudir hijos y nietos. No era eso lo que le apetecía en aquel momento.

—No, todos se preguntarían por qué no está también Isaac y tendría que dar explicaciones o mentir. Mis hijos deben enterarse antes.

—En eso te doy la razón. Pero esta noche sí te quedas, te vas por la mañana.

—De acuerdo.

Capítulo 8

Daniela

Stefany se levantó con la sensación de haber descansado, algo que no había hecho en cuatro días. Una cama cómoda y silencio habían supuesto un lujo para ella después de su estancia en el hospital.

—He tenido un sueño —dijo al hombre que la observaba en silencio, sentado en la silla que había junto a la cama—. He visto a una chica delgadita y morena que me miraba con una enorme sonrisa. ¿Crees que podría ser Alice?

—No lo sé, no estoy dentro de tu mente.

—No pretendía molestarte con la pregunta, solo comprobar si estoy recordando. Disculpa.

Manuel reconoció que había respondido de manera bastante brusca, pero llevaba un par de horas despierto, contemplando a una preciosa chica dormida, y su instinto de cazador se había despertado. Iba a contenerlo, por supuesto, aunque la tarde anterior había captado las señales del cuerpo de Stefany cuando le lavó el pelo. Lo hizo como estaba acostumbrado, de forma instintiva. Quizás debería haberse limitado a frotar el cuero cabelludo con energía, pero no había podido controlarlo, los dedos habían masajeados de forma erótica y se había establecido una corriente sensual entre los dos.

Aquella mañana al despertarse fue incapaz de resistirse a la tentación de contemplarla a sus anchas. Stefany era preciosa, a pesar de su aire perdido en aquel momento. No importaba su falta de maquillaje ni la ropa barata y anodina. La tersura de la piel, la línea de las mejillas y la boca sensual lo habían tenido

embobado durante un buen rato. Y el saber que ella solo llevaba puesta su camiseta azul, no había ayudado a tranquilizarle y tampoco a que la habitual erección comenzara a bajar.

—No me has molestado ni tengo que disculparte nada. Pero es cierto que no te puedo responder si la chica con la que has soñado es tu hermana. Mujeres morenas y delgadas hay muchas, y aunque Alice responde a esa descripción, no puedo asegurarte que se trate de ella.

—Claro.

—Ahora, te ayudaré a vestirte y vamos a salir. Necesitas nueva documentación para abandonar el país y entrar en Estados Unidos, y algo más de ropa. También yo necesitaré un permiso para acompañarte. No puedo entrar en tu país así como así. Después te traeré de nuevo al hotel y yo continuaré con mi tarea de búsqueda. ¿Te parece bien?

—Lo que tú decidas me parece bien. En estos momentos dependo de ti para todo, no estoy en situación de elegir.

—Pues en marcha.

Con trabajo y apoyándose en el colchón con una mano, se incorporó en la cama y se sentó en el borde. Manuel intentó apartar los ojos de los muslos expuestos bajo la camiseta, que Stefany trató de cubrir sin conseguirlo. Se giró para que ella pudiera levantarse con algo de privacidad y después la ayudó a ponerse la ropa que había usado para salir del hospital el día anterior. Con ella estaba menos sexi que con la corta camiseta y Manuel agradeció verla vestida, porque a pesar de lo que dijera la noche anterior, el pecho que vislumbró era tan bonito como el resto de ella.

—Lista. En seguida nos vamos.

Entró un momento en el baño para mojarse la cara con agua helada y salió dispuesto a afrontar un nuevo día. La expresión de Stefany reflejaba dolor, algo que cambió de inmediato al verle salir del baño, tratando de ocultar su malestar.

—¿Te duele mucho? —preguntó con la certeza de que así era.

—Un poco —admitió.

—En seguida desayunamos para que te tomes los analgésicos. Y no hace falta que trates de disimular, sé que duele.

—Soy una chica fuerte, y aguanto bien el dolor.

Manuel soltó una sonora carcajada, y añadió:

—Mi madre dice que si los hombres tuviéramos que parir hace ya mucho que se habría acabado el mundo.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Totalmente —rio—. No me veo embarazado ni dando a luz.

—Y tampoco te gustan los niños, estoy segura.

—Son una gran responsabilidad.

—Pero dan muchas alegrías. Yo estoy loca con mi sobrino.

—¿Lo recuerdas?

Ella negó.

—No, aunque tengo esa certeza. Pero tienes toda la razón, tener un niño que sea responsabilidad de otro, es un lujo.

Manuel sacudió la cabeza y se puso serio antes de comentar:

—Sí, supongo. Pero no tienes un sobrino, sino dos. La pequeña Marga se ha incorporado hace unos meses a la familia. Ahora, si estás lista, nos vamos, hay mucho que hacer.

Stefany notó un tono duro en su forma de hablar y se apresuró a aceptar la propuesta. Le hubiera gustado que le contase más sobre esa nueva sobrina a la que no recordaba, pero él estaba impaciente por solucionar sus asuntos y ella no quería demorarle más de lo necesario.

—Vamos cuando quieras.

Salieron juntos del hotel. La costilla rota y el hombro le dolían bastante, pero trató de mantenerse entera. Se sentía fatal por haber irrumpido en la vida de Manuel y entorpecer lo que fuera que le había llevado a México, y estaba dispuesta a no hacerle partícipe de sus molestias más de lo necesario.

Se detuvieron a desayunar en un local cercano, un desayuno típico mexicano, contundente y nutritivo, que Stefany comió sin mucho aptito y Manuel con deleite. Cuando ella apartó el plato, incapaz de continuar, él lo cogió.

—¿Ya no quieres más?

—Es demasiado para mí.

—Yo aún tengo hambre, me he despertado temprano: y además no me gusta

desperdiciar alimentos.

Continuó comiendo con apetito. Al contemplar su cuerpo delgado y fuerte, Stefany se preguntó dónde echaba toda aquella comida, porque no se apreciaba ni un solo gramo de grasa en él.

—¿Siempre comes tanto?

—No, solo cuando puedo. En algunas misiones he llegado a pasar hambre o a tener una dieta muy pobre. Por eso, siempre que tengo ocasión, aprovecho. ¿Y tú? ¿Siempre comes tan poco?

—Al parecer sí, porque no me cabe un solo bocado más. Pero más bien creo que suelo tomar otro tipo de alimentos más ligeros. Leche, fruta... Es lo que me viene a la mente cuando pienso en desayunos

—Este está delicioso.

Lo contempló comer disfrutando de cada bocado, y no tuvo duda de que era un hombre capaz de gozar y de expresar todos los placeres de la vida al máximo. Cuando terminaron, se dirigieron a la embajada de Estados Unidos para solicitar un nuevo pasaporte para Stefany que le permitiera salir de México y regresar a su propio país sin problemas.

Después pasaron por un centro comercial para realizar algunas compras de ropa. Stefany eligió unas prendas más de su estilo, fáciles de quitar y poner para necesitar al mínimo la ayuda de Manuel, y un pijama de florecitas que él encontró adorable. Cuando la conoció en la boda de Javier le pareció más sofisticada, pero la elección de aquellas prendas le mostraba una Stefany sencilla y encantadora. Al principio se mostró preocupada por el dinero que él estaba gastando, pero la tranquilizó al decirle que Alice le había enviado una cantidad por PayPal para que ella dispusiera de efectivo.

Una falda, varias camisetas de manga corta, unos zapatos y el pijama fueron su adquisición, además de nueva ropa interior.

Stefany se veía agotada después de las compras y regresaron al hotel.

—Lo lamento, pero tengo que dejarte sola —se disculpó.

—No te preocupes, necesito echarme un rato.

—Cuando tengas hambre utiliza el servicio de habitaciones, no sé a qué hora volveré.

Pensaba dar de nuevo una batida por el barrio de Daniela. No tenía muchas más opciones, y las esperanzas eran cada vez más débiles, pero se negaba a rendirse.

Ayudó a Stefany a desprenderse de la sudadera. En esta ocasión llevaba una camiseta de manga corta debajo, lo que le privó de un bonito espectáculo en forma de seno. Esbozó una sonrisa torcida y le recomendó de nuevo descansar. Las leves muecas a la hora de vestirse le indicaban lo dolorida que estaba. Dejándola tendida en la cama, se marchó.

Lo primero que hizo fue buscarle un móvil de tarjeta prepago, muy básico y de poco precio, para que pudiera ponerse en contacto con él en caso de necesitarle, y también para llamar o recibir llamadas de su hermana cuando lo deseara. Era cierto que Alice le había enviado por PayPal una cantidad considerable para cubrir los gastos que pudiera tener.

Después, relegó el recuerdo de la mujer que le esperaba en el hotel y se concentró en la que lo había llevado a México.

Regresó al barrio donde Daniela residía, con escasas esperanzas de encontrarla, pero en esa ocasión la suerte estuvo de su parte. El tendero que ya le había visto otras veces por la zona, le hizo una seña para que se acercase.

—Usted buscaba a Daniela Mendoza ¿verdad?

—Sí. ¿Ha sabido algo de ella? —pregunto con un deje de aprensión.

—Ha estado aquí esta mañana. Se encuentra bien, ya se lo dije.

—¿Por qué no le ha dado mi teléfono para que me llamase? Necesito hablar con ella de forma urgente.

—Lo he hecho, pero cuando me ha preguntado por su aspecto y le he dado su descripción, ha dicho que es usted un pesado y no ha querido anotar el número. ¿Le ha hecho algo? ¿La está acosando? Porque si es así llamaré a la policía ahora mismo.

—Le aseguro que nunca le he hecho daño y tampoco la acoso. Soy su amigo desde hace tiempo y cuando supe del terremoto he venido desde España para asegurarme de que ella y su familia se encuentran bien. Creo que al menos me merezco una llamada en persona para que me lo confirme.

El hombre le miró a los ojos y asintió.

—Le creo. Hay angustia y preocupación en su voz. Voy a decirle algo... va a regresar esta tarde para hablar con el encargado de la restauración del edificio, la escuché concertar la cita para las cinco justo en la puerta.

Manuel consultó la hora. Eran apenas las tres, aún no había almorzado, pero no pensaba moverse de allí. Tenía una perfecta vista de la entrada y mucha paciencia.

Permaneció inmóvil como una estatua, apostado en la esquina, ignorando el hambre y la sed, las dos horas y media que tardó en ver a Daniela aparecer. Era una mexicana bellísima, que había ganado con los años. Poco quedaba de la jovencita casi adolescente que conociera en el pasado, solo la piel suave, el cuerpo esbelto y la larga melena negra que le caía por la espalda, lisa y sedosa.

La vio reunirse con un hombre que sin duda la esperaba y conversar con él durante un rato. Después se despidieron y, cuando comenzó a caminar sola, la siguió. La alcanzó en dos zancadas, era mucho más alto y estaba habituado a hacer ejercicio. Aún recordaba lo pequeñita que la sentía entre sus brazos el tiempo que estuvieron juntos. Se sacudió la nostalgia y la llamó por su nombre.

—Daniela...

Ella se giró y enfrentó su mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con evidente enfado.

—Buscarte.

—Eso ya lo sé, he intuido que eras tú cuando Anselmo me ha dicho que alguien había preguntado por mí con insistencia.

—Supe del terremoto y tenía que asegurarme de que estabas bien. De que las dos lo estáis. Te llamé por teléfono y no respondías.

Un hondo suspiro de exasperación salió de su garganta.

—Cambié el número precisamente para eso, para que no pudieras localizarme. Y no sé cómo has conseguido mi dirección.

—No me resultó fácil —Aseguró. «Ni barato».

—¿Cómo tengo que decirte que nos dejes en paz? Lo nuestro terminó hace muchos años.

—Nueve.

—Sí, nueve.

—Y te has casado, y has formado una familia, ya lo sé.

—Pues pasa página, por favor.

—He pasado página en lo que a ti se refiere, pero no puedo hacerlo con Lupe.

—¡No es hija tuya, ya te lo dije!

—Y yo no puedo creerlo. No sé ahora lo que harás, pero cuando tuvimos nuestra aventura no te ibas acostando con todos los hombres que te rodeaban.

—Eso es lo que tu ego quería creer, pero hubo otros. Tú eras un crío que solo podía ofrecirme sexo, y yo no quería pasarme la vida sirviendo mesas en un hotel. Picaba más alto.

—Sigo sin creérmelo.

—Eso es porque te enamoraste de mí.

—Como solo un joven de veintiún años puede hacerlo, sí. Pero eso pasó; sin embargo, está Lupe.

—Que vuelvo a repetirte, no es hija tuya.

—Hay una forma muy fácil de averiguarlo.

—¿Te refieres a una prueba de paternidad? No.

—¿Por qué no?

—Porque mi hija, que no la tuya, ya tiene un padre y es mi marido. No la voy a someter a prueba alguna porque ella nunca debe saber que no ha nacido dentro de mi matrimonio y que sus hermanos lo son solo a medias.

—¿Tienes más hijos?

Asintió.

—Dos chicos.

—Por favor, Daniela... bastaría unos cabellos.

—Vete, Manuel. Sal de nuestra vida y no vuelvas. ¡Nunca!

Se dio media vuelta de nuevo y se alejó. Él desistió de seguirla. Estaba furioso; la negativa a permitirle hacer pruebas de paternidad no hacía más que confirmarle que Lupe sí era su hija. Y Daniela sabía que no lograría mantenerle alejado de ella si lo averiguaba.

Regresó al hotel de un humor de perros. Acababa de terminar su misión en Ciudad de México, pero no podía marcharse aún. Stefany no se encontraba en condiciones de viajar y él se había comprometido a acompañarla a Richmond

cuando estuviera más recuperada y tuviera la documentación en regla.

Ella le aguardaba levantada y mirando por la ventana con aire ausente. Al escuchar abrirse la puerta de la habitación, se giró y le bastaron unos pocos segundos para comprender que Manuel estaba muy contrariado.

—Hola —saludó.

Recibió apenas un gruñido por respuesta.

—¿No ha habido suerte?

—¿Suerte en qué?

—En lo que quiera que hayas estado haciendo.

—No me apetece hablar de ello, y tampoco es asunto tuyo.

—No pretendía inmiscuirme, solo trataba de ser amable.

—No tengo humor para amabilidades en este momento.

—Entendido.

Manuel sabía que no había sido justo con ella, pero no tenía ganas de charla. Se sentía frustrado una vez más en su intento de averiguar si Lupe era en realidad hija suya. Para romper un poco la tensión que se había creado en la estancia, sacó el teléfono móvil que había comprado y se lo dio a Stefany.

—Para que puedas llamar a tu hermana, o a quien quieras. Está operativo, pero tendrás que cargarle la batería.

—Gracias. —La actitud hosca de él no la incitaba a seguir hablando más allá de la más estricta norma de educación. Puso a cargar el dispositivo y volvió a sentarse frente a la ventana, dándole la espalda y dispuesta a no dirigirle la palabra en toda la noche.

Manuel ignoró el gesto y abrió el minibar de la habitación para comprobar irritado que solo contenía una botella de agua. Descolgó el teléfono y encargó al servicio de habitaciones una de tequila. No era bebedor salvo cuando salía de noche y no tenía que conducir, le gustaba mantenerse bajo control desde que nueve años atrás hiciera una estupidez bajo los efectos del alcohol. Pero aquella noche necesitaba un par de tragos. Una vez más había chocado con la férrea voluntad de Daniela, y no podía hacer nada.

Se sirvió la mitad en el vaso que había en el cuarto de baño y se lo tomó en dos tragos, ignorando la parafernalia del pellizco de sal y la rodaja de limón.

El licor de alta graduación le quemó el esófago, pero no le hizo sentir mejor. A continuación, lo rellenó dispuesto a bebérselo más despacio.

Era consciente de que no le iba a sentar bien con el estómago vacío, pero no le importó; no había ingerido nada desde el desayuno y eran ya casi las ocho de la tarde. Continuó bebiendo a pequeños sorbos, sentado en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas extendidas sobre el colchón, sintiendo que la vista se le nublaba y el estómago se le revolvía a cada trago. La espalda rígida de Stefany que continuaba mirando por la ventana y su silencio, le irritaba en vez de calmarle.

—¿No piensas decir nada? — le preguntó hosco.

—Solo podría decir que beber tanto te va a sentar mal y que no solucionará tus problemas. Pero tampoco es asunto mío lo que tomes, ya eres mayorcito.

—Treinta años.

—Edad más que suficiente para asumir el consumo desmedido de alcohol.

—No es desmedido, solo necesito un par de copas.

—Vuelvo a repetir que eso no solucionará tus problemas.

Continuaba dándole la espalda.

—¿No vas a volverte?

—La ciudad, aunque medio derruida, es mucho más interesante que ver a alguien ahogar sus penas en alcohol. Eso es patético.

—No te pases... recuerda que estás a mi merced.

—Que tenga amnesia no implica que esté a tu merced. Tengo la sensación de que sé defenderme.

—¿Con una costilla rota y un brazo inmovilizado? Lo dudo.

—¿Piensas atacarme? ¿Acaso el alcohol te vuelve violento?

—No, el alcohol me vuelve cariñoso —rio.

La espalda de la chica se envaró, ante un posible ataque sexual. El enfado de Manuel se iba disipando con el rifirrafe verbal.

—Pero no voy a intentar nada contigo; por muy borracho que pueda estar, no soy ningún violador. Jamás le hago a una mujer algo que no desee, ya te lo dije. A mí me gusta sentir a las féminas calientes y llenas de deseo entre mis brazos, de modo que puedes estar tranquila... de momento.

Stefany no pudo evitar girar la cabeza y mirarle ante el tono sensual y provocador que había empleado.

—¿Qué significa «de momento»?

Él sonrió de medio lado y los ojos oscuros brillaron con intensidad al decir:

—Que algún día te besaré.

Un intenso cosquilleo le aleteó en las entrañas ante lo que parecía... ¿una amenaza?

—Si para ello debo desearlo yo, no sucederá. Recuerda que tengo pareja.

—Scott.

—Sí

—Ya...

—¿No te lo crees?

—La que no se lo cree eres tú.

Stefany respiró hondo. Él continuaba bebiendo.

—Ya te dije que no sé cómo de profunda es la relación, no lo recuerdo.

—¿Él tampoco te recuerda a ti?

—Supongo que sí.

—¿Y por qué demonios no está aquí, buscándote? Si le importaras lo haría, yo...

—¿Tú qué?

—He cruzado un océano para localizar a alguien.

La voz cambió y se hizo apesadumbrada. Stefany se levantó de la silla y se sentó en el borde de la otra cama.

—¿Quieres hablar de ello?

—No es lo que piensas. —Volvió a beber un largo trago.

Ella le lanzó una mirada recriminatoria, pero Manuel se encogió de hombros y musitó:

—Tengo que estar borracho para hablar de ello. Pero hoy necesito hacerlo, sacarlo de dentro, porque lleva demasiado tiempo aquí enquistado.

—Si quieres te ayudo. Cuando estaba en el hospital me dijiste que habías venido a buscar a dos mujeres.

—Sí, y hoy he encontrado a una de ellas. Daniela.

—¿Y la otra? ¿Acaso ha muerto?

—La otra es mi hija.

La chica parpadeó.

—¿Tienes una hija?

—Sí. No. No lo sé —admitió contrito.

—¿Cómo que no lo sabes?

Manuel rellenó el vaso. La cabeza empezaba a ser una ligera nebulosa y la lengua, pastosa por el alcohol, se empeñaba en hablar y contarle todo, en sacar a la luz un secreto celosamente guardado durante años. Solo su hermano Isaac sabía de la existencia de Guadalupe.

—Hace nueve años, yo acababa de cumplir los veintiuno, y había realizado mi sueño de pertenecer a los cuerpos especiales del Estado. Había llevado a cabo un duro entrenamiento, tanto físico como intelectual a base de cursos y otras pruebas y estaba eufórico. Mi hermano, que ya pertenecía al cuerpo, me regaló un viaje de quince días a Cancún en uno de esos hoteles espectaculares que se ven en las revistas y los documentales. Nos fuimos los dos, antes de que me enfrentase a mi primera misión en zonas de conflicto. Allí conocí a Daniela, trabajaba como camarera en el restaurante, tenía dieciocho años y era preciosa. Yo había salido ya con algunas chicas, nada serio, pero de ella me enamoré como solo un crío de veintiún años puede hacerlo. Hasta las trancas.

—No entiendo esa expresión.

Manuel esbozó una sonrisa.

—Estaba muy enamorado.

Stefany asintió.

—Fue muy duro despedirme de ella, dejarla en otro continente, a un océano de distancia. Regresé y me enviaron a mi primera misión, que me tuvo fuera de España siete meses. No la olvidé, pensaba en Daniela constantemente, y cuando terminé y tuve un periodo de vacaciones, reuní los ahorros y me presenté en Cancún para verla y pasar unos días con ella. Isaac me aconsejó hacerlo con la certeza de que durante ese tiempo los dos habríamos cambiado y se me pasaría el *encoñamiento* del primer amor, como él lo llamaba.

—Supongo que *encoñamiento* significa intenso deseo sexual.

—Más o menos.

—¿Y la encontraste?

—Sí, pero ya no servía mesas. La habían relegado a la cocina porque estaba en un avanzado estado de gestación. Me acojoné, ¿sabes? Acababa de cumplir veintidós años, ella diecinueve y mi vida y mis sueños estaban en el ejército, en los GOE, de misión en misión a cuál más peligrosa. Sin embargo, me sentí en la obligación de hacerme cargo, al menos económicamente, de aquel crío. No me encontraba capaz de renunciar a todo y mudarme a México para criarlo juntos. Mi hermano tenía razón, el *encoñamiento* había pasado y yo ya no sentía lo mismo por ella. Pero Daniela me aseguró que la niña, ya sabía el sexo, no era mía y yo respiré tranquilo. Me quitaba un gran problema de encima.

—¿Y lo era? ¿Quiero decir si podía serlo?

—Sí. Una noche, en la playa, me quedé sin condones. Habíamos bebido bastante y nos dejamos llevar un par de veces. Pero de momento me agarré a sus palabras y volví a España y a mi vida sin mirar atrás.

—¿Hasta ahora?

—No... Al poco tiempo comencé a darle vueltas a la cabeza, no terminaba de creerme las palabras de Daniela, las fechas coincidían y dos años más tarde regresé. Ya no trabajaba en el hotel, pero una de sus compañeras que me reconoció me dio una dirección en Ciudad de México, y aquí me vine. Su cara de sorpresa cuando abrió la puerta y me vio en el umbral fue indescriptible. Agarrada a su falda había una niña morena, que me hizo dar un vuelco el corazón. Me agaché para acariciarla, pero Daniela la apartó de inmediato y la hizo entrar en la casa. La llamó Lupe, por eso sé su nombre.

—¿Se te parecía?

—No lo sé. Era morena como yo, pero no soy muy bueno encontrando el parecido de la gente. Daniela me reiteró que no era mi hija, y me echó con malos modos. Añadió que se había casado, que su marido había adoptado a la niña y que no quería saber nada más de mí. Que no volviera a aparecer en su vida. Le pedí que me dejara hacerle una prueba de paternidad y me dijo que no hacía falta, que Lupe ya tenía padre. Me cerró la puerta en las narices, literalmente.

—Lo siento.

Él volvió a echar más tequila en el vaso. Stefany hizo intención de quitárselo, pero él la esquivó.

—Manuel, basta ya.

—Hoy necesito beber, déjame por favor. Aún no he terminado de contártelo todo.

—De acuerdo. Pero mañana vas a estar hecho polvo.

Él se encogió de hombros.

—Desde entonces he vuelto varias veces para ver a la niña de lejos. Cada año y medio o dos años no consigo evitar la tentación de subirme a un avión para verla crecer. Y es posible que Daniela diga la verdad y no sea mi hija, pero mientras no tenga la certeza... Cuando supe del terremoto tuve que venir a comprobar que estaba bien, tanto ella como sus padres. La idea de saberla sola y huérfana me aterraba, pero por fortuna toda la familia está bien. He visto a Daniela esta tarde.

—¿Y a la niña?

—No, a ella no. —Suspiró—. Supongo que con eso termina mi misión aquí, cuando estés más recuperada podremos salir del país y volver a nuestras vidas.

Stefany asintió. Alargó la mano y esta vez Manuel sí se dejó arrebatar el vaso, ya casi vacío. Se había bebido tres cuartas partes de la botella, los ojos aparecían vidriosos y las últimas palabras habían sonado casi ininteligibles.

Se metió en la cama con movimientos torpes y bajo las sábanas se quitó pantalones y camiseta, ante la mirada atenta de Stefany que acababa de descubrir a un hombre muy distinto del que imaginaba. Se cubrió hasta la cintura dispuesto a dormir, pero antes la miró con fijeza y apuntándola con el dedo le dijo con voz estrepajosa, aunque Stefany le entendió perfectamente:

—Y no lo olvides... Algún día te besaré.

Al instante cerró los ojos y se quedó dormido.

Capítulo 9

No es tan fiero el león...

Sentada frente a la ventana de nuevo, Stefany escuchó los leves sonidos de la respiración de Manuel, ya profundamente sumido en el sueño. El militar peligroso, el conquistador de mujeres, había caído de forma estrepitosa estrellándose contra el suelo para quedar a la vista el hombre que en realidad era. Y ese hombre sí era peligroso para ella. Aunque al día siguiente volviera a comportarse como siempre, a mirarle los pechos y los muslos a la menor ocasión y amenazara con besarla, no podría olvidar la imagen del Manuel abatido, bebiendo para olvidar que quizás tenía una hija a la que ni siquiera podía ver.

Sentada en la oscuridad, había apagado la luz para no molestarle, recordaba la conversación que habían mantenido y una imagen clara de él en la que estaba segura era la boda de Alice, se formó en su mente. De repente una serie de recuerdos comenzaron a hacer su aparición. Una mujer vestida de novia, un niño de corta edad y también una casa con jardín. Stefany supo que estaba recuperando su vida.

Permaneció un rato más disfrutando de pequeños recuerdos que llegaban sin orden ni concierto a su mente, y luego sucumbió al malestar de las lesiones y a un incipiente dolor de cabeza. Se acostó tras ingerir un poco de fruta que le quedaba del almuerzo y los analgésicos que la ayudarían a calmar el dolor.

Le costó trabajo desnudarse sin ayuda, por lo que solo se quitó el pantalón de chándal y se metió en la cama con la camiseta y las braguitas, para dormirse a continuación.

La despertó un sonido apagado que en un principio no supo identificar. Cuando se despejó un poco de las brumas del sueño, comprendió que el ruido provenía del cuarto de baño y se trataba de alguien que vomitaba con violencia. Se levantó y acudió presurosa dispuesta a prestar apoyo al hombre que estaba pagando caro el tequila ingerido.

Manuel estaba de rodillas delante del inodoro, con la cabeza inclinada sobre el mismo y preso de violentas arcadas. No se paró a pensar que él vestía solo un bóxer blanco que dejaba poco a la imaginación y ella una camiseta que ni siquiera le llegaba a las caderas. Se acercó por detrás y le sujetó la frente con la mano sana. Los espasmos, mientras vaciaba el estómago, le produjeron un sordo dolor en la costilla fracturada, pero aguantó sin un quejido hasta que él, desmadejado, se reclinó contra la pared.

—Gracias... —susurró.

Stefany humedeció un extremo de la toalla y se la pasó por la cara, empapada de sudor.

—No hay de qué.

—Ahora es cuando me dices que ya me lo advertiste, ¿no? —preguntó con sorna.

—No, ahora es cuando te recuerdo que eres lo bastante mayor para asumir una resaca de esta envergadura.

Él se llevó las manos a la cabeza.

—Me siento como si me estuviera muriendo.

—Lo sé, también he tenido alguna resaca en mis años mozos. Por suerte Scott siempre estaba ahí para echar una mano y que mis padres no se enterasen.

Manuel frunció el ceño, lo que le propinó un dolor lacerante detrás de los ojos.

—¿Scott? Creí que no te acordabas de él.

—Ya sí.

—Y... ¿La relación es muy profunda?

—Somos buenos amigos.

—¿Amigos con derecho a roce, o sin él?

—Mis recuerdos no llegan a tanto —dijo con una sonrisa. Algo le decía que debía mantener a Manuel en la ignorancia de que Scott y ella no eran amantes,

porque, aunque los recuerdos llegaban poco a poco, tenía la certeza de que así era.

En aquel preciso momento se percataron de la semidesnudez de ambos. Las miradas se pasearon por el cuerpo del otro apreciando lo que veían. El torso moreno de Manuel, recostado contra la pared y cubierto de un ligero vello negro, las piernas fuertes y musculosas y el evidente bulto bajo los calzoncillos blancos, hicieron que Stefany tragara saliva. Las esbeltas piernas de ella, el sexo apenas cubierto por las braguitas blancas de algodón y los pezones marcados por la camiseta hicieron brillar los ojos de él y aumentar un poco más el bulto de los calzoncillos.

—Creo... que deberíamos ponernos algo más de ropa. —propuso incómoda ante la mirada especulativa que la recorría entera. ¡Como si ella no hubiera hecho lo mismo!

—¿Para qué, si ya nos hemos visto?

—Porque...

—Ninguno de los dos tenemos nada que no hayamos contemplado antes ¿no? El tono levemente burlón contrastaba con el lastimero de minutos antes.

—¿Tú no te estabas muriendo?

—Verte así resucita a un muerto.

Stefany lanzó una carajada que estremeció su costilla e hizo una mueca.

—No has debido sujetarme la frente, te has lastimado.

—No es nada, estoy bien. Tú deberías tomarte alguno de mis analgésicos. ¿Pido café al servicio de habitaciones?

—Te lo agradecería... pero ponte algo antes. Una cosa es que me alegres la vista a mí y otra al resto del hotel.

—Lo mismo digo —rio

Con esfuerzo se levantó y regresaron a la habitación. Stefany encargó café y unos sándwiches que pensaba obligarle a tomar a pesar de las náuseas, y se puso la falda para recibir al camarero. Manuel se metió en la cama como estaba y se cubrió con la sábana solo hasta la cintura. Ella no puso ningún reparo, también le gustaba que le alegrasen la vista.

Después de compartir el refrigerio y unos calmantes, volvieron ambos a la

cama. Eran las cinco de la madrugada y ninguno debía levantarse temprano al día siguiente.

El sol estaba bien alto cuando Stefany se despertó. Una sensación de euforia la invadía, porque recordaba todo o al menos la mayor parte de su existencia. Su casa en Richmond, a Scott, a la familia de su hermana al completo y también el encuentro que había tenido con Manuel en la boda de esta y su intento de ligar con ella.

Le miró tendido en la cama profundamente dormido y con una arruga en el ceño que le partía la frente por la mitad. La sábana estaba arrugada y revuelta a su alrededor, sin duda había debido moverse mucho durante la noche. Sacudió la cabeza al pensar que la brutal cantidad de tequila que había ingerido le habría dado como mínimo un sueño inquieto. Incluso en ese momento su actitud era tensa, las manos crispadas así lo demostraban.

Aprovechó para contemplarle a placer. Las facciones duras, el pelo oscuro y abundante, la boca fina y la barba de varios días que le ensombrecía las mejillas le daban un aspecto peligroso incluso dormido. Y el resto del cuerpo, expuesto casi en su totalidad por la sábana corrida hacia un lado, era recio y cargado de atractivo. No era un cuerpo trabajado en el gimnasio sino entrenado en tareas duras y constantes. La potente erección que se adivinaba bajo el bóxer blanco la excitó y solo por una milésima de segundo se preguntó cómo sería dejarse llevar por aquel hombre, que sin disimulos le mostraba su interés con su mirada y sus palabras. Recordó lo que dijera la noche antes, sobre que llegaría a besarla. Se tocó los labios y se preguntó a qué sabrían los de él. A peligro, por supuesto. Pero también a pasión y lujuria.

Sacudió la cabeza, negando sus propios pensamientos. No, no se podía permitir dejarse llevar por él, ni siquiera en un beso, porque el ligón de la boda de Alice no despertaba en lo más mínimo su interés, pero el hombre que estaba descubriendo en México, sí. Pero él era un militar que recorría el mundo y se jugaba la vida a cada momento, y vivía en España, al otro lado del planeta. Un hombre para el que las mujeres eran un pasatiempo entre misión y misión, y ella quería en su vida una relación como la que tenían su hermana y Javier, estable y cariñosa. No podía dejarse llevar por un hombre como Manuel, por muy tentador

que le resultara, porque le partiría el corazón.

Sumida en sus pensamientos no se dio cuenta de que él había despertado y la observaba con una sonrisa burlona.

—¿Alguna objeción? —le preguntó con una chispa en la mirada cuando sus ojos se encontraron. Sobresaltada respondió con otra pregunta.

—¿Objeción a qué?

—A mi cuerpo. Llevas un rato analizándolo a conciencia.

Stefany enrojeció al ser pillada in fraganti.

—No seas presuntuoso, no me estaba deleitando con tu figura, solo me preguntaba si la resaca te causa malestar. Tenías el ceño fruncido y las manos crispadas.

—Ya... —rio—. Sin duda me mirabas las manos y la frente.

Él terminó de apartar la sábana quedando completamente destapado.

—Puedes tocar, si quieres... Los músculos son de verdad; «todo» es de verdad.

—No me interesa lo más mínimo ni tus músculos ni ninguna otra parte de ti. Guárdalo todo para tus admiradoras que seguro te habrán echado mucho de menos durante estos días.

Ver regresar al Manuel de antes de la noche anterior la tranquilizó. Con ese podía lidiar, rebatir sus frases y sus insinuaciones no suponía un problema para ella.

—¿Cómo llevas la resaca? —preguntó.

—Como si la tamborrada de Calanda estuviera entera dentro de mi cabeza.

—¿Qué es la tamborrada de Calanda?

Manuel sonrió y a Stefany se le encogió el estómago al contemplarle.

—Calanda es un pueblo de Teruel en el que un día al año se reúnen multitud de tambores tocando todos a la vez.

—Recuérdame que no vaya nunca a Calanda.

—No es necesario, solo tienes que tomarte media botella de tequila y sentirás lo mismo.

—Bastante más de media.

—Y supongo que dije muchas tonterías...

—No sé si eran tonterías.

Manuel se incorporó y se sentó en la cama, ignorando las punzadas de su cabeza.

—Stefany... olvida todo lo que dije ayer. Nadie en mi familia, salvo mi hermano lo sabe, y quiero que siga siendo así.

—No tienes que preocuparte de que cuente nada. Sé que es algo muy privado y jamás se me ocurriría hablar de ello con nadie; tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias. Quiero que sepas que el hombre que vislumbraste anoche no es el real, sino uno producto del alcohol y la presión.

—Entendido.

—No soy ningún sensiblero, lo que me ha traído a México es solo sentido de la responsabilidad.

—Claro. —Le miró mesarse los cabellos y sacudir la cabeza para despejarla—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Si Daniela y su marido no hubieran sobrevivido al terremoto y Lupe se hubiese quedado sola ¿Qué habrías hecho, según tu sentido de la responsabilidad?

—Me la habría llevado a casa, por supuesto. Bueno, yo no tengo casa, vivo en un estudio pequeño y paso más tiempo fuera que en él, pero seguro que mi madre me hubiera echado una mano. No me hubiera desentendido de ella, si es lo que quieres saber.

—Es lo que imaginaba.

Sin ningún pudor se levantó de la cama y entró en el baño. Stefany escuchó correr el agua de la ducha y le vio salir salió poco después con una toalla anudada a la cintura, el pelo húmedo y la expresión más relajada.

—El baño es todo tuyo.

—Ya me he duchado. Cada vez me cuesta un poco menos moverme.

Mientras se ponía un bóxer, esta vez oscuro, por debajo de la toalla ofreció:

—Cuando quieras volver a lavarte el pelo solo tienes que decirlo.

—Aún aguantará un par de días.

La sonrisa de Manuel puso en evidencia que sabía el motivo por el que retrasaría todo lo posible el lavado.

—Si ya estás lista, vayamos a desayunar. Necesito un buen zumo de naranja y litros de café. Y tú, supongo que también quieres una comida decente. ¿Cenaste anoche?

En aquel momento se estaba dando cuenta de que en su borrachera y desahogo emocional había olvidado que Stefany llevaba encerrada en el hotel desde la mañana anterior y no la había visto comer nada.

—Tomé un poco de fruta que me quedó del almuerzo y luego nuestro tentempié vespertino.

—Te compensaré ahora.

Salieron del hotel y se dirigieron al local donde desayunaran el día anterior. Stefany tenía hambre y dio buena cuenta del copioso desayuno que Manuel pidió.

—¿Podrás comerte todo eso con el estómago revuelto?

—Me ayudará a asentarlo. Mi estómago es un chico duro, como yo.

Mientras comían, Stefany comentó:

—He comenzado a recordar cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—A mi hermana y su familia, a Scott, mi empresa y mi casa en Richmond. También la primera vez que hablamos.

Él alzo una ceja, jocoso.

—¿Y qué recuerdas de esa ocasión?

—Un divertido intercambio de opiniones.

—Te di una tarjeta. ¿La conservas?

Ella rio mientras untaba una tostada con mantequilla.

—No, la tiré en la papelera del servicio de señoras.

—Si recuerdas ese detalle significa que te impacté aquel día.

—Me resultaste pintoresco.

—¿Pintoresco? —Lanzó una carcajada que le clavó una punzada en la cabeza —. Es la primera vez que me llaman algo así.

—¿Qué suelen llamarte?

—Macizo, tío bueno; también sinvergüenza y cabrón cuando una mujer no consigue lo que desea de mí.

Stefany se divertía con la charla y decidió provocarle un poco más.

—¿Hay algunas que no consiguen algo de ti? Permite que lo dude, te jactaste de ser un mujeriego.

—Y lo soy, pero eso no significa que me gusten todas ni que les dé siempre lo que quieren.

—¿Y qué piden que no les quieras dar?

Él alzó la mano derecha y la agitó.

—Un anillo en el dedo... fidelidad. Soy ciudadano del mundo, encuentro bellísimas a casi todas las mujeres y no quiero renunciar a disfrutar de ellas porque en algún lugar haya una con derechos sobre mi persona.

—Una vez te enamoraste, y puede volverte a pasar.

—¡Ni por asomo! Eso fue hace mucho tiempo, era un crío... y lo pagué bien caro. Nunca más.

—¿Jamás te has sentido atraído por alguna más de lo habitual?

—No suelo permanecer en un mismo sitio ni con una mujer el tiempo suficiente. Y con mis compañeras del cuerpo, con las que tengo que convivir a diario, mantengo una prudencial distancia.

—Dijiste que les lavas el pelo.

—Y poco más. Coqueteo con ellas, les digo lo guapas que están con la cara llena de barro después de las maniobras, y cosas así, pero mantengo las distancias en el terreno sexual.

—Porque no mezclas el trabajo con el placer ¿no?

—Porque ellas también estás entrenadas, lo mismo que yo, y son capaces de cortarme el cuello sigilosamente mientras duermo o descerrajarme un tiro entre los ojos a mucha distancia. Una mujer despechada es capaz de cualquier cosa, créeme.

Stefany rio con ganas. El ambiente era distendido y amistoso. Terminaron de desayunar entre comentarios jocosos y bromas, y descubrió otra faceta de aquel hombre lleno de capas, y era su sentido del humor. La noche anterior estaba destrozado y por la mañana era capaz de bromear como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

—¿Quién eres en realidad, Manuel Arroyo?

Él le guiñó un ojo con picardía.

—El hombre que desayuna frente a ti. Solo eso.

«Con el que estoy compartiendo unos días de mi vida en unas circunstancias especiales y al que nunca volveré a ver, una vez nos hayamos separado».

—Solo eso. —Admitió con un punto de pesar.

—Que te va a llevar a casa sana y salva.

Stefany sonrió a su vez.

—Y al que estaré eternamente agradecida por ello.

Habían finalizado el copioso desayuno y se levantaron para marcharse.

—¿Cuáles son los planes para hoy? ¿También vas a salir a buscar a Daniela?

—No, creo que ha dicho su última palabra; ya no tiene sentido. Si te encuentras con fuerzas y la costilla no te molesta demasiado podríamos dar un pequeño paseo. Te sentará bien un poco de aire fresco después de tantas horas encerrada.

—Me encantará dar ese paseo. Quizás logre recordar dónde me alojaba y si aún tienen allí mis pertenencias.

—¿No decías que habías recobrado los recuerdos?

—Ese no.

—Después podías llamar a tu hermana aprovechando tu móvil nuevo y darle la buena noticia.

—Es una gran idea, pero, de momento, paseemos.

Enfilaron las calles que empezaban a recobrar la normalidad, uno junto al otro, como dos buenos amigos que disfrutaban de un rato de ocio. Manuel acomodó sus largas zancadas y su caminar apresurado al paso de Stefany, consciente de que ella no podía seguirle. La ciudad iniciaba su lenta recuperación y comenzaba a verse libre de escombros, las caras mostraban otra vez signos de esperanza. La vida continuaba, para todos.

Capítulo 10

La casa vacía

Merche sabía que no podía posponer por más tiempo el decirle a su hijo Isaac lo que sucedía en su matrimonio. Manuel, como era habitual cuando estaba fuera de Valencia, no contestaba a sus llamadas y ella no quería insistir para no preocuparlo. Si se encontraba en una misión peligrosa, cualquier distracción podía resultar fatal. Ya le telefonaría cuando estuviera de regreso.

Después de pensarlo mucho, decidió hacer caso a su hermana y acudir a casa de su hijo en compañía de Isaac, para decírselo juntos. No quería que tuviera una idea equivocada de su separación provisional, y era importante que entendiera que se trataba de una decisión conjunta y no lo que parecía a simple vista. Pero para ello debía llamar a su marido y quedar con él, y no le apetecía verle. Seguía enfadada, muy enfadada.

Se estaba adaptando a la nueva tienda y no le resultaba fácil. Llevaba en el establecimiento situado en Calle Tetuán muchos años, conocía a la mayor parte de sus compañeros y el que la crisis de su matrimonio la hubiera obligado a solicitar un traslado le causaba una gran irritación, al margen de su situación sentimental.

Aquella tarde, su hijo Isaac la llamó, extrañado de que llevase varios días sin tener noticias suyas. Merche solía llamar a sus retoños dos o tres veces por semana, pero desde que comenzó su crisis matrimonial no lo había hecho. Primero debían aclarar las cosas entre ellos, antes de contarlo.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

—¿Cómo estás?

—Bien. Ocupada, ya sabes. ¿Y vosotros?

Su hijo llevaba viviendo en pareja año y medio, y lo veía muy feliz en esa nueva faceta de su existencia. Clara había llegado a su vida arrasando con todo, y haciéndole olvidar las ganas de aventurarse en misiones bélicas, para sentar la cabeza en un destino estable. Lo que a ella la había hecho tremendamente feliz. Incluso vislumbraba la posibilidad de convertirse en abuela algún día.

—Muy bien también.

Por mucho que trataba de demostrar alegría en su voz, le estaba costando un gran esfuerzo.

—Estupendo.

—Mamá... ¿Estás bien?

—Sí, sí, un poco cansada. Están siendo unos días de mucho trabajo.

—Pues cuídate, esta noche no hagas cena, pide algo y descansa.

—Sí, eso haré. Oye... ¿te viene bien si el fin de semana pasamos tu padre y yo a veros?

—Claro. Cuando queráis... como si os apetece que salgamos a comer por ahí.

—Ya veremos. Te aviso cuando vayamos a ir.

—Vale... un beso y, lo dicho... cuídate. Déjate mimar y no lo quieras hacer todo tú.

—Un beso.

Cuando cortó la llamada, suspiró. Ya estaba dado el primer paso, el que la obligaría a llamar a Isaac para poner a su hijo en antecedentes sobre su situación. Pero en ese momento no se sentía con fuerzas. Adaptarse a los cambios la tenía sumida en una montaña rusa de emociones, y lo último que deseaba era reunirse con su marido. Necesitaba paz y tranquilidad para decidir qué quería hacer con su vida. Porque volver a lo anterior no era lo que más le apetecía en ese momento.

Como le ocurría siempre que estaba alterada, se metió en la cocina. Prepararía cantidades enormes de comida que congelaría después. Llevaría parte a su hijo el fin de semana y el resto lo repartiría entre sus sobrinos, siempre ocupados con

niños pequeños y trabajo. Ella había comenzado una dieta de adelgazamiento, tal como le recomendara Susana. Estaba dispuesta a dar un cambio a su aspecto, de la misma forma que se lo daría a su vida, volviera o no con Isaac. Habría un antes y un después de aquello, estaba segura.

Una empanada, dos fuentes de croquetas y un guiso de carne, pasaron a ocupar sendos *tuppers* y acababa de sacar del horno una bandeja de galletas con formas de animales, cuando sonó el timbre de la puerta. Por un momento se le cogió un pellizco en el pecho. Aunque Isaac se había llevado la mayor parte de su ropa, aún tenía muchas cosas en la casa y podía regresar a buscarlas en cualquier momento. Si era él aprovecharía para concretar la visita del fin de semana.

Pero no era su marido, sino su hijo el que estaba en el umbral con una sonrisa tensa en los labios. Merche sintió un nudo en el estómago ante el parecido que mostraba con su padre cuando le conoció.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, aunque lo intuía. No había podido disimular el tono apagado de su voz por teléfono y le había preocupado.

—He venido a veros. ¿No soy bienvenido?

—Por supuesto que sí. —Le dio un cariñoso beso en la mejilla y le hizo entrar.

—¿Estás cocinando? ¿A qué huele? —olfateó el aire para identificar la mezcla de aromas que flotaba en la casa

—Un poco a todo.

—¿No estabas cansada? —preguntó suspicaz. Conocía a su madre lo suficiente para saber que cuando cocinaba de forma compulsiva era porque algo le preocupaba mucho.

—Ya me conoces, no puedo estarme quieta. Me acostaré temprano, te lo prometo.

«Otra cosa es que pueda dormir».

Isaac echó un vistazo a la encimera, repleta de comida. Después cogió a su madre de la mano y la condujo al salón.

—Ahora vas a contarme qué te pasa —dijo mirando sus profundas ojeras y sus ojos apagados, repletos de tristeza.

Merche se dejó caer en el sofá, dispuesta a sincerarse.

—Hubiera preferido hacerlo de otra forma, pero...

—¿Estáis enfermos papá o tú? —La preguntó preocupado.

Ella negó con la cabeza.

—Solo tenemos algunos problemas. De pareja.

Isaac guardó silencio, consciente de lo difícil que le estaba resultando a su madre hablar del tema.

—Estamos pasando una crisis y hemos decidido separarnos un tiempo para ver si queremos seguir juntos o cada uno tira por su lado. —Lo soltó del tirón, como si le quemara.

Con un hondo suspiro, agarró la mano de su madre y la acarició.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que llevamos muchos años juntos, que la vida se nos ha convertido en una rutina y que ya no estamos seguros de si seguimos enamorados o solo somos compañeros de piso. Hemos decidido averiguarlo, y para eso necesitamos estar un tiempo separados. Tu padre se ha mudado a casa de su amigo Luis mientras tanto.

Isaac sabía que no se trataba de algo tan simple, pero no dijo nada. Si su madre quería darle esa escueta versión él la aceptaría.

—Lamento darte este disgusto, hijo.

—No te preocupes, la vida es así. Lo que ocurre es que uno nunca está preparado para que les suceda a sus padres. Pero no es definitivo...—La miró a los ojos que rehuían los suyos—. ¿O sí?

—No, no lo es. Ya te he dicho que de momento es solo temporal...

—Pero tú no apuestas muy fuerte por que podáis solucionarlo ¿no?

—No lo sé. De momento necesito estar sola, y decidir sin presiones lo que quiero hacer. Por eso le he pedido a tu padre que se marche por un tiempo.

—Estoy aquí para lo que necesites, lo sabes ¿verdad?

—Claro que lo sé. Y también que tú lo comprenderías, pero me preocupa tu hermano. No sé cómo se lo va a tomar.

Isaac estaba seguro de que Manuel no se conformaría con la breve y concisa explicación de Merche y querría llegar hasta el final. Averiguar algo que en realidad solo les pertenecía a sus padres, aunque les afectara a todos. Algo que él intuía en los ojos apenados que rehuían los suyos.

—Déjame a mí a Manuel... yo se lo contaré y le tranquilizaré.

—Gracias. Y hablando de él... ¿Está bien? No responde a las llamadas de nuevo, claro que yo tampoco he querido insistir. Esto no es algo para contar por teléfono.

—Está bien, en esta ocasión no se trata de nada peligroso.

—Eso es lo que me decís siempre.

—Por esta vez, y sin que sirva de precedente, te diré dónde está. Se encuentra en México prestando servicios humanitarios a los afectados por el seísmo. Pero que ni se te ocurra decirle que te lo he contado.

—Gracias, cariño. Una preocupación menos.

Isaac abrazó a su madre y la besó en el pelo.

—¿Sigue en pie esa visita del fin de semana?

—Creo que no, ya no es necesaria. Se trataba de contaros a Clara y a ti cómo estaba la situación. Pero me alegro de que hayas venido, porque no me apetecía quedar con tu padre.

—Pues te espero a comer de todas formas, sin él si no tienes ganas de verle. Ya le invitaré en otro momento.

—De acuerdo.

—¿Y cómo lo llevas en el trabajo? Porque allí sí le verás, salvo que cambiéis los turnos

Merche apretó los labios.

—He pedido el traslado a la tienda de Los Arcos. Necesito un cambio general en mi vida. —Con dos dedos agarró un mechón de cabellos y lo levantó en el aire—. También tengo cita en un salón de belleza para mañana y estoy haciendo dieta... Es posible que en unas semanas ni me reconozcas.

—Genial —dijo con una sonrisa—. ¿Puedo quedarme a cenar?

—No. Clara te estará esperando y yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—En ese caso... ¿Te importa que te robe la cena?

—Ve a la cocina y coge lo que quieras. Menos las galletas que son para los niños. A María y a Javi les encantan.

—Dentro de nada te veo haciendo galletas para un regimiento, en cuanto los otros comiencen a crecer.

—¿Y a los tuyos cuando les haré galletas?

—Para eso aún falta mucho, si es que llega alguna vez. Ni a Clara ni a mí nos entusiasman mucho los críos. Disfruta de los de mis primos.

—Sí, porque lo que es tu hermano... con él sí que no tengo esperanzas de que me dé nietos.

—Nunca se sabe. Tampoco veíamos a Hugo de padre y ahí lo tienes, cambiando pañales y dando biberones.

—Eso es cierto.

—Ahora me marchó. Cualquier cosa que necesites... ya sabes dónde estoy.

Merche se abrazó a su hijo con fuerza.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Se despidieron con pesar. Isaac pensando en que tenía que llamar a su padre para ofrecerle también su apoyo, aunque creyera que era el culpable de la situación. No pensaba juzgar, sus padres eran adultos y tenían que solucionar sus problemas por sí mismos. Él no se inmiscuiría, pero no estaba tan seguro de Manuel.

Después de haber hablado con su hijo, Merche sintió que se quitaba un peso de encima. Quedaba Manuel, pero estaba segura de que Isaac sabría decírselo con tiento y contenerle en caso necesario. Siempre había sabido temprar a su hermano menor, impulsivo e impetuoso por naturaleza. El saber que en aquel momento se encontraba realizando simples labores humanitarias le quitaba una preocupación y le permitía centrarse en ella misma.

Al día siguiente de la visita de Isaac se fue con Susana al salón de belleza, del que salió con un cambio de aspecto muy favorecedor. Se puso en manos de un experto, que tras estudiar su cara enarboló las tijeras sin compasión, acabando con la media melena que llevaba luciendo desde hacía unos años. Un moderno corte tipo Bob a la altura del cuello por detrás y enmarcando la cara hasta la

barbilla, y un cambio drástico en el color del tinte que usaba para cubrir las canas hicieron que le costara reconocerse cuando al fin se miró al espejo.

—¡Estás guapísima! —le dijo su hermana con entusiasmo.

Ella también se veía bien, pero lo más importante, renovada y diferente. Era como si de la noche a la mañana, la Merche de siempre hubiera desaparecido dando paso a una mujer nueva, como si fuera una página en blanco sobre la que volver a escribir. Y, contemplándose en el amplio espejo del salón de belleza, por primera vez en bastantes días, sonrió.

Capítulo 11

Una ciudad devastada

Durante tres días Stefany y Manuel recorrieron Ciudad de México, aguardando tanto la nueva documentación de ella, que recogerían al día siguiente, como la mejoría que le permitiera viajar. Manuel insistía en esperar los diez días que ella debía tener el hombro inmovilizado y regresar al hospital para una revisión antes de ponerse en camino y Stefany no puso ningún reparo. Se encontraba a gusto en su compañía, y también ligera y libre, sin obligaciones ni ataduras.

Tras recordar el hotel donde se había hospedado antes de resultar herida, habían acudido a él para recoger las pertenencias de Stefany y pagar la cuenta. También había llamado a Scott, que se mostró preocupado por su situación, de la que Alice ya le había advertido, y estuvieron charlando un rato. A medida que la conversación avanzaba, las pequeñas lagunas que Stefany tenía en la memoria respecto a su amigo se iban rellenando. Sin embargo, cuando se ofreció para acudir a buscarla, rechazó el ofrecimiento. Quería apurar al máximo su estancia en México, que estaba disfrutando casi como si se tratara de unas segundas vacaciones. ¿Y para qué negarlo? De la compañía de aquel hombre controvertido que hacía bromas de casi todo, pero al que se le ensombrecía la mirada cuando veía una niña.

Estaban sentados en una terraza tomando un aperitivo, él parecía tener siempre hambre, y Stefany observó que miraba con nostalgia a una cría de unos siete u ocho años, sentada con sus padres en una mesa cercana.

—¿Quieres que lo intente yo?

Manuel pareció sorprendido por la pregunta. Estaban comiendo en silencio.

—¿Intentar qué?

—Puedo hablar con Daniela y tratar de convencerla de que te permita hacer una prueba de paternidad.

—No lo he conseguido yo, y estaba loca por mis huesos. —bromeó para cambiar de tema.

—¡Oh, sí! El hombre al que ninguna mujer se le resiste... el que consigue todo lo que quiere de ellas. —Él alzó una ceja mientras le daba un mordisco al burrito que tenía en la mano—. Pues alguna sí que se te resiste —sentenció Stefany ufana.

—¿En serio? ¿Quién?

—¿Quién va a ser? Yo. Llevamos varios días compartiendo habitación y aún no he caído rendida a tus pies.

—Eso es porque no he querido desplegar todo mi encanto. Estás herida y te podrías lastimar cuando te abalances sobre mí, ciega de pasión.

—O porque soy inmune a ese encanto del que presumes.

—No lo creo. —Ahondó en sus ojos. Había visto cómo le miraba y en absoluto Stefany era inmune a él, de la misma forma que ella también le afectaba. Tenerla en la cama de al lado cada noche y no tocarla era un auténtico suplicio. No estaba acostumbrado a controlarse con las mujeres que le gustaban porque si ellas le atraían, lo mismo sucedía al revés.

—Tampoco soy de las que se vuelven ciegas de pasión, sino más bien controlada y metódica. Aunque estuviera loca por ti, podría controlarlo perfectamente.

—¿Estás segura?

La mirada pícara la hizo estremecer de pies a cabeza. No estaba segura de nada, y había veces, cuando le sonreía de medio lado, en que le gustaría dejarse llevar y perderse en los brazos de aquel hombre, que la tenía por completo confundida con sus constantes cambios, pero que desde luego no la dejaba indiferente.

—Por supuesto. Me gusta hacer el amor despacio, de forma romántica, después de una buena cena y quizás una copa.

—¿Nunca has estado tan cachonda que te ha importado un comino la cena y la copa?

—Nunca, ni creo que suceda. Ya te he dicho que soy una mujer que domina sus emociones.

—No existen mujeres así, sois como las guitarras... todas dais la nota cuando se os toca la cuerda precisa.

—Y, por supuesto, tú eres un experto en tocar cuerdas.

De nuevo la sonrisa torcida la hizo estremecer.

—¿Quieres probar?

—No eres mi tipo.

—Tu tipo es Scott, ¿no? Ese hombre tan controlado al que le importa una mierda que estés en otro país, herida y en compañía de un tipo mujeriego y atractivo. Que no se ha tomado la molestia de venir por ti.

—Se ha ofrecido a hacerlo. —Se vio en la necesidad de defenderle.

Una amplia sonrisa iluminó el semblante de Manuel.

—¿Y por qué no está aquí?

—Yo le convencí de que no lo hiciera.

—¿Por qué motivo?

—Porque creo que tienes razón y debo esperar a que mis lesiones estén mejor para viajar.

—En dos días iremos al hospital para que te quiten el vendaje del hombro. ¿Le llamarás entonces para que venga a buscarte? Aún la costilla no ha soldado y no deberías irte sola.

De repente, Stefany sintió que se le secaba la boca.

—Creí que me ibas a acompañar tú.

La voz casi le tembló al decirlo. Casi. Dos días y se separarían y, por alguna razón, en vez de suponer un alivio la idea de regresar a casa, le causaba una profunda tristeza.

—Esa era mi intención y la promesa que le hice a Javier, pero si viene tu chico, estarás en buenas manos, ¿no? Puedo dejarte ir sin remordimiento.

La miraba ahondando en sus ojos, para averiguar lo que ella nunca reconocería con la boca. Estaba empezando a caerle mal el tal Scott porque se había hecho a

la idea de acompañarla a su casa, conocer su entorno y asegurarse de dejarla allí sana y salva.

—Dime... ¿Vas a llamarle o prefieres que nos atengamos a los planes iniciales?

—Lo que tú prefieras. Imagino que ya nada te retiene en México excepto yo y que estarás deseando volver a España.

—Siempre me retendrá algo en México y lo sabes. Pero en este momento es absurdo que continúe aquí. Volveré en cuanto pueda con la esperanza de que hayan arreglado su casa y sigan viviendo en el mismo sitio.

—¿Dónde vivían?

—En la calle Rávena, en Liverpool. En el número 8, un edificio bastante afectado por el seísmo. Regresaré con la esperanza de ver crecer a Lupe desde lejos, como he hecho hasta ahora. —Sacudió la cabeza, tratando de olvidar el tema—. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Scott o yo?

«Tú, tú», gritaba su alterado corazón.

—Si no te causa mucha molestia, preferiría que él continuara al frente de la empresa. Pero si no quieres...

—Claro que quiero. —Una enorme sonrisa le iluminaba la cara—. Para mí es importante cumplir las promesas, y ya sabes lo que le dije a mi primo.

—En ese caso, le daré la sorpresa cuando llegue. Y me temo que mientras tanto deberé abusar de ti.

—Eso suena de maravilla.

—¡No seas idiota, no me refiero en el sentido sexual!

—Lástima, porque soy un chico fácil y me dejaría. —Se puso serio de repente—. ¿Qué necesitas?

—Alice me ha recordado que vine a Ciudad de México para comprar materiales para una casa de estilo mejicano que está decorando. Había empezado apenas cuando sucedió el terremoto, y las pocas cosas que llevaba se perdieron, al igual que mi bolso con la documentación y el móvil. Necesitaría ir de compras y reponerlas.

—Sin problema. Con la condición de que no cargues nada.

—¡No puedo! —Se tocó la costilla que aún le molestaba bastante. El hombro

menos, en dos días le quitarían el vendaje y podría darse una ducha completa. Aunque echaría de menos el suave y erótico roce de los dedos de Manuel lavándole el pelo. Era una sensación que se quedaría marcada en su memoria durante mucho tiempo, aunque solo lo hubiera hecho un par de veces.

—Si no estás muy cansada podemos ir esta tarde. ¿Necesitas muchas cosas?

—Hay que decorar una casa entera, pero nos limitaremos solo a lo más imprescindible, lo que podamos facturar en una maleta en el avión. Telas para cortinas, tapicerías, y quizás algún que otro detalle de decoración que no corra el riesgo de ser destrozado en el traslado.

—No hay por qué limitarse a eso.

—¿No? ¿Tienes enchufe con las aerolíneas y no te cobran el exceso de equipaje? Cuando vine pensaba contratar una empresa para que hiciera el traslado, pero tal como está la ciudad, no sé si es buena idea. Aún muchas cosas no funcionan bien

—Podemos alquilar un coche y llevar todo lo que quieras. Habría que pasar la aduana y pagar algunos aranceles, pero seguro que costaría menos que mandarlo todo por una empresa de transportes. Y nosotros tendríamos más cuidado con la mercancía frágil.

—¿Ir en coche? Pero está lejísimos...

Manuel sacó el móvil y se conectó a Internet.

—Dos mil trecientas veintitrés millas, exactamente. Tres mil setecientos treinta y nueve kilómetros.

—¿Solo?

Él se echó a reír.

—Treinta y siete horas de camino, que podríamos realizar en dos o tres etapas ¿No te encuentras capaz de pasar todo ese tiempo metida en un coche conmigo? ¿Temes sucumbir a mi encanto? ¿O lo dices por tu costilla?

—No, lo digo por la paliza de conducir que te darías, porque mi hombro necesitará rehabilitación y no estaré en condiciones de turnarme contigo al volante.

—Estoy entrenado para situaciones mucho más duras que eso. Recorrer contigo esa distancia por una buena carretera será un juego de niños, créeme.

—En ese caso... podríamos llevar muchas más cosas.

«Y pasaríamos juntos unos días más».

La idea de la separación, cada vez más próxima, empezaba a pesarle. Estaba viviendo unos días perfectos, a pesar de las molestias provocadas por sus lesiones, pero la compañía de Manuel atenuaba cualquier malestar.

—Decidido entonces. Esta tarde y mañana de compras y, si todo va bien, en tres días, de camino a casa. Alquilaré un buen coche que te permita ir cómoda.

—Gracias...

Él alargó una mano sobre la mesa y oprimió la de Stefany. Los dedos morenos le transmitieron una descarga por todo el brazo.

—Será divertido, ya lo verás. ¿Nunca has hecho algo así?

Ella negó con la cabeza.

—Tenía que llegar yo para enseñarte ciertos placeres de la vida. Te has perdido muchas cosas divertidas, nena.

Stefany esbozó una radiante sonrisa.

—Dejaré que me enseñes el placer de recorrer miles de kilómetros por carretera. Respecto a otros, me temo que no.

«¿Por qué no? —preguntaba su mente—. Déjate llevar, luego se irá y no volverás a verle. Llévate un bonito recuerdo de esta experiencia».

—Bueno, lo he intentado. Aún tenemos unos días, si cambias de opinión...

Quiso decirle que no cambiaría, pero las palabras se negaron a salir de su boca.

Como habían planeado, dedicaron la tarde a realizar compras sin ningún límite. Según Manuel, todo cabía en el coche, solo era cuestión de organizarlo o de alquilar un modelo más grande. Stefany se divirtió muchísimo, le encantaba ir de compras y Manuel, al contrario que la mayoría de los hombres, era un compañero muy divertido para hacerlo. Se habían informado en el hotel de la zona de la ciudad menos devastada por el seísmo y en la que todas las tiendas estaban abiertas. En una de las primeras que visitaron, él se empeñó en comprarle un sombrero mexicano y ella, en revancha, le obsequió con un poncho de rayas multicolor, arrancándole la promesa de ponérselo y enviarle una foto.

—¿Acaso no me crees capaz? Es perfecto para ponérmelo en Navidad en casa de mis abuelos, hace mucho frío en el pueblo. Y por supuesto te mandaré una foto... si no te deshaces de mi número en cuanto vuelva, como hiciste con la tarjeta que te di en la boda de Alice.

—No te eliminaré de mis contactos, descuida. Ya no.

—¿Qué ha cambiado?

—Ahora te conozco mejor. Y un hombre capaz de hacer tres mil y pico kilómetros para ayudarme a transportar mercancía, sin esperar nada a cambio, merece permanecer en mi agenda del móvil.

—Yo no he dicho que no espere nada a cambio —rió con un guiño.

El corazón de Stefany se encogió, el pulso se le aceleró y miles de mariposas comenzaron a aletear en su estómago.

—No esperarás...

—Nada que tú no quieras darme.

—Creo que deberíamos seguir con las compras, aún falta mucho. —Cambió de tema con brusquedad—. También me gustaría pedirte un pequeño favor.

—Dime.

—Que me hables en tu idioma. Cuando Alice se mudó a España me matriculé en una academia para aprender español, y aunque me defiendo con él, aprovecho cualquier momento para practicarlo. Quiero llegar a dominarlo a la perfección y esta es una ocasión que no quiero desaprovechar.

—Por supuesto. —Concedió cambiando de idioma.

Con una sonrisa divertida, Manuel la condujo hacia otro establecimiento de los muchos que visitarían aquella tarde.

Capítulo 12

De camino

En la oscuridad de la noche, Stefany ardía de excitación. Compartir el día dentro del pequeño habitáculo del vehículo que habían alquilado, sentir la presencia de Manuel a su lado conduciendo con una seguridad y pericia que pocas veces había visto en nadie, contemplar las manos fuertes y morenas asiendo el volante con suavidad, como si lo acariciara, la había convencido de que, por una vez en su vida, iba a dejarse llevar.

Las breves miradas de soslayo que él le había dirigido durante el largo trayecto eran incendiarias y le indicaban que leía perfectamente sus pensamientos y la excitación que se estaba apoderando de ella, aunque la conversación fuera trivial y amistosa. El interior del vehículo estaba cargado de una tensión sexual que aumentaba a cada kilómetro que recorrían. La voz de él, se tornaba ronca en ocasiones, aunque estuviera describiendo el paisaje o contándole anécdotas de su niñez en el pueblo de sus abuelos. Ni un roce, ningún gesto de acercamiento, solo la miraba y Stefany se derretía ante aquellos ojos de un gris tan oscuro que a veces parecían negros.

Cuando llegaron a Houston, donde se detendrían para pasar la primera noche, Stefany estaba segura de que Manuel haría algún avance. Tenían reservada una habitación doble; cuando el día antes él le había preguntado si compartirían el alojamiento, ella asintió. Llevaban haciéndolo desde que saliera del hospital y veía absurdo pagar dos habitaciones durante el camino. Habían escogido un hotel donde pudieran dejar el coche a resguardo, cargado de mercancías valiosas

que Manuel había colocado estratégicamente y que, si las sacaban, les resultaría muy complicado volver a colocar de nuevo.

Cenaron en un restaurante cercano y al final subieron a la habitación. Las piernas de Stefany eran de gelatina, ni siquiera recordaba haberse sentido tan nerviosa la primera vez que se acostó con un chico. Claro que ese chico había sido Scott y ella le conocía desde siempre.

Pero cuando se quedaron a solas, la rutina no cambió ni un ápice de la que habían mantenido en Ciudad de México. Ella entró en la ducha, merecida y deseada tras el largo camino en coche, y salió de ella con el pijama de florecitas. Manuel la contempló con ojos golosos, aunque la prenda no se destacaba por su sensualidad. A continuación, fue él quien entró en el cuarto de baño. Stefany empezó a fantasear con el agua cayendo por el cuerpo moreno, algo que ya le había sucedido en un par de ocasiones, pero aquella noche era diferente. Durante todo el día Manuel la había mirado con una intensidad distinta, y era muy consciente de que se les acababa el tiempo. Llevaban juntos ocho días, pero tenía la sensación de que se conocían desde hacía mucho más tiempo. Las vivencias y los secretos compartidos habían creado un vínculo especial que iba más allá de unos pocos días de convivencia.

Él salió del cuarto de baño y su visión la agitó entera. El pelo húmedo le caía sobre la frente, y vestía tan solo un bóxer blanco, seguramente el mismo que llevaba la noche de la borrachera. Una prenda que apenas ocultaba nada; una sombra oscura se adivinaba debajo del tejido y un bulto nada despreciable, incluso en estado de flaccidez, tensaba la tela.

Sin mirarla, caminó hasta la cama vacía con el paso felino y provocativo del macho que se exhibe ante la hembra. Y se acostó.

Stefany había estado casi segura de que intentaría un acercamiento esa noche... de que no era una noche como las demás.

Su decepción fue enorme cuando apagó la luz y le dijo:

—Buenas noches, Stefany.

—Buenas noches —respondió como si se ahogara.

Se giró en la cama, con la decepción a flor de piel y el fantasma de las dos únicas noches que le quedaban junto a Manuel rondándole la cabeza. Porque él

regresaría a España en cuanto la dejase en Richmond, y para eso solo faltaban dos días.

Trató de dormirse, pero fue inútil. También él se revolvía inquieto en el lecho, podía sentirlo. Decidió que si no daba el primer paso lo haría ella. No era una tímida jovencita virginal, sino una mujer de veintisiete años que sabía lo que quería. Y esa noche quería al hombre que se acostaba en la cama de al lado, sin aparente intención de meterse en la suya.

—Manuel...

—¿Sí? —Le pareció escuchar una leve risita en la habitación a oscuras, pero debía haberse equivocado.

—¿Recuerdas lo que me dijiste la noche de tu borrachera?

—Dije muchas cosas aquella noche. La mayoría eran fruto del alcohol.

—Pero solo una tenía que ver conmigo. ¿Era también fruto del alcohol?

—Refréscame la memoria...

¿Otra risita contenida?

—Dijiste que algún día me besarías. ¿Era una promesa o una amenaza?

—Lo que tú prefieras.

—Yo me lo tomé como una amenaza.

— En ese caso, lo era.

—No me pareces el tipo de hombre que amenaza en vano.

—No suelo hacerlo.

El tono de voz era ya decididamente jocoso, y Stefany decidió seguirle el juego.

—¿Y qué pasa con esta? Porque nos quedan solo dos días de estar juntos y aún no la has cumplido. ¿Acaso te has acobardado?

Le sintió levantarse de la cama y cruzar en dos zancadas la distancia que les separaba.

—Nadie llama cobarde a Manuel Arroyo y vive para contarlo —le susurró muy cerca.

—Oh, oh... ¿Más amenazas que no piensas cumplir?

—Pienso cumplirla, pero antes debo decirte que hubo algo que no te conté sobre mi amenaza...

—¿Que no sabes besar?

—Que una vez que lo haga, no me conformaré con un simple beso. Iré a por mucho más.

Las entrañas de Stefany ardieron de anticipación.

—Bah, palabrería barat...

No pudo seguir. Una boca posesiva y ansiosa se posó sobre la suya cortando de raíz el flujo de palabras y robándole el aliento. La besó con intensidad, delineó los labios con la punta de la lengua juguetona, atrapó el labio inferior con los suyos y succionó hasta hacerla emitir un gemido. Después, hundió la lengua en la boca que se le ofrecía y buscó la de ella.

La barba de varios días le cosquilleó en la cara, y unas manos decididas se colaron bajo las sábanas y levantaron la parte superior del pijama de florecitas, subieron hasta los pechos y los acunaron con las palmas.

El beso se volvió tórrido, ardiente, dejando escapar ambos el deseo acumulado de varios días.

En un momento que separaron las bocas para recuperar el aliento, Stefany susurró entre jadeos:

—¿Por qué buscas mis pechos? Si no son nada del otro mundo, según dijiste.

—Mentí. —Los pulgares rozaron con suavidad los pezones hasta erizarlos—. Ahora pienso hacerles los honores.

Le quitó el pijama con pericia, sin lugar a dudas había desnudado a muchas mujeres, y aplicó la boca a uno de los pezones mientras masajeaba el otro con el pulgar.

Una oleada de fuego la recorrió entera, lanzando señales a su entrepierna. Cruzó los muslos para contener la excitación, pero Manuel volvió a separarlos con suavidad y se tendió sobre ella, y acopló su erección justo donde Stefany necesitaba que la tocasen. Y siguió con los pechos.

Ella le agarró la cabeza para mantenerla allí, succionándole los pezones, mientras alzaba las caderas para frotarse contra él, cada vez más grande y más duro.

—Desde luego que sabes cómo tentar a un hombre.

—Tú en cambio no me estás tentando lo suficiente... aún llevas puestos los

calzoncillos. ¿No piensas pasar a mayores? ¿Otra amenaza vana?

—Si te estorban, haz algo con ellos.

Stefany alargó el brazo para librarse de la prenda que le impedía sentirlo en su totalidad, pero una punzada en el hombro la hizo detenerse.

—Perdona, me olvidé de tu hombro.

Manuel se deshizo de la prenda con pericia y volvió a tenderse sobre ella para besarla una vez más. Y otra y otra. Parecía no saciarse nunca de su boca. La había amenazado con besarla y lo cumplía con creces. Mientras, ella se aferró con fuerza al cuello con una mano y continuó frotándose contra su erección.

—Calma... tienes una costilla rota, cariño. No quiero ser el culpable de un empeoramiento en tu estado. Déjame a mí.

«Al diablo la costilla», estuvo a punto de decir, pero una mano morena la sujetó firmemente por la cadera para impedirle moverse con libertad.

Y comenzó a moverse sobre ella con los ojos cerrados, conteniéndose, frotándose y elevando la tensión hasta que Stefany comenzó a jadear al borde del orgasmo.

—Creía que eras una mujer controlada y metódica —rio sobre sus labios.

—Yo también miento a veces.

Atrapó el grito de placer con su boca y cuando los espasmos comenzaron a ceder se incorporó para colocarse un preservativo que ella no le había visto poner sobre la mesilla de noche. El corazón le latía con fuerza mientras le miraba erguido, con las piernas abiertas y las rodillas colocadas a ambos lados de sus caderas. Un ejemplar de hombre que jamás hubiera imaginado que metería en su cama: atractivo, sexi y peligroso, y en aquel momento iría al mismísimo infierno antes que sacarlo de ella

—Yo ya he llegado —se lamentó.

Él alzó una ceja, risueño.

—¿Y?

—Pero no es problema, ahora te toca a ti.

—No, preciosa, ahora nos toca a los dos. Pero tú estarás más calmada y no necesitaré sujetarte... espero.

Se inclinó y comenzó a besarla de nuevo. Besos suaves al principio, más

intensos a medida que percibía la respuesta de Stefany. Comenzó a jugar con introduciendo el pene apenas un par de centímetros para sacarlo a continuación. Una y otra vez, exasperándola. Hasta que ella pidió jadeante:

—¿Esa es otra amenaza que no piensas cumplir?

—Yo siempre cumplo mis amenazas, cielo.

Y se hundió lentamente en ella hasta el fondo. Stefany le recibió con un jadeo. Se aferró a los hombros y alzó las caderas.

—Ahora iremos despacio... —le advirtió al comprender que ella tenía la intención de moverse de nuevo de forma compulsiva.

—No.

—Sí.

—Manuel...

—Cuando se te cure la costilla te dejaré hacer lo que quieras.

—Para entonces estarás muy lejos.

Él no respondió. Volvió a besarla, adaptando los movimientos de su lengua al vaivén lento y acompasado en su interior. La tensión subió de nuevo hasta un punto imposible de resistir. Stefany le veía cerrar los ojos, controlándose y temblando por el esfuerzo, hasta que ella alcanzó un segundo orgasmo, lento y largo y entonces se dejó ir también.

Manuel apenas había emitido unos leves gemidos al correrse, cuando ella necesitaba gritar, y se había mordido los labios para no hacerlo. Temió que hubiera sido frustrante para él hacerlo tan despacio para no lastimarla.

Inmediatamente salió de su interior y se tendió a su lado en la estrecha cama, con los ojos cerrados.

Pasados unos segundos, Stefany se atrevió a hablar.

—Lo siento.

Manuel abrió los ojos y se giró para contemplarla, aturdido.

—¿Qué sientes?

—No te ha gustado.

La miró con los ojos entrecerrados, brillantes y divertidos.

—¿En serio? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Pues porque no has lanzado ni un gemido. ¡Y yo tenía ganas de gritar!

Una enorme sonrisa iluminó el rostro moreno.

—Me alegra escuchar eso. Pero yo estoy entrenado para soportar el hambre, la sed, el cansancio y el dolor sin emitir un quejido. También el placer. Y para que no tengas dudas, te diré que ha sido un polvo muy especial.

—Eso se lo dirás a todas.

Él alargó la mano y le acarició la mejilla apartando un mechón de pelo húmedo de sudor.

—No suelo ir prodigando cumplidos a las mujeres.

—Eres el Casanova del siglo veintiuno y me sales con esas. —Trataba de bromear para quitar importancia a lo que acababa de ocurrir. A cómo se sentía y a la intensa mirada que Manuel le dedicaba. Supo que le estaba diciendo la verdad.

—No me refiero a ese tipo de cumplidos. Puedo hablarles de su belleza, de su simpatía... Pero esto es diferente. Si he afirmado que ha sido muy especial, es porque es cierto. Y no se lo he dicho a muchas mujeres en mi vida.

—Seguramente lo es porque esto tiene fecha de caducidad.

—Siempre hay fecha de caducidad conmigo.

—Lo sé. Y esta cumple dentro de dos días.

—Podrían ser tres; después debo incorporarme a mi acuartelamiento. Pero mientras, si tú quieres, podemos disfrutarlo.

Tres días con él, gozando de algo más que su compañía. Su corazón gritaba de júbilo; su mente le decía que tuviera cuidado. Venció el corazón. Alargó los brazos y le rodeó el cuello, ignorando la protesta del hombro.

—Tres días. Perfecto.

Y le besó, dispuesta a aprovechar el tiempo todo lo posible.

Amaneció demasiado pronto. Apenas habían dormido unas horas cuando la alarma del móvil de Manuel les despertó. Stefany se movió perezosa y encontró la cama vacía. Él, desde la otra, desconectaba el sonido.

—Buenos días —saludó observándola con detenimiento.

—Hola. ¿Has descansado?

—Lo suficiente. ¿Y tú?

—Un poco —mintió. Estaba agotada, sentía el cuerpo laxo y sin fuerzas y la

costilla y el hombro le molestaban más de lo debido, pero guardó silencio al respecto. Ya le conocía lo suficiente para saber que, si se lo decía, aquella noche se echaría a dormir sin tocarla. Y ella estaba dispuesta a aprovechar cada uno de los minutos que le quedaban para estar con él, y no solo viajando.

—Entonces es mejor que nos levantemos. Nos queda un largo camino hoy hasta Atlanta, donde pasaremos la noche. Y si te parece, podemos pedir una cama doble en el hotel. Anoche me fui de la tuya porque era muy pequeña y no quería hacerte daño, pero me gustaría dormir contigo... si no tienes inconveniente.

—¡Ninguno!

—Bien. En ese caso, ¿compartimos una ducha? Tienes el pelo un poco sudado y a lo mejor le hace falta un lavado.

—Opino lo mismo; le hace falta.

Le tendió la mano con una sonrisa y entraron en el cuarto de baño.

Stefany jamás había disfrutado de una ducha compartida, de sentir las manos de un hombre impregnadas de jabón deslizarse por su cuerpo, ni de hacer lo propio con el de él. De acariciar esos músculos duros y esas nalgas prietas. De besarse bajo los chorros de agua. No pasaron de ahí, cuando ella quiso acariciarle más íntimamente, él se apartó.

—Lo dejaremos para la noche, preciosa. De pie sería contraproducente para tus costillas, y si nos metemos en la cama no saldríamos de ella en todo el día. Debemos seguir el programa de viaje.

—Sabes mucho sobre lesiones de costillas.

—Sé mucho de lesiones en general —dijo mientras la secaba—. Pero sí, he tenido rotas varias hace unos años. Sufrí una caída en una misión y tuve que caminar durante unos cuantos kilómetros con un dolor terrible. Una de ellas se desplazó y estuvo a punto de perforar el pulmón. No es ninguna tontería, por eso debes tener mucho cuidado. Aún no está soldada del todo.

—De acuerdo, «doctor».

Él terminó de secarla y, tras bajarle la toalla, le rozó el pecho con el dorso de los dedos.

—Respecto a lo que dije de tus senos...

—Mentiste.

—Sí —rio—. Como un bellaco. Pero parecías tan apurada que tuve que hacerlo para tranquilizarte. No pensaba que te ofendería.

—No lo hiciste, pero tampoco me tranquilizaste. Y ahora, si quieres que cumplamos el plan de viaje, será mejor que dejes de hacer eso. O te arrastraré a la cama, donde mis costillas no sufrirán daño.

A regañadientes retiró los dedos.

—Vamos a desayunar, será lo mejor.

—Si quieres, puedes amenazarme con hacerme el amor esta noche...

Él se inclinó y la besó suavemente sobre los labios.

—Date por amenazada.

Entre bromas se vistieron, dispuestos a emprender su segunda jornada de viaje en cuanto desayunasen.

Capítulo 13

Arrepentido

Merche había pasado el fin de semana en casa de su hijo, desde que se separase de Isaac este intentaba no dejarla sola demasiado tiempo. Lo agradecía, la casa vacía y llena de recuerdos se le hacía difícil de soportar, pero también necesitaba espacio y tranquilidad para asumir su situación. Poco a poco se iba adaptando a los cambios, a su nueva rutina y a su nuevo aspecto.

Susana y Fran también estaban siendo un gran apoyo para ella, tras el cambio brusco que había dado su vida

Aquella tarde, al regresar del trabajo se preparó para asistir al gimnasio. Todavía las agujetas la martirizaban cada vez que se entrenaba, pero al regresar se sentía mejor. Había descubierto las clases de zumba y se divertía muchísimo con ellas, aunque terminaba agotada. Eso le ayudaba a descansar mejor por las noches, a no extrañar el cuerpo que había dormido a su lado durante más de treinta años.

Terminó de preparar la mochila y se disponía a cambiarse de ropa cuando le sonó el móvil. El corazón se le aceleró al pensar que fuera Manuel, todavía no había tenido noticias de él y ansiaba escuchar su voz, aunque Isaac le hubiera asegurado que no corría ningún peligro.

Respiró hondo al ver que quien la llamaba era su marido. No le apetecía hablar con él, mantenerlo alejado hacía que su enfado se mitigase un poco. No obstante, no podía seguir demasiado tiempo ignorándole.

—Hola, Isaac —dijo serena.

—Merche... ¿Cómo estás?

—Bien. Espero que tú también. —Se obligó a decir.

Él no respondió.

—¿Qué ocurre? —preguntó, consciente de que no la había llamado solo para saludarla

—Nada, es solo... que quisiera pasarme a recoger unas cosas que dejé allí.

No le apetecía verle en absoluto, pero su petición era muy razonable. Se había llevado lo imprescindible, quizá confiado en que pasaría fuera solo unos días y Merche le perdonaría en poco tiempo. Estaba muy seguro de sus sentimientos, pero ella no estaba más cerca de aclararse que cuando se marchó, diez días atrás.

—Iba a salir para el gimnasio, pero puedes venir sin problemas. Usa tu llave.

—¿Vas al gimnasio? Eso es nuevo.

—Hay muchas cosas nuevas en mi vida desde que te fuiste.

Se hizo un silencio tenso. Al fin, Isaac admitió:

—No quisiera ir sin que tu estés... esa ya no es mi casa.

—Sí lo es, aunque no vivas aquí en este momento. No hay problema en que vengas, sé que no vas a robar el sofá en mi ausencia. —Trató de bromear, pero solo le salió un chiste sin gracia.

—En realidad me gustaría que hablásemos. El día que me marché fue todo muy tenso y muy difícil. Puedo esperar a que vuelas del gimnasio, no tengo prisa.

—De acuerdo, ven sobre las ocho.

—Gracias.

Colgó.

Le quedaban más de dos horas para quemar los nervios. ¿Cómo podía ponerla nerviosa la idea de ver al hombre con el que había compartido su vida? Sin embargo, así era. No se fue al gimnasio porque se sentía incapaz de concentrarse para coordinar los pasos de zumba. Lo que deseaba era entrar en la cocina para calmar la ansiedad del encuentro cocinando «a cuatro fuegos», como solían decirle sus hijos, pero no lo haría. Eso llenaría la casa de olores varios e Isaac la conocía lo suficiente para adivinar que su visita la había alterado. Y no deseaba que lo supiera. No quería mostrarse vulnerable ante la persona que siempre la

había acogido en sus brazos para calmar sus inquietudes, sus recelos y sus miedos. En ese momento esa persona ya no existía, se había convertido en un extraño al que quería ocultar cuánto la perturbaba su presencia.

En vez de meterse en la cocina salió a correr. Colocar un pie delante de otro hasta agotarse le pareció más fácil que acudir a su habitual clase en el gimnasio y concentrarse en ella. Regresó en media hora, se dio una ducha rápida, se arregló el cabello y se vistió para recibir una visita. Trató de matar el tiempo hasta que Isaac llegase llamando por teléfono, primero a Susana y después a su hijo, con la excusa de preguntar si sabía algo de Manuel. Después, ya cerca de las ocho, cogió un libro y trató de leer, o de fingir que lo hacía.

Isaac fue puntual, a las ocho menos cinco llamó al timbre de la que había sido su casa. Merche acudió a abrir después de atusarse el pelo de forma inconsciente.

Ambos se quedaron mirándose, cada uno a un lado del umbral, acusando los cambios en el otro. Merche estaba tensa y era consciente de que él lo percibía, del mismo modo que ella la inseguridad de él.

—Hola...

—Hola.

Se hizo a un lado para permitirle pasar. Isaac la siguió al interior de la vivienda.

—Te has hecho un nuevo peinado.

—Ya te dije que había cambios en mi vida.

—Te sienta muy bien.

—Gracias —dijo con irritación. No había ido hasta allí para piroparla, ¿verdad?

Merche tendió la mano hacia el interior de la casa.

—Coge lo que necesites.

—¿No me invitas a sentarme?

—Por supuesto. —Suspiró. Estaba dispuesto a ponérselo difícil—. ¿Quieres tomar algo? Es tarde para un café, pero puedo ofrecerte una cerveza.

—La cerveza vale.

Merche fue a la cocina y regresó con dos botellines en las manos, un ritual que

había realizado muchas veces cuando se sentaban a ver algo en la televisión después del trabajo. Era frecuente tomar juntos una cerveza antes de la cena.

—Lo siento, no tengo nada para picar. Estoy a dieta y estas empiezan en el supermercado.

—Pero tienes cerveza. —Le dio un trago a su botella. A ambos les gustaba tomarla directamente, al volcarlas en un vaso cambiaba la temperatura y el sabor.

—Para los chicos; cuando vienen les gusta tomarse su cervecita.

—Estuve hablando con Isaac, se ha tomado bien lo nuestro.

—Sí, era de esperar. Con Manuel será distinto.

—¿Tú crees? A lo mejor no es necesario que se entere; está fuera y tal vez podríamos solucionarlo antes de que regrese.

—Volverá pronto, según me ha dicho Isaac.

Se hizo un breve silencio que ambos salvaron bebiendo un trago de sus respectivas botellas. Después, él comentó nervioso:

—Te echo de menos.

—¿A mí? ¿O a la cena en la mesa, la casa limpia y la ropa planchada?

—No eres justa, yo siempre he colaborado en las tareas de la casa.

—Eso es cierto, colaborado, aunque no compartido.

—Nunca me pediste que lo hiciera.

—Ya lo sé. No te estoy reprochando nada, solo te pregunto qué es lo que echas de menos, si a mí o la vida rutinaria que llevabas conmigo. Esa que te impulsó a buscar en otro lado para sentirte vivo.

Isaac agachó la mirada.

—No me lo vas a perdonar ¿verdad?

—Es que esto no va de perdón, Isaac, sino de sentimientos.

—¿Qué sentimientos? ¿Has dejado de quererme? ¿Por una tontería que no ha pasado a mayores?

—No se deja de querer a alguien de la noche a la mañana, claro que te quiero.

—Entonces podemos solucionarlo. He dejado de hablar con Martina, de quedar con ella para desayunar, puedes preguntárselo a Carmen.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué tengo que entender? —Se mesó los cabellos, nervioso—. ¿Que no

deseas perdonarme?

—Claro que deseo perdonarte, más que nada en el mundo, pero no es tan fácil.

—¿Por qué no? No ha pasado nada, joder. Ni siquiera la he tocado.

—A lo mejor si lo hubieras hecho y hubieras venido a confesármelo arrepentido te habría perdonado, pero esto es distinto.

—Joder con las mujeres, no hay quien os entienda.

Ella le miró con pena en los ojos. ¿Cómo podía hacerle comprender a alguien que limitaba la traición al acto sexual cómo se había sentido al verle mirar a una jovencita como hacía mucho que no la miraba a ella? ¿El dolor que le había causado oírle confesar que necesitaba escapar de la vida que tenían juntos para sentirse vivo? Algo se le había roto dentro en aquel momento y no sabía si podría repararlo. O si quería.

—Isaac, el hecho de que buscaras en otra algo que yo pensaba que tenías conmigo, me hizo daño.

—Lo sé, y te pido perdón. Haré lo que sea para ganármelo...

—No se trata de lo que tú hagas, sino de lo que yo siento. No sé si podré volver a verte como antes.

—Claro que sí, ahora estás enfadada y lo comprendo.

—No estoy enfadada, sino decepcionada. No es lo mismo, ni tan fácil de solucionar. No confío en ti, ¿entiendes? Y no vuelvas a decirme que no ha pasado nada, porque para mí sí. El que no te la hayas tirado no te exime de que me estuvieras ocultando cosas tan importantes como tus sentimientos; yo siempre creí que la nuestra era una relación basada, además de en el amor, en la sinceridad. También me duele la falta de respeto que me has mostrado al tontear con una cría en nuestro puesto de trabajo. Me has convertido en el hazmerreír de la tienda y me has forzado a pedir el traslado de un lugar en el que me encontraba a gusto, porque todo el mundo me mira con lástima y se burla a mis espaldas. No se trata de lo que hayas o no hecho, sino de lo que yo siento. Y en este momento lo que siento es que no deseo estar contigo, por mucho que te quiera y te eche de menos. Y no sé si eso va a cambiar.

Los ojos de Isaac se empañaron de lágrimas, que no trató de ocultar.

—Lo lamento, lo lamento mucho, Merche.

Ella enfrentó la mirada tratando de mantenerse fría y no sucumbir también al llanto ni al nudo de emoción que se le había formado en la garganta.

—No más que yo, te lo aseguro —carraspeó—. Ahora, si no tienes nada más que decirme, recoge lo que hayas venido a buscar y márchate.

—Solo una cosa: que te quiero, y que trates, por favor, de recomponer lo nuestro. Que no te cierres ni en tu enfado ni en tu dolor y me des una segunda oportunidad. He cometido un error, o quizás muchos, pero si todavía sientes algo por mí, por lo que tuvimos, te suplico que lo intentes.

—Necesito tiempo, Isaac. Y no te garantizo que eso sea suficiente.

—Te daré todo el que quieras. Y no olvides, nunca, que por muy mal que lo haya hecho contigo, eres la mujer de mi vida.

Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta.

—Te olvidas lo que viniste a buscar.

—No era tan importante, ya lo recogeré en otro momento. Ahora no estoy con ánimos de hurgar en los cajones.

Merche se levantó del sofá para acompañarle a la puerta.

—No te molestes, conozco el camino.

Desde el sofá lo vio salir al recibidor y, segundos después, escuchó la puerta cerrarse. Levantó las piernas y se las rodeó con los brazos, apoyando la frente en las rodillas, en una postura de indefensión, mientras gruesas lágrimas silenciosas le corrían por la cara.

—¿Por qué? —susurró para sí—. ¿Por qué tuviste que ser tan inconsciente para romper lo que teníamos, y por qué yo no soy capaz de recomponerlo?

Lloró durante mucho rato, liberando en lágrimas la tensión y el dolor acumulados. Le quería, claro que le quería, con toda su alma, pero no era capaz de verle como al Isaac de siempre, en el que confiaba. Si lograba superar el momento y le daba una segunda oportunidad, ¿volvería a confiar o se pasaría la vida ahondando en sus ojos para buscar signos de insatisfacción? No quería eso, antes prefería perderlo para siempre.

Cuando se levantó dispuesta a irse a la cama sin cenar, y se dirigió a la puerta de entrada para cerrarla por dentro como cada noche, encontró el juego de llaves de Isaac dentro del cuenco donde solían dejarlas. De nuevo el llanto acudió a sus

ojos y de nuevo no trató de reprimirlo. Iba a ser una mala noche, sin duda.

Capítulo 14

Atlanta

El trayecto desde Houston a Atlanta comenzó de una forma diferente al del día anterior. Después de la noche transcurrida la tensión sexual había dado paso a la complicidad y camaradería de quienes ya tienen una relación, aunque esta vaya a durar poco tiempo.

En cuanto se instalaron en el vehículo, Manuel apartó una mano del volante y la colocó sobre el muslo de Stefany, gesto que a ella le encantó. Por dos días podía imaginar que tenían una relación y olvidar lo poco que duraría. Como Manuel había dicho la noche anterior, lo iba a disfrutar sin pensar en nada, ni en el adiós que habría de llegar ni en lo que le iba a costar decirlo. Y mucho menos pensaría en como en esos dos días que faltaban su corazón se iba a implicar.

Siempre había pensado que enamorarse llevaba mucho tiempo, y era la consecuencia de un largo periodo de compartir experiencias y situaciones con alguien. Incluso gustos y aficiones. Manuel y ella no tenían nada en común, y solo llevaban juntos poco más de una semana, pero Stefany temía que acabaría enamorada de él hasta la médula antes de que llegaran a su destino. No le importaba, jamás nadie le había hecho sentir lo que él, y no solo en el terreno sexual. Con solo mirarla le removía hasta el alma. La mano en su muslo le parecía que hubiera estado ahí siempre.

—Te has puesto muy seria. ¿En qué piensas? —le preguntó mirándola de soslayo.

—En nada importante. En cómo lo encontraré todo a la vuelta —mintió.

—¿Temes que haya cosas que aún no recuerdas?

—No; estoy segura de que, si las hubiera, volverán a mi memoria en cuando llegue a casa.

—Imagino que tendrás ganas de ver a Scott.

—Claro.

No las tenía. Aparte de que eso significaría el final del viaje, su amigo la conocía

mejor que nadie y adivinaría nada más verla lo que le pasaba y le regañaría por no haber sabido proteger su corazón.

Giró la cabeza y contempló al hombre que conducía a su lado. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? No habría tenido problema si él fuera en realidad el ligón y mujeriego que parecía, pero no era así. Era un hombre chispeante y divertido, pero también atento y sensible, por mucho que se empeñara en demostrar lo contrario. Había cuidado de ella, dejando de lado sus propios asuntos para visitarla en el hospital, y después cuando le dieron el alta la había llevado consigo, había corrido con sus gastos y estaba dando un rodeo de casi cuatro mil kilómetros para llevarla a casa. ¿Cómo no enamorarse? Todavía no lo estaba, se dijo, pero aún faltaban tres días hasta que tuvieran que separarse, y tres días eran muchas horas que compartir. Para charlar, para conocerle mejor, también para recibir sus besos, sus miradas intensas y esa sonrisa torcida que la volvía loca. Suspiró con fuerza. No, aún no lo estaba... pero lo estaría.

—¿Por qué me miras así?

Stefany parpadeó. No se había percatado de que lo observaba con detenimiento, con arrobo quizás.

—Te miraba y pensaba que, al verte conducir tan relajado, nadie se imaginaría que eres un militar peligroso.

—No soy peligroso.

—Yo diría que sí. Manuel... ¿Has matado a alguien?

—No intencionadamente, pero en la guerra a veces es tu vida o la de otro. Sí, tengo alguna muerte en mi conciencia, pero siempre en ocasiones extremas en que era el enemigo o yo.

—¿Qué tipo de misiones realizas?

—Depende. A veces, labores de reconocimiento tras las líneas enemigas; otras, evacuación de compatriotas en zonas de conflicto. Ese tipo de cosas. No puedo hablar mucho de ellas, la mayoría son confidenciales.

—¿Has estado en peligro alguna vez?

—Más de las que quisiera. No es jugar a los soldaditos lo que hago. Mi trabajo no consiste en hacer instrucción en un cuartel o archivar papeleo.

—¿Puede darse el caso de que alguna vez no vuelvas de una de tus misiones?

Un dolor agudo se instaló en su pecho ante esa posibilidad.

—Por supuesto que puede darse, pero también podría suceder que en media hora nos estrellemos contra un camión. El hecho de vivir ya es un riesgo.

—¿Por qué te hiciste militar? ¿Acaso tu padre lo es?

—¡No, qué va! Mi padre vende ropa de caballero en una tienda. Mi hermano sí lo es, es mayor que yo cinco años y no sé por qué motivo a los dos nos atrajo el ejército. Estuvimos juntos en el GOE unos años, pero él lo ha dejado.

—¿Por algún motivo especial?

—Por lo que lo dejan todos. Una mujer. Se enamoró, y cambió la tienda de campaña por un piso de ladrillo, y las armas por la espumadera y la escoba. Y supongo que más adelante por un biberón.

—¿Y tú harás lo mismo algún día?

La pregunta le salió del alma, quizás tenía esperanzas. Pero la respuesta fue rotunda.

—¡Jamás! Yo moriré joven con el fusil al hombro o viejo conduciendo el camión que transporta a mis compañeros. Llevo el ejército en las venas como una droga y no podría ser feliz con otra vida.

—¿Ni aunque te enamoraras?

—Yo no me enamoro, cariño. Salgo corriendo en cuando noto los primeros síntomas. Después de Daniela no corro riesgos.

Stefany desvió la mirada hacia el frente. Seguía allí, y sus palabras le dejaban muy claro que no se estaba enamorando. Sin duda, eso la ayudaría a controlar sus propios sentimientos.

—¿Y tú? ¿Te has enamorado alguna vez? —le preguntó con interés.

—Aún no.

—¿También sales corriendo ante los primeros síntomas? —bromeó.

—No, más bien me tiro de cabeza como una suicida, pero no ha llegado mi media naranja todavía.

—¿Ni siquiera Scott?

—Él fue el primer hombre de mi vida, nos conocíamos desde niños. Tuvimos un romance de juventud y perdimos la virginidad juntos. Pero pronto nos dimos cuenta de que solo era una buena amistad lo que nos unía, y decidimos no estropearla acostándonos. A pesar del sexo, que era muy bueno para ser dos novatos, no me enamoré de él; nunca sentí por Scott —estuvo a punto de decir «lo mismo que por ti», pero pudo contenerse a tiempo— lo que pienso que se debe sentir cuando te enamoras.

—¿Ha habido otros después de él?

Stefany detectó interés en la pregunta, el tono de voz se había hecho más agudo, casi apremiante. Como si no se tratase de una pregunta banal. Como si le importara.

—Alguno.

No era cierto, pero no estaba dispuesta a confesarle que debía sentir algo por un hombre, aunque solo fuera atracción, para irse con él a la cama. Ya le había dado demasiadas pistas y no quería que saliera corriendo para no lastimarla. Pensaba apurar aquello hasta el final.

—Solo era sexo, el amor aún no ha llamado a mi puerta. Quizás algún día.

—Si es lo que deseas, espero que lo consigas.

—Quiero tener una relación como la de Alice y Javier, un amor firme y duradero, y una familia. Mientras, disfruto del sexo.

Se hizo el silencio en el coche con las últimas palabras de Stefany flotando en el aire. Durante un rato ambos permanecieron callados, con la vista clavada en la cinta gris de la carretera, sumidos en sus pensamientos. La mano de Manuel, todavía apoyada en el muslo, la acarició levemente

—Háblame de ti —le pidió—. De la niña que fuiste, de tu infancia con Alice.

—Alice y yo no tuvimos una niñez en común. Somos hermanas solo de padre y supe de su existencia ya de adultas, cuando él murió. La localicé y nos conocimos, tampoco ella sabía nada de mí. Estábamos forjando una relación

fraternal sólida cuando ella y Javier se marcharon a España. Aun así, nos queremos muchísimo, y yo voy a verles al menos una vez al año. Estuve allí cuando nació la pequeña Marga, hace unos meses.

—Yo aún no la conozco, he tenido varias misiones seguidas. Pensaba acercarme por Sevilla en breve, pero me temo que con este viaje acabo de agotar mis días de permiso durante un tiempo.

—¿No estás aquí en misión humanitaria?

—Con esa excusa entré en el país, pero en realidad solicité un permiso por motivos personales. Tenía que localizar a Daniela y a Lupe, y eso no es de conocimiento público.

—Siento si has tenido que usar más días de los necesarios por mi culpa.

—Ha valido la pena. Conocerle ha sido estupendo.

—Lo mismo digo, aunque ya nos conocíamos.

—Digamos que ya nos habíamos visto antes.

—Sí, eso es cierto.

—Me ha gustado comprobar que eres bastante más que una chica bonita a la que tirar los tejos.

—También a mí averiguar que eres más que un ligón de segunda que me los tira.

—¡De segunda! —lanzó una carcajada—. Eso ofende y, si no recuerdo mal, anoche fuiste tú la que me los tiró a mí.

—También es verdad. Dime una cosa. ¿Estabas dispuesto a dormirte sin más?

—No, pero sabía que ibas a mover ficha y quise darte la oportunidad de dar el primer paso.

—Eso ha sonado muy prepotente.

—No lo es. Pero no me negarás que ayer el ambiente en el coche era incendiario.

—Lo era. Hoy en cambio es diferente.

Manuel esbozó una de sus sonrisas ladeadas.

—Porque hoy ya sabemos lo que va a ocurrir, ¿verdad?

De nuevo las mariposas en el estómago.

—Sí.

—Mañana el camino a recorrer es menor, no tenemos que echarnos a dormir tan temprano.

—Eran las cuatro y media cuando nos dormimos.

—Hoy podemos apurar el tiempo un poco más y salir más tarde.

—Me parece bien. Tampoco importa demasiado la hora a la que lleguemos a Richmond, vamos a mi casa. Porque te quedarás en ella, ¿verdad?

—En tu casa y en tu cama, y no te dejaré salir de allí hasta que me marche. Y sí, tómallo como una amenaza, porque lo es.

—¡Qué miedo me das!

—¡Soy el terror de las mujeres! —rio.

Llegaron a Atlanta al anochecer. Durante la última hora de trayecto, Stefany no dejó de moverse inquieta contra el respaldo del asiento. Le molestaba el hombro, que a pesar de no tener el incómodo vendaje que lo había comprimido, aún estaba convaleciente y moverlo le resultaba doloroso. En cuanto estuviera instalada debería buscar unas sesiones de rehabilitación. Pero la que de verdad le dolía era la costilla. La postura rígida en el asiento durante todo el día la martirizaba sin piedad.

Manuel la observaba en silencio, consciente de su malestar. Pisó el acelerador al máximo de lo que permitía el límite de velocidad, incluso sobrepasándolo ligeramente para llegar cuanto antes.

La cara de la mujer estaba pálida cuando bajaron del coche. Recogieron la llave en el mostrador de recepción y lo imprescindible para pasar la noche y subieron en el ascensor.

—No saldremos a cenar —sentenció Manuel con firmeza una vez en la habitación. Tal como habían pedido tenía una sola cama doble—. Vas a darte una ducha caliente, pediremos algo al servicio de habitaciones y te meterás directamente en la cama.

—Querrás decir nos meteremos.

—Nos meteremos, pero a dormir.

Todas las expectativas que se había hecho durante el largo día se vinieron

abajo.

—¿A dormir? —preguntó decepcionada.

—Sí.

—Pero esta mañana dijiste... me amenazaste.

Manuel le colocó las manos sobre los hombros con cuidado, y a pesar de eso dio un respingo. Ahondó en sus ojos y susurró con firmeza.

—Stefany, estás cansada y dolorida. He visto cómo te removías en el asiento, no olvides que yo también he tenido las costillas rotas. No vamos a tener un maratón de sexo esta noche, como el de ayer.

—No fue un maratón, solo dos veces.

—Más de lo que tú podías soportar después de una larga jornada en coche. Y la de hoy ha terminado de agotarte, estás pálida.

—Estoy bien —mintió.

—No lo estás.

—A lo mejor el que está agotado eres tú —trató de provocarle—, y las dos veces de anoche fueron demasiado para ti. Ya veo que a algunos hombres se os va la fuerza por la boca, alardeáis mucho y hacéis poco.

Él esbozó una sonrisa.

—No va a funcionar, cariño, no voy a caer en la provocación. Por mucho que me tienta.

La mirada de Stefany se clavó en la de él con desesperación. ¿De verdad iba a desperdiciar una de las dos noches que les quedaban?

—¡Solo nos quedan dos noches...! —suplicó y a Manuel se le encogió un pellizco en el corazón sabiendo que era cierto. También a él el avance del reloj le estaba pasando factura, la idea de que a cada kilómetro se acercaban más a la despedida era algo que trataba de apartar de su mente.

—Haremos una cosa. Nos acostamos cuando terminemos de cenar, dormimos las primeras horas y nos despertamos temprano. Este hombre al que se le va la fuerza por la boca se levanta muy dispuesto por las mañanas. —Le guiñó un ojo—. ¿Hace?

—¡Qué remedio!

La abrazó con cuidado de no hacerle daño. No era fácil para él rechazarla,

llevaba todo el puñetero día pesando en el momento en que se metieran en la cama. Durante los silencios que se habían producido a lo largo del camino su mente había volado al instante en que la tuviera en sus brazos de nuevo, pero por el bien de Stefany debía esperar.

El cuerpo cálido pegado al suyo, esa mujer que a pesar del agotamiento y el dolor no quería perder una noche con él, le estaba calando hondo. Quizás era una suerte que les quedara poco tiempo porque Stefany era de las que dejan huella y él no podía permitírselo.

Su entrepierna reaccionó en seguida al abrazo, su ducha tendría que ser lo más fría posible. Aun así, no quería soltarla. La hubiera mantenido abrazada eternamente, aspirando su olor, y sintiendo su tibieza y su calidez.

—Tú también me deseas ¿verdad? —preguntó ella al notar su reacción.

—Claro que te deseo, tanto como tú a mí. Pero vamos a esperar a mañana — musitó besándola en el pelo.

—De acuerdo.

Debían separarse, ambos lo sabían, pero eran incapaces de romper aquel abrazo que poco tenía de sexual. Al fin, y con un tremendo esfuerzo, Manuel dejó caer los brazos inertes a lo largo del cuerpo.

—Vete a la ducha, yo mientras pediré la cena.

—¿Sola?

—Sí, sola. No soy de piedra por muy duro que parezca, y verte desnuda bajo los chorros y no tocarte sería una dura prueba para mí.

Resignada cogió el pijama y una muda de ropa y entró al cuarto de baño.

Después de una cena ligera se metieron en la cama. Manuel se acopló a la espalda de Stefany y la rodeó con un brazo. Nunca había dormido con una mujer de esa forma, él era de sexo y no de abrazos tiernos, pero la expresión desolada de ella ante su negativa a hacerle el amor le había impulsado a compensarla de otra forma. Eso se dijo para disfrazar la imperiosa necesidad que sentía de tenerla pegada a su cuerpo, de aprovechar él también las pocas horas que les quedaban antes de despedirse para siempre. Porque tenía que ser para siempre,

las alarmas estaban sonando fuerte y debía salir corriendo y poner mucha distancia entre ellos. Pero aún quedaban dos días, cuarenta y ocho horas para tenerla en sus brazos, recrearse en sus preciosos ojos castaños y besar esa boca que lo volvía loco. Cuarenta y ocho horas no supondrían ninguna diferencia. Cuando la sintió respirar con la pesadez que produce el sueño, le apartó la sedosa melena del cuello, apoyó la boca en él, y de ese modo se quedó dormido.

Despertó al sentir el trasero de la chica restregarse contra su erección. Sonrió y se despejó de las brumas del sueño al instante. Estaba amaneciendo y una débil luz se filtraba tras las cortinas.

—Buenos días —le susurró al oído.

—Tenías razón, te despiertas bien dispuesto por las mañanas. ¿Vamos a aprovecharlo o te acobardarás de nuevo? ¿Vas a demostrarme lo que un duro GOE es capaz de hacer o tendré que desmitificar al cuerpo?

—Este duro GOE —apretó la entrepierna contra el trasero que la rozaba— piensa dejar el pabellón del cuerpo bien alto esta mañana.

Le dio la vuelta y la miró a los ojos, que brillaban de deseo.

—¿Cómo te encuentras?

—No es el momento de hablar, soldado.

—¡Señor, sí, señor!

Inclinó la cabeza y la besó.

La pasión se desató al instante, las manos volaron deshaciéndose de la ropa. El pijama de florecitas cayó a un lado de la cama, el bóxer de él al otro. Los cuerpos se buscaron, las manos exploraron, las bocas acariciaron, besaron y mordieron cuanto encontraban a su paso.

Por mucho que Manuel intentó contener la fogosidad de Stefany para no lastimarla, no lo consiguió. Tampoco él era capaz de refrenar el deseo abrumador que sentía, teniéndola entre sus brazos entregada y ávida de caricias. Se dejó ir al ritmo que ella marcaba, le hizo el amor con la intensidad que le pedía y se sintió desbordado por las emociones que le provocó. Aquel cuerpo que se agitaba convulso bajo el suyo no solo le producía placer, sino una emoción intensa y

profunda que se negó a analizar.

Llegaron al orgasmo a la vez. Jadeantes, exhaustos. Se miraron a los ojos con intensidad, incapaces ambos de apartar la mirada, leyendo en los del otro emociones que no debían estar allí.

Para huir de la mirada inquisidora de Stefany, Manuel la besó. Como hacía muchos años que no besaba a una mujer, con la boca y con el alma. Después se dejó caer en la cama a su lado, sintiendo los ojos de la chica fijos en él.

—Ni se te ocurra pensar que no lo he disfrutado —aclaró.

—Hoy estoy segura de que sí.

—¿Te he hecho daño? Quizás he sido un poco brusco...

—Solo me has dado lo que yo te pedía. No me has hecho daño, Manuel.

El nombre sonó en la boca de Stefany como una caricia y él supo sin ninguna duda que la situación se les estaba escapando de las manos a los dos. Pero se sentía incapaz de no dejarse llevar. Alargó el brazo para acariciarle la cintura y presionó ligeramente con el pulgar donde sabía que estaba lastimada. A pesar de que ella lo esperaba, no pudo evitar un encogimiento de dolor.

—No deberíamos hacer esto —se lamentó él—. Bastante malo es que pases tantas horas de viaje sin descansar para que encima te haga el amor como si no hubiera un mañana.

—No lo hay. Y gracias por haber dicho hacer el amor y no follar.

—No estoy follando contigo, Stefany. Eso solo lo hago con las conquistas de una noche, no con mujeres que conozco y aprecio.

—Tampoco yo estoy follando contigo.

—Lo sé.

La alarma del móvil de Manuel les hizo dar un respingo.

—¿Ya es hora de levantarse? —preguntó abatida. Él le dedicó una sonrisa tierna.

—Te diré lo que vamos a hacer. Nos quedaremos en la cama un rato más, para que puedas descansar y afrontar la última etapa del viaje, si me prometes que no intentarás que pasemos a mayores.

—¿Lo contrario de pasar a mayores es quedarse en menores? ¿Es alguna expresión española que no entiendo?

—No —sonrió—, esto son menores.

Se inclinó sobre ella y la besó, primero en los labios, después ahondó en la boca. La rodeó con un brazo sin lastimarla, acariciando el costado y la cadera con ternura y sensualidad. Dedicó a ello mucho rato, solo besos y caricias tiernas. Y miradas profundas que le llegaban al alma.

Stefany deseó quedarse allí para siempre, lejos del mundo y de la realidad que los separaría. En aquella burbuja de besos que Manuel había creado para ella.

Pero todo llega a su fin, y a media mañana les fue imposible ignorar el avance del reloj. Él se incorporó y la miró con pesar,

—Hora de irnos, cariño.

Stefany asintió y se levantó de la cama.

Tras un desayuno apresurado emprendieron la última etapa de su viaje, la que les llevaría a Richmond, donde pasarían las últimas veinticuatro horas juntos. El avión de Manuel despegaba a las cinco de la mañana del día siguiente y sería el final.

Se detuvieron con frecuencia para que Stefany no llegase tan dolorida como el día anterior. Ambos tenían la intención de aprovechar la noche al máximo.

Durante las últimas horas de la tarde se crearon grandes silencios en el interior del vehículo. Ninguno estaba de humor para hablar de temas intrascendentes, pero tampoco podían decir lo que de verdad sentían. El fantasma de la despedida flotaba sobre ellos cada vez más cercano.

Capítulo 15

Richmond

ERan las diez de la noche cuando llegaron ante la casa rodeada por una valla blanca donde vivía Stefany. Un hombre alto y fornido esperaba sentado en los escalones del porche.

—¡Scott!

La chica saltó del vehículo en cuanto este se detuvo y corrió hacia la figura que se le acercaba con los brazos abiertos.

—¡No la abras demasiado fuerte, tío, que tiene una costilla rota! —advirtió Manuel de mal humor. Lo último que deseaba esa noche era un intruso, había esperado con ansia el momento de tenerla en la cama, aunque solo fuera para dormir.

—Gracias por la advertencia, pero ya lo sé. No la lastimaré.

Stefany sintió el cálido abrazo de su amigo y se supo en casa. Apoyó la cabeza en el pecho amplio y aspiró el olor familiar. Después se volvió a Manuel.

—Ven que os presente.

—No hace falta, tú eres Manuel, ¿verdad? —Le tendió la mano que el recién llegado estrechó sin ningún entusiasmo.

—Y tú, Scott.

—Gracias por traerla a casa.

Por un instante los dos hombres se midieron con la mirada, analizándose. Manuel vio sincero aprecio y agradecimiento en los del otro, y trató de apaciguar el mal humor que le había ocasionado su presencia.

—No tienes que darlas, ha sido un placer.

—Os he preparado algo de cena, imaginé que llegaríais cansados. La tengo en el horno.

Manuel le vio dirigirse a la casa de al lado y entrar en ella.

—Scott vive ahí. Es la casa de sus padres, como esta era la de los míos, así se forjó nuestra amistad. Los de Scott se han mudado a un apartamento pequeño y sin escaleras y él se ha quedado con la vivienda. Al igual que yo, ha instalado su empresa en la parte trasera.

—Os veis mucho, entonces.

—Es bastante frecuente que hagamos algunas comidas juntos y por la noche pongamos una película. Nos cuidamos el uno al otro.

Un ramalazo de celos le asaltó de repente. Él había cuidado de Stefany durante días, y la sola idea de que lo hiciera otro le revolvió las entrañas, aunque solo fueran amigos.

La siguió al interior de la casa, un salón amplio con grandes ventanas en una de las paredes laterales. Estaba amueblado con piezas de madera clara de un gusto exquisito.

—Bonito, ¿verdad? —le preguntó orgullosa—. Es obra de Alice. Yo conservaba los viejos muebles de mis padres y ella le dio a todo un aire moderno y funcional. El sofá es una maravilla.

Un amplio diván con *chaise longue* en un extremo de tono rojizo ocupaba gran parte de la estancia. A Manuel no le costó imaginársela acurrucada y tapada con una manta en las frías noches de invierno. Se dijo que antes de marcharse dejaría su impronta en él para que le recordase cuando no estuviera.

Scott apareció en la puerta trasera que habían abierto nada más llegar, con una bandeja de horno en las manos, cubierta con papel de aluminio.

—Tu lasaña favorita.

La colocó sobre la mesa y se volvió hacia ellos, con la esperanza de ser invitado a cenar pintada en el rostro. Pero Stefany se alzó sobre las puntas de los pies, y tras depositar un beso de agradecimiento en la mejilla del hombre, se apresuró a despedirle.

—Muchísimas gracias, estamos realmente cansados. Apenas nos tomemos un

bocado, nos echaremos a dormir. Ya hablamos mañana con más calma.

El hombre pasó la mirada de Stefany a Manuel, de la expresión impaciente de ella a la tensa de él, y entendió. Esbozó una sonrisa, y se despidió a su vez.

—Bien, me retiro entonces y os dejo descansar. Que tengáis buena noche.

—Gracias.

Apenas la puerta se cerró a sus espaldas, la chica se apresuró a correr las cortinas para ocultar lo que sucedía en el salón de la vista de la casa colindante.

—Esta es nuestra contraseña. Cortinas corridas significa que no estamos solos y no deseamos ser molestados. Funciona para los dos, porque normalmente, y mientras estamos en casa, mantenemos las puertas traseras abiertas para permitirnos el libre acceso.

—¿Quieres decir que tu amigo sabe que vamos a acostarnos por el hecho de ver las cortinas cerradas?

—Lo sabe desde el momento en que no le he invitado a quedarse a cenar, que es lo que normalmente hubiera hecho. Después de tantos días querrá que le cuente mi odisea, pero tendrá que esperar.

—Me ha mirado con mala cara.

Stefany rio.

—No, lo ha hecho con curiosidad; eres tú el que ha fruncido el ceño al saludarle. Pero tranquilo, permanecerá en su casa hasta que yo descorra las cortinas.

Se acercó a él y le dio un abrazo. Manuel inclinó la cabeza y la besó.

—Cenemos primero, Scott es un cocinero excelente y yo estoy cansada de comida de restaurantes.

Tras una rápida y relajante ducha, y después de haber hecho los honores a la deliciosa lasaña, se fueron a la cama.

Estaban impacientes, deseosos de disfrutar de su última noche juntos.

En esta ocasión Stefany no se había puesto el cómodo pijama de florecitas, sino una bata debajo de la cual Manuel intuía que no llevaba nada. Él, su habitual prenda de estar por casa, un bóxer esa vez negro.

Aquella noche se dejaron llevar como nunca antes. No solo dieron rienda suelta a la pasión, sino a sentimientos más intensos que en aquel momento no les

preocupó mostrar.

Al deseo se unió la ternura, las caricias lentas, las largas miradas. El corazón se les expandió y olvidaron protegerlo dando y recibiendo mucho más de lo que pretendían.

El amanecer les sorprendió enredados en un abrazo tierno y sensual. El brazo de Manuel rodeaba los hombros de Stefany, la pierna y el brazo de ella sobre el cuerpo masculino, el cabello desparramado sobre el pecho. Y el alma de los dos oprimida por el inexorable avance del reloj.

—Buenos días — la saludó Manuel con un beso tierno sobre los labios en cuanto abrió los ojos.

—Buenos días.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Tú dijiste...

—Que no te dejaría salir de la cama, y voy a cumplirlo, salvo que tú digas lo contrario. Por eso te pregunto.

—No pienso hacerlo —dijo dándole un ligero beso en el pecho.

—Pero tendremos que comer primero, porque no sé tú, pero yo estoy muerto de hambre.

—Tú siempre estás muerto de hambre —rio—. Veré qué encuentro en el frigorífico, aunque me temo que poca cosa, salvo que Scott haya hecho una compra.

—He gastado muchas energías, y si pretendes que siga haciéndolo, tendrás que alimentarme.

Stefany saltó de la cama y se puso la bata sobre la piel desnuda, mientras sentía la caricia de la mirada oscura sobre su cuerpo.

Caminó descalza hasta la cocina, y poco después Manuel se le unió vestido únicamente con el pantalón vaquero. Juntos prepararon un desayuno improvisado con lo poco que había en la despensa: pan, leche, cereales y algo de fiambre. Lo tomaron sentados a la mesa de la cocina, como una pareja que saborea la primera comida del día antes de ir al trabajo. Ellos disfrutaban de su último desayuno juntos, frugal en comparación con los que habían degustado en Ciudad de México.

Después, él insistió en que le enseñara la casa: la planta alta, el despacho y el pequeño jardín que había entrevisto a oscuras cuando llegaron. Quería imaginar su vida allí.

Stefany miró el móvil, que ni siquiera había sacado del bolso y cuya luz parpadeaba con signos de llamadas perdidas o mensajes. Uno de Alice de la noche anterior pidiéndole que la llamase cuando hubiera llegado a casa y otro de Scott de aquella mañana, ofreciéndoles el contenido de su despensa hasta que pudiera realizar una compra. Agradeció el ofrecimiento con otro mensaje y después telefoneó a su hermana.

—Hola, Alice —saludó en cuanto esta respondió—. Disculpa que no te haya llamado antes, llegamos anoche tarde y muy cansados. Nos fuimos a la cama en seguida, y no he visto tu mensaje hasta este momento.

—No te preocupes, imaginé algo parecido.

Alice no dijo que también Javier había mandado un mensaje a su primo que tampoco tuvo respuesta. Y habían hecho suposiciones, que más adelante se encargarían de confirmar.

—¿Ha sido muy duro el viaje?

—Un poco. Muchos kilómetros para recorrer en coche, pero hemos conseguido traer un material de primera para tu proyecto. Manuel ha conducido todo el tiempo, no me ha permitido hacer ningún esfuerzo.

Ahogó una risita ante la mirada que este le dirigió con la ceja alzada.

—Yo sabía que te cuidaría bien —añadió Alice.

—Me ha cuidado muy bien, te lo aseguro.

Las manos de él le rodearon la cintura desde atrás y la atrajeron contra el cuerpo semidesnudo. La boca buscó el hueco donde el cuello se une con el hombro y se posó allí en espera de que Stefany terminara de hablar.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó Alice un poco preocupada ante la situación familiar que Manuel se encontraría a su regreso, y de la que aún no sabía nada.

—Su avión sale esta madrugada, a las cinco de la mañana, y tras hacer dos escalas, en Boston y en Madrid, llega a Valencia dentro de veintiocho horas.

—Al menos tiene el día de hoy para descansar —aventuró Alice esperando que la respuesta de su hermana le aclarase lo que ya intuía.

—Sí, hoy nos quedaremos en casa, tranquilos.

La mano que se colaba dentro de la bata por el escote le indicó que iban a descansar poco.

—Bueno, Alice. —La impaciencia empezó a apoderarse de Stefany, y se apresuró a cortar la conversación—. Tengo algunas cosas que hacer, ya te llamo mañana y hablamos con tranquilidad.

En cuanto pulsó el botón para cortar la llamada, Manuel le quitó el aparato de la mano y la hizo girar. Tiró del cinturón de la bata para abrirla mientras ella se dedicaba a la cremallera de sus vaqueros.

—¿Volvemos a la cama? —preguntó con una sonrisa provocadora.

—Al sofá. Quiero que cada vez que te sientes en él te acuerdes de mí.

—Hum, para eso tendrás que hacer algo realmente bueno... no eres el primero que pasa por ese sofá.

—Lo recordarás, palabra de GOE.

La tendió de espaldas en la *chaise longue* y se arrodilló delante, sujetó las caderas con firmeza al asiento y comenzó a besar el vientre despacio, bajando, bajando. La expectación se apoderó de Stefany, que clavó los talones en el suelo. Cuando sintió el leve toque de la lengua en su sexo ahogó un gemido y alzó las caderas pidiendo más.

Tal como había prometido, o amenazado, él se empleó a fondo. Chupó, lamió y succionó llevándola hasta el borde del orgasmo, sin permitirle lograrlo. Una y otra vez.

—¡Maldito seas...! ¿Quieres dejarme terminar?

Una risita que ya conocía muy bien le hizo comprender que no lo haría, que la atormentaría hasta que no pudiera soportarlo más. Que lograría lo que había dicho, que cada vez que se sentara en aquel sofá recordase aquellos momentos.

A la lengua juguetona se unieron dos dedos que la penetraron sin piedad, haciéndola jadear a punto de correrse, presionando el punto mágico. Tampoco lo permitió. Una y otra vez la llevaba hasta el umbral de la liberación, hasta que también para él fue imposible soportarlo, y sacando los dedos y alzando la cabeza, se colocó sobre ella y la penetró de golpe.

Stefany gritó. No le importó si alguien la escuchaba, ni si la costilla se le

desplazaba causándole la muerte. Convulsionó contra el cuerpo moreno que tanto deseaba en el mismo instante en que lo sintió dentro. Un orgasmo tan intenso que creyó que moriría ahogada en su propio placer. Se aferró a los hombros del hombre que trataba de controlar el suyo, con los ojos cerrados y los brazos tensos para no dejarse caer. Para no dejarse ir, en un supremo esfuerzo por lograr que aquellos instantes fueran inolvidables para los dos.

Al fin no pudo resistirlo más, y estalló dentro de ella.

Cuando consiguió respirar con normalidad, Stefany gimió:

—Vas a matarme...

—Nadie se muere de placer.

—Pero sí a causa de las torturas. ¿Te enseñaron eso en el ejército?

—Este tipo de torturas las aprendí yo solito —admitió con una mirada socarrona—. Y todavía puedo hacerlo mejor.

—Para mejorar esto tendrás que esforzarte mucho.

—Tenemos todo el día y a mí me gusta superarme.

Stefany trató de no pensar en que sería el último, y le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo para besarle. Los besos de Manuel la volvían loca. Nunca nadie la había hecho sentir tantas cosas solo con el roce de los labios. Sabía besar y estaba claro que le gustaba hacerlo, que disfrutaba con ello. No como otros hombres para los que el beso solo era el preludeo del acto sexual.

Realmente se esforzó en convertir el resto del día en inolvidable. No solo en el terreno erótico, aunque hicieron el amor dos veces más a lo largo de la jornada, siempre con el cuidado de que la costilla de Stefany no sufriera demasiado. Pero no era la fractura la que dolería cuando llegase la noche sino el corazón, cada vez más vulnerable, más entregado y más enamorado.

Dejaron pasar las horas sin hacer mención al duro momento que se acercaba, charlando, comiendo y bebiendo, disfrutando de la compañía y apurando los minutos.

En un momento de la tarde, entre bromas y risas, se habían puesto, ella el sombrero mexicano y él el poncho que se habían regalado mutuamente y se

habían hecho unos *selfies* como recuerdo de su aventura mexicana.

Al fin, después de un último encuentro sexual, lento y tierno en el que las emociones fueron más intensas que la pasión, se metieron en la ducha juntos y Manuel se preparó para partir. Había rechazado el ofrecimiento de Stefany de acompañarle al aeropuerto, aduciendo que no le gustaban las despedidas. No obstante, el adiós flotaba en cada rincón de la casa mientras se secaban y él se vestía.

Iba a ponerse la camiseta que le había prestado a Stefany para dormir la primera noche y que había lavado en el hotel. Tenía por norma lavar la ropa cada día puesto que siempre viajaba ligero de equipaje.

Stefany alargó la mano y acarició la tela cuando él la cogió, impidiéndoselo.

—¿Puedo quedármela? —preguntó indecisa. No quería sonar demasiado sentimental, pero necesitaba un recuerdo, algo de Manuel que conservar cuando se marchara—. Es muy suave para dormir con ella.

—Claro, es toda tuya. Te queda mucho mejor que a mí.

Manuel se la puso, y la estiró sobre el cuerpo, ajustándola con las manos en una última caricia. Los senos, la cintura, las caderas, sintieron las palmas recorrerlos una vez más. Esa última imagen de Stefany, vestida con su camiseta azul, permanecería en su retina durante mucho tiempo, estaba seguro de ello.

Él vistió la blanca, que le daba un toque muy atractivo a su rostro moreno. Así le recordaría ella: el pelo húmedo cayéndole sobre la frente, la sonrisa ladeada y una intensa emoción en los ojos. No tenía ninguna duda de que tampoco le estaba resultando fácil despedirse.

Salieron del cuarto de baño y le observó en silencio mientras terminaba de recoger sus escasas pertenencias y las guardaba en la mochila. Después se enfrentó a ella.

—Tengo que irme ya.

Stefany tragó saliva para disolver el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó haciendo un supremo esfuerzo para que la voz no la traicionase.

—Es posible. Tenemos familia en común, aunque a mí ya no me quedan

primos por casar. —Trató de bromear.

—Tienes mi número; si pasas por Richmond, o cerca... pues no necesitas buscar alojamiento. Dijiste que cuando se me curase la costilla me dejarías hacer todo lo que quisiera.

Manuel la abrazó con una intensa emoción en el alma.

—Esa fue una promesa en toda regla, y si alguna vez volvemos a vernos, y las circunstancias lo permiten, la cumpliré.

Stefany le rodeó la espalda con los brazos y enterró la cara en el pecho.

—Gracias por todo —susurró tratando de mantener la emoción bajo control—. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. No sé qué hubiera pasado de no haberte encontrado en Ciudad de México. Estaba tan desorientada, tan perdida...

—Hubieras recordado igualmente y regresado por tus propios medios, no tengo ninguna duda de ello. Eres una mujer fuerte, una superviviente y lo hubieras conseguido. Aunque yo prefiero que nos hayamos encontrado, estos días contigo han sido muy especiales. Los recordaré con mucho cariño, Stefany, como a ti.

—Quisiera pedirte una cosa. Si alguna vez averiguas la verdad sobre Lupe, me gustaría que me la dijeras.

El rostro de Manuel se ensombreció.

—Dudo mucho que lo consiga, Daniela está muy reticente. Creo que no quiere que su marido sepa que intento localizarlas. Pero si llego a saberlo, te lo diré. Y respecto a tener tu número, lo apuntaré en casa. Suelo borrar de mi móvil cualquier dato de familiares o amigos, así como las fotos. Los de mi familia los tengo memorizados, y el resto, en cuanto salgo a alguna misión, los elimino.

—¿Vas a borrar nuestro maravilloso *selfie* con atuendo mejicano? —preguntó decepcionada. Quería que él tuviera un recuerdo de lo que habían vivido

—Lo conservaré en el ordenador.

«Yo lo pondré de fondo de pantalla —pensó Stefany—, para estar segura de que no ha sido un sueño lo que he vivido estos días contigo».

El tiempo se agotaba, y Manuel la soltó.

—Es el momento.

—Sí. Adiós, Manuel.

Él se inclinó y le rozó los labios con los suyos. Los de ella temblaban y no se

pudo controlar. La besó con fiereza, con el alma, y tan bruscamente como había comenzado a hacerlo, se apartó.

—Adiós, preciosa.

Y salió de la casa. Stefany le vio desde la ventana del salón perderse calle abajo con la mochila a la espalda, y tuvo la certeza de que nunca volvería a verle. De que Manuel Arroyo había sido solo una aventura en su vida, un amante fugaz y pasajero, al que nunca olvidaría. Con la frente apoyada sobre el cristal de la ventana dejó que unas lágrimas silenciosas se deslizaran por la mejilla, hasta alcanzar los labios, borrando con su sabor salado el que había dejado la boca de Manuel. Del mismo modo que se irían borrando los recuerdos de esa aventura tan rocambolesca que podría haber sido catastrófica y sin embargo le había permitido conocerle.

—Gracias, Manuel —susurró—. Estaré en deuda contigo durante el resto de mi vida.

Permaneció apoyada contra el cristal mirando la calle vacía durante un rato, como si a fuerza de contemplarla le pudiera hacer volver. Escuchó el sonido entrante de un *whatsapp*, y supo de quien era.

Se apartó de la ventana y lo comprobó. Scott.

«¿Quieres compañía o prefieres que te deje sola?».

«Nos vemos mañana. En este momento solo me apetece meterme en la cama y echarme a dormir».

«Y pensar en el moreno».

«No debería, pero también. Buenas noches, Scott».

«Hablamos mañana, y no te vas a librar de contarme hasta el último detalle. Descansa».

Scott tenía razón. Se metió en la cama y en cuanto cerró los ojos escenas vividas durante los últimos días acudieron a su mente. No se resistió, las dejó fluir con el sabor agridulce de los momentos especiales que sabía no se volverían a repetir.

Capítulo 16

El regreso

Manuel subió al avión y se desplomó con gesto cansado en el asiento. Le esperaba un largo recorrido, pasando por Boston y Madrid antes de llegar a Valencia. Dos escalas y muchas horas de viaje. Hubiera podido hacerlo solo con una, pero habría tenido que salir un día antes y había preferido quedarse con Stefany unas horas más. Con cualquier otra mujer no lo habría dudado, pero ella era especial. Lo intuyó la primera noche después de salir del hospital y los hechos lo habían corroborado. Por suerte solo habían sido unos pocos días los que pasaron juntos, porque los síntomas de estar enamorándose habían hecho saltar todas sus alarmas.

No quería hacerlo, ya había pasado por ahí. Además, había visto lo que el amor había hecho con su hermano. Isaac abandonó su carrera y todos sus sueños, esos que siempre habían compartido, cuando conoció a Clara. Y lo hizo sin ningún pesar. Lo que no pensaba era que la mayor parte de las veces el amor era efímero y cuando acababa te encontrabas con que habías dejado atrás cosas importantes y no había forma de recuperarlas.

Él no iba a cometer esa tontería, jamás renunciaría al ejército por una mujer. Por eso era bueno que su tiempo con Stefany hubiera acabado, porque eso cortarían de raíz las extrañas emociones que ella le provocaba. El deseo de protegerla, el sexo impregnado de otras sensaciones, los celos cuando la vio abrazada a Scott. Era hora de poner punto final a aquella aventura y recordarla con agrado en el futuro.

La azafata anunció que debían desconectar los teléfonos móviles, y antes de hacerlo no pudo evitar echarle una mirada al *selfie* que se habían hecho aquella tarde. Había sido un momento tierno y divertido. La cara de ella aparecía algo ensombrecida bajo el sombrero, pero se veían los rasgos lo suficiente para apreciar lo bonita que era. Puso cara de bobo mientras la contemplaba, estaba seguro, pero no le importó. No la olvidaría con facilidad.

Desconectó el teléfono, el avión despegó y él cerró los ojos, dispuesto a dormir la mayor parte del viaje. Las últimas jornadas habían sido agotadoras tanto física como emocionalmente.

Después de una escala en Boston de varias horas, y un nuevo vuelo, llegó a la terminal cuatro del aeropuerto de Adolfo Suárez, en Madrid. Estaba agotado, pese a sus intenciones apenas había dormido desde que saliera de Richmond, porque cada vez que cerraba los ojos la cara sonriente de Stefany aparecía en su mente. Unas veces mirándole con deseo, otras riendo con sus ocurrencias, pero siempre con una sonrisa en los labios. Solo en los primeros momentos de incertidumbre en el hospital la había visto triste o preocupada.

Bajó del avión con la mochila que había llevado en cabina al hombro y, tras pasar el control de pasaporte, miró la hora. Tenía un buen rato hasta que cogiera el AVE hacia Valencia, por lo que decidió salir de la terminal y premiarse con un succulento desayuno. A pesar de la comida que le habían servido en el avión, tenía hambre. Recordó las palabras de Stefany diciéndole que siempre la tenía. Sacudió la cabeza, pensando en que debía empezar a sacársela de la mente, no podía estar recreando su imagen ni sus palabras a cada momento o no podría olvidarla.

Su sorpresa fue mayúscula cuando tras la puerta de salida vio a su hermano en primera fila, agitando la mano para llamar su atención. Se dirigió hacia él y ambos se fundieron en un abrazo.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le preguntó en cuanto se separaron.

—He venido a recibirte.

—¿A Madrid? ¿Qué pasa?

Isaac sabía que le iba a preocupar, pero tampoco podía contarle por teléfono lo que estaba sucediendo con sus padres.

—Vamos a un sitio tranquilo, tengo algo que decirte.

—¿Los abuelos están bien?

—Sí, nadie está enfermo, no te preocupes.

Algo más relajado, propuso:

—Iba a desayunar. Busquemos un sitio donde podamos hablar.

Durante unos minutos ambos hermanos guardaron silencio. Entraron en un local medio vacío a aquellas horas tempranas y se sentaron a una mesa apartada. Manuel encargó dos cafés, de repente había perdido el apetito.

—Dime —apremió—, ¿qué es eso tan grave que te ha impulsado a venir a Madrid para hablar conmigo?

—Podría habértelo dicho por teléfono, pero prefiero hacerlo cara a cara. Te conozco y sé cuál va a ser tu reacción. Se trata de nuestros padres.

—¿Qué les ocurre?

—Tienen una crisis.

Manuel se echó a reír.

—¿Una crisis? ¿De qué tipo?

—Se han separado temporalmente.

—¿Cómo? Estás de broma, ¿no? Son papá y mamá... están colados el uno por el otro.

—No, Manuel, estoy hablando en serio.

Este sacudió la cabeza sintiendo el enfado crecer en su interior.

—¿Qué coño ha pasado? Él le ha puesto los cuernos, ¿verdad?, porque es impensable que haya sido mamá.

—No lo sé, no me han dicho el motivo. Solo que él se ha ido de casa y se están replanteando si seguir juntos o no.

—¡Joder! ¿No lo has preguntado?

—No, es asunto de ellos.

—¡Y nuestro! Mira, si le ha hecho algo... aunque sea mi padre le voy a estar dando hostias...

Isaac suspiró. Ahí estaba la reacción que había temido. Su hermano tenía una

debilidad especial por su madre y la sola idea de que ella sufriera le haría erigirse en defensor y no sería imparcial. Colocó una mano sobre el puño crispado de Manuel.

—Son adultos, y este es su problema, deja que lo resuelvan ellos.

—¿Cómo puedes estar así, tan impasible?

—No estoy impasible, a mí también me cuesta aceptarlo, pero no creo que debamos intervenir. Lo que hemos de hacer es estar ahí para los dos. Apoyarles, decidan lo que decidan.

—Pero... pienso que...

—Manuel, no pienses, no juzgues y sobre todo no hables. Deja que lo solucionen ellos, o que no lo solucionen, pero es su vida y están en su derecho.

Este sacudió la cabeza.

—De acuerdo.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo. ¿Están bien?

—No, pero mira mamá lo guapa que se ha puesto.

Abrió el móvil y le enseñó una fotografía de Merche con su nuevo estilo de peinado.

—Es cierto, está preciosa. Pero tiene una mirada muy triste.

—Está triste. Y papá también. Lo superarán, sea del modo que sea, continúen juntos o no.

—Creo que voy a solicitar unos días extra de vacaciones y me acercaré a Sevilla, aunque sea un fin de semana largo.

—¿Te quedan días?

—No, pero trataré de arreglarlo.

Apuró el café y pidió otro con una tostada.

—Ahora háblame de tu viaje. —Isaac cambió de tema con habilidad. Debía dar a su hermano tiempo para asimilar los cambios producidos en su familia y para ello abordó el otro tema que preocupaba a Manuel—. ¿Encontraste a Lupe?

—No, pero a Daniela sí. Se encuentran bien, aunque su casa quedó muy dañada por el seísmo. Tendrán que repararla antes de que vuelvan a vivir allí. Pude hablar con ella —suspiró resignado—, y sigue negándome las pruebas de

paternidad.

—Y eso te tiene hecho una mierda.

Manuel clavó en su hermano una mirada profunda.

—¿Quién te ha dicho que estoy hecho una mierda?

—Porque salías de la terminal arrastrando los pies y con la vista clavada en el suelo.

—Estoy cansado y no esperaba que nadie viniera a recibirme.

—No es cansancio.

—También está Stefany —admitió seguro de que su hermano no pararía hasta sacarle toda la verdad sobre su estado de ánimo.

—La cuñada de Javier, la que encontraste en el hospital.

Había puesto un mensaje a Isaac para comunicarle el motivo de su retraso en volver, pero no había entrado en detalles.

—Sí.

—¿Sus heridas son más graves de lo que parecían?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Hemos tenido una aventura, corta pero muy intensa.

—¿Y...? ¿Te preocupa que Javier se moleste? La chica es mayor de edad ¿no?

—La chica es mayor de edad y cuando nos enrollamos sabía que sería algo pasajero, los dos lo sabíamos. Nos despedimos hace unos días.

—¿Te has colgado de ella? —preguntó Isaac incrédulo; pero la expresión apesadumbrada con que su hermano había dicho la última frase era muy significativa.

—No... creo que no. Aunque podría haberlo hecho si hubiera durado más, Stefany es una mujer muy especial.

—Especial, ¿eh?

—Sí, Ha pasado un infierno; cuando la encontré había perdido la memoria, no sabía quién era, ni tenía documentación. Según me dijeron en el hospital la habían sacado de debajo de unos escombros junto a las galerías Coapa. Yo buscaba a Lupe y a Daniela por los hospitales y al pasar junto a Stefany pareció reconocerme, aunque no sabía quién era. Yo la recordé al instante y no podía

dejarla allí sola y desamparada. Llamé a Javier y le prometí ocuparme de ella. Cuando salió del hospital pasamos muchas horas juntos, y el resto llegó solo. Es una mujer fuerte y animosa, no la he escuchado quejarse ni una vez y ha hecho casi cuatro mil kilómetros en coche hasta Richmond con una costilla rota.

—¿Por qué en coche? Tengo entendido que el aeropuerto solo estuvo cerrado unas horas.

—¿Quieres la verdad? —rio enfrentando la mirada de su hermano.

—Claro, sabes que no me colarás una mentira. A mí no.

—Porque yo quería alargar todo lo posible el tiempo con ella. Le dije de alquilar un coche donde transportar mercancía para una casa que su empresa está decorando. Ese era su objetivo cuando fue a México. No le dije que podíamos meterlo todo en una furgoneta con conductor y enviarlo, mientras nosotros cogíamos el avión. Se lo habría dicho como otra opción si ella no se hubiera mostrado también entusiasmada con la idea. Hicimos el recorrido en tres días, parando por la noche en el camino.

Isaac alzó una ceja. ¿Era su hermano el que había pronunciado esas palabras? ¿El que salía corriendo al menor síntoma de interés por una mujer que fuera más allá del sexo? ¿Había recurrido a una treta para estar tres días más con una, por muy bonita que fuera?

—¿Vas a volver a verla?

—¡No! No, eso sería un error. Es mejor guardar un bonito recuerdo de lo que hemos vivido y dejarlo ahí.

—¿Ella está de acuerdo?

—Claro. Nos hemos dicho adiós... para siempre. —No pudo evitar que la desolación se reflejara en sus palabras—. Salvo que coincidamos de forma casual, que pudiera ser. La vida da muchas vueltas y tenemos familia en común.

—Y ese adiós definitivo te tiene hecho polvo ¿no?

—No diría hecho polvo, pero sí me siento raro. Como si tuviera un vacío muy grande dentro.

Isaac sonrió y oprimió el hombro de su hermano.

—Pasaré —aseguró este—, más pronto que tarde. Solo es cuestión de intentarlo con ganas.

—Por supuesto.

Manuel miró el reloj.

—Debo coger ya el metro, mi AVE sale en algo más de una hora y tengo que pasar el control. Ya sabes las colas que se forman a veces.

—Yo también he venido en AVE, pero el mío aún tardará un rato.

Ambos abandonaron la cafetería y subieron al metro que los trasladaría a la estación de Atocha. Allí se separaron, uno en dirección a Valencia y otro hacia Sevilla. Isaac, después de abrazar a su hermano y verle desaparecer en el control de equipajes, sonrió porque no solo había logrado su objetivo de contenerle respecto a la situación de sus padres, sino también porque advertía en Manuel unos síntomas que él mismo había sentido no hacía mucho.

Capítulo 17

Volver a empezar

Stefany amaneció al día siguiente a la partida de Manuel como flotando en una nube. Dolorida, cansada y con un vacío en el alma difícil de llenar. No sentir los brazos de su amante a su alrededor, ni su erección pegada a su trasero al despertar la hizo ser consciente de lo definitivo de la separación. Suspiró y se dijo que tenía mucho trabajo por hacer. Aunque el día anterior Manuel había sacado del coche el material que habían traído y lo había colocado en el garaje, a ella le correspondía entregar el vehículo en la agencia de alquiler y luego reunirse con Scott para que le contara cómo había funcionado la empresa en su ausencia. Una ausencia que duraba ya tres semanas. No se sentía con fuerzas ni ganas de hacerlo. Deseaba quedarse en aquella cama que aún conservaba el olor del hombre, un olor que se perdería poco a poco, así como su recuerdo.

Remoloneó un rato, permitiéndose un merecido descanso, hasta que la despertó el sonido del móvil. Saltó de la cama con la esperanza de que fuera Manuel, pero en cambio se trataba de la opción más obvia.

—Buenos días, Scott.

—Buenos días, dormilona. ¿Hace un buen desayuno?

—Si me lo preparas, por supuesto. En caso contrario me conformaré con un café.

—Vente para casa, ya está preparado.

—Eres un cielo, Scott.

—Un cielo cotilla que espera que le cuentes hasta el último detalle de tu viaje a

México.

—Primero dame de comer y ya veremos.

Se puso unos *leggings* bajo la camiseta azul que había usado para dormir y cruzó la calle. Entró directamente a la cocina donde ya estaba preparada una mesa con un gran desayuno. Lo primero que pensó fue en cómo Manuel daría buena cuenta de él. Después sacudió esos pensamientos y se sentó frente a su amigo, que ya le servía en un plato tostadas, salchichas y huevos.

—¿No pensarás que me voy a comer todo eso?

—Estoy seguro de que has gastado muchas energías últimamente.

—Pero eso no significa que me atiborres de comida.

—Entonces es cierto, las has gastado.

Stefany rio. A pesar de la melancolía con que se había levantado, Scott siempre lograba arrancarle una sonrisa.

—Sí, las he gastado. Pero no te voy a dar detalles.

—¿Para eso me he molestado en exprimir zumo en lugar de abrir una botella?

—Siempre exprimes el zumo. —Dio un trago del vaso. Scott era un gran cocinero, y odiaba la comida precocinada y envasada—. Está delicioso.

—Ahora vas a responderme a una pregunta —dijo poniéndose serio.

—¡Uf! —Evitó la mirada de su amigo. No era curiosidad, sino preocupación lo que había en su voz.

—¿Vas a volver a verle?

—Difícilmente, porque vive en España y pertenece al ejército de su país. Salvo que entremos en guerra con ellos, lo dudo mucho.

—Solo ha sido una aventura entonces. —No era una pregunta.

—Sí.

—¿Y cómo de pillada estás por él?

—Más de lo que quisiera —admitió con un suspiro—. Pero en todo momento he sabido lo que había, y me tiré de cabeza. La culpa es solo mía, fui yo la que le metió en mi cama, en contra de lo que pueda parecer. Si ahora me toca sufrir un poco, lo asumiré con deportividad.

—¿Lo has disfrutado?

Stefany miró al vacío con expresión soñadora.

—Muchísimo.

—En ese caso, si ha merecido la pena, aquí está Scott para ofrecerte un hombro sobre el que llorar y levantarte el ánimo. Además de alimentarte. — Volvió a llenarle el vaso de zumo—. Las penas de amor son más llevaderas con el estómago lleno, y la vitamina C funciona genial para los desengaños. Come.

Stefany miró a su amigo con una sonrisa desvaída. Siempre estaba ahí en los malos momentos, y siempre conseguía animarla.

—Gracias. En cuanto termine de desayunar me pondré en marcha. Tengo que devolver el coche de alquiler y después te enseñaré las maravillas que hemos traído para la casa mejicana.

—Yo devolveré el coche, y ni se te ocurra mover una caja hasta que yo vuelva. Tu amigo me hizo saber que aún estás convaleciente, como si yo pudiera olvidarlo.

Stefany rio al recordar el exabrupto de Manuel.

—Creo que estaba celoso.

—¿No le dijiste que solo somos amigos?

—Sí, pero no sé si lo creyó. También le dije que tuvimos un romance de juventud.

—¡Oh, aquello! —rio—. Menos mal que supimos rectificar a tiempo.

—Sí, menos mal. Pero no sé si Manuel entiende que podamos ser buenos amigos después de haber compartido la cama.

—Muy temperamental tu español.

—Mucho.

Habían terminado el desayuno. Stefany agradeció a su amigo que la hubiera invitado, de no haber sido así se hubiera limitado a un café. También había conseguido animarla. Scott le haría más fácil olvidar a Manuel, estaba segura, y ella pondría de su parte.

Tras regresar de México, también la vida de Manuel volvió a su rutina de antes. Duros entrenamientos, charlas con los compañeros de su unidad, dieta equilibrada y vida lo más sana posible.

Consciente de que le resultaría difícil conseguirlo, porque ya había agotado con creces los días de permiso, solicitó un par de ellos más a cuenta de las vacaciones para visitar a sus padres. Para hacer lo que su hermano le había pedido, tenía que verlos, mirarles a los ojos y asegurarse de que estaban bien, o al menos en condiciones de superar la ruptura. No preguntaría los motivos, pero sí la posibilidad de una reconciliación.

Cuando Salcedo le llamó a su despacho y le dijo que le concedían dos días, se dio por satisfecho y comenzó a buscar vuelos. También le comunicó que debía entrenar duro porque en breve su unidad partiría a una misión de la que de momento no quiso dar más detalles. Eso significaba que no sería un juego de niños realizarla, y que debía tomar los días extra de permiso como una compensación.

En aquel momento, la noticia de volver a la acción no le hizo subir la adrenalina como en otras ocasiones. Desde su vuelta de Richmond se encontraba apático y desganado, y hasta sus compañeros se lo habían notado. Le costaba concentrarse y se sorprendía con demasiada frecuencia mirando el *selfie* que se había hecho con Stefany y pensando en ella. En los momentos vividos, en sus preciosos ojos castaños y en su cuerpo ataviado con el sencillo pijama de florecitas. En si el hombro había dejado de molestarle, en si la costilla sanaba bien o había empeorado a consecuencia del viaje en coche o las intensas sesiones de sexo del último día.

Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad, y tenía mucha, para no telefonarle y preguntarle y, no iba a engañarse, escuchar su voz. La echaba de menos, los pocos días compartidos habían dejado una huella más profunda de lo que pensaba. Sus manos recordaban el tacto de su piel; su boca, los labios jugosos y suaves y su mente los ojos tristes con los que le preguntó si volverían a verse. No era buena idea, por mucho que lo deseara. Porque por primera vez en mucho tiempo, quería volver a ver a una mujer después de haberse despedido de ella.

Para evadirse de los recuerdos se dedicó a entrenar duro para la misión que le esperaba, a castigar sus músculos y forzar su resistencia para caer rendido en la cama por las noches y no ceder a la tentación de calcular el desfase horario y

hacer una llamada que no debía.

El viernes por la tarde cogió el avión a Sevilla para ver a su familia, o lo que quedaba de ella, en una visita relámpago que finalizaría el martes. Tiempo más que suficiente para evaluar la situación entre sus padres.

Merche le esperaba en el aeropuerto, con la impaciencia por verle pintada en el rostro. Estaba más delgada de lo que recordaba y eso le preocupó. El abrazo que se dieron fue más intenso que otras veces, más emotivo.

—¿Cómo estás? —le preguntó en cuanto subieron al coche.

—Bien.

No era cierto y él lo sabía, pero el hecho de que no sucumbiera a la tristeza que veía en sus ojos y se deshiciera en lamentos le hizo pensar que saldría bien parada de aquello.

—¿Comes lo suficiente?

Merche esbozó una sonrisa.

—Esa es una pregunta de madre, y no de hijo. Sí, como lo suficiente... y me pongo el chaquetón.

Manuel rio ante la broma que siempre hacían desde que él y su hermano se independizaron.

—Estamos en octubre y hace treinta grados. Si te lo pones es cuando me empezaré a preocupar. En serio mamá, te veo más delgada.

—Es porque estoy haciendo dieta y yendo al gimnasio. Quiero ponerme en forma. No he dejado de comer ni de cuidarme, Manuel. No soy tan estúpida como para permitir que unos problemas conyugales me cuesten la salud.

—Así me gusta. —A pesar de que había prometido a su hermano no inmiscuirse, no pudo evitar preguntarle—. ¿Y esos problemas conyugales tienen vías de solución?

Merche suspiró.

—No lo sé. Necesitamos tiempo, Manuel; al menos yo lo necesito. Te aseguro que nada me gustaría más, pero no me presiones.

—No pienso hacerlo. Isaac y yo lo hemos hablado y vamos a mantenernos al margen. Aceptaremos lo que decidáis hacer con vuestra vida y vuestro matrimonio. Si he venido es para asegurarme de que estáis bien y para deciros

que contáis con mi apoyo, sea cual sea el resultado de esto.

Merche respiró tranquila. El temor que había sentido a que su hijo menor quisiera intervenir en su crisis de pareja se evaporó, dejándole un inmenso alivio. Bastante tenía con la insistencia de Isaac para que le perdonara, no quería lidiar también con la tozudez de Manuel. No quería presiones de ningún tipo. Su sobrina Miriam, que había pasado por un divorcio años atrás, antes de empezar con su actual pareja, había tenido con ella una larga charla y la había convencido de tomar su decisión libremente, sin presiones, sin pensar en nadie y sin sentirse obligada a nada. Por primera vez en su vida iba a ser Merche, lo que quisiera Merche y lo que deseara Merche. Y los demás tendrían que aceptarlo.

Llegaron a su casa y Manuel sintió el vacío de la misma. A pesar de que aún conservaba vestigios de su padre, Merche no había eliminado fotos de familia ni cosas de su marido de las estanterías, había algo diferente en ella. Aunque flotaba en el aire el olor de la empanada favorita de Manuel y el de la tarta de queso, el aroma general de la vivienda era distinto.

—Tienes hambre, imagino.

—Son las diez y media de la noche, hora de cenar. Y ya sé que me has hecho la empanada de espinacas y beicon.

Merche sonrió.

—Y la tarta de queso.

—Le haré los honores, aunque no debería tomar azúcar.

Merche sabía lo que eso significaba. Cuando sus hijos entrenaban duro antes de una misión eliminaban de su dieta algunos alimentos, los dulces entre ellos.

—Vuelves a irte.

—Sí, en unas semanas. Y no me preguntes dónde porque ni yo mismo lo sé.

—Y aunque lo supieras no me lo dirías.

Manuel esbozó una sonrisa. Su madre tenía razón, siempre era hermético respecto a sus misiones, no solo porque algunas eran secretas, sino también para no preocuparla. Si escuchaba en los telediarios problemas en la zona donde sus hijos estaban, le causaba una angustia innecesaria.

—Vamos a cenar. Y esta noche vamos a hacer una excepción los dos y a compartir esas delicias que has preparado. Nada de dieta hoy.

—Nada de dieta.

Y con una sonrisa se sentaron a la mesa.

Manuel quedó con su padre para almorzar al día siguiente. Se reunieron en un bar de tapas del centro, cuando aquel salió del trabajo tras el turno de mañana. Le encantaba esa forma de comer típica de su tierra a base de tapas, pequeñas porciones de alimentos que permitía probar varias cosas diferentes en una misma comida. Pidieron unas gambas al ajillo y varias raciones de pescado frito para compartir. Ya volvería a la dieta cuando regresara a Valencia, el pescado frito era su debilidad y fuera de su tierra lo preparaban fatal.

Cuando se sentaron, Manuel le hizo a Isaac la misma pregunta que la noche anterior le hiciera a su madre.

—¿Cómo estás?

También él acusaba lo sucedido. Estaba triste y apesadumbrado y Manuel intuyó que a la defensiva.

—Regular. He cometido un error y lo estoy pagando —respondió abatido—. Es posible que lo pague durante el resto de mi vida.

—No sé lo que ha pasado, pero solo puedo decirte que los errores se pagan y sí, es cierto que a veces durante toda la vida. —A su mente acudió la imagen de Lupe. Nunca había dejado de reprocharse haber aceptado con tanta facilidad la primera versión de Daniela sobre su paternidad. Quizás si no lo hubiera hecho y salido corriendo como un crío asustado, ahora las cosas serían diferentes—. ¿Quieres hablar de ello?

—No lo sé, hijo, me siento avergonzado. Por una estupidez puedo perder a tu madre.

—No te escucharé como un hijo, sino como un hombre que también lleva sus errores a costas.

—No creo que puedas entenderlo porque acabas de cumplir los treinta, eres joven, fuerte y atractivo. Si una chica se fija en ti lo ves como algo normal, pero a mi edad... empiezas a perder pelo, la barriga asoma por encima del pantalón, en la cama ya no das lo mismo que antes... Una chica joven del trabajo empezó

a ponerme ojitos y yo me sentí halagado y entré al trapo.

—Entonces no me equivocaba y esto va de cuernos.

—Yo pensaba que no, pero tu madre cree que sí. No ha ido más allá del flirteo tonto y patético de un hombre maduro con una jovencita; no me he acostado con ella, ni siquiera la he tocado, pero tu madre se siente traicionada igual. Y no sé qué hacer... le he pedido perdón varias veces, pero dice que la he decepcionado y que necesita tiempo para pensar si quiere seguir conmigo. —La voz se le rompió y Manuel, que estaba predispuesto a juzgarle y condenarle, solo pudo sentir lástima.

—Tienes razón, yo no puedo entenderlo. Soy joven y no sé cómo me sentiré cuando empiece a envejecer, y en qué medida me afectará. También pienso que los cuernos pasan por la cama o al menos por un manoseo. Será porque soy un hombre y dicen que pensamos con la polla y no entendemos nada de la sensibilidad de una mujer. Pero si mi madre se plantea una separación definitiva es porque se siente herida.

—Ya lo sé, y te juro que nunca quise hacerle daño. Yo la quiero y haría cualquier cosa por recuperarla. ¡Cualquier cosa! Mi vida sin ella es una mierda. Se lo dije y creyó que me refería al terreno doméstico. ¡Como si me importara tener la comida en la mesa o la ropa planchada! Me dolió que pensara que era al ama de casa a quien echaba de menos y no a la mujer con la que he compartido toda mi vida.

Isaac se limitaba a picotear de los platos sin apetito.

—Tendrás que esforzarte en recuperarla.

—No sé cómo hacerlo, cómo recobrar la confianza que he perdido.

—Yo tampoco lo sé, papá. Quizás ahí te pueda ayudar la tía Susana; conoce a mamá mejor que nadie y es mujer.

—Ya se me había ocurrido, pero me da vergüenza pedirle ayuda. Estará enfadada conmigo.

—Por muy enfadada que esté querrá que mamá sea feliz, y si hay una solución para vosotros te ayudará a encontrarla.

—Tienes razón, iré a verla y le pediré ayuda. Ahora hablemos de ti.

—Hay poco que contar.

—Has estado en una misión.

—Sí, y vuelvo a marcharme en pocas semanas. No puedo decirte más.

—Ojalá cuando vuelvas las cosas sean diferentes.

—Ten paciencia, no la presiones.

—Es que tengo tanto miedo de que durante este tiempo que estamos separados encuentre a alguien que le guste más que yo. Está yendo al gimnasio, se ha cambiado el peinado... está preciosa. No se aprecia lo que se tiene hasta que se pierde. Nunca lo hagas, Manuel. Nunca pongas en peligro el amor de tu vida por una idiotez.

—Aún no ha llegado el amor de mi vida, papá. —En su mente se coló la imagen de una chica ataviada con una camiseta azul que le dedicaba una luminosa sonrisa. Respiró hondo—. Ni llegará.

—Siempre llega, hijo, siempre llega.

—No, si yo puedo evitarlo.

Habían terminado de comer y se despidieron. Manuel había quedado en ir a cenar con Merche a casa de su hermano. La ronda de visitas familiares debía seguir su curso, como cada vez que pasaba unos días en Sevilla. Se prometió buscar un hueco para conocer a la niña de Javier, y de paso darle noticias de Stefany. Se dijo que se lo debía, y trató de eludir la vocecita interior que le susurraba que en realidad se moría de ganas de hablar de ella.

Capítulo 18

Reconquista

Susana no se sorprendió en absoluto cuando vio entrar en el bufete a su cuñado Isaac. Después de la última charla con su hermana, esta le había dicho que su marido la llamaba con frecuencia con la esperanza de una reconciliación, pero que ella no lo tenía claro aún. Le echaba muchísimo de menos y le gustaría darle una segunda oportunidad, pero no terminaba de decidirse. La herida no estaba cerrada y no sabía si lo estaría alguna vez.

—Hola —saludó indeciso. Se había presentado sin avisar, temeroso de que no le quisiera recibir.

Pero Susana se levantó de su asiento tras el escritorio y se acercó a besarle, tan cariñosa como siempre.

—Hola, Isaac.

—¿Estás ocupada?

—Para ti, no. ¿Un café?

—No, gracias, es un poco tarde y me quitaría el sueño. No duermo muy bien últimamente.

Susana lo miró con detenimiento. Unas profundas ojeras evidenciaban sus palabras.

—Siéntate ¿Quizás un poco de agua? No tengo alcohol en el despacho.

—No, no me apetece nada, de verdad. Solo he venido a hablar contigo. Supongo que imaginas sobre qué.

—Merche y la situación que atravesáis.

—Sí. No sé si ha hablado contigo...

—Claro que ha hablado conmigo, soy, además de su hermana, su mejor amiga, pero no voy a decirte nada sobre el tema. Lo que quieras saber se lo tendrás que preguntar a ella.

—No pretendo que me digas nada que Merche te haya contado de forma confidencial. Vengo a hablar contigo como mujer.

Susana frunció el ceño.

—¿Como mujer? No te comprendo.

Isaac respiró hondo.

—Si Fran hubiera tonteado con otra y tú te hubieras apartado para pensar... ¿Qué tendría que hacer él para que le perdonases?

—Pues si Fran hubiera hecho lo que tú, primero le hubiera cortado los huevos y luego le habría puesto de patitas en la calle, para siempre. Por lo que sé, tú aún los conservas y la separación no es definitiva. Conociendo a mi hermana, que tiene mucho más carácter que yo, eso significa que te quiere lo suficiente para darte una segunda oportunidad, pero necesita tiempo. La herida tiene que cicatrizar, Isaac. La confianza es una cosa muy frágil y una vez se rompe es difícil de recomponer. No imposible, si el amor es lo bastante sólido, pero lleva su tiempo.

Él se mesó los cabellos con desesperación.

—¡No sé qué hacer! Estoy asustado, Susana, cada día que pasa la siento más lejos. Cuando la llamo, hay veces que no responde, o me dice que necesita espacio. No quiere hablar conmigo.

—¿Cuando la llamas es para pedirle que te perdone?

—Claro...

—Si has venido en busca de consejo, yo te diría que te estás equivocando. No la presiones con eso, deja que el tiempo haga su labor. Llámala para preguntarle cómo está o para hablar de los chicos. Invítala a tomar un café o una cerveza como amigos. A lo mejor lo que tienes que hacer es volver a conquistarla desde cero.

—¿Se puede empezar desde cero con alguien con quien llevas casado tantos años?

—Claro que se puede. ¿Sabes? Cuando los chicos se fueron de casa y nos quedamos solos de nuevo, Fran y yo empezamos a revivir el tipo de cosas que solíamos hacer cuando comenzamos a salir. Ir al cine a besuquearnos, dar paseos por Sevilla cogidos de la mano... De vez en cuando se me presentaba con un ramo de flores... o me sorprendía con una cena romántica en un lugar especial. A mí me encantó esa época. Volvió a conquistarme, me hizo sentir de nuevo aquella jovencita enamorada que un día fui. Me hizo comprender que, a pesar de los años transcurridos, de los cambios que los embarazos habían dejado en mi cuerpo, seguía deseándome y que una nueva etapa se abría para nosotros.

—Nunca he sido muy romántico. Merche y yo trabajábamos en el mismo sitio, pasábamos muchas horas juntos y luego siempre estábamos locos por irnos a la cama cuando teníamos el dormitorio libre; supongo que te acuerdas. No solíamos ir al cine ni a pasear.

—Claro que me acuerdo. Pero, si nunca has sido muy romántico, quizás es el momento de empezar a serlo, ¿no te parece?

—Quizás sí —admitió.

—Y hacer por ella cosas que sepa que no te gustan para demostrarle lo mucho que te importa. Tienes que ganar puntos, cuñado.

—Ahora mismo no hay nada que no fuera capaz de hacer por tu hermana.

—Pues hazlo. Es el único consejo que puedo darte.

—Gracias, Susana. Me devuelves la esperanza. ¿Tú crees que podría empezar por perder esta barriguita que no creo que sea agradable de mirar? Merche va al gimnasio, tal vez podría hacer yo lo mismo para resultarle más atractivo.

—Es un comienzo. Siempre te escuché decir que el deporte no es para ti, eso le dará una muestra de lo que te importa. Pero no vayas al mismo que ella, eso resultaría muy torpe.

—No, claro que no. No voy para que me vea allí, sino para que vea los resultados.

—Eso está bien.

—Gracias de nuevo. No te entretengo más, tú estás ocupada y yo tengo que empezar a buscar un gimnasio.

Se despidieron con un abrazo y Susana se quedó mirando a su cuñado con

conmiseración.

—Ay, qué torpes sois a veces los hombres... De verdad que sí pensáis con la polla —susurró cuando se hubo marchado.

Merche entró a trabajar como cada día, con la sensación de no pertenecer a aquel lugar. Llevaba tres largas semanas en la tienda de Los Arcos y no terminaba de encajar en ella. Probablemente era culpa suya, los compañeros eran amables y le habían facilitado el trabajo todo lo posible, pero echaba de menos a Carmen y también la sensación de que tenía a Isaac cerca. Debería hacer más esfuerzos por integrarse, porque regresar a la otra tienda era impensable.

Una compañera se unió a ella para colocar unas prendas que acababan de llegar en sus correspondientes percheros.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —le preguntó—. Solemos salir a cenar juntos el último sábado del mes, no sé si alguien te lo ha comentado.

—¿Quiénes salís?

—Todo el personal de la tienda: dependientes, encargado, y a veces hasta se une el chico que conduce la furgoneta que lleva el material de una tienda a otra. Cenamos y después vamos por ahí a tomar una copa, o al cine, y mañana están hablando de karaoke. Vendrás, ¿verdad?

—No sé... No os conozco mucho y, la verdad, no tengo demasiado ánimo para salidas.

—Soy prima de la chica de administración. Sé que el motivo de tu cambio de tienda es porque te has separado y tu ex trabaja en Tetuán.

Merche levantó la cabeza, inquieta. ¿Era de dominio público lo ocurrido con Isaac? ¿No había servido de nada cambiar de lugar de trabajo?

—No te preocupes, no lo sabe nadie más, y te aseguro que por mí no se van a enterar. Pero creo que te vendrá bien salir y distraerte un poco, las rupturas son difíciles.

—No estoy segura...

—Lo pasamos siempre muy bien, y confraternizar te ayudará a integrarte.

—Lo pensaré.

—No lo pienses, ven. Verás como no te arrepientes.

—De acuerdo. —Se dejó convencer—. Quizás me venga bien cambiar un poco la rutina.

No tenía ganas de salir de marcha, pero tampoco le apetecía demasiado pasar otra noche sentada en el sofá viendo la televisión. Eso le traía demasiados recuerdos. Los fines de semana eran especialmente difíciles, no había trabajo y las horas se le hacían largas y pesadas. Quizás era buena idea encontrar un grupo de gente con quien salir al margen de su hijo o su hermana.

Durante todo el día le estuvo dando vueltas a la idea. Hacía muchos años que no salía con amigos. Como mucho Isaac y ella lo habían hecho con Fran y Susana y la idea se le fue haciendo cada vez más atractiva.

El sábado se arregló con esmero. Rebuscó en el armario y descubrió con sorpresa que la dieta y el gimnasio estaban cumpliendo su misión y podía ponerse un vestido que hacía años había descartado. Se miró al espejo y entendió lo que Susana le dijera sobre sentirse bien con ella misma. Volvía a ver curvas en su cuerpo, todavía demasiado generosas, pero poco a poco irían mejorando. Estaba dispuesta a recuperar la autoestima que le habían arrebatado de forma tan brutal.

Se reunió con sus compañeros en un restaurante del centro. Había bajado de Bormujos en autobús; para una vez que salía no quería privarse de tomar una copa teniendo que conducir. Volvería en taxi.

Al principio se sintió algo torpe, como si tuviera las relaciones sociales un poco oxidadas, pero tenía que reconocer que sus compañeros se lo estaban poniendo muy fácil. Charló, rio, bebió vino y se saltó la dieta. La ocasión lo merecía, y por unas horas se olvidó de Isaac, de que Manuel volvía a marcharse y de todo lo negativo que había en su vida en aquel momento. Se divirtió mucho más de lo que había pensado y decidió que no se perdería ninguna de las salidas de los sábados.

Tras la cena, se marcharon a un karaoke. Nunca había estado en uno, pero, aunque no cantaba mal, tenía el sentido del ridículo demasiado arraigado para

subirse al escenario. Cuando le dijeron de escoger una canción se negó en redondo y prefirió quedarse sentada y aplaudir a sus compañeros, que habían confeccionado una lista de temas.

A su lado, en el banco corrido, se sentó el encargado. Un hombre maduro que había sabido ver su experiencia y le daba trabajos de cierta responsabilidad, sin que fuera demasiado evidente para no suscitar tensiones. Entre el personal era conocido como González.

Pidieron las bebidas. Meche dudó, hacía tanto tiempo que no salía de noche que el cubalibre de ron que solía pedir años atrás o tomar en su casa cuando Isaac y ella se quedaban viendo alguna película, seguramente ya resultaba arcaico. Debería haberle consultado a su sobrino Hugo, que llevaba un bar de copas, qué pedir para no hacer el ridículo.

Ante su duda, González le preguntó:

—¿Qué te apetece tomar? ¿No bebes?

—Sí, pero no sé qué pedir. ¿Qué está de moda ahora? Hace mucho que no salgo.

El hombre sonrió.

—Pues el mojito se toma mucho. Y aquí lo preparan bien.

—Mojito entonces.

«Y que sea lo que Dios quiera».

Sirvieron las copas, la música continuó sonando y sus compañeros comenzaron a cantar, en solitario unas veces, en grupo otras, y ella se empezó a dejar seducir por el ambiente alegre y festivo de la noche. El pie golpeaba el suelo de forma rítmica al compás de la música y los labios se movían tarareando en silencio las canciones que conocía. No muchas, porque no había tenido tiempo de seguir la moda musical en los últimos tiempos. Le gustaba mucho la clásica, que solía escuchar con auriculares para no imponerla al resto de la familia.

Rechazó varias proposiciones de coger el micrófono aduciendo que no conocía la canción, y continuó sentada, disfrutando de la conversación con sus compañeros y del espectáculo que se brindaba sobre el escenario. Bebía a pequeños sorbos su bebida, que en algún momento y sin que lo hubiera pedido, se vio reemplazada por otra nueva. No le hizo ascos, iba a regresar en taxi y

necesitaba el efecto de euforia que le producía el alcohol. No estaba borracha, ni siquiera achispada, pero sí alegre y, como solía decir su cuñado Fran, «agustito».

Tras una última negativa a cantar una canción en inglés de la última temporada y que en realidad desconocía, González se levantó, para regresar poco después.

Los compañeros se sentaron y el presentador cogió el micrófono y anunció una balada que había estado de moda muchos años atrás. Merche casi se atrevería a decir que en su juventud.

—Alfonso, a escena —invitó el coordinador tendiendo el micrófono al público. González se levantó y la cogió de la mano tirando de ella.

—¿Qué haces?

—Vamos a cantar, y no puedes decirme que no conoces esta canción. Batió récords de venta en nuestros tiempos.

—Sí la conozco, pero... no canto bien.

—Ni yo tampoco, pero aquí todo el mundo está ya lo bastante achispado como para que eso no importe. ¡Vamos!

Se dejó llevar. Subió al escenario entre aplausos y ovaciones de sus compañeros, tomó el micrófono y comenzó a cantar a dúo con su jefe.

Se metió en la canción, una balada romántica que entonó con sentimiento, interpretándola. No estaba dedicada al hombre que compartía escenario con ella, pero eso no lo sabía nadie. Se miraban a los ojos mientras sus bocas desgranaban las frases de la canción. Al final, una gran ovación procedente de toda la sala les premió. Bajó del escenario con una sonrisa y el sabor agridulce que la letra había dejado en ella.

—No cantas tan mal —le dijo su compañero de escenario con una sonrisa, después de dar un trago a su *whisky* para refrescar la garganta.

—Tú tampoco, González.

—El último sábado del mes soy Alfonso. ¿Nadie te lo ha comentado?

—No. Alfonso, entonces.

El hombre sonrió.

—Mucho mejor.

La noche continuó. Una vez que hubo subido al escenario, no la dejaron permanecer sentada. Cantó en grupo con tres compañeras más un par de

canciones en una cacofonía de voces provocada por el alcohol, que les hizo reír a mandíbula batiente.

La noche terminó a las cinco de la madrugada. Se despidieron en una parada de taxis hasta el lunes y cada uno tomó un rumbo diferente.

Regresar a casa sola a altas horas se le antojó a Merche extraño. Se desmaquilló, se puso el pijama y se acostó cayendo al instante en un sueño profundo del que despertó bastante avanzada la mañana.

El lunes, cuando comenzó el trabajo, se sentía mucho más integrada que antes y se alegró de haber salido con sus compañeros. Estaba un poco preocupada por González, en el trabajo era un hombre serio y responsable, muy diferente a la persona con quien había compartido escenario el sábado.

Cuando salió de los vestuarios le miró, tratando de averiguar cómo debía tratarle, pero una de sus compañeras le aclaró:

—No tienes que preocuparte por él. Solo es Alfonso una vez al mes, el resto del tiempo es González, el que no nos deja ni respirar en horas de trabajo.

—Mejor así. ¡Nunca me lo hubiera imaginado cantando! —dijo sacudiendo la cabeza.

—Lo hace de vez en cuando, cuando la música le gusta. Incluso una vez se emborrachó y estuvo diciendo tonterías toda la noche. Pedro, uno de los chicos de la sección de caballeros lo llevó a su casa en un estado lamentable, algo de lo que nunca se ha hablado. En la tienda le apreciamos y le respetamos, de la misma forma que él a nosotros. Es un buen encargado, comprensivo y justo; sabe hacerse respetar con una palabra amable y hace la vista gorda a un retraso si las circunstancias lo justifican. Marisa tiene niños pequeños, que están enfermos con frecuencia y debe llevarlos al pediatra. Le avisa, llega más tarde y luego recupera el tiempo después de la salida ordenando el almacén o realizando cualquier otra tarea fuera de horario de tienda.

Se concentraron en el trabajo. La sección se llenó de clientes y no pudo salir a desayunar hasta bastante avanzada la mañana. Aprovechó para echar un vistazo al móvil, que había dejado en la taquilla. Un *whatsapp* de Carmen le llamó la

atención.

«Eres la comidilla de la tienda, que lo sepas. Pero *chapeau* por ti».

Intrigada esperó a terminar la jornada para llamar a su amiga.

—Hola, Carmen.

—¡Bravo, Merche!

—¿Me puedes decir de qué hablas?

—De tu actuación del sábado en el karaoke. El video ha circulado hoy por todas las secciones.

—¿Qué video?

—Rafa, el chico del reparto os grabó cantando a ti y a tu encargado y ha enseñado el video a todo el que lo ha querido ver, Isaac incluido. Ni te imaginas la cara de perro que ha tenido toda la mañana, ni siquiera ha ido a desayunar.

—¡Mierda!

—¿¡Cómo que mierda?! Que pruebe un poco de su propia medicina. Ha sido genial que le des celos con un tío tan «potable» como ese. ¡No me imaginaba a González haciendo esas cosas!

—No he pretendido darle celos, simplemente salimos de fiesta y surgió que nos subiéramos al escenario a cantar.

—Pues, aunque no lo pretendieras, lo has conseguido. Yo me las apañé para estar presente cuando se lo enseñaron, que a algunas les faltó tiempo, y estaba lívido. Sin decir palabra se encerró en el baño y tardó un rato en salir. Durante el resto de la mañana no se le ha podido ni dirigir la palabra, y todos lo hemos evitado. ¡No te imaginas cuánto me alegro!

Merche suspiró. ¿Se alegraba ella? No estaba segura. No lo había hecho a propósito, pero quizás era buena cosa que Isaac supiera con exactitud cómo se había sentido al verle con Martina.

—¿Puedes mandarme el vídeo? Para saber a qué atenerme, porque estoy segura de que esta tarde voy a recibir una llamada.

—Yo no lo tengo, pero lo localizo en seguida y te lo mando.

—Gracias.

Diez minutos después lo reproducía desde su móvil. ¿Esa era ella? Se veía atractiva, alegre y desenfadada, nada comparado a como en realidad se sentía.

No le extrañaba que Isaac se hubiera descompuesto al verla, tal como en su momento le había pasado a ella. Descompuesta y humillada. Con la diferencia de que ahora ellos no estaban juntos.

Apagó el móvil y se preparó algo de comer, dispuesta a esperar la llamada que sabía se produciría.

Esta llegó apenas hubo terminado de recoger la cocina. Isaac sabía sus rutinas y había esperado a que estuviera tranquila. Algunas veces no le respondía la llamada, pero aquel día sí lo hizo.

—Hola, Merche.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Ahí vamos. ¿Te pillo en mal momento? —preguntó con voz tensa.

—No, estaba descansando un poco antes de ir al gimnasio.

—También yo me he apuntado a uno.

Merche no pudo evitar exclamar con la incredulidad reflejada en la voz:

—¡¿En serio?!

—Sí, en serio. He decidido cuidarme y tratar de reducir esta barriga cervecera tan antiestética. La dieta ya me cuesta más porque sabes que no se me da bien la cocina, pero lo estoy intentando.

—Es más por salud que por estética, Isaac.

—Pero se consiguen las dos cosas. Te he visto en el video del karaoke del fin de semana pasado. —Titubeó antes de seguir—. Hace tiempo que no te ponías ese vestido... Estás guapísima.

—Gracias. He perdido unos kilos, y puedo volver a usar ropa de un tallaje menor.

—Yo también lo voy a conseguir.

—Seguro que sí.

Se hizo un breve silencio. Merche se preguntaba cuándo iba a sacar el tema de González. En las imágenes grabadas parecía que había entre ellos una complicidad que en realidad no existía.

—Merche...

«Ahora lo suelta», pensó.

—¿Sí?

—¿Querrías quedar conmigo para tomar un café?

Ella parpadeó confusa.

—¿Un café?

—Sí, o cualquier otra cosa. En una cafetería, como amigos. Prometo no molestarte con presiones de ningún tipo ni peticiones de perdón. Solo tomar algo y charlar. Echo de menos hablar contigo, y eso no te compromete a nada.

La pilló de sorpresa. Había esperado tener que lidiar con celos, con lamentos o con apremios, pero no con una simple invitación a tomar un café.

—Claro, cuando quieras. —Aceptó sin encontrar un motivo para negarse a su invitación, salvo que no le apetecía verle. Pero sí lo deseaba, también ella echaba de menos sus charlas, y como bien había dicho él, no la comprometía a nada.

—¿Mañana?

—De acuerdo.

—¿A las seis en el Café de Indias del centro comercial Airesur?

Era un sitio neutral en el que nunca habían estado juntos.

—Bien.

—Gracias. Allí nos vemos.

Isaac esbozó una lenta sonrisa que mitigó un poco los celos que sentía.

Merche se dijo que su dolor estaba empezando a suavizarse.

Capítulo 19

Café para dos

Merche llegó al Café de Indias del cetro comercial Airesur con puntualidad. Aunque estaba allí desde hacía diez minutos se había entretenido dando una vuelta por las tiendas para hacer tiempo. No quería ser la primera en llegar ni tampoco parecer impaciente por el encuentro.

Desde lejos vio a Isaac sentado a una mesa al lado de la enorme cristalera desde la que se divisaba una buena parte de la zona. Él se levantó al verla llegar para saludarla. Por un momento tuvo la impresión de que iba a besarla en la mejilla, pero no lo hizo, lo que creó un momento raro de tensión entre ambos.

Se sentaron uno junto a otro, como dos extraños.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Isaac mostrándole la carta de delicias en forma de cafés y dulces.

—Un café con leche desnatada y sacarina, por favor.

—Veo que te lo tomas en serio.

—Yo me lo tomo todo en serio, y estoy dispuesta a quitarme unos cuantos kilos de encima.

—Yo también.

Se levantó para acercarse a la barra a pedir las consumiciones. Al regresar y sentarse de nuevo, Merche detectó una ligera mueca de dolor.

—¿Te encuentras mal? Podíamos haberlo dejado para otro momento.

—No anularía un café contigo aunque me estuviera muriendo. Y no es para tanto, solo el resultado de treinta abdominales de estrella que hice ayer. Como

ves, también yo estoy haciendo todo lo posible para quitarme la barriga. Aunque no te lo creas, hoy he comido judías verdes y pescado a la plancha. Con agua.

Desde que le conocía, Isaac siempre se tomaba un botellín de cerveza con la comida.

—Es bueno para tu salud.

Él cabeceó. No lo hacía por salud sino por ella. Estaba preciosa; llevaba un pantalón y una camiseta que no le había visto nunca, que resaltaba su cuerpo voluptuoso. Durante mucho tiempo Merche había usado ropa holgada que le cubriese las caderas, su eterna pesadilla, pero aquella tarde el pantalón se ajustaba a su cuerpo y a él se le iban los ojos.

Por un momento los dos guardaron silencio mientras removían los cafés. Después, Merche habló:

—Tú dirás.

—¿Sobre qué?

—Me has citado aquí para decirme algo, ¿no?

—Hay muchas cosas que me gustaría decirte, pero no lo haré. Me has pedido tiempo y voy a dártelo. Pero te echo de menos y tenía ganas de verte, de hablar contigo. Ese es el motivo por el que te he citado. Hace mucho tiempo que no salíamos a tomar un café, simplemente para charlar.

—Eso es verdad.

—Hemos descuidado muchas cosas. Tengo que confesarte que he pasado un rato ante el armario dudando qué ponerme —confesó él mirando a su mujer a la cara para comprobar su reacción—. Quería arreglarme para ti.

Merche sintió un punto de emoción, pero se recobró al instante.

—Yo también me he arreglado. Una cita es una cita.

Se había alisado el pelo y maquillado de forma suave.

—Y estás preciosa. Merche... ¿Cómo he podido dejar de verte? —susurró con voz ronca.

—¿Dejar de verme? He sido yo la que ha decidido que nos alejemos un tiempo.

—No me refiero a eso. Quiero decir en los últimos años. Dejar de mirarte con ojos de hombre, de amante. Lo siento mucho, de verdad.

Merche se agitó nerviosa. La contemplaba como en los primeros tiempos de su relación, cuando le lanzaba miradas incendiarias desde la otra punta de la tienda y a ella se le erizaba la piel.

—Isaac, por favor... no.

—Perdona, sé que te prometí una charla de amigos. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo te va el gimnasio? ¿Acudes a clase o a una sala de máquinas?

—Un poco de todo. A veces hago zumba, ya sabes que me gusta bailar, y otros días, cuando estoy más cansada, hago una tabla de ejercicios para tonificar. Dicen que es la combinación perfecta. Y tú... ¿Qué es eso de los abdominales de estrella? —Rio—. Es la primera vez que lo oigo.

—Un invento diabólico para trabajar todo el abdomen a la vez. Le dije al monitor que quería perder la tripa lo más rápido posible y primero me hizo correr no sé cuánto tiempo en la cinta, hasta que el hígado se me salía por la boca. Luego, cuando pensaba que se compadecía de mí, se tumbó en el suelo con los brazos y piernas abiertos y se levantó del tirón para abrazarse las rodillas. Así, me dijo, diez veces y cada día añades dos más. Y yo me tendí e intenté hacer lo mismo, pero los brazos y las piernas no se movían del suelo.

Merche no pudo evitar reír imaginando la escena.

—Hice tres, como pude, y luego me fui a casa. No me podía sentar, ni levantar... Ponerme los zapatos y los calcetines fue un suplicio, pero volví al día siguiente con energías renovadas y más determinación que nunca. Ya voy por treinta.

—¿Y ves el resultado?

—No tan rápido como quisiera, pero sí. —Palmeó el estómago con la mano abierta—. Poco a poco.

—Siempre has sido muy impaciente.

—Lo sé. Pero las cosas buenas de la vida se hacen esperar, ¿no?

—La mayoría sí.

—Entonces, yo esperaré. No conseguiré unos abdominales de cine jamás, pero al menos me quitaré «el flotador».

Merche volvió a reír. Era así como solía llamar Manuel a la barriga de su padre de pequeño.

—¿Qué tal la convivencia con Luis?

—Bien. Todavía no me ha puesto la maleta en la puerta.

—Supongo que colaborarás en las tareas domésticas.

—Faltaría más. Fue lo primero que me dejó claro, que podía quedarme todo el tiempo que quisiera, pero que no iba a ser mi mamá. Somos compañeros de piso y ha puesto algunas normas, como que cada uno se lava y plancha su ropa, se hace su compra y se cocina. Estoy aprendiendo a hacer todo eso.

—Siempre viene bien valerse por uno mismo en todos los aspectos de la vida.

—Y tú, ¿cómo llevas vivir sola?

—Algunos ratos echo de menos tener compañía, otros, me gusta la soledad. Estoy descubriendo cosas sobre mí misma que no sabía.

—¿Como qué?

—Que me agrada el silencio. Cuando estoy en casa casi nunca pongo la televisión, prefiero tumbarme en el sofá a leer un rato. Nunca he sido de leer mucho, pero ahora lo disfruto bastante.

Isaac sintió que se le encogía el estómago. La idea de que se sintiera mejor sola que con él le asustaba, no quería imaginar que la separación fuera definitiva. Intentó no pensar en ello.

—¿Te adaptas bien a la nueva tienda?

—Me está costando un poco. Llevo tanto tiempo en la otra que hago cosas de forma instintiva sin darme cuenta de que en Los Arcos hay otra política de ventas. Y echo de menos a Carmen.

Él la miró con ojos expectantes.

—Sí, también a ti, aunque siempre hemos intentado no acercarnos demasiado en las horas de trabajo. Pero me gustaba saberte cerca.

—Debería haber sido yo quien pidiera el traslado.

—No habría funcionado, yo necesitaba alejarme de los cotilleos.

—¿Volverás cuando las murmuraciones se calmen?

—No lo sé. Desde que salimos a cenar me siento más integrada. Son buena gente, y me están ayudando a adaptarme. Quizás sea mejor que sigamos trabajando en tiendas distintas.

—Como prefieras. —Apuró el café casi frío consciente de que se le terminaba

el tiempo—. Me alegro de que te hayan acogido bien. Vi tu video del sábado pasado y se te ve bastante integrada.

Merche ocultó la sonrisa que le vino a la boca. Sabía que sacaría el tema.

—Fue una velada estupenda, me sentí muy a gusto. Hacía mucho que no salía con amigos.

—Nunca te hubiera imaginado subida al escenario de un karaoke.

—Tampoco yo a ti haciendo abdominales de estrella.

Ambos rieron. Merche no recordaba el tiempo que hacía que no reían juntos.

—Ya.

Él clavó los ojos en el fondo de la taza, ya vacía.

—¡Vamos, Isaac! Si hay algo que quieras preguntar, hazlo.

Él alzó la mirada y fijó unos ojos preocupados en los de Merche, sin saber si hacer la pregunta que le angustiaba. Al fin se decidió, porque no podría dormir en paz si no lo averiguaba

—¿Hay algo entre González y tú?

—Hay una canción compartida en una noche de karaoke, de la misma forma que las hubo con otros compañeros, pero que nadie grabó ni se dedicó a difundir. También hay una relación de trabajo estupenda. Es un encargado justo y un hombre agradable.

—Y divorciado.

—Eso no lo sé. Ni se lo he preguntado ni me interesa. —Estuvo a punto de decir que no iba a enredarse con nadie del trabajo, pero ya lo hizo una vez. Con él—. Isaac, que quiera mantener una distancia entre nosotros no significa que haya otro hombre en mi vida, sino que hay problemas en nuestra relación.

—Sin embargo, has aceptado venir esta tarde.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero poner de mi parte todo lo que pueda para que se solucionen. Y pensé que reunirnos como amigos podría ayudar.

Él tragó saliva antes de preguntar:

—¿Y ayuda?

—Me lo he pasado bien. No he sentido ganas de partirte la cabeza. —Sonrió

—. Creo que con los abdominales de estrella ya tienes suficiente. Ahora debo marcharme, tengo que hacer algunas compras de camino a casa.

Isaac alargó la mano y la colocó sobre la de su mujer. Esta no la retiró.

—¿Querías quedar otro día?

Ella lo pensó durante unos minutos, mientras Isaac aguardaba con el corazón latiéndole con fuerza.

—Sí, ¿por qué no?

—¿Café o quizás una cena?

—¿Una cita en toda regla?

—Has dicho que querías poner de tu parte...

—De acuerdo, una cena. Pero sin postre —dijo con firmeza.

—¿Hablas literalmente o en sentido figurado?

—En los dos. Ni calorías extra ni sexo, si se te había pasado por la cabeza.

—Lo único que se me ha pasado por la cabeza es volver a verte. ¿El sábado?

—Este no puedo, he quedado en cuidar a los niños de Alice y Javier, que van a salir y mi hermana está de fin de semana romántico.

—¿El próximo entonces?

—El próximo.

Ambos sonrieron. Se levantaron de la mesa e Isaac se acercó a pagar la consumición. Luego, le tendió la mano, que Merche estrechó. Los dedos del hombre se aferraron con suavidad a la delicada forma, reteniéndola un poco más de lo necesario. Luego la soltó, deslizando el pulgar por dorso.

—Te has quitado el anillo.

—En este momento no me siento casada. Si vuelvo a hacerlo, me lo pondré.

—Bien. ¿No te importa si yo conservo el mío?

Ella negó con la cabeza.

—Nos vemos el sábado. Ya te llamo para decidir sitio y hora.

—De acuerdo.

Merche se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la rampa mecánica, mientras su marido la observaba alejarse, con la vista clavada en el trasero que se balanceaba cadencioso bajo los pantalones ajustados.

—¡No hay en el mundo nadie más gilipollas que tú, Isaac! —susurró, y abatido

se marchó en sentido contrario.

Capítulo 20

No puedo olvidarte

Stefany contempló una vez más la pantalla del ordenador donde la imagen de Manuel, ataviado con un poncho mejicano, le sonreía. A su lado, ella reía también bajo un enorme sombrero mientras sujetaba el teléfono para tomar el *selfie*.

Cada mañana, al encender el portátil para comenzar el trabajo, se quedaba absorta en la fotografía, recordando el momento feliz en que la tomaron. Había transcurrido más de un mes y las emociones seguían tan nítidas como en el momento en que se separaron.

No había tenido noticias de él tras su marcha. A pesar de que sabía que era un adiós definitivo, su corazón se quedó esperando una llamada telefónica, aunque solo fuera para comunicarle que había llegado a casa, o un simple mensaje preguntándole cómo estaba. Ella le hubiera mentado diciéndole que bien, aunque no fuera del todo cierto. La costilla había sanado sin problemas, pero el corazón seguía roto.

Los primeros días daba un respingo y se apresuraba a mirar el móvil cada vez que recibía una llamada o un mensaje entrante, para comprobar con decepción que no era de Manuel. Luego, a medida que pasaban los días, se fue convenciendo de que esa llamada no se iba a producir, que él había seguido con su vida y ella había sido una más a engrosar su larga lista de mujeres. Cada vez dudaba más de que hubiera sido alguien especial para él, en ese caso la estaría echando tanto de menos como ella y al menos la habría llamado. No se atrevía a

hacerlo ella, por mucho que deseara escuchar su voz, temerosa de interrumpir algún momento delicado y crearle una situación de peligro.

Retomó su vida anterior, su trabajo y su amistad con Scott. Cada mañana se sumergía en programas de diseño, recibía clientes, presentaba proyectos, presupuestos y cobraba facturas. Pero todo lo que antes le apasionaba ahora lo realizaba de forma mecánica.

Scott se esforzaba en distraerla y animarla durante el día, con su charla dicharachera y su simpatía, pero lo más duro eran las noches. Manuel y ella solo habían compartido cuatro, no comprendía cómo le resultaba tan difícil olvidarle. Pero contra toda lógica el militar moreno y apasionado se colaba en su cama y en sus sueños cada noche, dejándola anhelante y desolada al despertar.

Llamó a Alice varias veces con la esperanza de que el nombre de Manuel saliera en la conversación, una de ellas incluso le preguntó abiertamente, pero su hermana le respondió que él se había incorporado a su acuartelamiento y no sabía nada más. Que era bastante hermético y nadie de la familia sabía nunca dónde estaba, pero que, si necesitaba hacerle llegar algún mensaje, ellos se lo entregarían gustosos cuando le vieran. Aunque no podían precisar la fecha porque con frecuencia pasaba largas temporadas fuera de España.

Eso le hizo pensar una vez más en el peligro que corría siempre y una punzada de inquietud la asaltó. Prefería imaginar que la había olvidado como a tantas otras.

Se preguntaba a menudo cómo ella, tan práctica y controlada, había podido enamorarse de un militar temerario y mujeriego. Luego recordaba al otro Manuel, al que había cruzado un océano para averiguar si su hija había sufrido daños durante el terremoto, y reconocía que era ese hombre el que la había conquistado.

Aquella mañana, con la vista clavada de nuevo en la fotografía, se sintió más nostálgica que nunca. Abrió Google y buscó las imágenes de los lugares que habían recorrido juntos. Era la única forma de sentirlo cerca que le quedaba. En una de las plazas había unos niños jugando y la imagen le trajo a la mente a Lupe. ¿Conseguiría Manuel averiguar si era hija suya o no? Debería haber insistido en que le permitiera hablar con Daniela, quizás ella hubiera podido

convencerla. Mientras miraba la plaza, donde un día se habían sentado a descansar y a compartir un rato de charla, una idea le vino a la mente.

Rebuscó en el cajón de su escritorio hasta encontrar una tarjeta que ya tenía olvidada. El detective cuyo nombre figuraba en ella le había ayudado una vez a encontrar a su hermana. Manuel le había dicho el nombre y la dirección de Daniela, y ella sentía que se lo debía. Por haber irrumpido en su vida y por el tiempo que le había dedicado.

Vio a Scott cruzar el jardín en dirección a su casa y guardó de nuevo la tarjeta precipitadamente. Estaba segura de que trataría de disuadirla, era de la opinión de que debía mantener a Manuel alejado hasta de sus pensamientos, pero estaba decidida a intentarlo.

—¿Otra vez soñando despierta? —le preguntó besándola en el pelo—. No te hace ningún bien, cariño. Deberías quitar esa foto del fondo de pantalla.

—No puedo, Scott; es lo único que tengo de él. De nosotros.

—No va a volver.

—Lo sé.

Se sentó a su lado y trató de bromear. Stefany estaba más sensible de lo habitual aquella mañana, lo notaba.

—A este paso llegarás a vieja contemplando la foto de un tipo horroroso con un poncho que ni siquiera recordarás quién es.

—Manuel no es horroroso...

—¿Cómo que no? Mira esas cejas... y esa nariz... con la de tíos guapísimos que hay en Richmond.

—Pues preséntamelos...

—En serio, Stefany, tienes que hacer un esfuerzo por olvidarle.

—El olvido llegará, Scott, a su debido tiempo. Mientras tanto, esta foto seguirá dándome los buenos días y las buenas noches desde la pantalla.

Él suspiró. No había nadie más testarudo que esa mujer menuda y adorable.

—Me esforzaré en presentarte a todos los hombres atractivos que conozco para ayudar.

—Gracias. —Sonrió—. Y ahora, tenemos tarea. Hay mucho por hacer.

Se enfrascaron en el trabajo, que por suerte no escaseaba.

Manuel preparaba la mochila que se llevaría para su misión. Salcedo le había dicho que no sabía la duración de esta, pero él como siempre viajaba ligero de equipaje. Tenían que evacuar a unos civiles atrapados en Siria y no sabía las dificultades que encontrarían para cumplirla. Solo irían diez hombres, los más experimentados y hábiles, lo que le hacía suponer que serían muchas. Al guardar las camisetas de colores oscuros y discretos recordó la azul que se había quedado en Richmond. ¿La usaría Stefany para dormir como había dicho, o estaría olvidada en un cajón? Le dolería que fuera así, y no porque se tratara de una de sus favoritas. Le gustaba imaginarla sobre el cuerpo de la mujer, rodeándola por las noches como la habían rodeado sus brazos.

No dejaba de pensar en ella. Le preocupaba que se hubiera recuperado bien, que no le quedaran secuelas ni de las fracturas ni de la amnesia. También se preguntaba a menudo si se acordaría de él tanto como él de ella. Si le echaba de menos...

Sacudió la cabeza pensando que llevaba unas semanas de un melancólico insoportable. Si hubieran pasado un mes juntos habría acabado enamorándose como un colegial.

La idea de no volver a verla se le antojaba una de las cosas más duras de su vida y había tenido unas cuantas. Quizás cuando pasara el tiempo, cuando ya no hubiera peligro de terminar de enamorarse, podría ir a verla y charlar de aquel viaje que había significado un antes y un después en su existencia.

Había conservado en el móvil su teléfono y la foto que se hicieron hasta la noche anterior, en que los había borrado por si en algún momento el aparato caía en manos enemigas. No importaba, porque había memorizado el número y la foto estaba impresa y guardada a buen recaudo en un cajón de su armario.

Cerró la mochila y al hacerlo se planteó algo que nunca le había preocupado, y era si regresaría de aquella misión.

Cediendo al pánico de no volver a saber de ella si le pasaba algo, se encontró marcando su número. Pero se detuvo antes de pulsar el botón de llamada. ¿Qué podría decirle? ¿Que salía para una misión de la que no estaba seguro si regresaría? ¿Que la echaba de menos y se moría por escuchar su voz? No tenía derecho a preocuparla y tampoco a hacerle concebir falsas esperanzas, en el caso

de que ella sintiera algo por él.

«No seas capullo, Manuel. Déjate de *moñadas* y despedidas, y corta esto de una vez. Stefany solo es una más de las mujeres que te has tirado a lo largo de tu vida», se dijo. Pero no lo era, y él lo sabía mejor que nadie. Porque ya llevaba un mes sin verla y no podía olvidarla.

Irritado consigo mismo por su debilidad, borró el número que acababa de marcar y desconectó el móvil para guardarlo en un bolsillo escondido de la mochila. Después salió a reunirse con sus compañeros para evitar tentaciones. Sabía que debería dormir las pocas horas que le quedaban hasta la partida, pero no conseguiría conciliar el sueño; como mucho hacer alguna estupidez como la que había estado a punto de cometer, y de la que acabaría arrepintiéndose.

Se reunió con dos de sus camaradas que tampoco podían dormir y tomaron un café bien cargado, en espera de la inminente marcha.

—¿Alguno sabe más de la información que nos han dado en grupo?

—No, nada. Solo que el destino es Siria —admitió Manuel—. Es muy confidencial todo. Imagino que como en otras misiones nos informarán de los detalles cuando vayamos en el avión.

—¡Cuando ya no podamos arrepentirnos!

—¡Como si pudiéramos hacerlo! —bromeó un hombre con el que Manuel apenas había coincidido un par de veces, pero que tenía fama de ser uno de los mejores—. Esto es el ejército. Si estás, estás para las duras y las maduras, toque lo que toque. Y más para nosotros, que no somos imples soldados de cuartel.

—¿Nunca os habéis planteado que podemos no volver de algunas de nuestras misiones? —preguntó Manuel que no podía olvidar el tema.

—No. ¿Tú sí?

—En esta ocasión.

—¡Tío, a ver si vas a ser gafe! Eso no se piensa. Somos jóvenes, fuertes y valientes, y más pronto o más tarde volveremos a casa. A comer, beber y follar.

—Y dormir. Recuerdo que en una ocasión permanecí cinco días sin pegar ojo y ha sido una de las cosas más duras que he tenido que vivir —comentó otro con pesar.

Manuel no respondió a las observaciones de sus compañeros. Uno de ellos le

palmeó el hombro con fuerza.

—¡No te nos habrás enamorado, ¿verdad?!

—¿Quién, yo? Qué va. Es solo que me he puesto a pensar.

—Pues no pienses, guarda tus neuronas para la misión que tenemos por delante, que no va a ser tarea fácil.

—Lo sé.

Permanecieron dos horas en silencio, disfrutando de un café caliente y reconfortante, quizás el último en bastante tiempo. En las mochilas llevaban comida envasada y energética para varios días; después tendrían que buscársela ellos mismos lo mejor que pudieran.

Al fin llegó la hora. Cargaron las mochilas y salieron hacia el aeropuerto militar donde embarcarían rumbo a una más de sus misiones. Pero esta vez para Manuel era diferente. Esta vez sentía que dejaba algo atrás.

Capítulo 21

Lupe

Stefany desembarcó en el aeropuerto de Benito Juárez por segunda vez en unos meses. Esa vez no era por vacaciones, sino para saldar una deuda que pensaba que tenía con el hombre que la había ayudado en momentos difíciles.

Llevaba poco equipaje, apenas una muda en un bolso grande y una dirección. Esperaba realizar su gestión en poco tiempo y regresar a Richmond con un capítulo de su vida cerrado definitivamente.

Eran las cuatro de la tarde en México y se arriesgaba mucho al presentarse de improviso, basándose en el informe que el detective le había entregado dos días antes. Pero su instinto le decía que el factor sorpresa jugaría a su favor, no había que dar ventaja al enemigo.

Tomó un taxi que la llevó a una dirección distinta de la que Manuel le había dado en su día. O la casa aún no era habitable o habían cambiado de residencia, quizás para evitar que él las localizara.

Cuando llamó al timbre le sudaban las manos a causa de los nervios. Le abrió la puerta una mujer de una belleza poco común: larga melena negra, piel aterciopelada y unos hermosos ojos color chocolate fundido. No le extrañaba que un Manuel de veintiún años hubiera sucumbido a ella entregándole su corazón.

—¿Daniela Mendoza? —preguntó.

—Sí.

—Perdone que la moleste. Me llamo Stefany Barrow, y me gustaría hablar con usted en privado de un asunto un poco peculiar.

—No la conozco y no hablo con extraños de ningún tipo de asuntos, peculiares o no.

—¿Y si le digo que soy la mujer de Manuel Arroyo? —mintió un poco.

Daniela puso los ojos en blanco, en una mueca de exasperación.

—¿No va a dejarme nunca en paz? ¿Ahora la manda a usted?

—¿Está sola? —preguntó Stefany decidida a acorralar a aquella mujer hasta lograr su objetivo—. He procurado venir en una hora en que su marido se encuentra en el trabajo, por si quiere mantener nuestra conversación en secreto. Solo nos llevara unos minutos. Por favor, vengo desde muy lejos.

Con un suspiro resignado, le franqueó la entrada.

—Pase. Y dígame una vez más que Lupe no es hija suya —afirmó en tono bajo y rotundo.

—Y él seguirá sin creérselo mientras no tenga pruebas. Mire, voy a serle sincera —comenzó a explicar una historia que había urdido con la esperanza de convencer a la reticente mujer—, yo no tengo ningún deseo de encontrarme con una hija natural de mi marido, pero está obsesionado y eso nos está creando problemas. Él no sabe que he venido, creo que esto se soluciona mejor entre mujeres.

—¿Y piensa que si le doy algo de Lupe para que realice un test de paternidad él creerá que realmente es suyo? Para usted sería muy fácil coger muestras de cualquier otra persona y presentarle una prueba falsa.

Stefany ya había pensado en eso y había ideado una solución.

—Puede invitarme a merendar como si fuera una antigua amiga, nos hacemos una foto para que Manuel compruebe que en verdad nos hemos reunido, yo me llevo la taza o la cucharilla de la niña, y usted se olvida para siempre de Manuel. Yo me encargaré de que no vuelva a molestarla.

—De acuerdo, espero que sea verdad, porque resulta muy molesto. Lupe está en su habitación, con mis otros dos hijos. Iré a buscarlos y prepararé un café para nosotras y un poco de leche con cereales para los niños. Sea discreta, por favor, mi marido es celoso y no le gustaría saber que alguien quiere adjudicarse la paternidad de Lupe. Cuando nos casamos le dije, y no le mentí —recalcó—, que el padre ni siquiera sabía que estaba embarazada. Ha sido su hija siempre.

—Gracias.

Nerviosa, aguardó la aparición de los niños. Daniela la presentó como una antigua compañera de trabajo en el hotel. Stefany observó a la niña y Manuel había tenido razón, por su físico Lupe podría haber sido hija suya: morena, alta y espigada y con unos intensos ojos negros, pero tampoco presentaba ningún rasgo especialmente indicativo que la uniera a él por genética.

Se sentaron a merendar. Para salvar la tensa situación Stefany se dedicó a hablar con los niños, algo que siempre se le había dado bien. Se dijo que le gustaría ser madre algún día, pero casi seguro que sus hijos no tendrían esa tez morena y suave que tanto le gustaba de Manuel.

Sacudió la cabeza, no era momento para nostalgias. Había ido a cumplir una tarea y lo iba a hacer.

Cuando terminó su café pidió hacerse una foto con los niños, para salvar las apariencias. Se colocó detrás de ellos, con las manos apoyadas sobre los hombros de Lupe, y sonrió a la cámara de su móvil que Daniela enfocó hacia ellos. Después se despidió. La mujer, con disimulo, le entregó la cucharilla con que la niña había comido los cereales y ella la guardó en un plástico hermético. Los niños regresaron a su habitación y Daniela la acompañó a la puerta.

—Gracias. Tiene unos hijos encantadores.

—Sí —admitió—, y ninguno es de su marido, como va a comprobar.

—Es lo que deseo.

—Ahora cumpla su palabra y haga que deje de buscarnos. Mi romance con Manuel acabó en el momento en que se marchó de Cancún. Éramos unos críos; no sé por qué tuvo que volver.

—Ha aprendido la lección desde entonces. ¿Puedo preguntarle por qué se ha negado siempre a facilitarle las pruebas de ADN y a mí me las ha dado a la primera?

—Porque no estaba segura de que a pesar de darle la certeza no siguiera viniendo por aquí, de que me buscara a mí además de a la niña. Ahora que tiene su propia vida con usted sé que nos dejará en paz.

—No se preocupe, me encargaré de que no regrese por aquí.

—Eso espero.

Salió contenta de la vivienda. Se trasladó en taxi al hotel que tenía reservado para pasar la noche. Por un momento estuvo tentada de alojarse en el que compartiera con Manuel, pero Scott la convenció de que no lo hiciera. No debía remover la herida, ya bastante la había regañado por inmiscuirse en la vida privada del militar. No le había contado con exactitud a qué iba, se limitó a decirle que él no pudo realizar una tarea que tenía encomendada por atenderla, y tenía la intención de ayudarle.

De nada sirvieron los argumentos, totalmente lógicos, que Scott esgrimió para disuadirla. Cuando el hombre vio la determinación en su mirada, se contentó con que el daño emocional que iba a sufrir fuera mínimo. Le hizo prometer que pasaría en Ciudad de México el menor tiempo posible y que no se alojaría en el mismo sitio.

Le hizo caso, consciente de que la experiencia de entrevistarse con Daniela supondría un choque sin necesidad de añadirle más recuerdos.

No obstante, no pudo ni quiso evitar dar un paseo por las galerías Coapa y más tarde sentarse a cenar en uno de los restaurantes que había compartido con Manuel. Estaba eufórica. Se imaginaba la cara del hombre cuando le hiciera llegar el resultado de las pruebas de la cucharilla, cotejadas con los restos extraídos del cepillo de dientes que él usara en su casa y que aún conservaba.

Stefany no tenía ninguna duda de que sería negativo, Daniela estaba demasiado segura y, en caso de no estarlo, nunca le hubiera permitido llevarse la muestra.

Se iba a sentir decepcionado, en verdad creía que Lupe era hija suya, pero también saber la verdad le daría la paz espiritual que necesitaba. Le gustaría que realmente fuera su marido, abrazarle para consolarle por la desilusión y ofrecerle tener un hijo, del que no tuviera dudas.

Volvió a sacudir la cabeza, desechando pensamientos imposibles, que solo le traerían pesar. Regresó al hotel, llamó a Scott para decirle que había llevado a cabo su tarea de forma satisfactoria, y se metió en la cama. Tenía el vuelo de regreso abierto, por lo que reservó un billete para el primer avión del día siguiente con destino a Richmond. No quería permanecer más tiempo del necesario en Ciudad de México. Demasiados recuerdos, demasiadas emociones que debía controlar por su propio bien.

Cuando regresó a casa, Scott fue a recogerla al aeropuerto y la sometió al interrogatorio de rigor.

—¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien.

—¿Has pagado tu deuda?

—Casi. Aún me falta un pequeño trámite, pero lo más difícil está hecho.

—Deberías pasar de ese hombre, solo te hará más daño. Si tiene que solucionar algo, es perfectamente capaz de hacerlo por sí mismo, es militar.

—Este asunto no. Y si tratas de sonsacarme información, no lo vas a conseguir, Scott. Sobre mi vida te lo cuento todo, pero esto es un asunto privado de Manuel y no voy a decirte ni media palabra más.

—Estás consiguiendo que me caiga mal, por lo que te hace sufrir. Y siempre le defiendes.

—También me ha dado los mejores momentos de mi vida, en el terreno sentimental, claro. Los de la amistad, son tuyos.

Scott sonrió, mirando a la mujer que se sentaba a su lado en el coche.

—No estoy celoso, si es lo que piensas. Solo que me gustaría machacar con mis propias manos al tipo que hace sufrir a mi hermana pequeña.

—No soy tu hermana pequeña, tengo siete meses más que tú.

—Y yo te saco más de una cabeza, de modo que sí, eres mi hermana «pequeña».

—Pero también soy tu jefa, y como tal te prohíbo machacar a nadie.

—De acuerdo —rio—. Pero a cambio tendrás que dejarme elegir la película de esta noche.

—¡Oh, no! ¿Una del espacio otra vez?

—No te quejes que en el fondo te gustan. Lo que no vamos a hacer es ver una romántica que te ponga la mirada brillante de nostalgia, más de lo que la tienes en este momento.

—Vale. Pero tengo que hacer un recado, antes de que cierren.

Scott alzó las cejas en una muda pregunta.

—Sí, tiene que ver con lo que me ha llevado a ciudad de México. Y mientras lo hago, tú vas a ir a dar un último vistazo a la casa mejicana y comprobar que todo

está correcto para que podamos pasar la factura.

—A la orden, jefa.

Se despidió de Scott en la puerta de su casa, cogió el cepillo de dientes de Manuel y lo guardó en otra bolsa de plástico hermética. Después se dirigió al laboratorio que había seleccionado para realizar las pruebas de ADN. Solo quedaba esperar.

Cuando recibió los resultados, en sobre cerrado, dudó si enviárselos así a Manuel o abrirlo. Era un asunto privado, pero él había confiado en ella hasta el punto de contarle su problema, y puesto que se había tomado la molestia de desplazarse hasta México, se dijo que tenía derecho a sucumbir a la curiosidad.

Esperó a la noche para que Scott no apareciera de repente, y abrió el sobre. Ya lo sabía, pero el documento le informaba de que no había coincidencias. Allí estaba la prueba que él necesitaba para tranquilizar su espíritu; ahora debía hacérsela llegar. Pero no sabía dónde hacerlo. Llamó a Alice con la esperanza de que ella le dijera la dirección de Manuel.

—Hola, Stefany —respondió su hermana después de varios timbrazos.

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo?

—Bien. Acabo de dar el pecho a la pequeña y en seguida me pongo a trabajar. Esta semana voy un poco atrasada. Javi se ha acatarrado y ha contagiado a su hermana, con lo que todo son toses y fiebres.

—No te preocupes por el trabajo, los niños son lo primero.

—Eso por supuesto. ¿Qué tal tú?

—Bien, esta tarde Scott ha dado el visto bueno a la casa de estilo mexicano y ya podemos pasar la factura.

—Estupendo.

—Además, quisiera pedirte un favor.

—Claro, lo que sea.

—¿Podrías darme la dirección de Manuel? Tengo que enviarle una cosa y no sé dónde hacerlo.

—Espera que le pregunto a Javier, aunque creo que no está en España en este

momento.

Stefany sintió un nudo en el estómago. Estaba en una misión, jugándose la vida quizás.

El teléfono quedó silencioso durante unos minutos. Después, la voz agradable de Alice la sacó de sus inquietantes pensamientos.

—Dice Javier que en efecto no está en su base. Lleva un tiempo fuera.

—¿En una misión peligrosa?

Le había hablado a su hermana de la aventura que había vivido con el militar, pero no de la profundidad de sus sentimientos por él. Pensaba hacerlo cuando se vieran cara a cara, en verano, con la esperanza de que ya hubiera conseguido olvidarle. Sin embargo, el tono angustioso con que había formulado la pregunta le dijo a Alice mucho más de lo que Stefany pretendía mostrar.

—No te preocupes por él, es un superviviente. Regresará sano y salvo.

—Seguro que sí.

—Stefany... ¿Estás muy pillada?

—Un poco —suspiró.

—Manuel no es el tipo de hombre que mantiene una relación. Yo pensaba que habíais tenido una aventurilla, algo puramente sexual.

—Así empezó y eso ha sido para él, pero yo... terminé enamorándome. No es el tipo frívolo que parece —dijo como si tratara de justificar sus sentimientos.

—Estoy segura de que no.

—Pero cambiemos de tema. Lo que tengo que enviarle es importante y bastante privado, no me gustaría que estuviera rodando en el acuartelamiento hasta que regrese. ¿Puedo enviároslo a vosotros y se lo entregáis o se lo mandáis cuando vuelva? Podría quedármelo yo hasta entonces, pero si no me dio su dirección quizás es porque prefería que no la supiera.

—Por supuesto que puedes mandarlo aquí. Lo custodiaremos y se lo haremos llegar cuando vuelva.

—Gracias, Alice. No se os olvidará, ¿verdad?

—Claro que no.

—Ahora te dejo trabajar, yo voy a hacer lo mismo. Dale besos a los niños y a Javier.

—Adiós, cariño. Y no te preocupes, Manuel volverá sano y salvo y tú conseguirás olvidarle.

—Por supuesto.

Terminó la conversación y se sentó a escribir una carta explicativa. No podía enviarle el sobre con los resultados de las pruebas de paternidad sin aclararle nada, aunque seguramente él entendería.

«Hola, Manuel:

Te envió esto a través de Alice y Javier porque me han dicho que estás en una misión. Espero que no sea de esas en las que te juegas la vida. Confío en que regreses pronto y puedas recibir las noticias que van en el sobre adjunto. Como puedes comprobar son unas pruebas de ADN que aclararán tus dudas.

Desde que te marchaste tuve la impresión de que Daniela no me las negaría a mí, de modo que utilicé los servicios de un detective privado para localizarla y me desplazé hasta Ciudad de México. Me presenté como tu mujer, una pequeña mentira que espero me perdones, pero que me abrió las puertas de su casa. Puedes ver que digo la verdad, me hice una foto con Lupe, que te envió también. La cucharilla de su merienda regresó conmigo a Richmond con el consentimiento de su madre y la envié, junto con el cepillo de dientes que olvidaste en mi casa, a un laboratorio especializado. Los resultados están en la carta anexa. Me he tomado la libertad de abrirlo, me mataba la curiosidad; espero que no te moleste.

Siento que te lo debía, y a pesar de todo seguiré en deuda contigo el resto de mi vida.

Un abrazo,

Stefany»

Había dudado si añadir algo más, sobre su recuperación o alguna alusión al tiempo que pasaron juntos, pero no se atrevió. Si él había decidido pasar página, una información escueta de los hechos era suficiente. No quería parecer patética, y mucho menos enamorada.

Metió la carta junto con la fotografía y los resultados de las pruebas en un

sobre y escribió en el mismo la dirección de su hermana en Sevilla. Al día siguiente lo mandaría por correo con todas las garantías posibles para que no se perdiera. No hacía falta que el envío fuera urgente porque el destinatario tardaría en recibirlo.

Y se dispuso a esperar, porque con seguridad Manuel respondería de alguna forma al envío, o al menos eso deseaba. Era un hombre agradecido, y estaba segura de que le mandaría al menos un *whatsapp* o unas líneas, que ella aguardaría con impaciencia.

Capítulo 22

Sorpresa

Manuel regresó de Siria mes y medio después de su partida. Había sido una misión agotadora, en la que todo lo que había podido fallar, falló. Les costó trabajo hallar a los civiles a los que debían ayudar a salir del país en guerra, y una vez localizados había sido una dura tarea traerlos de vuelta. Eran personas poco habituadas a realizar esfuerzo físico o soportar incomodidades, que pensaban que el Gobierno les pondría un coche con chofer en la puerta para trasladarlos al aeropuerto y de allí a España.

No había sido así, habían realizado un largo peregrinaje por caminos polvorientos y pasado hambre y sed hasta lograr su objetivo.

Manuel se sentía exasperado ante las continuas quejas, las peticiones imposibles de cumplir y los retrasos provocados por la necesidad de descanso de las personas que acompañaba. A su mente acudían las imágenes de Stefany pálida y con los labios apretados para soportar el dolor de su costilla rota y sin proferir una sola queja. En realidad, su imagen se colaba en su mente a menudo. Demasiado a menudo.

Al fin pudieron llevar a cabo su misión, y regresar a su acuartelamiento. Como solía suceder, después tenían derecho a unos días libres que Manuel aprovechaba para visitar a su familia. En aquella ocasión con más motivo, deseoso de saber cómo estaba la situación entre sus padres.

Cuando llegó a Valencia y telefoneó a su hermano, este le contó que, aunque separados aún, Isaac y Merche habían comenzado a verse para tratar de

solucionar sus problemas. Respiró aliviado. También le dijo que Javier había preguntado por él varias veces porque tenía algo que entregarle de parte de Stefany.

Lo primero que se le ocurrió fue la camiseta azul que le había regalado. ¿Se la pensaba devolver? ¿Le quería dar a entender que la etapa de su viaje a México estaba superada y debidamente cerrada? Sintió cierta tristeza, porque, aunque se decía que para él sí lo estaba, sabía que no era así. Llamó a su primo para averiguar de qué se trataba con un nudo de aprensión en el estómago.

—Hola, Javier —saludó cuando este respondió al teléfono.

—¡Manuel! ¿Ya estás de regreso?

—Ya estoy en Valencia, sí.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Agotado y algo desnutrido, pero nada que unos cuantos días de descanso y unas comidas de mamá Merche no curen. Pero eso tendrá que esperar a que solucionemos el papeleo, que llevará unos cuantos días.

—Estupendo.

—Me ha dicho mi hermano que tienes algo para mí.

—Sí, Stefany envió un sobre hace unas semanas. Dijo que era importante y que no quería que estuviera dando vueltas por el acuartelamiento hasta tu regreso. Nos pidió que te lo entregáramos o te lo hiciéramos llegar a tu vuelta.

—¿Un sobre? —se extrañó—. ¿No un paquete?

—No, es un sobre grande y no demasiado abultado. Parece una carta o unos documentos. ¿Esperabas un paquete?

—No esperaba nada, no tengo idea de qué puede ser. Aunque voy a ir a Sevilla pronto, me has picado la curiosidad. ¿Me lo podrías mandar por certificado urgente?

—Por supuesto. Mañana lo tienes allí.

—Gracias. ¿Alice y los niños están bien?

—Todos bien.

—Me alegro. Me paso a veros cuando esté por casa.

—Muy bien. Un abrazo, Manuel.

—Adiós.

Javier cumplió su promesa, y al día siguiente un intrigado Manuel recibía un sobre poco abultado que había hecho un largo recorrido. Se aseguró de estar solo para abrirlo, y lo primero que sacó fue una fotografía de Stefany con tres niños. Ella apoyaba las manos sobre los hombros de ¿Lupe? Sintiendo que se quedaba sin aire, cogió la carta y la leyó. A medida que avanzaba una expresión de sorpresa se pintaba en su rostro, Stefany era increíble, se las había arreglado para conseguir lo que él no pudo durante años. Después abrió el sobre y, aunque ya intuía lo que iba a encontrar dentro, no pudo evitar una ligera decepción. Aquel resultado ponía fin a años de incertidumbre y cerraba definitivamente una etapa de su vida.

Su mirada se quedó prendida en la mujer que sonreía desde la foto y el corazón le empezó a latir con fuerza. Estaba preciosa, su sonrisa le transmitía la complicidad de lo que estaba haciendo por él. Le decía en la carta que se sentía en deuda, pero no era cierto, era al revés. Jamás podría pagarle aquello.

Guardó la foto y cogió el móvil para darle las gracias. Tecleó el número que había memorizado para hacerlo, pero, como ya le pasara otra vez, lo pensó mejor y lo borró antes de pulsar el botón de llamada. ¿Qué demonios iba a hacer?

Stefany se mantuvo tranquila hasta que Alice la llamó para decirle que Manuel había regresado de su misión, y que ellos le habían reenviado el sobre misterioso. A partir de ese momento comenzó a mirar el móvil esperando alguna reacción por su parte. Reacción que no llegó. Ni en las primeras horas ni en los primeros días.

Transcurrida una semana, la decepción se hizo patente en su estado de ánimo, en el evidente enfado que no podía disimular. No con Manuel, sino con ella misma, por esperar de él lo que no iba a recibir. Por haber pensado que no era el mujeriego superficial que conoció en la boda de Alice. Por haberse enamorado como una idiota.

Estaba tan enfadada que quitó del fondo de pantalla la foto de ambos para poner la de un actor famoso que no le gustaba lo más mínimo, la primera que encontró en Internet.

Scott, como cada mañana, empujó la puerta trasera de la casa donde Stefany tenía instalada la oficina y que solía permanecer abierta cuando estaba

trabajando, La encontró ordenando los diseños impresos de un logo para enviar a un cliente con la misma expresión ceñuda de los últimos días. La mirada sagaz del hombre reparó en el cambio en la pantalla, y le dio la pista de quién era el causante del malhumor que ella arrastraba.

—Buenos días.

—Llegas tarde —regañó con un gruñido.

—No hay prisa para lo que tengo que hacer hoy.

—Eso es cuestionable.

El hombre se sentó en la silla vacía junto a Stefany y preguntó a bocajarro:

—¿Qué ha hecho?

—¿Quién?

—Tu adorado. ¿Qué ha hecho para que le destierres de la pantalla, cuando hasta hace unos días babeabas mirándole con ojitos tiernos? Me preguntaba qué te tenía de tan mala leche, y ahora —señaló la pantalla—, es evidente que se trata de él.

—No ha hecho nada.

Scott alzó las cejas, y la miró dubitativo.

—Hablo en sentido literal. ¿Recuerdas mi viaje a Ciudad de México? El segundo. Fui a solucionar un asunto que dejó pendiente.

—De eso hace un mes. ¿Por qué te enfadas ahora?

—Ya lo sé. Pero hasta hace cosa de una semana no le ha llegado la información que le mandé. Y no me ha dado ni las gracias —bufó—. Desde luego, si lo que quiere es dejarme claro que lo nuestro terminó cuando se fue, lo ha conseguido. Seguro que ya me ha sustituido. Se acabó pensar en él, fuera foto de la pantalla y recuerdos de la mente.

La noche anterior no había dormido con la camiseta azul, relegada y escondida en el fondo de un cajón de ropa que ya no usaba.

—Yo me alegro por lo que respecta a ti y a tu actitud para pasar página, pero la verdad, no me pareció que fuera un maleducado.

—Pues ya ves. Hace una semana que Alice me confirmó que había recibido el sobre y ni un simple *whatsapp* para dar las gracias. Y te aseguro que era algo muy importante para él.

Scott le apretó la mano en un gesto cariñoso.

—Bueno, hora de seguir adelante. ¿Salimos el sábado? He quedado con un grupo de amigos con los que juego al fútbol los domingos, y podrías unirme a nosotros.

—¿Con esa panda de bestias?

Él esboza una sonrisa torcida.

—Yo soy uno de esos bestias, recuerda.

—¡No me sonrías así, te pareces a Manuel! —gruñó enfadada.

—Disculpa. Y mis amigos no son bestias. Están muy buenos, son altos, fuertes y musculosos, lo que os gusta a las mujeres, y además simpáticos y divertidos.

—De acuerdo; hora de pasar página. Ahora lárgate al trabajo que sigues acumulando retraso.

—Sí, jefa. —Se levantó y depositó un beso tierno en la coronilla de la chica—. Y no te enfades, no merece la pena.

—¡Gracias, Scott! —Le miró con cara de lástima—. ¿Por qué no pudimos enamorarnos nosotros? ¡Con lo bien que hubiera funcionado!

—Porque estamos hechos para ser amigos, algo mucho más importante y más duradero.

—Eso es verdad.

—Y ahora me voy —añadió con un guiño travieso—, que mi jefa tiene hoy ganas de bronca y estoy viendo que me la llevaré yo.

Lo vio salir con una sonrisa. Menos mal que le tenía a él. Había sido un gran apoyo durante toda su vida, especialmente cuando murieron sus padres. Y tenía razón, la amistad que compartían era mucho más fuerte e importante que cualquier relación amorosa.

Volvió a concentrarse en los diseños, decidida a aceptar la invitación de Scott para salir el sábado. Era el momento de conocer a otros hombres, y aplicar el refrán español que solía decir su hermana: «La mancha de la mora con otra verde se quita». Manuel no era el hombre para ella, no querían lo mismo de la vida y esa era una realidad incuestionable. Seguro que en algún lugar estaba su media naranja, y ella la encontraría más tarde o más temprano.

Continuó trabajando y consiguió evadirse de sus problemas. Levantó la cabeza

cuando escuchó abrirse de nuevo la puerta trasera.

—¿Qué has olvid...?

La sonrisa burlona se congeló en su rostro. Ante ella, con una mochila al hombro y dedicándole la mirada más seductora del mundo, estaba Manuel.

—¿Qué haces aquí? —Estaba paralizada, incapaz de dejar de mirarle.

—¡Menudo recibimiento! Vengo a darte las gracias, por supuesto. No creerías que me iba a limitar a una llamada telefónica, ¿verdad? También recuerdo que hay por ahí una promesa que cumplir —dijo con un guiño.

Al fin pudo reaccionar. Se levantó de un salto y corrió a su encuentro. Se fundieron en un abrazo intenso, emotivo. Los cuerpos se acoplaron uno al otro, los recuerdos los invadieron mientras Stefany enterraba la cara en el pecho del hombre que tanto había añorado. Una ligera humedad mojó la cazadora de Manuel sin que pudiera evitarlo. Estaba allí, había cruzado el océano para darle las gracias y ella pensando que ni siquiera se tomaría la molestia de enviarle un mensaje.

Las manos morenas recorrían la espalda de Stefany en una caricia lenta, el aliento cálido le rozaba la sien, el olor tan familiar le inundó los sentidos. Jamás ninguno de los dos había sentido tanta emoción en un abrazo. De repente Manuel se separó, la miró a los ojos y, sin pronunciar palabra se acercó a la ventana y corrió las cortinas. También cerró la puerta por dentro. Cada centímetro de piel de ella se erizó ante lo que significaba.

—No está, hace un rato ha salido a realizar unas mediciones —rio divertida. De repente todo su malhumor se había evaporado, reemplazado por unas ganas terribles de reír, saltar y bailar.

—Pero volverá.

Regresó junto a Stefany y, rodeándola de nuevo con los brazos, buscó su boca. La pasión estalló de inmediato apenas los labios se rozaron. Las lenguas se enredaron y los cuerpos se apretaron uno contra el otro queriendo resarcirse de la larga separación. Manuel separó por un momento su boca de la de ella y preguntó con voz ronca y cargada de pasión:

—¿La costilla curó bien?

—Perfectamente.

—En ese caso... es el momento de cumplir promesas.

La levantó en vilo y la sentó sobre la mesa de escritorio. Stefany luchó por quitarse los pantalones, mientras Manuel se despojaba de su ropa rápidamente. Cazadora, jersey y pantalones formaron un montón en el suelo de moqueta junto a los de ella. Las manos morenas levantaron el jersey por encima de los pechos y se colaron por debajo del sujetador.

Ella se apresuró a desabrocharlo para dejarle acceso y, libre de la molesta prenda, se abrazó a su espalda. De nuevo se besaron, Manuel acoplado entre las piernas abiertas de Stefany, piel con piel, boca con boca. A medida que el beso se intensificó la fue tumbando sobre la mesa, inclinado sobre ella. Las manos de la chica apretaron sus nalgas para acercarlo y alzó las caderas.

—Mi pequeña impaciente...

—¿Impaciente dices? ¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento?

—¿Más de dos meses? —respondió mientras se enfundaba un preservativo.

—Más o menos.

—Entonces el mismo que yo.

La penetró de golpe y Stefany se aferró a los bordes de la mesa. Manuel colocó las manos sobre las de ella y comenzó a moverse.

La cara de placer, los ojos brillantes que le miraban le hicieron muy difícil mantener el control. Pero no había mentido, también él llevaba deseándola desde el mismo instante en que se separaron y soñando con aquel momento desde que decidió coger el avión para ir a verla. Pero no quería terminarlo en cuestión de segundos. Ralentizó los movimientos todo lo que le fue posible, aunque las piernas femeninas rodeándole la cintura y el cuerpo de Stefany respondiendo a sus movimientos con la pasión que la caracterizaba no se lo ponían nada fácil. Al fin se dejó ir, coincidiendo con el orgasmo de ella con un jadeo entrecortado e intenso.

Cuando pudo recuperar el ritmo de la respiración, la contempló con ojos brillantes no solo de placer. La ayudó a incorporarse y la abrazó de nuevo. Sentía los alocados latidos del corazón de la chica galopar parejos con los suyos.

—Me gusta tu forma de dar las gracias —susurró ella contra el hombro masculino. Sintió una leve risita resonando en el oído.

—También suelo ser agradecido cuando me ofrecen una buena comida.

Stefany alzó la cabeza y le miró a los ojos.

—Déjame adivinarlo... ¡Estás hambriento!

—De muchas cosas.

Deslizó con suavidad la punta de los dedos por la columna vertebral produciéndole en escalofrío.

—Bien, primero te alimentaré y después ya veremos la manera de calmar tu hambre de esas otras cosas.

Stefany empezó a recomponerse la ropa y Manuel hizo lo mismo.

—Solo puedo quedarme tres días —susurró mirándola a los ojos con pesar mientras se vestían—. Me corresponden seis días libres después de la última misión, pero no he encontrado mejor combinación de vuelos para venir con tan poco tiempo, y tres de ellos se me irán en el viaje.

—Los aprovecharemos. Trataré de librarme de compromisos de trabajo que no sean urgentes. Tres días, cuando pensaba que nunca volvería a verte, son mucho.

—Mi chica optimista. Me gusta que siempre ves el vaso medio lleno.

Entraron en la cocina. Manuel se acercó por detrás y la rodeó con los brazos por la cintura, mientras Stefany se afanaba en preparar un almuerzo temprano. No podía mantener las manos quietas; hasta que la vio de nuevo no fue consciente de cuánto la había deseado durante el tiempo que estuvo lejos. Se había abalanzado sobre ella para hacerle el amor sobre la primera superficie que encontró, incapaz de controlarse. Llevaba preparado un bonito discurso de agradecimiento que había olvidado en cuanto la vio, con la sorpresa y la incredulidad pintadas en el rostro.

—Gracias —susurró contra su cuello.

—Sentía que te lo debía. También quería hacer por ti algo que nunca olvidarás, algo que me diferenciara del resto de mujeres que han pasado por tu vida, que me hiciera especial.

—Eres especial —lo dijo con rotundidad, aceptándolo él también—. No estaría aquí si no lo fueras.

Stefany giró la cabeza y encontró la boca que rozó la suya en un beso ligero.

El sonido de un mensaje entrante en el móvil les hizo separarse. Como ya

imaginaba, era de Scott extrañado por las cortinas corridas.

«¿Estás bien? Has cerrado las cortinas. ¿Significa que has encontrado un sustituto en el tiempo que he tardado en medir una cocina?».

Esbozó una sonrisa mientras tecleaba feliz:

«Significa que alguien ha venido a darme las gracias de una forma muy especial».

«Ok. Me mantendré alejado. Supongo que es inútil que te diga que protejas tu corazón».

«Lo es».

«En ese caso, disfrútalo».

Soltó el móvil y regresó a la cocina, donde Manuel había tomado el relevo y removía la sartén. Poco después, se sentaban a la mesa a degustar un almuerzo improvisado.

Mientras comían, él abordó el tema que le había llevado hasta Richmond.

—¿Cómo conseguiste que Daniela te diera el material necesario para realizar las pruebas de ADN? Yo llevo años intentándolo y nunca ha cedido ni un ápice en su negativa.

—Las mujeres nos entendemos. No todo se consigue con un guiño sexi y unos músculos desarrollados. A veces la empatía funciona mejor.

—Nunca podré pagártelo, Stefany. Nunca.

Ella untó de mantequilla una rebanada de pan y le miró provocativa antes de darle un bocado lleno de sensualidad.

—Si continúas como hace un rato, quizás consigas saldar esa deuda. Tienes tres días para intentarlo.

El clavó en ella una mirada profunda y negó con la cabeza.

—No voy a pasarme tres días haciendo el amor contigo.

—Oh, bueno... tampoco lo pretendía. Ya sé que los hombres, incluidos los GOE, tenéis vuestras limitaciones.

«Mentirosa, claro que lo pretendías. No has pensado en otra cosa desde que ha aparecido».

—Quiero hacer otras cosas, además —aclaró él.

—¿Como qué?

—¿Te acuerdas de nuestra estancia en Ciudad de México? Ese tipo de cosas. Pasear, ir de compras, charlar... He echado mucho de menos charlar contigo.

—Hay un invento que se llama teléfono y sirve para hablar a través de la distancia. Me hubiera gustado recibir una llamada tuya —no pudo evitar reprocharle.

—Estuve a punto de hacerlo un par de veces, pero al final decidí que era mejor dejarlo estar.

Stefany respiró hondo antes de formular la pregunta que le quemaba en la boca.

—Dime una cosa, Manuel. ¿Habría vuelto a verte si no te hubiese mandado las pruebas de paternidad?

Él enfrentó la mirada con sinceridad.

—Probablemente no.

—Entonces estás aquí solo por agradecimiento.

—No. Me moría de ganas de verte, de escuchar tu voz, pero pensaba que era mejor mantener la distancia. Esto... —hizo un ademán con las manos que les abarcaba a ambos—, es complicado. Tu carta me ha dado la excusa que necesitaba para cruzar el océano y volver a verte. No sé si ha sido un error, pero... no he podido evitarlo. Cuando vi tu foto con Lupe, sonriéndome, supe que tenía que venir, que abrazarte de nuevo, hacerte el amor y contemplar esos ojos maravillosos nublados por el placer. ¿Te he dicho alguna vez que te brillan de forma especial cuando lo hacemos?

—No.

—Pues es cierto. Y a mí me encanta mirarlos.

A Stefany se le estaba encogiendo el pecho de emoción. Jamás pensó escuchar de boca de Manuel palabras como aquellas. Sintió que se enamoraba un poco más, y que eso lo empeoraría todo. Pero no quiso pensar en ello, sino en disfrutar de él los tres días que tenían por delante, hasta que se despidieran de nuevo. Quizás para siempre esta vez.

Habían terminado de comer, entre miradas apasionadas y sonrisas tiernas.

—¿Qué quieres hacer esta tarde? —le preguntó mientras recogían.

—Pasarla en la cama, esta vez sin prisas y sin impaciencia. —La mirada

ardiente que le dedicó hizo que las entrañas se le encendieran como una hoguera.

—Has dicho antes...

—Estoy hablando de la tarde. Por la noche me gustaría llevarte a cenar a algún sitio especial. Si no propones otra cosa, claro.

—Me encanta tu propuesta. Dame unos minutos para solucionar un par de asuntos de trabajo y en seguida soy toda tuya.

Él le dedicó esa sonrisa ladeada que la volvía loca de deseo y que prometía una tarde memorable. Y se dijo que al diablo el trabajo, la prudencia y todo lo demás. Envío un email para cancelar la entrevista que tenía y apagó el móvil.

Capítulo 23

Días felices

Los tres días que pasaron juntos en Richmond fueron de los más felices que Stefany había vivido nunca. La relación con Manuel había sufrido una sutil diferencia desde la última vez. Lo que tuvieron en México y durante el camino fue una aventura y los dos lo tenían claro, pero en esa ocasión algo había cambiado. Ambos se comportaban como si mantuvieran una relación que fuera a perdurar en el tiempo. Stefany no quería pensar, se limitaba a disfrutar lo que estaba viviendo sin hacer preguntas que quizás estropearían los buenos momentos que compartían.

Libre ya de la incomodidad de sus lesiones, disfrutaron del sexo sin trabas, de relajantes paseos y hasta de salir a correr juntos. También mantenían largas conversaciones sentados en el sofá. Abrazados y con una copa en la mano o en la cama después de hacer el amor.

A instancias de Manuel invitaron una noche a cenar a Scott. Stefany no estaba muy convencida, temía que sentarlos a la misma mesa creara tensión entre ambos, pero el militar estaba decidido a conocer mejor al hombre que compartía la vida de Stefany y que cuidaba de ella.

También Scott estaba reticente, pero acudió sin protestas a la llamada de su amiga, con una fuente de canelones que desprendían un olor exquisito.

Stefany le recibió con un beso. La mirada radiante de la chica suavizó los celos que le provocaba su relación, o lo que tuviera, con el militar. Este le tendió la mano con un gesto afable, sin rastro del ceño de la primera vez que se

vieron.

—Me alegra verte de nuevo, Scott.

Este la estrechó, y respondió con voz seria:

—A mí también. En verdad, espero verte a menudo por aquí.

Stefany le lanzó una mirada de advertencia, pero él estaba dispuesto a averiguar las intenciones de aquel tipo hacia su amiga.

—Podría ser.

El corazón de la chica dio un brinco. Manuel no había dicho nada más allá de los tres días que iban a pasar juntos y ella no había albergado ningún tipo de esperanzas.

Se sentaron a la mesa y empezaron a comer en un incómodo silencio que Stefany se esforzó en romper con un tema de trabajo. Sabía que eso dejaba a Manuel fuera de la conversación, pero no se le ocurría otra cosa para romper el hielo.

—¿Tomaste las mediciones de la hamburguesería?

—Sí. Habrá que hacer algunos ajustes con Alice, el plano que nos enviaron no coincide del todo con las mediciones reales.

Manuel aprovechó para hacer una pregunta.

—¿Podéis trabajar bien con tantos kilómetros de por medio?

—Internet todo lo puede. Rompe las distancias, y con un buen programa y unos profesionales tan bien avenidos como Alice y Scott, funcionamos de maravilla en los diseños de interior.

—Y ella, que es una auténtica artista con los otros diseños —añadió su amigo—. Los logos que hace son una maravilla. A veces los clientes lo tienen muy difícil para elegir uno entre los bocetos que presenta.

Manuel le dedicó una mirada de admiración.

—No tengo ninguna duda. Stefany es maravillosa.

—Sí que lo es. —Le dirigió una mirada tipo «hermano mayor» cargada de advertencias, que Manuel interpretó correctamente con una sonrisa.

—Hace mucho que os conocéis.

—Sí, desde pequeños. Estas eran las casas de nuestros padres, y ya desde nuestros primeros años fuimos grandes amigos. Y sí, solo somos eso, si es lo que

estás tratando de averiguar. Pero mataré con mis propias manos a cualquiera que le haga daño.

Stefany alzó los ojos al techo, exasperada. Sabía que no era buena idea sentar a dos machos cargados de testosterona a la misma mesa.

—No pretendo hacérselo, te lo aseguro. —Fue la tranquila respuesta de Manuel.

—Pero vas a largarte de nuevo.

—Vivo al otro lado del océano, no puedo quedarme. Pero...

Enfadada, soltó con ímpetu el tenedor sobre la mesa interrumpiendo la frase.

—¡Ya basta! —Señaló a Scott con el dedo, los ojos llameantes de furia—. Tú, deja de meterte en un asunto que es solo de mi incumbencia. Soy una mujer adulta y yo decido lo que quiero y con quien lo quiero. Y los riesgos que estoy dispuesta a correr al respecto. El que seas mi amigo, no te da derecho a inmiscuirte, o yo me plantaré en la puerta de tu casa con un bate de béisbol, para espantar a las tías que aparezcan dispuestas a meterse en tu cama. Con un cojín debajo del vestido acusándote de haberme dejado preñada. No volverás a echar un polvo en tu vida.

Los ojos de Manuel disimularon una sonrisa ante el enfado que mostraba, pero ella se giró hacia él y le miró también con fiereza.

—Y respecto a ti, si tienes algo que decirme, hazlo luego, a mí y en privado; no porque este capullo te pida explicaciones. Y ahora, si no os pensáis comportar, ya os podéis largar de mi mesa, los dos, y dejarme comer en paz.

Ambos estallaron en carcajadas y se miraron el uno al otro.

—¡Los tiene bien puestos ¿eh?! —dijo Manuel.

—Ni te imaginas cuánto. Aunque pretenda negarlo, y abulte la mitad que yo, me ha mangoneado toda la vida.

—Siéntate, y disfruta de la cena, Stefany. Prometemos comportarnos como personas civilizadas. Las diferencias las solucionaremos al alba con pistolas o floretes. —añadió con un guiño divertido.

—A mí se me da mejor el metro de carpintero, y tengo derecho a elegir arma, si soy la parte retada.

—¡Hombres!

Cada uno alargó la mano y la apoyó en las de ella, sellando de esa forma un pacto amistoso. El resto de la velada transcurrió de forma amigable, como si el exabrupto de Stefany hubiera derribado cualquier barrera existente entre los dos hombres.

Mucho más tarde, cuando ya Scott se hubo retirado a su casa y ellos tuvieron la cocina recogida, Manuel la agarró de la mano y la sentó en su regazo, en el sofá.

—No me ha molestado la observación de Scott. Si fuera tu amigo habría hecho lo mismo.

—El que lo sea no le da derecho a hacerte ciertas preguntas. Si alguien debe formularlas, soy yo.

—Pues adelante, hazlo.

—¿Quieres que te pregunte si te vas a quedar? —La estupefacción era tal que la respiración se le paralizó por un segundo.

—Sabes que eso no es posible, ya te dije que solo puedo estar aquí tres días. Pero sí me gustaría que volviéramos a vernos. No quisiera un adiós definitivo, he pensado mucho en ti estos meses.

Los ojos oscuros ahondaron en los de Stefany, en una muda súplica.

—¿Cuándo y cómo tienes pensado que nos veamos de nuevo? —preguntó nerviosa.

—¿Eso es un sí?

Stefany sacudió la cabeza.

—Responde primero.

—Pensaba preguntarte antes de irme si pasarías las navidades, que están cerca, con tu hermana y Javier. Yo podría arreglarlo para tener unos días libres también.

—Faltan tres semanas para Navidad.

—Lo sé. ¿Demasiado pronto para volver a soportarme?

—No. —Sonrió.

Los brazos de él la rodearon con más fuerza y hundió la boca en el cuello que estaba expuesto.

—Sería genial. Las navidades con mi familia son muy divertidas, nos reunimos

en casa de mis abuelos. Aunque no sé si este año serán como siempre. Mis padres están pasando una crisis y puede que no la resuelvan, o al menos no tan pronto.

—¿Quieres que pase las navidades con tus abuelos? Manuel, yo...

—Eres la cuñada de mi primo Javier, si estás en su casa es lógico que vayas al pueblo con ellos. Mis abuelos son muy hospitalarios, y el resto de mi familia también. No pretendo presentarte como mi chica, si es lo que te preocupa. ¿O acaso quieres que lo haga?

—No, no es eso lo que quiero.

—Menos mal, porque si lo hiciera mis primos me acribillarían a bromas. Como hicimos con Hugo en su momento.

—¿Hugo, el hermano de Javier?

—Sí. Era un mujeriego empedernido, hasta que llegó Inés. Yo lo tuve que pinchar un poco para que se diera cuenta de lo que sentía por ella, pero ahí lo tienes. Enamoradísimo y un padrazo.

—También tú serías un buen padre. Te preocupabas por Lupe y ni siquiera estabas seguro de que fuera tu hija.

—Deja, que acabo de librarme de la paternidad; no quieras meterme de nuevo en semejante berenjenal —bromeó.

—¿Cómo te sientes al respecto? Porque tú estabas convencido de que era tuya.

—No estaba convencido, tenía dudas, pero existía la posibilidad. Y no sé cómo me siento. Raro. Como quien carga durante mucho tiempo con una mochila pesada y la deja caer de golpe. En parte liberado y en parte con un sentimiento de nostalgia y tristeza. Pero no quiero hablar de eso ahora. Este momento es solo nuestro.

Metió la mano bajo el jersey de Stefany dispuesto a olvidar cualquier cosa que no fuera ellos dos y lo que sentían cuando estaban juntos.

Los tres días pasaron mucho más rápido de lo que hubieran querido. El reloj avanzó inexorable sin que se separasen ni un minuto, disfrutando de sexo, y también de muchos momentos inolvidables.

A cada minuto que pasaba, Stefany se sentía más enamorada, había dejado de contener sus sentimientos tras la proposición de pasar las Navidades juntos. Sabía que con toda seguridad se trataba solo de un plazo más antes del adiós definitivo, pero al menos no tendrían que decirlo en aquella ocasión.

Al amanecer del cuarto día, Manuel saltó de la cama con sigilo y frenó el impulso de Stefany de levantarse con él.

—No te muevas, hace frío.

—Quiero despedirte.

—Esto no es una despedida, cariño, sino un hasta pronto. Tres semanas que pasarán en nada y antes de que nos demos cuenta estaremos juntos otra vez.

Stefany contempló cómo se vestía y se preparaba para marcharse. Estaba feliz porque él tenía razón. Se volverían a ver en tres semanas, en España, y eso la llenaba de alegría. Había aprendido que con aquel hombre debía disfrutar el presente, porque no sabía si habría un futuro, aunque quisiera volver a verla.

Cuando hubo terminado de prepararse, Manuel se inclinó sobre la cama y le dio un beso ardiente y cargado de promesas.

—Hasta dentro de tres semanas, preciosa. Serán unas navidades estupendas.

—Adiós, Manuel, hasta entonces.

Se marchó con su paso felino y silencioso, dejándola sumida en una extraña mezcla de sensaciones. Permaneció largo rato en la cama, caliente bajo el edredón, y extrañando el cuerpo que había dormido a su lado. Por suerte, no había sido un adiós, sino, como él había dicho, un hasta pronto. No quería pensar en nada más y esperaba que Scott no le hiciera ver lo disparatado de continuar con aquello. Su Pepito Grillo debería guardar silencio esa vez porque no le permitiría que le estropease las fiestas con sus premoniciones agoreras.

Por la mañana llamaría a Alice y aceptaría su oferta para ir en Navidad, la misma que había rechazado otros años para no dejar solo a Scott. Esa vez él tendría que pasar las fiestas con sus padres y sus amigos, por mucho que no soportara a la hija de estos. Esperaba que lo entendiera, aunque desde la noche que cenaron juntos parecía que su animadversión hacia Manuel había disminuido un poco. Pero este quería que se vieran en Navidad y eso le alegraba enormemente.

Manuel, a su vez, no dejaba de pensar en ello durante el vuelo de regreso. De nuevo le resultaba imposible conciliar el sueño, aunque esa vez no por la tristeza de la despedida, sino por lo que implicaba lo que iban a hacer.

No entraba en sus planes, cuando partió para Richmond, nada que no fuera darle las gracias y quizás echar un par de polvos como recuerdo de lo que habían vivido en el pasado. Pero cuando la vio sentada en el escritorio mirándole boquiabierta y con los ojos brillantes de alegría, supo que no iba a limitarse a eso.

A medida que pasaban las horas a su lado, la idea de volver a decirle adiós de forma definitiva se le hacía más insoportable, hasta que sin siquiera meditarlo se había sorprendido proponiéndole verse de nuevo en Navidad. Stefany se había apresurado a aceptar y eso le alegraba y preocupaba a partes iguales. No obstante, apenas hacía unas horas que la había dejado y ya tenía ganas de verla de nuevo. Sintió que todo su mundo estaba a punto de resquebrajarse como cuando vio a Daniela embarazada, nueve años atrás.

Llamó a la azafata y pidió una copa que le ayudara a conciliar el sueño, porque apenas había dormido en las últimas horas y cuando llegara a Valencia tenía el tiempo justo para darse una ducha e incorporarse al trabajo.

Capítulo 24

Una cita en toda regla

Merche se sentía muy nerviosa ante la inminente cita para cenar con Isaac. En los quince días transcurridos desde que tomaran café juntos él la había llamado tres veces por teléfono con excusas tontas, y ella no había ignorado las llamadas como solía hacer. El viernes antes había ido a comprar algo de ropa, todo le quedaba demasiado grande y no quería parecer un fantoche. No era que pretendiera impresionarle, era por ella misma, se dijo. Aunque se sentía un poco más cerca del perdón desde que se habían visto, todavía estaba insegura respecto a lo que deseaba. En realidad, sí sabía lo que deseaba; que aquella situación nunca se hubiera producido, pero era imposible volver atrás.

Apenas llegó a su casa y guardó en el armario el vestido que se había comprado, llamaron a la puerta. Salió a abrir y su sorpresa fue grande al encontrar un hombre con un ramo de rosas en la mano.

—¿Mercedes Romero?

—Sí, soy yo.

Le tendió las flores, la hizo firmar y le entregó además un sobre alargado.

El corazón parecía salirse del pecho cuando entró de nuevo en la casa. Depositó el sobre en la encimera mientras buscaba un jarrón y, una vez acomodadas las rosas, se dispuso a leer lo que Isaac le hubiera escrito. Pero lo primero que vio no fue una carta, sino dos cartulinas alargadas que tomó con mano nerviosa. Eran dos entradas para un concierto en el Maestranza, en el que la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla interpretaría una serie de piezas de grandes

compositores, el día siguiente a las ocho de la tarde. Sintió que se le nublaba la vista. A Isaac no le gustaba la música clásica, era un viejo rockero en toda regla. Siempre que ella había asistido a un concierto lo había hecho en compañía de Susana y de su sobrina Miriam. La breve nota que acompañaba las entradas no dejaba duda de que esa vez pensaba acompañarla.

«Te recojo a las siete. Isaac».

Sin dudarle un segundo, le llamó.

—Hola. Acabo de recibir tus flores.

—¿Te han gustado?

—Por supuesto que me han gustado. Y las entradas.

—¿Y...?

—¿De verdad vas a acompañarme a un concierto?

—Es mi intención, salvo que prefieras ir con otra persona.

—No, no quiero ir con nadie más; pero a ti no te gusta la música clásica, te aburre.

—Si me duermo confío en no roncar demasiado alto y avergonzarte —bromeó.

—Isaac, en serio... no es necesario que hagas esto.

—Quiero hacerlo, deseo compartir contigo las cosas que te gustan. Y demostrarte lo mucho que me importas. Esto es solo una muestra muy pequeña de lo que estoy dispuesto a hacer por ti, por recuperar tu amor y tu confianza. No trato de presionarte, solo quiero pasar una velada agradable contigo. He reservado mesa en un restaurante que está al lado del teatro para cenar después. Como dijiste, una cita en toda regla.

—Estupendo. Gracias, pero no es necesario que me recojas, vives muy cerca. Bajaré yo y nos encontramos en la puerta del teatro.

—Nos vemos en la puerta entonces. Y no me des las gracias, solo disfrútalo.

Cuando cortó la llamada permaneció largo rato mirando la pantalla oscura del móvil. Tenía que reconocer que se estaba esforzando en hacerse perdonar.

A las siete y media, Merche se acercaba a la puerta del teatro. Caminaba despacio sobre los tacones que solo usaba en ocasiones especiales. La última

mirada al espejo le había mostrado una mujer guapa, elegante y segura de sí misma, aunque su estado de nervios le indicara lo contrario. Hacía mucho que no se sentía así, insegura y con el estómago lleno de mariposas.

Isaac ya estaba esperando, vestido con traje y corbata. Ya se le notaba más delgado, sin duda los abdominales de estrella habían funcionado.

Se saludaron con un beso en la mejilla, que les produjo una sensación cálida y reconfortante.

—Estás preciosa.

La mirada de admiración se lo confirmaba.

—Gracias; también tú estás muy elegante.

La condujo hacia la entrada con la mano apoyada levemente en la parte baja de la espalda. Se acomodaron en los asientos, con una vista envidiable del escenario, y comenzó el concierto.

Merche sentía la música envolverla y hacerla vibrar de emoción. De vez en cuando desviaba la vista hacia su marido, que se esforzaba en mantener su atención en los acordes y el escenario. Se dijo que alguna vez, si volvían a estar juntos, debería acompañarle al fútbol.

Tras el concierto, cruzaron la calle lateral hacia el restaurante Petit comité donde Isaac había reservado mesa. Se sentaron uno frente al otro dispuestos a degustar las especialidades del local.

—Gracias por el concierto, hacía mucho que no disfrutaba de música en directo. Espero que no te hayas aburrido demasiado —susurró Merche.

—No ha sido tan terrible.

Ella sonrió divertida.

—Claro que no, solo has bostezado media docena de veces.

—Estoy cansado, no duermo demasiado bien por las noches.

—¿Por mi culpa? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—No, por la mía. Te echo de menos en la cama, esa es la verdad.

También ella le extrañaba. Era friolera y solía buscar el cuerpo cálido de Isaac en las noches de invierno. La manta adicional que había añadido era una pobre sustituta.

Merche no quiso admitir en voz alta que le ocurría lo mismo, no quería

alentarle con esperanzas que quizás no se materializaran, aunque cada vez se ablandaba más.

—¿Cómo van los abdominales? —preguntó desviando el tema que se estaba volviendo demasiado íntimo.

—Una talla menos de pantalón —dijo satisfecho—. Y las verduras no están tan malas.

—Claro que no.

—Aunque mi comida favorita sigue siendo el jamón serrano.

Echaron un vistazo a la carta y pidieron una cena ligera y poco calórica. Y media botella de vino.

—Yo solo una copa —susurró Merche—. He traído el coche.

—Siempre puedes volver en taxi y recogerlo mañana. Esta es una noche especial, estamos de celebración.

—¿En serio? ¿Qué celebramos?

—Mi primer concierto.

Con una sonrisa, Merche alzó su copa y brindó:

—Por el primer concierto de Isaac.

—Por que no sea el último —añadió él

El ambiente, algo tenso en un principio, se fue volviendo distendido a medida que transcurría la cena y la botella se vaciaba. Merche disfrutó de la comida exquisita, de las miradas intensas de su marido y de la sensación de sentirse mujer y admirada de nuevo. De no saber qué le depararía la noche, intuía que ella tenía la decisión en sus manos, que una pequeña señal por su parte podía hacerles terminar en la cama. Pero no quería ceder aún. Pensaba disfrutar un poco más de ese cortejo al que era sometida.

Terminaron la comida con un postre compartido para no abusar de las calorías y después Isaac le propuso dar un pequeño paseo por la linde del río. A pesar del frío reinante, y de que la ropa elegante que llevaban no era la más apropiada para el mes de diciembre, Merche aceptó. El paseo Marqués del Contadero estaba desierto a aquellas horas de la noche. El río reflejaba las casas de la otra orilla, una calle mucho más concurrida plagada de bares de copas y locales de ocio. Metieron las manos enguantadas dentro de los bolsillos de las respectivas

chaquetas para entrar en calor, el vaho de la respiración lanzaba volutas delante de sus caras, pero ninguno hacía intención de poner fin a la caminata.

—¿Te acuerdas de las noches de verano en que nos sentábamos aquí a tomar el fresco? Era el único lugar en Sevilla donde se podía respirar, junto al río — recordó Merche con nostalgia.

—No lo hicimos muchas veces, preferíamos meternos en la cama, como decía aquella vecina vuestra que nos escuchaba, a retozar. Solo cuando Susana y Fran usaban el dormitorio salíamos a la calle.

—Sí.

—He sido un hombre muy poco romántico, ¿verdad?

—Tienes otras cualidades, Isaac.

—Nunca es tarde para aprender. Igual que no lo es para comer verdura.

Merche sonrió y le miró a los ojos por un momento.

—Nunca es tarde para nada, si lo quieres hacer.

Como si se tratase de una invitación, se detuvo y alargando la mano rodeó con ella el cuello de su mujer y la atrajo para besarla. Merche permaneció quieta, con las manos en los bolsillos, pero le devolvió el beso. Después continuaron caminando en silencio, él esperando una invitación y ella decidiendo si la hacía.

Regresaron al aparcamiento donde Merche había dejado el coche, ya lo bastante despejada de los efluvios del vino para conducir.

Luis vivía en el centro por lo que Isaac casi nunca usaba el coche desde que dejó la casa de Bormujos.

—¿Has venido andando? —preguntó ella.

—Sí.

—Sube, te llevo —invitó abriendo la portezuela.

—No hace falta, estoy a dos pasos.

—Es tarde y hace frío.

Él no lo tenía. El beso compartido le había calentado la sangre, pero aceptó, solo por permanecer junto a Merche unos pocos minutos más.

El trayecto fue muy corto, las calles estaban desiertas a pesar de ser sábado. La zona de ocio se había extendido a otras partes de la ciudad alejándose del centro.

En el coche a oscuras se despidieron. Merche se preguntó si la besaría de

nuevo. Isaac, si ella deseaba que lo hiciera. Tras unos minutos, ella rompió el silencio.

—Gracias por la cena.

—Gracias a ti por traerme hasta aquí.

—No ha supuesto ninguna molestia.

La mano de Isaac rozó por un momento la de Merche que sujetaba el volante. Los dedos dejaron un leve cosquilleo en el dorso.

—¿Volveremos a quedar? —preguntó temeroso de haber ido más lejos de lo que debía.

—Si quieres...

—Claro que quiero. ¿Cuándo?

—Faltan dos semanas para Navidad, mejor después. Ya sabes lo complicadas que son estas fechas.

—De acuerdo —aceptó con un suspiro—. Conduce con cuidado.

Descendió del coche y Merche arrancó en dirección a la autovía que la llevaría a su casa sintiendo sobre sus labios el sabor de los de Isaac. Parecía que hacía años que no se besaban, o por lo menos como lo habían hecho esa noche.

Por el camino se preguntó qué iba a hacer en navidades. No les había dicho a sus padres que habían dejado de convivir temporalmente, no lo entenderían. Para ellos el matrimonio era algo indisoluble y, una indiscreción por parte del hombre, algo que la mujer debía perdonar. Pero tampoco podía hacer como si todo fuera como siempre entre ellos. Había muchas aristas que limar todavía y no pensaba actuar de forma precipitada. Si lo hubiera hecho, él estaría con ella en el coche camino de Bormujos, porque aquella noche había conseguido conmoverla. Pero también quedaba un resto de decepción en su interior que debía eliminar del todo antes de dar un paso adelante. Faltaban quince días para las fiestas y por primera vez en su vida, no le apetecían. Ni siquiera porque Manuel le había confirmado que ese año las pasaría con ellos.

Capítulo 25

Navidad

Stefany llegó a Sevilla, al aeropuerto de San Pablo, a las doce de la mañana, tras un vuelo ajetreado y lleno de incidencias. Una tormenta en pleno océano había llenado de inquietud a más de un pasajero y las turbulencias agitaron el avión haciendo imposible el descanso durante la mayor parte del trayecto.

Pero cuando cruzó la puerta de salida y encontró en primera fila a Javier con su sobrino en brazos lo dio todo por bien empleado.

El niño le tendió los brazos y se colgó de su cuello ofreciéndole la cara.

—¡Titaaa!

—¿Cómo está mi niño? ¡Qué grande, cuánto has crecido!

Javi sonrió feliz, recibiendo la lluvia de besos que Stefany le dio. Tras abrazar también a su cuñado se dirigieron a los aparcamientos para recoger el coche.

Alice les esperaba en casa con la pequeña Marga, una niña rubia como su padre y de carácter tan apacible como el de su progenitor.

—Me alegro muchísimo de que hayas aceptado pasar las navidades con nosotros.

—Este año Scott tendrá que aguantar a «su prima», o buscarse otra compañía.

—¿Puedo preguntar el motivo de ese cambio?

Stefany miró la sonrisa maliciosa de su hermana.

—Mejor no.

Ambas se echaron a reír.

Después de un almuerzo temprano y una pequeña siesta, ambas mujeres

llevaron a los niños, a los que se unió María, la hija de Miriam, a dar una vuelta por el centro para admirar el alumbrado navideño. También se acercaron a dejar la carta de los Reyes Magos al Cartero Real, sentado delante de unos grandes almacenes. A Stefany le complació mucho el paseo y se ratificó una vez más en su deseo de ser madre algún día. Ese pensamiento le trajo a la mente a Manuel y su errática vida, pero lo desterró de inmediato. Iba a disfrutar de esas navidades con su familia y con el hombre del que se había enamorado, sin pensar en el futuro.

Tras una merienda que hizo evidente que los niños no cenarían aquella noche, regresaron. Miriam, embarazada de su segunda hija, recogió a María, casi dormida de puro agotamiento tras la tarde con sus primos, para llevarla a la cama.

Después de que también Javi y Marga se acostaran, ambas hermanas permanecieron en el salón. Javier se retiró con discreción para permitirles ponerse al día después de varios meses sin verse. Intuía que tenían muchas cosas que contarse, después de la experiencia de Stefany en México.

—Bueno, empieza a hablar —dijo Alice resuelta.

—¿De qué?

—Del motivo por el que pasas las navidades con nosotros y dejas solo a Scott. ¿Manuel?

—Sí —admitió con una sonrisa culpable—. Me pidió que viniera y no pude negarme. Él tendrá unos días libres también. Y antes de que me digas que estoy loca, que esto no tiene futuro, ya lo sé. Me lo repito de continuo, pero no puedo evitarlo. Me he enamorado y, mientras dure, lo disfrutaré.

—En ese caso... yo no soy nadie para advertirte; me enamoré de un hombre que quería a otra y lo sabía. No se puede mandar en el corazón, solo esperar que no sufra demasiado.

—Yo sufriré, lo tengo asumido, porque Manuel no es hombre de una sola mujer, ni de sentar cabeza y formar una familia. Yo quiero lo que tienes tú y eso no será con él. Scott no deja de repetirme que estoy cometiendo un error, que me mantenga alejada, que me hará daño, pero cuando me mira a los ojos y me sonrío, no soy capaz de decirle que no a nada. Me derrito por dentro y si me pide

que venga a España por Navidad yo vengo, aunque me toque pasarlo mal después.

—Tú me arropaste cuando yo me separé de Javier, haré lo mismo contigo si llega el momento.

—Gracias. ¿Y Javier y tú? Se os ve bien.

—Genial. —El rostro de Alice se iluminó—. Somos muy felices, esta familia que hemos formado es maravillosa. Tenerle a él, a los niños... a todos los Figueroa es algo que nunca pude soñar. Me quieren como a uno más.

—Me gusta saber eso, aunque ya he podido comprobarlo las otras veces que he venido. Si debo estar lejos, al menos que tengas quien vele por ti.

—A mí también me gusta saber que Scott está contigo y te cuida. ¿Cómo le va?

—La empresa muy bien. Aparte de nuestros encargos, tiene muchos otros; no le falta el trabajo. En el amor ya es otra cosa, las chicas entran y salen continuamente de su vida, pero ninguna se queda.

—A lo mejor es que pone el listón demasiado alto.

—¿Qué listón?

—Tú.

—Alice, ya sabes que entre Scott y yo solo hay una buena amistad, que lo intentamos en su momento y no funcionó.

—Pero a pesar de eso, eres un referente en su vida. Para él eres la chica perfecta y busca algo parecido en las demás.

Stefany frunció el ceño.

—¿Tú crees?

—Podría ser.

—Espero que no, porque es mucha responsabilidad. Y no soy para nada perfecta.

—Eres un encanto, Stefany.

—Opinión de hermana, y eso no cuenta.

—Pues como hermana mayor solo por un par de meses, te voy a mandar a la cama que se te ve agotada.

Stefany sonrió. Alice y ella se habían conocido de adultas, hermanas solo de

padre crecieron sin saber una de la otra hasta hacía unos pocos años, pero en ese tiempo habían creado un vínculo fuerte.

—Un poquito cansada sí que estoy. Y mañana quiero estar en forma para jugar con mis sobrinos.

—En ese caso, buenas noches.

—Hasta mañana, Alice.

Manuel consiguió una semana de vacaciones en Navidad, desde el veintitrés al treinta. No todos los años era así, en ocasiones las fiestas le pillaban lejos de casa y era imposible pasarlas con los suyos.

Aquel año se había ganado las navidades en familia porque ya le habían anunciado que a mediados de enero su unidad partiría para una misión muy larga, aunque no fuera de las más peligrosas que había realizado. Tendría que estar lejos un año al menos, si no más. Aún no lo había comentado con nadie, ni siquiera su hermano lo sabía, porque no quería estropear las fiestas más de lo que la separación de sus padres iba a hacerlo. Sin duda serían unas navidades muy raras para él, y muy diferentes.

Llegó a Sevilla a primera hora de la mañana del veintitrés de diciembre. Nadie le esperaba en el aeropuerto, sus padres estaban trabajando y también Isaac. En lugar de coger el autobús a Bormujos, decidió esperar a que su madre saliera de la tienda para irse con ella. Mientras, pasaría por casa de su primo Javier, para averiguar si Stefany ya estaba allí. No la había llamado para preguntarle día ni hora de llegada, simplemente se habían despedido hasta Navidad sin entrar en detalles. Tampoco se le ocurrió llamar por teléfono, solo se presentó en la puerta cargado con su mochila viajera y la impaciencia pintada en el rostro.

Alice acudió a abrir, y no pareció demasiado sorprendida al verle, a pesar de que pocas veces habían recibido la visita del primo de Javier.

—Hola, Alice.

Esta le dedicó una sonrisa, después de saludarlo con un beso.

—Pasa. Stefany está dentro, jugando con los niños.

Manuel la siguió al interior de la vivienda. La imagen que encontró en el salón

le impactó profundamente. Estaba sentada en el sofá con Marga en brazos mientras Javi llamaba la atención de su hermana con un muñeco de goma. Esta lanzaba exclamaciones guturales y Stefany imitaba la voz del muñeco.

—¡Hola! ¿Quién es esta niña tan guapa?

—Es mi hermana. Se llama Marga —decía Javi.

Verla con los niños le llenó el corazón de una emoción extraña. Sería una madre estupenda, divertida y cariñosa, pero ser consciente de eso le hizo sentir pánico, como si un precipicio se hubiera abierto a sus pies

Al detectar la presencia del recién llegado, Stefany alzó la mirada. La cara se le iluminó al verle y eso fue suficiente para que todos sus celos desaparecieran de golpe.

—Manuel...

Él se acercó con paso rápido y la besó en el pelo. Después saludó a los niños.

—No te esperaba todavía.

—He llegado temprano y mi madre sale del trabajo a mediodía. ¿No os importa si la espero aquí?

—Claro que no.

—Si tenéis otros planes...

—Yo debo terminar unos bocetos antes de irnos mañana al pueblo, por eso Stefany está entreteniéndolo a los críos —aclaró Alice.

—No es por eso, sino porque me encanta estar con ellos. Me quedaré hasta el día de Reyes, a pesar de que en Richmond celebramos Santa Claus el veinticuatro. ¿Tú estarás hasta entonces?

Manuel negó mientras se sentaba al lado de la chica.

—No, yo debo irme el día treinta. Ni siquiera celebraré el fin de año con vosotros.

—Vaya. No tienes mucho tiempo.

—No.

—Es una lástima —se lamentó Alice—. Hugo piensa cerrar el bar y celebrar una fiesta privada.

—Sí, lo hace desde que está con Inés, es su forma de celebrar la Nochevieja. Me hubiera encantado asistir este año —miró a Stefany con pesar—, pero no

podrá ser.

Le hubiera gustado celebrar con ella el año nuevo, besarla al dar las campanadas y amanecer enredado entre sus brazos. La idea de que habría de pasar mucho tiempo hasta que la viera de nuevo, si es que sucedía, le empañó la alegría de tenerla a su lado en aquel momento.

Mientras la observaba, el móvil le vibró en el bolsillo. Sonrió al ver que la llamada era de Merche.

—¡Hola, mamá!

—Hola, cariño. ¿Ya has llegado?

—Sí, hace un rato. Perdona, he olvidado ponerte un mensaje para decírtelo.

Su impaciencia por saber de Stefany le había impedido pensar en nada más y había descuidado la costumbre arraigada de avisar al bajar del avión.

—¿Estás en casa?

—No, no me apetece quedarme allí solo hasta que llegues. He pensado esperar a que salgas e irme contigo.

—Claro. ¿Dónde estás, que te recojo en un par de horas?

—En casa de Javier.

—¿En casa de Javier? —preguntó extrañada. No era el primo con el que tenía más trato. De haberlo imaginado con alguno de ellos habría sido en el bar de Inés y Hugo.

—Sí; he venido a ver a los niños.

—Ah... bien, estoy allí en un rato.

—De acuerdo.

No había salido de la habitación y al cortar la llamada encontró la mirada burlona de las dos mujeres fijadas en él.

—No me miréis así, no le he hablado a mi madre de Stefany. Y tus hijos son mis sobrinos, no es tan extraño que venga a verlos.

—Por supuesto que no. Ahora, me voy a trabajar o no terminaré. Disfruta de tus sobrinos —rió Alice maliciosa saliendo de la habitación.

—No te has enfadado, ¿verdad? —indagó en los ojos de Stefany.

—Claro que no. Ya quedamos en que no me ibas a presentar como tu chica ni nada parecido. Entre otras cosas porque no lo soy.

Él desvió la mirada. No sabía lo que era, solo que la deseaba y la necesitaba como a ninguna mujer antes.

Alargó la mano y le acarició la mejilla.

—No estoy preparado para eso.

—¿Para tener una chica o para hablar de ella?

—Para ninguna de las dos cosas.

—No te agobies, no pretendo ser nada; solo disfrutar del momento y de estas navidades.

—Eres estupenda. Imagino que nos veremos algún rato a solas... lejos de las comidas familiares.

La mano se deslizó despacio por la espalda, provocativa.

—Eso será difícil, porque según me ha contado Alice tenemos muchos planes en familia. Además, te alojas en casa de tus padres, y ellos no saben nada de mí.

—Mi madre está acostumbrada a que no duerma en casa, ventajas de ser un picaflor. Javier y Alice sí saben lo nuestro y seguro que no se oponen a que pase aquí alguna noche.

—Seguro que no.

Pasaron un par de horas agradables jugando con los niños, hasta que Merche le envió un *whatsapp* para que bajase. Se despidió con un beso de todos y, tras preguntarle a Alice si le importaba que durmiese allí y obtener la debida invitación, se marchó.

Encontró a su madre menos triste que la última vez que estuvo en Sevilla, y también más delgada y atractiva. Mientras se dirigían en coche hacia su casa, Merche le comentó:

—He pensado invitar a tu padre a pasar la Nochebuena en el pueblo, como siempre.

—¿Significa eso que las cosas están mejor entre vosotros? ¿Que os vais a reconciliar?

—No lo sé. Sin duda están mejor, hemos salido juntos un par de veces desde que te marchaste, aunque de eso a una reconciliación definitiva todavía hay

bastante... Pero los abuelos no saben nada de nuestros problemas y no quiero darles un disgusto en una noche tan especial.

Manuel observó a su madre con detenimiento y dijo convencido:

—Mamá, no te tienes que justificar conmigo por invitarle. Me ha costado un poco al principio no involucrarme, pero he comprendido que esto es asunto vuestro, y cómo lo queráis llevar, yo lo veré bien. Si papá viene, estupendo, y si no, ya quedaré con él en otro momento.

—Le llamaré esta tarde y espero que acepte. La Nochebuena sin él no sería lo mismo.

—No lo sería.

Habían llegado a la casa que lo vio crecer. Siempre que entraba en ella sentía el calor del hogar, de la niñez y del amor de sus padres. Esperaba de verdad que estos pudieran limar sus diferencias.

—¿Qué quieres que te prepare para cenar? —preguntó Merche mientras ponía la mesa para el almuerzo.

—Lo que quieras, pero luego saldré y no creo que venga a dormir —advirtió.

—Bien. Pero no olvides que salimos mañana temprano para Ayamonte, hay que acondicionar la casa y muchas cosas que preparar para la cena. Los abuelos ya no pueden con ese trabajo.

—Estaré a tiempo, no te preocupes.

Se sentaron juntos a disfrutar de una comida animada y deliciosa, aunque Manuel no podía disimular la impaciencia por volver junto a Stefany. Saber que se encontraban a pocos kilómetros y no estar con ella se le antojaba difícil, la había echado de menos. No obstante, le debía aquel almuerzo a su madre.

Después de que Manuel se marchara y una vez a solas, Merche se decidió a llamar a Isaac para invitarle a pasar las navidades con ellos en Ayamonte, como había hecho durante la mayor parte de su vida.

Sus padres adoraban a sus yernos y eran tan mayores que no quería darles un disgusto hasta estar segura de que la crisis no tenía solución. Y en aquel momento pensaba que sí podría tenerla.

Su hijo Isaac le había comentado que su padre pensaba pasar la Nochebuena con su hermana y que ya inventaría una excusa convincente para sus suegros, pero a ella se le antojaba impensable la idea de pasarla sin él. Y menos aquel año que Manuel les acompañaría, después de un par de navidades ausente.

Hacía varios días que no la había llamado, y sabía que era para no presionarla en las fechas que se avecinaban.

—Hola, Isaac —saludó cuando él respondió a la llamada.

—Hola. Me alegra escucharte, siempre soy yo el que telefonea.

—Esta vez me corresponde a mí hacerlo. Quería hablarte de la Nochebuena.

Se hizo un denso silencio en la línea y Merche sabía que él estaba conteniendo la respiración en espera del veredicto.

—Isaac me ha dicho que piensas cenar con tu hermana y su familia. Quería decirte que... no es necesario, que puedes pasarla con nosotros, como todos los años... si quieres.

—¡Claro que quiero! —Su entusiasmo rebasó el pequeño aparato y resonó en el oído de Merche, que no pudo evitar una sonrisa al escucharle.

—Eso no significa que te esté invitando a mi cama ni a que vuelvas a casa —aclaró—, pero no quiero que pases las fiestas lejos de la familia, y menos este año que Manuel está con nosotros. Además, mis padres no saben nada de nuestra crisis y prefiero que sigan en la ignorancia hasta decidir qué hacemos.

—No te preocupes, me comportaré. De todas formas, en los últimos años no hemos hecho gala de muchos arrumacos en público, ¿verdad? Nadie notará si estamos un poco fríos.

—No, nadie lo notará. Bastará con tu presencia para que piensen que todo está como siempre.

—Cuando llegue la hora de irnos a dormir, saldré con discreción y me acostaré en el salón con los chicos.

—Yo había pensado cederles la habitación a Miriam y a Pablo, con su embarazo no es muy aconsejable que ella duerma en el suelo. Así no resultará extraño.

—Como prefieras. Y gracias, Merche, me hubiera resultado muy duro no estar con vosotros en estas fiestas.

—A mí también.

—¿Vamos en mi coche, como siempre? ¿Os recojo mañana a mediodía?

—De acuerdo. Hasta mañana.

Capítulo 26

Nochebuena

Manuel llegó a Bormujos a media mañana del día de Nochebuena. Había pasado la noche fuera, algo que no era raro ni inusual, pero Merche intuía algo diferente en su hijo en aquella ocasión. Un nerviosismo y una impaciencia nuevos antes de ir a reunirse con quien hubiera quedado; una chica, sin duda, por cómo se había vestido. El hombre de vaqueros y camiseta había salido de casa con una camisa, perfectamente planchada. Y la sonrisa felina y satisfecha que lucía al regresar, le hizo pensar que no era una mujer cualquiera.

Tras cambiarse, la ayudó a preparar lo necesario para la cena familiar de esa noche. Desde hacía años todos llevaban preparados algunos platos, para descargar a los abuelos de la ardua tarea de dar de comer a tan numerosa familia. Su hermana Susana y su marido Fran, sus cuatro hijos todos casados y con niños pequeños, así como los suyos y la pareja de Isaac, se reunirían aquella noche para cenar. En esa ocasión estaría también la hermana de Alice, recién llegada de Estados Unidos, para disfrutar de una Navidad en familia.

Mientras preparaban los *tuppers* para trasladarlos hasta Ayamonte, Merche no dejaba de observar a su hijo. Estaba pletórico y, aunque Manuel disfrutaba mucho con estas reuniones familiares, le parecía más contento de lo habitual.

—Ayer me lo pasé muy bien con los hijos de Javier; son un encanto —comentó mientras llenaba un tarro con aceitunas.

—¿En serio? ¿No te dan alergia, como el resto de los críos? —rió su madre.

—No me dan alergia los críos, al menos los de los demás. Son muy graciosos y

Javi está muy bien educado.

—Sí, eso es verdad. Sus padres han hecho un gran trabajo con él.

—Estoy pensando —dijo cambiando de tema con cierta brusquedad—, que las dos sillitas para los niños dejarán un espacio muy reducido en el coche y la hermana de Alice irá muy incómoda. Nosotros tenemos sitio en el nuestro, quizás podríamos ofrecernos a llevarla.

Merche alzó la mirada hasta clavarla en Manuel, que se afanaba en llenar la bolsa térmica con aparente tranquilidad. Solo aparente, de eso estaba segura. Alzó una ceja divertida.

—Claro, llama a Javier y coméntaselo.

—Mejor hazlo tú, mientras termino de ordenar esto. Ya sabes que yo lleno las bolsas de forma que cabe el doble que cuando las haces tú.

—De acuerdo.

Cogió el teléfono y llamó a su sobrino.

—Hola, Javier.

—Hola, tita. ¿Todo bien? No hay problemas para esta noche ¿verdad?

—No, ninguno.

—Manuel nos ha dicho que el tío Isaac viene también.

Merche tomó nota mental de que su hijo y su sobrino habían hablado después de que ella le comentara su decisión, el día anterior.

—Sí, pasará a recogerlos en un rato. Te llamo para ofrecerle a tu cuñada un asiento en nuestro coche. Manuel ha apuntado, con mucho acierto, que estará muy estrecha entre las sillitas de los niños y tenemos sitio de sobra.

¿Fue su imaginación o su sobrino aguantó una risita al otro lado del teléfono?

—Estoy seguro de que Stefany estará encantada de aceptar la invitación. De todas formas, le pregunto.

Durante unos segundos el teléfono enmudeció y al regresar, la voz de Javier era aún más jovial que minutos antes.

—Le parece una idea estupenda.

—Pues pasaremos a recogerla en un rato. Espero que la pobre no se asuste con toda la familia reunida a la vez.

—No lo creo, Stefany no se acobarda fácilmente. Y es muy sociable. No tengo

ninguna duda de que disfrutará mucho estos días.

—Bien, pues os aviso cuando salgamos.

Cortó la llamada y miró con atención a su hijo mientras decía:

—Solucionado. La chica vendrá con nosotros.

La sonrisa satisfecha que Manuel trató de esconder no le pasó desapercibida a su madre y se propuso observarle con más atención durante esos días. Una campana de alarma que solo las madres tienen, saltó en su cabeza.

Isaac llegó puntual y, después de darle de nuevo las gracias a su mujer por permitirle asistir a la reunión, entraron en el coche. Contra lo que Merche esperaba, su hijo se acomodó en el asiento trasero, cediéndole el del copiloto. No le importó, pero sí le resultó un poco extraño. Por un instante pensó que trataba de hacer de celestino con ellos dos, pero todo le quedó claro cuando vio su expresión radiante al mirar a la cuñada de Javier acercarse al coche. De repente las cosas empezaban a encajar. Esperaba que su hijo mantuviera la bragueta cerrada, no quería problemas con su sobrino si seguía su pauta habitual con las mujeres, que era salir con ellas durante un permiso y olvidarlas al marcharse.

Manuel abrió la portezuela desde dentro y la chica subió al vehículo.

—Hola —saludó.

Puesto que ya se conocieron en la boda de Javier, no hizo falta más presentación.

—Hola, Stefany —respondió Merche—. Espero que disfrutes mucho de nuestra celebración navideña.

—Estoy segura de que sí.

La larga pierna de Manuel se desplazó de lado para rozar la rodilla de su compañera de viaje, algo innecesario porque había espacio más que suficiente en el coche. Esperaba que su perspicaz madre estuviera lo bastante distraída con su padre al lado para darse cuenta. Quiso también alargar la mano y tomar la de Stefany, pero solo se permitió un ligero roce sobre los dedos antes de retirarla. De pronto, arrugó el ceño. ¿De verdad intentaba hacer manitas en el asiento trasero de un coche, a escondidas de sus padres? ¿A sus treinta años y siendo

todo un chico duro? Se dijo que, al diablo con todo, que pocos días después se despedirían durante mucho tiempo, y alargando la mano tomó la de la chica y la retuvo en la suya, sin importarle que lo vieran. Stefany le miró con extrañeza, pero él le dedicó un guiño y la sonrisa ladeada que la volvía loca, y apretó más fuerte, impidiendo que la retirase, cosa que ella no tenía ninguna intención de hacer.

Durante todo el camino mantuvieron una conversación fluida e intrascendente, ninguna de las personas que ocupaba el coche se permitió la más mínima alusión a su situación personal.

Llegaron a Ayamonte a mediodía, y ya se encontraban allí Susana y Fran, así como Sergio y Marta con su pequeña. También Miriam, Pablo y su hija. El resto llegaría a lo largo de la tarde. Aunque los había conocido de forma superficial en la boda de Alice y Javier, Stefany se sintió bien acogida e integrada en esa numerosa familia que ahora era la de su hermana. A nadie le pareció extraño que hubiera llegado con Merche, Isaac y Manuel. Solo Hugo, el hombre moreno que llegó a última hora con su mujer y su niño, tuvo para ella una mirada divertida, y palmeó el hombro de su primo, como si adivinara.

—Bienvenido, Manuel —dijo socarrón, y Stefany tuvo la impresión de que no se refería a la presencia física del militar en la reunión navideña.

La casa se llenó de risas, de carreras de niños y voces infantiles, de pañales y biberones. Los abuelos de Manuel, ya muy mayores, disfrutaban con una sonrisa del alboroto que se producía en su casa una vez al año. Aunque todos solían visitarles con frecuencia, solo en navidades se reunían al completo.

Stefany se sumó al grupo de mujeres en la cocina, a las que se unieron Hugo y Fran, ambos cortando respectivamente jamón y chacinas, mientras el resto de los hombres preparaba el salón para adecuarlo a la cena que se avecinaba. Inés y Miriam vigilaban a los niños. Los Figueroa y los Arroyo formaban un grupo perfectamente organizado en el que cada cual sabía su tarea y la realizaba. Nadie permanecía ocioso.

De vez en cuando Manuel entraba en la cocina llevando bebidas para los que trabajaban en ella y, en cada una de las ocasiones, lanzaba miradas furtivas e incendiarias hacia Stefany, que no pasaron desapercibidas para nadie, aunque él

pensara que sí.

Isaac trató de mantenerse en el salón, y apartado de Merche, aunque nada deseaba más que estar junto a ella. Durante las últimas semanas había temido pasar la Nochebuena lejos de los suyos, pero la llamada de su mujer el día anterior le había llenado de alegría y felicidad. Era un indicio más de que las cosas acabarían por arreglarse. Aunque todos, excepto los abuelos, sabían de su separación provisional, nadie preguntó por la situación ni se extrañó de su presencia en la casa.

Un ambiente festivo y alegre llenaba la vivienda, que cada vez se quedaba más pequeña para acoger a la numerosa familia.

Los niños cenaron temprano y, una vez acostados y compartiendo las dos grandes camas de la habitación infantil, donde sus padres habían dormido de pequeños, se sentaron los mayores, dispuestos a disfrutar de una opípara comida.

Merche tenía a Isaac a su lado, muy cerca, en la gran mesa que presidía el salón. Cada vez eran más y tenían que apretarse para caber todos.

Manuel no tuvo tanta suerte, no consiguió la silla contigua a la de Stefany sin ponerse en evidencia, pero sí una frente a ella, desde donde podía contemplarla a placer. A medida que corría el vino, su cautela iba disminuyendo y sus miradas se volvían más atrevidas e insinuantes. Cuando llegó el segundo plato nadie tenía dudas de que entre ellos había algún tipo de interés. Solo Alice, Javier e Isaac sabían de la aventura que mantuvieron en México y que se había reanudado esas navidades.

Tras la cena, los abuelos se retiraron a su habitación y los demás prepararon el salón para pasar la noche.

Sacaron la gran mesa y las sillas, dejando un amplio espacio delante de la chimenea y, tras echar colchones al suelo, se sentaron en ellos y en el sofá para tomar una copa antes de dormir.

Stefany les observaba con sorpresa.

—Dormimos aquí, en colchones —le aclaró Alice—. Los dormitorios los dejamos para la primera, segunda y cuarta generación, y el resto nos acomodamos delante del fuego.

—Este año, parte de la segunda generación le cede su habitación a Miriam. Las

embarazadas tienen preferencia —ofreció Merche a su sobrina, con una sonrisa.

—¡De ninguna manera! —rechazó esta con énfasis—. Solo estoy de veinte semanas, apenas tengo tripa y tendría que estar como un tonel para perderme una Nochebuena en el salón. Por si Hugo vuelve a montar el numerito.

Inés, la mujer de su hermano, enrojeció hasta la raíz del cabello de forma violenta. Hacía unos años hicieron el amor a hurtadillas bajo las mantas, pero todos se percataron de ello y no dejaban de burlarse desde entonces.

—¡Fue solo una vez! —exclamó compungida—. ¿Nunca vais a olvidarlo?

—¡Nooooo! —corearon todos entre risas.

—Hasta que otro nos brinde también una historia jugosa... —insinuó Hugo mirando a Manuel.

Este no se dio por aludido y continuó bebiendo su copa a pequeños sorbos. Ganas no le faltaban de tenderse junto a Stefany y buscarla bajo las mantas cuando todos se durmieran, y aunque no llegaran hasta el final, al menos besarla y acariciarla. Llevaba todo el día deseando hacerlo, la noche en casa de Javier se le había hecho terriblemente corta y el fantasma de la próxima separación estaba demasiado presente.

Merche se había sentado en el sofá, con Susana y Fran, mientras Isaac se mantenía alejado, en uno de los butacones de los abuelos. Cuando Miriam rechazó la habitación, sus miradas se cruzaron y la de su marido le dijo que estuviera tranquila, que dormiría en el salón con las parejas más jóvenes. Y de pronto esa idea se le antojó insoportable. Deseaba tenerlo con ella esa noche, a su lado, y poner fin a la agonía que llevaba soportando varios meses. A través de la habitación sus miradas se encontraron, y el resto de las conversaciones a su alrededor se diluyeron. Pudo ver el anhelo en los ojos de Isaac, su muda súplica de perdón, su amor por ella, y tomó una decisión.

Las bromas y las risas continuaron hasta bien avanzada la madrugada, pero al fin decidieron irse a dormir.

Recolocaron los colchones y buscaron mantas para echar sobre ellos. Cuando Merche vio a Isaac entrar con una en la mano, se le acercó y le dijo:

—No es necesario que duermas con los chicos, puedes compartir la habitación conmigo... si quieres.

Él tragó saliva con dificultad, y la miró a los ojos. Merche le acarició la mano que aferraba la tela con el dorso de los dedos y sonrió. Vio cómo los de su marido se empañaban con un velo de emoción y asentía.

—Claro que quiero...es lo que más deseo en el mundo —susurró con voz enronquecida. Entró en el salón, soltó la manta sobre el sofá y volvió a salir con premura. Juntos enfilaron el pasillo hacia la habitación, y apenas la puerta se cerró a sus espaldas, le tomó la cara entre las manos y la besó. Ninguno pudo ya contener la emoción y el sabor salado de las lágrimas de ambos se fundió con el beso. Luego se abrazaron permaneciendo así un buen rato. Cuando se separaron, Merche le agarró de la mano y en silencio tiró de él hacia la cama. No hacían falta palabras, los dos sabían lo que deseaban, lo que necesitaban.

Solo hacía unos meses que no se habían acostado juntos, pero se les antojó como si hiciera muchos años de la última vez. Como si hubiera pasado toda una vida. Las manos redescubrieron formas y texturas, las bocas se saborearon y los cuerpos se reconocieron.

El deseo y la pasión se desbordaron en una danza antigua y nueva a la vez.

Después, con la cabeza apoyada en el hombro de su marido, Merche aspiró algo que no había cambiado y era al olor que desprendían los dos cuerpos juntos. Recorrió con la yema de los dedos los abdominales que empezaban a aflorar donde antes había una ligera capa de grasa.

—¿Comprobando los efectos de los abdominales de estrella? —preguntó él.

Merche lanzó una breve carcajada.

—Perdona —se disculpó Isaac colocando una mano sobre la de ella—. Eso no ha sonado demasiado romántico para un momento como este. Me esforzaré en cambiar, te lo prometo.

—No quiero que cambies, me enamoré del hombre poco romántico que eres. No necesito palabras bonitas, ni paseos a la luz de la luna, solo poder confiar en ti.

—Puedes hacerlo, Merche, te lo juro. No volveré a perderte por una tontería, ni por ninguna otra cosa. Te quiero, eres la mujer de mi vida... y voy a dedicar lo que me queda de ella a hacerte feliz. Por supuesto que habrá palabras bonitas y paseos a la luz de la luna, disfruté mucho con el que dimos por la orilla del río

después del concierto.

—¡Qué frío hacía!

—No me di cuenta, yo estaba ardiendo de verte con aquel vestido —recordó con una sonrisa—. Estabas preciosa.

—También tú estabas sensacional.

Isaac se giró hacia ella y depositó un ligero beso en los labios.

—Gracias por esta nueva oportunidad...

—La oportunidad es para ambos, y los dos debemos esforzarnos en mejorar lo que tenemos. En cuanto a la confianza, me llevará un tiempo. Tendrás que entenderme si a veces dudo o te hago preguntas que antes no hacía.

—Ningún problema con eso. Volveremos a construir nuestra relación y sentirás de nuevo esa confianza que ahora se tambalea.

— Yo también prometo poner de mi parte.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, con los cuerpos entrelazados y laxos por la pasión compartida un rato antes. Después Isaac comentó:

—Creo que ya sé qué te voy a regalar por Reyes.

Merche le miró dubitativa, con una ceja alzada.

—Una escapada romántica, donde tú quieras. Un segundo viaje de novios.

—¡Me encanta la idea!

—Y a mí me encanta ver esa sonrisa en tu boca. Pero ahora voy a borrártela a besos. Ya no tengo veinte años y no sé si llegaré a un segundo asalto, pero besarte... eso sí que podré hacerlo toda la noche.

Se inclinó sobre ella y se enredaron de nuevo en un torbellino de besos y caricias.

En el salón se habían repartido en colchones por parejas. A Stefany le ofrecieron uno en una esquina y Manuel se acomodó varios metros más allá. Antes de acomodarse para dormir se le acercó con disimulo y le susurró bajito:

—Cuando todos se duerman escápate al baño. Yo me reuniré contigo.

Por una parte, Stefany sintió reparo de que los demás se percataran de lo que iban a hacer. Por otra, las entrañas empezaron a arderle de anticipación.

Se acostaron y las risas y bromas se fueron apagando poco a poco para dar paso a susurros y respiraciones acompasadas. Cuando la habitación quedó en silencio, Stefany se levantó con sigilo y se dirigió hacia el cuarto de baño con pasos cautelosos. Allí aguardó con el corazón latiéndole a mil por hora.

Manuel llamó con los nudillos unos minutos después, que se le hicieron eternos.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó la chica mientras él cerraba por dentro.

—No sé si lo es, pero no puedo aguantar tenerte a pocos metros y no darte ni un beso.

Se acercó con paso felino hasta abrazarla y buscó su boca impaciente. Stefany saboreó en sus labios el licor que había tomado minutos antes, y también el deseo que había leído en sus ojos durante toda la noche. Las manos se colaron bajo la ropa cómoda que se habían puesto para dormir, acariciando la piel desnuda. Manuel se sentó en el borde de la bañera, alzó la sudadera de la chica dejando al descubierto los pechos y aplicó la boca en ellos. Sabía que era la mejor forma de excitarla, consciente del poco tiempo de que disponían. En principio, cuando le propuso reunirse con él no había tenido intención más que de besarla, pero apenas había probado su boca supo que no se contentaría con eso.

Stefany se mordió los labios para ahogar cualquier sonido mientras apretaba la cabeza morena contra sus senos para que no interrumpiera la caricia. Después, y conscientes de que en cualquier momento se podía presentar alguien en el cuarto de baño, pues era el único que había, se desprendieron con rapidez de los pantalones y los brazos fuertes del hombre rodearon las nalgas de Stefany y la alzaron contra la pared para penetrarla con ímpetu.

Fue un polvo salvaje, rápido e intenso en el que las bocas capturaban los sonidos de placer y los cuerpos vibraban al compás de las embestidas. Fuerte y hondo, una y otra vez, hasta que los dos estallaron y les faltó el aliento. Las piernas de Manuel, acostumbradas a grandes esfuerzos, en esta ocasión temblaban con violencia por la intensidad de las sensaciones.

Agitados y convulsos se apoyaron contra la pared de azulejos al terminar, las

frentes una contra otra.

—¡Me vuelves loco! —susurró—. Te tengo cerca y solo puedo pensar en besarte y en hacerte el amor.

—A mí me pasa lo mismo contigo. Pero ¿estás seguro de que esto ha sido buena idea?

—Probablemente no; si se han dado cuenta de lo que acabamos de hacer me estarán tomando el pelo el resto de mi vida. Como a Hugo.

—¿Y te importa?

—Tú eres lo único que me importa en este momento.

Stefany asintió.

—De todas formas, será mejor que volvamos. Entra tú primero, y yo me tomaré un tiempo antes de regresar. Necesito recomponerme un poco, me has dejado hecho polvo, preciosa —añadió con un guiño.

La radiante sonrisa de Stefany le hizo desear besarla de nuevo. No pudo ni quiso contenerse, y se inclinó una vez más sobre su boca. Después, y a desgana, la dejó ir.

Se miró al espejo y se lavó la cara para borrar las huellas de lo ocurrido, pero no lo consiguió. Los ojos le brillaban demasiado.

Cuando salió, la disposición de los colchones había cambiado. En el que había ocupado Manuel antes de salir estaban tendidos Marta y Sergio, que habían dejado libre el que se encontraba junto a Stefany. ¡Cómo pudo pensar que no se darían cuenta! Sin decir palabra se tendió en él. La chica le miró en la penumbra, con la luz del fuego reflejada en sus enormes ojos, y él se encogió levemente de hombros, mientras escuchaban risitas contenidas por toda la estancia.

—Lo saben... —susurró ella contra su oído.

—Eso me temo.

—¿Te molesta?

—Ni lo más mínimo. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—En ese caso, ven aquí. —Alargó los brazos para acercarla a su cuerpo, la rodeó con ellos y la besó de nuevo.

El día de Navidad amaneció despejado y frío. Nadie hizo el menor comentario sobre el abrazo compartido en que despertaron Manuel y Stefany, ambos en el mismo colchón. Tampoco cuando vieron a Isaac y a Merche salir juntos de la habitación con expresión radiante, pero todos se alegraron de que hubieran solucionado sus problemas, o al menos estuvieran camino de ello.

Al desayuno ruidoso y divertido en el que Javi y María se deleitaron «invitándose» uno al otro a churros mojados en chocolate, con el consiguiente desastre para caras y ropa, siguió un paseo con los niños por el pueblo.

En un momento en que Stefany empujaba el cochecito de su sobrina Marga, unos pasos por delante del resto, Hugo se acercó a su primo y le palmeó la espalda.

—De modo que tienes problemas de próstata que te obligan a visitar el baño de madrugada, ¿eh? Quizá deberías ir al médico.

—Quizá...

—Te vas a librar porque la chica es la hermana de Alice y además me cae bien. Y porque disfruto como un enano viéndote babear por una mujer que, dicho sea de paso, me parece un encanto.

—¿Babear yo?

—Tú, macho, tú. Te pasaste la cena mirándola embobado, hasta el abuelo me ha comentado esta mañana lo guapa que es «la novia de Manuel». Y que espera que te ate en corto.

—¡Buf! —exclamó, pero se sintió incapaz de rebatirlo.

Lanzando una risotada, Hugo se adelantó para coger a su hijo que no dejaba de forcejear en los brazos de Inés, incapaz de quedarse quieto.

Tras el paseo, regresaron para el almuerzo de Navidad, en el que terminaron la comida que no habían podido consumir la noche anterior.

A media tarde regresaron a Sevilla. De nuevo Stefany ocupó con Manuel el asiento trasero del coche de Isaac, pero en esta ocasión él bajó con ella del mismo y se dirigió a casa de Javier sin ningún disimulo, con un simple «nos vemos luego» dirigido a sus padres.

A estos no les importó que se marchara, a pesar de que Merche seguía reticente a la relación que su hijo pudiera mantener con la chica, debido a sus antecedentes con las mujeres. En esa ocasión Isaac y ella tenían asuntos que dilucidar a solas.

En cuanto Manuel descendió del vehículo y su marido arrancó en dirección a Bormujos, abordó el tema que le preocupaba.

—¿Volverás a casa?

—Me encantaría, pero eres tú quien debe decidirlo. ¿Quieres que lo haga?

—Sí —confesó rotunda.

La sonrisa del hombre se hizo más amplia, más luminosa.

—En ese caso, dame una hora para recoger mis cosas de casa de Luis, y volveré a inundar tu orden con mi caos.

—¡Ni por asomo! En esta ocasión no lo permitiré, tendrás que mantener tu caos dentro de un orden... o volverás a casa de Luis —dijo con tono de broma y expresión seria.

—Haré lo que sea, también cocinaré y limpiaré.

—Por supuesto que lo harás. Las cosas serán diferentes a partir de ahora.

—Me parece bien. ¿Y tú, volverás a pedir el traslado a la tienda de Tetuán?

—No, creo que continuaré en Los Arcos. Me ha costado un poco adaptarme, pero ahora estoy a gusto allí. Echo de menos a Carmen, pero no deseo volver a trabajar en el mismo sitio que tú.

—Lo de Martina no se va a repetir.

—Aun así.

—De acuerdo.

Poco después la dejaba en casa y regresaba a Sevilla para recoger sus cosas de casa de su amigo. La idea de Merche trabajando con Alfonso González cada día le llenaba de celos, pero lo aceptaría sin rechistar. Cualquier cosa que ella quisiera imponerle lo consideraría parte de su penitencia por haberle hecho daño. Y por supuesto lucharía para recuperarla del todo, porque sabía que aún tenía sus dudas y cierta desconfianza. Haría que su relación fuera de nuevo lo fuerte y estable que había sido.

Capítulo 27

Ya no me besarás

Manuel tampoco fue a dormir a su casa aquella noche, lo que dio a sus padres la intimidad que necesitaban para volver a afianzar su convivencia. Merche se sentía feliz de ver a Isaac de nuevo en casa, aunque algo había cambiado respecto a los últimos años. Era como si se estuvieran descubriendo de nuevo, y avanzaran paso a paso, cautelosos y comedidos. Mantenían largas conversaciones y habían tomado la costumbre de recogerse uno a otro a la salida del gimnasio para dar un paseo juntos o tomar algo antes de ir a casa. Parecían una pareja de novios que estuvieran empezando una relación.

También Manuel y Stefany disfrutaban de una especie de noviazgo no declarado. Pasaban juntos la mayor parte del tiempo, siguiendo la costumbre que habían iniciado en Richmond. Él le enseñó una Sevilla que en nada se parecía a la que le habían mostrado Alice y Javier. Ni Giralda ni Torre del Oro ni ningún lugar lleno de turistas. Sí bares y restaurantes donde comer, rincones románticos y zonas de ocio. Y por las noches compartían la habitación de invitados donde ella dormía en casa de su hermana.

Los días transcurrían más rápidos de lo que ninguno de los dos deseaba, Stefany esperando que él dijera algo sobre el futuro, Manuel temiendo hacerlo porque solo podía hablarle de la larguísima misión que estaba a punto de emprender.

A sus padres se lo contó dos días después de Navidad y vio empañarse de preocupación los ojos de Merche, pero como había sucedido en otras ocasiones,

lo encajó como la mujer fuerte que era. No obstante, y aunque no solía meterse en las relaciones de sus hijos, no pudo evitar preguntarle:

—¿Stefany lo sabe?

—Aún no.

—Deberías decírselo... no me gustaría que le hicieras daño, es una chica encantadora.

—No quiero hacérselo, pero tampoco sé cómo decirle que estaré fuera durante muchos meses. —El pesar era más que evidente en el rostro de su hijo,

—Tal vez no deberías haber empezado algo que no tiene futuro.

—Tienes razón, no hago más que repetírmelo, pero... no he podido evitarlo. Solo puedo decirte que también yo sufriré con la separación. Y que espero que no sea definitiva. De todas formas, Stefany sabe a qué me dedico y lo que eso conlleva, nunca le he mentado al respecto, siempre soy sincero con las mujeres. Ahora, si no te importa, he quedado con ella para cenar. Lamento que durante estas vacaciones apenas me veas, pero...

—Anda, márchate, no desperdicies el tiempo que os queda, que no es mucho.

Lo vio entrar en la ducha y salir a toda prisa en dirección a Sevilla. Se dijo que era una lástima que tuvieran tan poco tiempo, porque Stefany podía hacer que el tarambana de su hijo sentara la cabeza si no se marchara en dos días.

Al fin llegó el momento de soltar la bomba. Estaban en la cama, después de una intensa sesión de sexo que les dejó agotados, y fue ella quien sacó el tema. El hombre arrojado y valiente en la guerra se estaba comportando como un auténtico cobarde a la hora de afrontar una situación escabrosa.

—¿Qué pasa, Manuel? Llevas con el ceño fruncido desde esta tarde y me has hecho el amor con una intensidad casi desesperada.

—Siempre te hago el amor con intensidad.

—Pero hoy ha sido diferente.

Sabía que era cierto, que había sido un acto desesperado, que había querido disfrutar de cada segundo como si fuera el último.

—Mañana es día treinta y debo marcharme. Mi avión sale a las nueve de la

noche.

—Ya me lo habías dicho, que no pasaríamos juntos el fin de año.

—Me voy por mucho tiempo, Stefany. —La voz le sonó desgarrada, tal como se sentía por dentro. Ninguna mujer le había calado tanto, y separarse de ella durante un largo periodo le resultaba muy difícil.

—¿Cuánto?

—Más de un año.

El corazón de la chica dejó de latir por un momento.

—¿Es una misión peligrosa?

—Todas lo son, pero sí, esta quizás lo es un poco más porque estaré en primera línea de combate.

—¿Dónde? ¿Haciendo qué?

—Eso no puedo decírtelo.

El tono sosegado de Manuel la llenó de inquietud.

—Esto es el adiós, entonces.

La boca se le secó al hombre que nunca tuvo problemas en dejar atrás a una mujer.

—No necesariamente —dijo esperanzado—. Cuando vuelva...

—¿Cuando vuelvas dentro de un año o más, estaremos juntos unos días y después volverás a irte? ¿Es eso lo que me tratas de decir?

—No puedo ofrecerte otra cosa, mi profesión es así.

Stefany tomó aliento antes de decir con firmeza:

—En ese caso, es un adiós definitivo, porque no deseo ese tipo de vida. No quiero vivir con el alma en vilo pensando en que podrías no regresar. Quiero lo que tiene mi hermana: un hogar, una familia y unos hijos. Un hombre que vuelva a casa por las noches y les lea cuentos a los niños antes de dormir.

—Yo no soy ese hombre.

—Lo sé —admitió con tristeza.

—Te he ofrecido más de lo que nunca le propuse a una mujer, que es volver a vernos entre una misión y otra. No todas duran un año.

—No es suficiente para mí, Manuel.

—Yo no soy como mi hermano o mi primo Sergio que han renunciado a sus

sueños y su profesión por amor.

—Quizás es porque no me amas.

—Podría ser. Este sentimiento es nuevo para mí y no sé cómo llamarlo. Pero va mucho más allá de lo que he sentido nunca por una mujer.

—¿Ni siquiera por Daniela?

Manuel le tomó una mano y se la llevó a los labios antes de responder.

—Ni siquiera por ella.

—Yo sí estoy enamorada de ti, pero no quiero la vida que me ofreces. Tampoco estoy dispuesta a renunciar a mis sueños por amor. Vivamos este día que aún nos queda, y después vete a tu misión y yo regresaré a Richmond. Nos separaremos como buenos amigos y guardaremos un buen recuerdo de esto que tuvimos, aventura, relación o como queramos llamarlo. Sin enfados y sin rencores. Pero no volveremos a vernos porque eso solo hará más difícil el olvido. Yo necesito la distancia y la certeza de que acabó para pasar página y seguir con mi vida.

—De acuerdo. Tienes razón, es lo más sensato, pero aún tenemos un día. Déjame pasarlo contigo.

Stefany forzó una sonrisa.

—Claro que sí. ¡Aprovechémoslo!

Se giró y buscó su boca en un beso desesperado, que él respondió de la misma forma.

Las horas transcurrieron demasiado rápido. Durante la noche y el día siguiente, no se separaron un segundo. Manuel sabía que debería dedicar un rato a su familia, que a ellos tampoco les vería en mucho tiempo, pero se sentía incapaz de separarse de Stefany y perder ni siquiera uno de los preciosos segundos que les quedaba de estar juntos. Un dolor agudo y desconocido se apoderaba de él cuando pensaba en que no volvería a verla, que el adiós sería definitivo.

La tarde del día treinta, Javier y Alice salieron con los niños a fin de darles un poco de intimidad para despedirse. Manuel jamás podría agradecerles a su primo y a su mujer lo que estaban haciendo por ellos durante esos días en que

prácticamente habían invadido su hogar. Ni preguntas, advertencias o bromas; solo le habían abierto las puertas de su casa y aceptado su presencia con una sonrisa y una hospitalidad encomiable.

Apenas la familia salió a dar su paseo, hicieron el amor por última vez. En la cama, lentamente, con el alma aflorando en cada beso, en cada mirada y en cada gemido. Ambos sentían que los minutos se les escapaban de las manos, que el reloj avanzaba inexorable. Y deseaban immortalizar aquel momento, eternizarlo para siempre en su memoria. Porque si algo tenían claro los dos era que los momentos compartidos permanecerían en el recuerdo para siempre.

Cuando al fin él se dejó caer a su lado, Stefany se mordió los labios para evitar que el sollozo que pugnaba por salir de su boca lo hiciera.

Se había prometido a sí misma no resultar patética ni llorar, por mucho que el alma se le estuviera desgarrando. Siempre había sabido que Manuel no era el hombre de su vida, que su historia con él tenía fecha de caducidad, y había tratado de no enamorarse demasiado, pero le había resultado imposible. Su corazón se empeñaba, terco, en luchar contra su cerebro y la razón. Incluso en los últimos días cuando le había visto jugar con los niños se preguntaba por qué no sería posible que en el futuro tuvieran uno ellos dos. Tenía instinto paternal, era evidente por cómo había ido una y otra vez a buscar a Lupe. Luego, la razón se imponía con su lógica aplastante: ¿qué tipo de padre sería, siempre lejos, siempre en peligro? Era ella quien no quería eso. No, su historia acabaría aquella tarde, y ya se aseguraría de que sus caminos no volvieran a cruzarse, ni siquiera teniendo familia en común. Porque si seguían viéndose, o tenía la esperanza de hacerlo, jamás olvidaría a Manuel Arroyo, el hombre peligroso, duro y tierno a la vez, que un día amenazó con besarla y cuando lo hizo le robó el corazón.

—¿Qué piensas? — le preguntó él ante su mutismo.

—No pienso, solo siento estos últimos minutos que estaremos juntos con toda la intensidad posible.

—Debo irme, tengo que despedirme de mis padres —dijo clavando en ella una intensa mirada. Como esperando que le pidiera que se quedara todavía unos minutos.

—Claro. No es justo que pases conmigo todo el tiempo que te queda en

Sevilla.

—Me cuesta dejarte.

—También a mí, pero debes hacerlo.

—Quiero que sepas que no has sido una más.

—Gracias por decírmelo. Tampoco tú lo has sido para mí, aunque yo no tengo una larga lista de hombres a mis espaldas.

—Está Scott. Aunque ya sé que solo sois amigos, siento celos de que alguna vez hayas estado en su cama y en sus brazos.

—Eso fue hace mucho tiempo.

La mirada oscura seguía clavada en ella con un brillo intenso. Stefany se sintió al borde de las lágrimas, pero se rehízo.

—Está visto que debo ser yo la dura aquí —dijo haciendo un esfuerzo—. Levántate, vístete y vete a abrazar a tus padres, o no podrás hacerlo, si tu avión sale en tres horas.

Consciente de que tenía razón, se levantó, se puso un pantalón y un jersey que se ajustó a su cuerpo como un guante, y se volvió hacia Stefany que intentó levantarse de la cama para despedirse.

—No te muevas —pidió—, deja que mi último recuerdo tuyo sea desnuda y satisfecha después de hacer el amor.

Stefany se quedó quieta, con el edredón tapándole apenas las caderas, y la mirada empañada de emoción. Sin siquiera acercarse a darle un último beso, porque si lo hacía iba a desmoronarse, Manuel la miró largamente, le dedicó una sonrisa cautivadora y salió de su vida para siempre.

Un enorme vacío se apoderó de ella, pero aguantó hasta que escuchó cerrarse la puerta de la vivienda. Después, se encogió en posición fetal, y lloró sin contenerse para aliviar el dolor desgarrador de la pérdida.

Cuando se hubo desahogado, se levantó y esperó el regreso de Alice y su familia con una sonrisa forzada y los ojos hinchados por el llanto. Nadie hizo el menor comentario, solo se desvivieron por animarla y hacerle más llevadera la separación.

Manuel tomó un taxi hasta Bormujos, con el alma rota y la tristeza pintada en el rostro. Lamentaba por una parte el tiempo robado a sus padres, pero por otra estaba contento por haberlo aprovechado con Stefany. Jamás había sentido tanto dejar atrás a una mujer, ni siquiera a Daniela. Pero Stefany tenía razón, cada uno debía seguir su camino, no tenía derecho a imponerle una relación marcada por la incertidumbre y la distancia. Él no era el hombre que necesitaba y que podría darle el tipo de vida que quería.

Esperaba los reproches de Merche por el poco tiempo que había reservado para despedirse de ellos, pero nada más verle, ella entendió. Solo lo abrazó y le dijo:

—¿Cómo ha ido la despedida? ¿Es temporal?

Miró a su madre con sinceridad.

—No —musitó con un toque amargo—. No quiere ser la chica de un militar siempre ausente, sino formar una familia, y yo no puedo ofrecerle eso. Pero Stefany no ha sido otra más en mi lista, me importa de verdad. Esta vez dejo un trocito de mi corazón atrás.

—¿Te has enamorado en unos días?

Manuel negó con la cabeza, mientras preparaba su mochila para marcharse. El tiempo apremiaba.

—No, mamá. Stefany y yo nos conocimos en la boda de Javier y nos volvimos a encontrar por casualidad hace unos meses. Hemos tenido una aventura, aunque bastante entrecortada. Ya te hablaré de ello cuando vuelva, te lo prometo.

—Te lo recordaré.

Miró a sus padres con cariño y una punzada de tristeza por el largo periodo que pasaría sin verlos.

—Me alegra mucho saber que volvéis a estar bien. Me marcho más tranquilo.

—Lo sé. Yo también me quedaría más tranquila si pudiera saber de ti de vez en cuando —sugirió Merche esperanzada.

Manuel la abrazó con fuerza.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Ahora debo irme o perderé el avión.

—Cuídate...

—También vosotros.

—¿De verdad no quieres que te llevemos al aeropuerto?

—Ya sabes que no me gustan las despedidas en lugares públicos, iré en taxi.
Tras una nueva serie de abrazos a sus padres, se marchó para una larguísima ausencia.

Capítulo 28

La vida sigue

Stefany regresó a Richmond dispuesta a olvidar. No era una tarea fácil, porque Manuel había calado muy hondo en ella. A menudo se preguntaba cómo estaría, y dónde, y tenía que contenerse y repetirse una y otra vez que todo había terminado y que había salido definitivamente de su vida. La tentación de tomar el teléfono y preguntarle a Javier si tenía noticias de su primo era a veces demasiado fuerte, pero conseguía controlarla. Hasta escuchar su nombre dolía, y era consciente de que el olvido solo llegaría si conseguía apartarlo del todo de su pensamiento, como si no existiera. Como si no estuviera en peligro en algún lugar desconocido, o acariciando a otra mujer. Manuel no se mantendría célibe durante mucho tiempo, era puro fuego y aunque le hubiera asegurado que ella no había sido una más en su vida, no tenía dudas de que la lista seguiría creciendo y su recuerdo se diluiría entre otros nombres y otros cuerpos.

Scott estaba siendo de gran ayuda, en ningún momento le había dicho que ya se lo advirtió, solo ofrecía su hombro cuando necesitaba llorar y una deliciosa comida para levantar el ánimo después. También insistía en que saliera con él y sus amigos con los que solía jugar al fútbol los domingos y casi siempre conseguía que se divirtiera. Incluso la animaba a darle una oportunidad a Henry Malcom, un atractivo pelirrojo para el que estaba realizando una página web y que sin lugar a dudas estaba interesado en ella. Siempre se presentaba con algún detalle cuando debía revisar los avances en el trabajo e incluso la había invitado a cenar en una ocasión, invitación que rechazó aduciendo una carga excesiva de

trabajo. Invitación que hubiera aceptado si su corazón no estuviera ocupado por un militar moreno y peligroso, porque sin duda Henry era un hombre encantador y le gustaba. Pero sus manos no se morían por tocarle ni su boca por probar la de él.

Sin embargo, Scott insistía en que aceptara su ofrecimiento, en que no la ayudaba guardar la memoria de un hombre que había salido de su vida, que debía hacerse a la idea de que había muerto para dejar de tener esperanzas. Stefany trataba de no pensar que podría ser verdad, que Manuel tal vez estaba tirado en alguna zanja lejos de los suyos, sin vida.

Ante la insistencia de su amigo y para calmar su preocupación, aceptó salir con Henry una noche. Una cena no la comprometía a nada y la libraría de la insistencia de Scott para que pasara página.

No puso especial interés en arreglarse para la cita, un pantalón negro y un sencillo jersey rojo; sin embargo, los ojos del hombre brillaron al verla. Llevaba unas flores en la mano cuando se acercó a buscarla a la puerta de su casa, y el gesto la llenó de ternura.

—Gracias, Henry —dijo colocándolas en un jarrón—, son preciosas.

Él sí se había arreglado para la ocasión; el pelo crespo y que solía alborotarse con los dedos de forma continua estaba bien peinado y vestía pantalón, camisa y chaqueta informal a pesar de que el mes de abril se había presentado más fresco de lo habitual. Era un hombre muy atractivo y Stefany lamentó no haberle conocido antes de que Manuel se cruzara en su vida.

Fueron a cenar a un restaurante moderno en el que los sabores especiales primaban sobre la decoración minimalista y sencilla. Platos que eran auténticas obras de arte, no solo culinariamente hablando sino también desde el punto de vista de la estética, inundaron los sentidos de ambos. Olfato, vista y gusto participaron de los manjares que degustaron aquella noche. El vino también hizo su aparición y relajó el ambiente. Stefany, contra lo que había esperado, disfrutó de la cena, de la conversación y de la compañía. Descubrió que al margen del encargo laboral que compartían, eran afines en muchas cosas: música, viajes, cine, gustos culinarios y otros temas fueron surgiendo a lo largo de la velada. Durante unas horas olvidó al hombre que se jugaba la vida no sabía dónde, y

sintió que había dado un paso hacia el olvido. Algún día lo conseguiría, estaba segura. Y Henry Malcom podía ayudarla a ello.

Después de la cena, la acompañó a casa en su coche, un modelo reciente en cuyo asiento Stefany se recostó con indolencia. El trayecto se le hizo corto y, cuando llegaron ante su casa, salió del vehículo para abrirle la portezuela con galantería. Justo delante de la verja blanca se inclinó para besarla. Stefany no se resistió, pero tampoco pudo devolverle el beso. El sabor de unos labios morenos se coló en su memoria traicionera, impidiéndoselo.

Henry se apartó y ahondó en sus ojos con cautela.

—¿He ido muy rápido? —preguntó.

—Un poco.

—Lo siento. Espero que esto no haga que rechaces otra invitación a salir conmigo. Prometo comportarme.

—Aceptaré otra invitación, he disfrutado mucho esta noche de tu compañía, pero antes quiero aclararte algo. Hace unos meses terminé una relación corta pero muy intensa y necesito un poco de tiempo para pasar página y empezar otra nueva. Tú me gustas, no te lo voy a negar, y tenemos muchas cosas en común, pero él está aún en mi recuerdo y en mi corazón.

—Tú también me gustas, mucho, y si me lo permites pondré todo mi empeño en hacer que le olvides.

—Tienes mi permiso —concedió con una sonrisa.

Henry se inclinó de nuevo y en esta ocasión solo rozó los labios de Stefany con los suyos antes de que ella abriese la puerta y se perdiera en el interior de la vivienda.

Desde la ventana vio la silueta de Scott en la casa de al lado. Estaba segura de que había observado la escena y el sonido de un mensaje entrante se lo confirmó.

«Veo que todo ha ido bien». Ni saludos ni preguntas, directo al grano.

«Bastante bien para lo que esperaba de una cena de trabajo».

«La despedida no ha sido de trabajo».

«No eches campanas al vuelo, Scott».

«Os habéis besado».

«Él lo ha hecho, yo no».

«Pero tampoco le has dado una bofetada por el atrevimiento. De hecho, has debido alentarle porque te ha besado una segunda vez».

«Eres un puñetero cotilla. ¿Algún día dejarás de espiarme?».

«No».

«Le he hablado de Manuel».

«Muy torpe por tu parte».

«Vamos a quedar de nuevo. Ha prometido hacer que lo olvide».

«Eso me gusta».

«Me voy a la cama, no son horas de chatear. Necesito quitarme los tacones y el maquillaje».

«Buenas noches, cariño. Mañana te llevo el desayuno y me cuentas».

«Buenas noches, Scott»

Tal como había comentado se puso cómoda, se quitó la ropa y, tras limpiarse la cara, se puso el pijama. Tuvo por un momento en las manos la camiseta de Manuel, con la que dormía habitualmente, pero la apartó resuelta y, después de guardarla en el fondo de un cajón, bajo la ropa de invierno y bien escondida, optó por un pijama a cuadros escoceses. Sintió una pena honda, como si algo se le hubiera roto dentro, pero era una noche para avanzar y dejar el pasado atrás. Por mucho que doliera.

No obstante, se acostó y, como cada noche, la imagen de Manuel se coló en su mente. Se tocó con la yema de los dedos los labios, que un rato antes habían sido besados por otra boca, y aunque nunca había pensado en el militar como algo suyo, sintió que le había sido infiel con aquel beso en el que ni siquiera había participado. Dos gruesos lagrimones le resbalaron por las mejillas, pero los secó de un manotazo y decidió darle una oportunidad a Henry. Al menos volverían a verse y el tiempo decidiría si llegaban a algo o no.

Capítulo 29

Pesadillas

Manuel vio cómo Stefany se alejaba de él y se acercaba a una larga escalera dividida en varios tramos y flanqueada por unas barandas blancas. La figura de la chica se alejaba inexorablemente de él y sabía que era para siempre. Un dolor profundo le atenazó el pecho y la llamó, pero no consiguió que ningún sonido saliera de su boca. Quiso correr tras ella y tampoco sus pies se movieron del suelo, como si estuvieran pegados al asfalto.

Las piernas le pesaban por el esfuerzo de moverse, los brazos no conseguían tocar a la figura que se alejaba. La angustia y la impotencia se apoderaron de él. El grito que le salía del alma pidiéndole que volviera permaneció dentro de su garganta; las manos le dolían por el ansia de retenerla, pero Stefany continuaba su ascenso escalón a escalón hasta desaparecer en la distancia. Solo entonces, cuando la imagen se hubo diluido en la nada, el grito desgarrador salió por fin.

—¡NOOOO!

Se incorporó con brusquedad en la cama de campaña donde dormía. El cuerpo cubierto de sudor frío, un sollozo brotándole de lo más profundo, el corazón latiéndole a mil por hora.

Se pasó las manos por la cara, por el pelo, en un desesperado intento de tranquilizarse, pero sabía que era un esfuerzo inútil. No era la primera vez que sufría esa pesadilla, recurrente y angustiada. Hacía ya meses que Stefany y él se habían separado, en casa de Javier, con un adiós definitivo. Entonces había sentido la pérdida, la misma angustia y desolación que revivía en cada pesadilla,

pero ella tenía razón, era absurdo continuar viéndose y mantener un contacto que no les llevaría a ninguna parte. Stefany no quería una relación basada en visitas esporádicas y él no podía ofrecerle otra cosa con la profesión que tenía.

Otras mujeres habían pasado por su cama después del adiós, que no por su vida, en un vano intento de olvidar a la que había dejado atrás. Ninguna había supuesto más que un desahogo momentáneo y solo habían hecho más profundo el vacío de su interior. Stefany seguía ocupando sus pensamientos y su corazón.

Se levantó, bebió un vaso de agua recalentada y se dispuso a soportar otra larga noche de vigilia poblada de imágenes de su sonrisa, de sus preciosos ojos y de los recuerdos compartidos, que se empeñaban en volver a su mente una y otra vez.

El amanecer le sorprendió tan agotado como se acostó, pero ya no había espacio para temas personales. Había que dedicarse en cuerpo y alma a la ardua tarea que le había llevado allí. Un día más, y luego otra noche más sin ella... y así hasta que llegara el olvido.

Después de un desayuno frugal e insípido, subió al coche que les transportaría a sus compañeros y a él mismo hasta la ciudad que había sido bombardeada la noche anterior. Estaba siendo una de las misiones más duras que había realizado porque su tarea consistía en ayudar a trasladar civiles que habían perdido todo, desde personas queridas a posesiones materiales de primera necesidad. En ocasiones heridos, magullados y siempre asustados. Hombres, mujeres y sobre todo niños, que cogía en brazos como si fueran una pluma y trataba de calmar su miedo. Civiles que nada tenían que ver en la contienda, que se habían visto atrapados en ella y sufrían las consecuencias más devastadoras de un conflicto bélico.

En esos momentos conseguía evadirse de su propia situación personal, del vacío que sentía en su interior tras su ruptura con Stefany. Los días eran trepidantes y la necesidad de poner todos sus sentidos en la tarea a realizar le hacía olvidarse de lo que no fuera el momento y el peligro que le rodeaba.

Los caminos polvorientos y rodeados de vegetación hacían necesaria una

vigilancia tensa y exhaustiva para evitar emboscadas. Ya habían sufrido más de una, por suerte sin consecuencias más allá del susto.

Aunque su labor era puramente humanitaria y no luchaban bajo ninguna de las dos facciones de combatientes sino bajo bandera de la OTAN, eso no les protegía. Más bien les convertía en el punto de mira de ambos bandos.

Llegaron a la ciudad sin contratiempos y solo encontraron caos y devastación. Edificios derrumbados, cadáveres tendidos aún en las calles y miedo y lamentos por doquier. No pudo evitar acordarse de Ciudad de México tras el terremoto. Y su mente volvió a la mujer que le robaba el sueño, porque si de día lograba concentrarse en su tarea, las noches eran de ella y de sus recuerdos.

Entraron en un hospital donde muchas camas se hacinaban en una sala, algunas de ellas compartidas por más de un paciente, desnutridos y castigados por la guerra. El hospital había quedado en ruinas después de un intenso bombardeo nocturno y amenazaba con desplomarse sobre sus cabezas. A ellos les habían encargado la tarea de evacuación hacia un centro más firme, aunque no menos aglomerado, en una ciudad próxima que había sido menos castigada por las bombas.

Si en su momento pensó que el hospital ABC donde encontró a Stefany estaba saturado, lo que estaba viendo era desolador. Resultaba del todo imposible que el escaso personal que veía en los centros fuera suficiente para atender a tantos heridos.

Con el monovolumen lleno hasta el límite de su capacidad, apretujados en asientos y suelo, pasaron el día haciendo viajes. Fue en el último, apurando ya los últimos rayos de luz, cuando sintieron los disparos.

La prudencia les recomendaba no realizar la última evacuación hasta el día siguiente, pero no habían sido capaces de dejar a los cuatro heridos leves y dos sanitarios en el edificio, ante el peligro de derrumbamiento o de un nuevo bombardeo.

Las sombras les rodeaban y les impedían ver con claridad la procedencia de las balas, pero estas silbaban a su alrededor en una cadencia continua. Un grito ahogado le hizo saber que alguien había sido alcanzado, y a continuación el vehículo dio un bandazo. Manuel vio al conductor caer a un lado y en cuestión

de segundos dio un salto y, tras apartarlo sin miramientos, ocupó su lugar para enderezar el vehículo. Comprobó entonces que las balas venían de frente, casi con seguridad de un grupo de arbustos situados unos metros más adelante, lo bastante tupidos para ocultar a los agresores.

—¡Agachaos! —gritó mientras se aferraba con fuerza el volante y apretaba el acelerador al máximo—. Las balas vienen de los arbustos... vamos a pasar junto a ellos, no hay espacio para dar la vuelta. Disparad todo lo que podáis y sujetaos, voy a hacer zigzag.

El vehículo comenzó a dar bandazos y Manuel esperó que fuera a causa de sus giros de volante para evitar las balas y no porque hubiera sido alcanzado en alguna pieza vital. Porque de ser así, esa sería su tumba y la del resto de ocupantes del coche. Sintió un dolor punzante en el antebrazo y vio que la sangre caliente comenzaba a gotear sobre su pantalón. Apretó los dientes y aguantó conduciendo con pericia y pisando el acelerador todo lo que la capacidad del transporte le permitía, hasta que, tras unos minutos angustiosos, los matorrales quedaron atrás y el flujo de balas cesó.

Solo entonces se permitió, aún a toda velocidad, soltar el volante con una mano y dar la vuelta al conductor, al que había apartado con rudeza minutos antes. Comprobó con un solo vistazo que había sido alcanzado en el pecho y respiraba con dificultad. Si no recibía atención urgente, sin duda no sobreviviría. Era su inmediato superior en aquella ocasión y llevaba compartiendo misiones con él tres años. A pesar de que convivían con el peligro a cada minuto, la posibilidad de perderlo le atenazó el pecho.

—Han alcanzado a Pascual —dijo por encima del hombro—. ¿Tenéis bajas ahí atrás?

—La enfermera ha sufrido un golpe en la cabeza al tirarse sobre uno de los heridos, pero salvo eso, estamos bien.

—A mí me han dado en el brazo, estoy perdiendo sangre. Pásame algo para hacerme un torniquete. Tenemos que llegar cuanto antes al hospital, Pascual está grave.

—Déjame el volante —pidió uno de sus compañeros, un chaval joven con poca experiencia en situaciones difíciles.

—Yo soy más rápido. Y no estoy seguro de que no tengamos más sorpresas.

La enfermera se inclinó sobre su hombro y consiguió taponarle la herida mientras conducía, con un rollo de venda que se empapó y se tiñó de rojo enseguida.

—Creo que la bala sigue dentro, pero hay mucha sangre, ha debido tocar alguna arteria importante.

—Aguantaré.

Manuel era consciente de que ninguno de los ocupantes del coche tenía su pericia conduciendo, y la supervivencia de todos dependía de él. Continuó, con los dientes apretados, y logró recorrer en veinte minutos un trayecto que en condiciones normales les hubiera llevado el doble de tiempo. Empezaba a sentir la debilidad producida por la pérdida de sangre cuando detuvo el coche ante la puerta del hospital.

Vio cómo sus compañeros salían para dar la voz de alarma y regresaban con varias camillas en las que tendieron a los heridos que llevaban. Él bajó por su propio pie y entró sujetándose el brazo sangrante con la otra mano. Un leve mareo le mermaba las facultades cuando entró en la sala de urgencias para ser atendido.

Le administraron anestesia local para extraerle la bala y cortar la hemorragia, mientras Pascual era intervenido para salvar la vida.

Media hora después, cuando salió al pasillo a reunirse con sus compañeros, llevaba el brazo vendado y seguía mareado puesto que no había recibido la transfusión que hubiera requerido. La sangre no abundaba, era un bien preciado y se reservaba para casos de vida o muerte. No le importaba, era joven y se recuperaría, pero no lo tenía tan claro con Pascual. Las precarias condiciones del hospital eran insuficientes para una herida de su gravedad.

Veinte minutos más tarde el cirujano les confirmó sus temores: había fallecido en la mesa de operaciones.

Su muerte convertía a Manuel en el máximo responsable de la unidad y se dispuso a asumir sus funciones y a cumplimentar el papeleo con el alma rota.

Pidió verle, y poco después se enfrentó al cadáver del que había sido su superior y sintió que su vocación flaqueaba. Aquel hombre que aún no había

cumplido los cuarenta años, pero al que no le quedaban ya muchos de misiones en zonas de conflicto, había muerto solo y alejado de los suyos en un hospital escasamente equipado. Con los ojos empañados se preguntó si él quería acabar así. Siempre había sabido que podía perder la vida en cualquier momento, que el peligro le rodeaba, pero nunca había sentido la muerte tan cerca como aquella noche. Tampoco antes había perdido a un compañero, aunque viese caer a personas cada día.

Abatido, se retiró a la sala de espera que sus compañeros habían convertido en dormitorio ante el riesgo que entrañaba desplazarse de noche a su campamento. También para velar de alguna forma al superior caído.

Recostado contra la pared, medio encogido en la incómoda silla, sintió que la debilidad se apoderaba de él y se adormeció. El brazo le palpitaba por falta de calmantes, la anestesia local que le habían aplicado ya no era efectiva y solo pudo sumirse en un duermevela inquieto.

En aquella ocasión no fue su pesadilla recurrente de la escalera la que despertó sobresaltado. Aquella noche vio un ataúd y supo que era él quien estaba dentro. Detrás y con la vista clavada en el féretro, su madre abrazaba a una Stefany encinta y ambas lloraban con desconsuelo.

Un compañero le sacudió con firmeza para sacarlo del sueño y le tendió una botella de agua.

—Calma, Manuel.

—He tenido una pesadilla —dijo dando un sorbo para aliviar la angustia.

—Toda la noche ha sido una pesadilla. ¿Por qué no pides una cama y te tiendes un poco? También tú estás herido y has perdido mucha sangre.

—Estoy bien. Saldré de esta —aseguró, aunque supo que nunca volvería a ser el mismo.

Cerró los ojos y se recreó en la imagen de una Stefany embarazada de un hijo de los dos. En lo que ella le había dicho de un hombre que regresara por las noches a casa y leyera cuentos a los niños, y por primera vez en su vida pensó en sí mismo como ese hombre. También por primera vez entendió a su hermano y la decisión que había tomado de abandonarlo todo por una mujer. La de Isaac había sido Clara y la suya era Stefany, sin ninguna duda.

El amanecer les sorprendió agotados, pero había que ponerse en marcha. Por mucho que sus compañeros insistieron en que se fuera a su campamento a descansar, se empeñó en ocuparse del papeleo para enviar a Pascual a España. Logró acceder a un teléfono y, tras notificar el triste suceso a Salcedo para que activase el protocolo que permitiría enviar el cadáver a casa, se atrevió a usarlo también para una llamada personal.

Merche sintió que el corazón le saltaba en el pecho cuando escuchó la voz de su hijo al otro lado del aparato.

—Hola, mamá; soy yo.

—¡Manuel! Qué sorpresa... ¿Cómo estás? ¿Ha pasado algo? No estás en Valencia, ¿verdad? —preguntó con temor y consciente de que la misión aún no habría terminado.

—No, continuo aquí, y aún me faltan unos meses para achucharte. Pero he tenido acceso a un teléfono y no he olvidado mi promesa de hacerte saber de mí, si tenía ocasión.

—¡Gracias!

El entusiasmo de su madre era contagioso y logró arrancarle una tenue sonrisa.

—No puedo hablar mucho, solo decirte que estoy bien y preguntar cómo vais por ahí.

—Todo bien, también.

—Me alegro. Tengo que dejarte antes de que me pillen... Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

Colgó. Escuchar la voz de su madre había conseguido reconfortarlo. Salió a enfrentarse al resto de su misión, que aún le mantendría siete largos meses lejos de casa.

Capítulo 30

Decisiones

Siete meses después

A Manuel nunca se le había hecho una misión tan larga como aquella. Cuando al fin terminó y pudo regresar a casa, sus pensamientos y deseos eran muy diferentes a los que tenía al marcharse. Había cambiado y no solo por la cicatriz de bala que ostentaba su antebrazo derecho. La ausencia de Stefany le había resultado terrible, a veces se sorprendía a sí mismo llamándose «el cazador cazado» y esperando con todo su corazón que ella quisiera darle una oportunidad a su vuelta. Era esa idea la que le había dado fuerzas para soportar los últimos y difíciles meses.

Regresó esperanzado a Sevilla sin pasar por su acuartelamiento, para disfrutar de un merecido descanso. También dispuesto a comenzar una nueva vida y a tomar decisiones trascendentes que esperaba le llevaran a la felicidad. Isaac le recibió en el aeropuerto después de un larguísimo vuelo. Se fundieron en un apretado abrazo y los ojos perspicaces detectaron el cambio producido en su hermano menor. Aguardó hasta estar en el coche y camino de Bormujos para preguntar el motivo.

—Una misión dura, ¿eh?

—Sí, mucho, y por muchas y diferentes razones.

Levantó la manga para mostrar la cicatriz.

—Pero esto no es lo peor... Vi caer a mi superior y morir solo en un quirófano

lejos de todo. Me ha hecho plantearme muchas cosas.

Isaac sabía de la muerte de Pascual, su situación privilegiada como antiguo miembro de los GOE le permitía tener conocimientos internos de las misiones en que participaba su hermano, aunque no tenía constancia de que este hubiera resultado herido.

—¿Grave? —preguntó señalando el brazo.

—No, curó sin problemas; soy duro de pelar. Ya te lo contaré con calma, ahora y antes de que mamá me tome bajo sus faldas, quisiera hablar contigo de otro tema.

—Tú dirás.

—Desde que dejaste los GOE y por lo tanto las misiones en zonas de conflicto... ¿lo echas de menos?

—En ningún momento. Fue una etapa de mi vida y disfruté mucho del riesgo, la aventura y todo eso; ahora estoy viviendo otra diferente, la de la estabilidad en la pareja, y soy muy feliz en ella. No echo de menos lo anterior. —Dedicó una mirada divertida a su hermano—. ¿Estás pensado hacer lo mismo? ¿Renunciar al peligro por amor?

Este se encogió de hombros.

—Si ella me acepta, sí. Y me da igual que te rías... estoy enamorado hasta la médula.

—¿Stefany?

—Sí.

Isaac frunció el ceño.

—Creo que antes de plantearte nada deberías hablar con Alice.

Todos los instintos de Manuel se aguzaron.

—¿Qué ocurre?

—No estoy seguro, pero hace unos meses ella vino a ver a su hermana y no lo hizo sola. Me parece que sale con alguien. Alice te podrá informar mejor de cómo están las cosas, yo no pregunté porque pensaba que lo vuestro había terminado.

—Así era, pero yo no he conseguido sacarla de mi mente ni de mi corazón. La quiero lo bastante para cambiar de vida por ella.

Se sentía como si un obús le hubiera estallado encima. ¿La había perdido? ¿El amor de Stefany no era tan fuerte como el suyo, que no había podido olvidarla? Aunque era posible que se tratase de Scott, se dijo para tranquilizarse. La relación de la chica con su vecino confundía a todos, incluido a él mismo.

—¿Nuestros padres están bien? Y no me refiero solo a salud —preguntó olvidándose por un momento de sí mismo y de sus cuitas.

—Sí, su crisis está totalmente superada. Se les ve muy felices. Hacen cruceros románticos y ese tipo de cosas.

—Me alegro.

Recorrieron en silencio el resto del camino, Isaac preocupado por su hermano, este rumiando la noticia que acababa de recibir.

Con el entusiasmo algo apagado, dedicó esa tarde y noche a sus padres y se acostó decidido a que apenas amaneciera vería a Alice para aclarar su incertidumbre. El abrazo de Merche al llegar del trabajo no le había reconfortado tanto como otras veces y tuvo que fingir una alegría que no era tal para evitar preocuparla.

En medio de la madrugada, la terrible pesadilla de la escalera le asaltó de nuevo, pero esta vez, arriba, una figura masculina aguardaba a la chica mientras él permanecía anclado en el suelo sin poder moverse y sin decirle lo que sentía por ella.

La angustia fue más terrible que nunca, el corazón quería salirse del pecho con cada latido. Despertó empapado en sudor a pesar de estar en febrero, y ni siquiera beber de un trago el contenido de la botella de agua que tenía en la mesilla, le calmó.

Consciente de que Alice trabajaba en su casa, apenas desayunó y consideró que la hora era aceptable para realizar visitas, se desplazó a casa de su primo.

—¡Manuel! —exclamó la chica al verle en el umbral con expresión sombría—. Qué sorpresa, pensaba que estabas fuera.

—Regresé ayer. ¿Puedo pasar?

—Claro —dijo franqueándole la entrada—. ¿Te apetece un café?

—No, gracias, acabo de desayunar y mi madre piensa que no he comido en un año. Me ha cebado a conciencia.

Alice deslizó la mirada por el cuerpo de su visitante.

—No la culpes, estás más delgado.

—Lo sé. Siempre me ocurre al regreso de una misión; pero no he venido a hablar de mí, sino de Stefany.

—Ya lo supongo.

Le precedió hasta el salón y le mostró el sofá.

—Siéntate —invitó con un suspiro, que a él no le pasó inadvertido y le agarrotó el alma.

—¿Entonces es cierto lo que me ha dicho mi hermano? ¿Sale con alguien?

—Se va a casar, Manuel.

—¿Cómo? —estalló incrédulo—. ¿Casarse? ¿Con quién? ¿Scott?

Alice negó con la cabeza.

—Se llama Henry Malcom. Se conocieron porque Stefany le hizo una página web. Llevan juntos nueve meses, él le ha pedido matrimonio hace poco y ella le ha dicho que sí.

—¿Le quiere? —preguntó desesperado.

—Supongo, en caso contrario no habría aceptado.

—¿Siente por él lo mismo que por mí? Por favor, Alice, dime la verdad... Es muy importante. He vuelto decidido a abandonar las GOE, a sentar cabeza y a formar una familia con ella. Si Stefany está locamente enamorada de ese hombre yo volveré a mi vida y nunca se enterará de esto, pero si todavía siente algo por mí, si se casa con él porque va a darle el tipo de vida que piensa que nunca tendrá conmigo, no voy a dejarla ir sin luchar. Tú debes saberlo, eres su hermana y estoy seguro de que también su confidente.

—No le he preguntado por sus sentimientos hacia Henry, he dado por supuesto que estos existen ya que va a casarse con él.

La mirada oscura de Manuel se volvió más sombría aún y más desesperada. Alice, al percibir la angustia del hombre, no pudo resistir decirle lo que pensaba.

—Pero nunca la he visto mirarle como te miraba a ti. No se le iluminan los ojos ni la sonrisa... es todo lo que puedo decirte.

En las palabras de la chica vio un rayo de esperanza, algo a lo que aferrarse para no sucumbir.

—¡Gracias! Voy a intentarlo, Alice. Tal vez la perturbe si ha encontrado la estabilidad y me odie por ello, pero tengo que hacerlo.

—Lo sé. Solo puedo desearte mucha suerte, porque para mi hermana lo único que quiero es el tipo de amor que sentimos Javier y yo.

Manuel trató de sonreír y confiar en que los sentimientos que Stefany tuviera por él fueran más fuertes que los que le producía ese tal Henry, al que ya empezaba a odiar con todas sus fuerzas. Aunque también se maldecía a sí mismo por no haber aprovechado la ocasión cuando la tuvo, por no haber reconocido sus sentimientos cuando Stefany aún le quería. Era un estúpido y solo esperaba no lamentar ese error el resto de su vida.

Se despidió con torpeza, sabía que debería quedarse un rato más, ver a los niños y a su primo, pero la impaciencia lo carcomía. Sentía que cada minuto era vital y jugaba en su contra.

Una vez en la calle buscó un vuelo hacia Richmond y lo compró deprisa en el móvil. Esperaba que su madre no se tomara demasiado mal el hecho de que se marchase pocas horas después de haber llegado, pero haría que lo entendiera. Algunos asuntos había que tratarlos cara a cara, y ese era uno de ellos

Aterrizó veinticuatro horas después, tras un largo periplo de escalas, con su sempiterna mochila al hombro y un nudo de incertidumbre en el estómago. A medida que se acercaba a su destino el miedo se volvía más cervical, más angustioso. Nunca, ni siquiera cuando las balas silbaban a su alrededor había estado tan asustado. La idea de que Stefany encontrara con otro hombre el tipo de vida que deseaba y que él no había querido darle con anterioridad se le antojaba terrible. Los celos, imaginándola en otros brazos, desgarradores. No imaginaba qué haría si cuando la mirara a los ojos estos le decían que sus sentimientos por ese Malcom eran los que un día sintiera por él. Si le decía que ya no le amaba.

El trayecto en autobús desde el aeropuerto hasta la ciudad y luego a la casa de

Stefany lo pasó tratando de encontrar la mejor forma de explicarle sus sentimientos, de decirle lo mucho que significaba para él, pero todas le resultaban muy pobres. Era un hombre de acción, no un orador, y su primer instinto era tomarla en sus brazos y besarla hasta hacerla perder el sentido y recordarle lo que habían vivido. Hasta que comprendiera que nadie podría darle lo que él, o al menos eso esperaba. Pero sabía que no era esa la forma de actuar, que debía convencerla con palabras.

Llegó a casa de Stefany a mediodía y encontró cerrada la puerta trasera que solía utilizar Scott y que ya usara en otra ocasión para darle la sorpresa. Tampoco respondió nadie al timbre y por un momento temió que se hubiera mudado a otro lugar con su novio. De nuevo los celos le devoraron las entrañas, pero luego descubrió una de las ventanas con la persiana alzada y se fijó en que las plantas que rodeaban la casa aparecían lozanas y cuidadas. Saltó con agilidad la verja blanca y se sentó en el porche a esperar el regreso de la chica, o a que Scott lo descubriese desde su ventana y le diera noticias de su paradero. No quería llamarla por teléfono, temía que si lo hacía ella se negara a verle y le pidiera que se marchase sin siquiera darle la oportunidad de hablar con él.

El agradable sol del mediodía y la noche en vela le provocaron una ligera modorra. Se recostó contra el quicio de la puerta cerrada y entornó los ojos. Despertó con una exclamación ahogada y una sombra que le tapaba los cálidos rayos.

—¿Manuel?! ¿Qué haces tú aquí?

Abrió los ojos para encontrarse con una Stefany asombrada y cargada de bolsas, que lo miraba con estupefacción.

Él sonrió de medio lado, lo que provocó que el estómago de la chica se contrajera.

—Es evidente que esperarte. ¿No me invitas a pasar? He hecho un largo camino para hablar contigo.

—Manuel... —dijo bajito intentando que él comprendiera que las cosas habían cambiado desde la última vez que se vieron.

—Lo sé; sé que vas a casarte. Pero necesito decirte algo... por favor. —La voz suplicante arrancó un suspiro a la chica que asintió y le franqueó la entrada.

La casa había sufrido algunos cambios, una foto de Stefany con un hombre pelirrojo presidía la repisa de la chimenea. Se acercó y la contempló tratando de reprimir los celos.

—¿Es él?

—Sí.

Se volvió e indagó en los ojos castaños a la vez que de su boca salía la pregunta que le atormentaba.

—¿Le quieres?

Ella exhaló un suspiro ruidoso y no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Claro. No me casaría con él si no fuera así.

No era así como había pensado enfocar el tema, sino hablando de sus sentimientos, pero al ver la fotografía había olvidado todo lo que llevaba horas ensayando y solo pudo preguntar sobre lo que lo atormentaba. Se acercó con paso felino y, agarrándola con una mano por el brazo, le levantó la barbilla con la otra para obligarla a mirarle.

—¿Tanto como me querías a mí?

—De forma diferente.

—¿Cómo de diferente? Solo hay una forma de amar, que yo sepa. —La voz ronca le traía reminiscencias del pasado, recuerdos de una pasión compartida.

—No, en eso te equivocas, hay muchos tipos de amor. El que sentí por ti era apasionado, desgarrador... imposible. El que me inspira Henry es tranquilo, estable... el tipo de amor que crea una pareja y una familia.

—¿Te hace gritar en la cama? —preguntó.

—Es un buen amante.

—¿Te hace gritar en la cama? —volvió a inquirir, esta vez con más ímpetu, exigiendo una respuesta.

—El sexo no lo es todo para mí.

Aunque se había prometido a sí mismo no hacerlo, inclinó la cabeza y la besó a la vez que la rodeaba con los brazos. Stefany trató de evitarlo, pero apenas los labios de Manuel rozaron los suyos, su cuerpo traicionero se dejó llevar, solo durante unos segundos. Los suficientes para que él supiera que los besos de Henry Malcom no habían conseguido borrar los suyos. Luego se apartó,

enfadada, y se deshizo de su abrazo con un empujón.

—¿Qué demonios pretendes? ¿A qué has venido?

—A suplicarte que no te cases con él. De rodillas, si es necesario.

Hizo intención de arrodillarse, pero Stefany le sujetó el brazo impidiéndoselo.

—¡Maldita sea, estate quieto! Los gestos teatrales no te van a servir de nada. Da igual lo que sienta por ti, no quiero ser la mujer que espera durante meses a que vuelvas de tus malditas misiones, a que tengas un poco de tiempo que dedicarme cuando tu profesión lo permita. Creo que eso ya te lo dejé claro en Sevilla.

Manuel supo que estaba realmente enfadada, por lo que abrió la mochila que había dejado caer al suelo y le tendió unos documentos doblados en cuatro pliegues.

—¿Qué es esto? —preguntó tomándolos de la mano morena como si le quemaran.

—Es una petición al ejército para abandonar la participación en zonas de conflicto. Para regresar a casa por las noches y leer cuentos a los niños. Y antes de que lo preguntes, ya lo tenía decidido antes de saber que estabas a punto de casarte. Puedes preguntarle a Alice si no me crees. Este año lejos de ti me ha hecho comprender lo mucho que me importas. Más que el ejército, más que mis misiones y más que nada. Pensaba pedirte que te casaras conmigo, que te vinieras a España si querías estar cerca de tu hermana, o en caso contrario yo me trasladaría a Richmond. Los conocimientos de supervivencia que poseo harían que encontrase trabajo en cualquier empresa como instructor de guardaespaldas o detectives privados. Hay un amplio campo. El dónde y el cómo esté me da igual, pero contigo.

Stefany sintió que las lágrimas inundaban sus ojos y empezaban a correr por las mejillas a raudales. Manuel dio un paso hacia ella, que se apartó con rapidez.

—No me toques —suplicó—. Estoy prometida a Henry y el solo contacto de tus manos me hace sentir que le soy infiel... y no se lo merece.

Él dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Él ha estado ahí en tu ausencia, sacándome una sonrisa cuando estaba triste, dándome su compañía cuando me sentía sola... no puedo hacerle esto...

Manuel, que tras el beso había empezado a abrigar esperanzas de que Stefany se replanteara su matrimonio, sintió que no era así.

—Stefany... mírame, por favor. No te tocaré, te lo prometo, pero mírame. No permitas que tu lealtad te impida ser feliz. Escucha al corazón... si me quieres más que a él... piénsatelo. No nos castigues a todos por tu sentido de la honorabilidad, tampoco sería justo para Henry. ¿Querría que te casaras con él solo por eso? ¿Podrás evitar pensar en mí por las noches cuando te haga el amor? ¿Podrás, Stefany?

—¡Cállate! —suplicó—. No tengo idea de lo que podré hacer, ni siquiera sé en este momento lo que quiero. Has venido de improviso para poner mi mundo patas arriba... cuando empezaba a olvidarte.

—¿De verdad me estabas olvidando? —preguntó insistente—. ¿O es lo que querías creer?

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Pero no puedes venir aquí y hacer que cambie mi vida porque tú has decidido que me quieres en la tuya.

—No pretendo eso... solo te pido que lo pienses... que no te empeñes en un matrimonio que tal vez sea un error. Que decidas con el corazón y no con la cabeza. Stefany, te quiero con toda mi alma, haría cualquier cosa por ti. Pero si le quieres a él más que a mí, desapareceré de tu vida y nunca más volveré a molestarte ni a poner tu mundo del revés. Solo te pido que lo pienses con calma y decidas con el corazón. Mientras, estaré alojado por aquí, en espera de su decisión.

Le vio inclinarse, coger la mochila y desaparecer del salón sin volver la vista atrás.

Desolada, se dejó caer al suelo con la espalda apoyada contra la pared y volvió a llorar con desconsuelo. Cogió el móvil y buscó el contacto de Scott para enviarle un mensaje.

«Ven a casa. Te necesito».

«Dame diez minutos», fue la respuesta.

Dejó de nuevo el teléfono en el suelo y continuó llorando.

Tardó un poco más, y empujó la puerta trasera con una sonrisa, pensando en qué apuro doméstico se encontraría su amiga. Al encontrarla cerrada y ver la cara llorosa con que Stefany le abrió la puerta principal, se alarmó de veras.

—¿Qué ha pasado?

Ella se arrojó en sus brazos buscando el consuelo que siempre había encontrado en él.

—Ha estado aquí.

—¿Quién?

—Manuel.

—¡Joder! ¿No piensa dejarte en paz? ¿Qué quiere ahora? ¿Que le parta la cara? Porque estoy muy tentado —masculló entre dientes.

—Dejar el ejército, casarse conmigo... formar una familia —dijo contra su pecho, entre sollozos ahogados.

—Entiendo. Bueno, vayamos con calma, esa no es una decisión para tomar a la ligera, ¿verdad?

—No quiero tomar ninguna decisión... solo abrazarte y llorar. Me siento muy desgraciada en este momento.

—Pues aquí está Scott para animarte. Luego, cuando te calmes, comprenderás que tener a dos hombres peleándose por ti no es tan terrible —bromeó.

—Sí lo es cuando estás en medio y no sabes a cuál de ellos elegir.

—Sí lo sabes —susurró contra su pelo—. Pero tienes que asimilarlo. Después de consultarlo con la almohada, seguro que te resulta más fácil.

Ella volvió a reanudar los sollozos, cada vez más desgarrados.

Capítulo 31

Entre dos amores

Durante un par de días Stefany se debatió entre los dos hombres que querían compartir su vida con ella. Se mantuvo apartada de ambos, tratando de ser imparcial, de sopesar los pros y los contras de cada uno de ellos. La cabeza y la lealtad la inclinaban hacia el pelirrojo que había compartido su existencia los últimos nueve meses, mientras el corazón latía violento cada vez que imaginaba su vida junto al militar moreno y atrevido que la hacía temblar con solo mirarla.

Durante ese tiempo solo a Scott le permitió acercarse a ella, con la esperanza de que la ayudase en su decisión, pero su amigo se mantuvo al margen de sus diatribas. Le prestó su presencia y escuchó los continuos argumentos a favor de uno u otro candidato. La dejó divagar sin decirle que él sabía de antemano quién sería el elegido, sin importar lo mucho que dudara.

La mañana del tercer día, y mientras desayunaban en la cocina de Scott, lo hacían cada día en una de las casas, Stefany no cesaba de dar vueltas a su café mientras observaba pensativa el líquido oscuro que removía sin ver.

Era consciente de que no podría mantener alejados durante mucho más tiempo a ninguno de los dos. A Henry solo le había dicho que tenía un asunto importante que solucionar, algo del todo cierto, y que ya le avisaría cuando pudieran verse. Él aceptó sus palabras y ni siquiera la había telefoneado, lo que agradeció sobremanera.

—Supongo que debo tomar una decisión ya, ¿verdad?

—Puesto que afectará al resto de tu vida, tómalo con calma. A menos que lo

tengas claro.

—No lo tengo claro en absoluto.

—¿Seguro? —preguntó enigmático—. Yo creo que sí lo tienes, pero te cuesta admitirlo.

Stefany dejó el café y enterró la cara entre las manos.

—Tú quieres que me case con Henry, ¿verdad?

—Yo quiero tu felicidad, cariño. Y no te negaré que Henry me cae mucho mejor que el otro candidato, sobre todo porque nunca te he visto llorar por él, pero sé lo que sientes. Ya no serás feliz con él porque Manuel ha vuelto a tu vida y nunca le has olvidado.

—Yo creía que sí.

—Y yo tenía esa esperanza, pero está claro que no, que ha bastado verle de nuevo para que todo tu mundo se tambalee.

—¡No quiero hacerle daño a Henry! —dijo con pesar.

—Estoy seguro de ello, pero no está en tu mano evitarlo.

—Tampoco sé cómo decírselo.

La mirada implorante le pedía una ayuda que Scott no estaba en condiciones de dar. En esta ocasión debía solucionar sola su problema.

—No es fácil, pero seguro que lo entiende. Si fuera al contrario no estoy tan seguro.

—Ya... Manuel es más temperamental... De todas formas, no se puede tomar bien que le diga que le mando al diablo, a él y a todos los planes de futuro que teníamos, porque ha aparecido alguien con quien tuve una relación en el pasado. Pensará que lo he estado utilizando todo este tiempo y no ha sido así. Yo de verdad creía que Manuel era agua pasada.

—Evidentemente tendrás que ser más sutil, no puedes decírselo con esas palabras.

—Le invitaré a comer en casa y se lo explicaré. Espero que la providencia me inspire para hacerlo de la forma más suave posible. No puedo seguir de esta forma, no logro comer ni dormir.

—Lo harás genial. —Apretó la mano de su amiga por encima de la mesa para infundirle ánimos—. Yo estaré en casa por si me necesitas después, pero no

puedo hablar por ti.

—Ya lo sé. Gracias.

—Ahora termina tu desayuno, necesitas coger fuerzas.

A duras penas y ante la mirada severa del hombre, logró tomarse el café y un poco de pan con mantequilla. Los huevos, beicon y el trozo de tarta permanecieron intactos en la bandeja. Después regresó a su casa e intentó trabajar un poco.

Henry llegó puntual. Era una de sus cualidades, y tenía muchas, se dijo Stefany mientras trataba de evitar el beso en los labios que intentó darle. Giró la cara y le ofreció la mejilla, gesto que hizo fruncir el ceño del hombre por lo inusual. La mesa ya estaba puesta y no le ofreció tomar nada antes, lo que le extrañó aún más. La expresión de su novia era seria y profundas ojeras rodeaban sus ojos; sin duda algo había ocurrido desde la última vez que se vieron.

Se sentaron a la mesa sin haber intercambiado más que algunas palabras, y él se apresuró a preguntar el motivo de tan extraña actitud.

—¿Qué ocurre, Stefany? Estás muy rara... ¿He hecho algo que te haya molestado?

Los ojos azules del hombre la instaban a hablar y se dijo que no tenía sentido demorarlo más.

—No, tú no. Soy yo... Tengo que decirte algo y no sé cómo hacerlo.

—¿Con sinceridad y sin rodeos?

—Muy bien. ¿Te acuerdas de nuestra primera cita? Me besaste y yo te dije que acababa de salir de una relación y necesitaba tiempo.

—Sí, lo recuerdo.

—Él ha vuelto hace unos días —dijo abatida.

—¿Y? —preguntó serio—. Pertenece al pasado, ¿no?

Stefany bajó los ojos evitando la mirada del hombre.

—Eso creía yo, que estaba olvidado, que ya no sentía nada por él.

Henry respiró hondo.

—Entiendo.

—Llevo dos días tratando de aclarar mis sentimientos, de decidir qué hacer. Por eso te pedí que no vinieras. Necesitaba tiempo y espacio para pensar.

—Vas a romper conmigo. —No era una pregunta.

Stefany asintió.

—Es lo que trato de hacer, sí.

—Pero fue con él con quien no funcionó, nosotros estábamos bien.

—El problema con Manuel no estaba en nosotros sino en su profesión, que le obligaba a permanecer lejos mucho tiempo. Ha decidido dejarlo, y me ha pedido que me case con él.

—Y es eso lo que quieres.

—Sí —susurró con un hilo de voz.

—Si lo tienes tan claro... no voy a intentar retenerte.

Stefany alzó la mano y la apoyó sobre la de Henry.

—Lo siento... de verdad que lo siento.

—Ahora viene lo de «podemos ser buenos amigos», ¿no? —dijo retirándola.

—Sé que no, que te estoy haciendo daño y no te lo mereces. Pero no puedo evitar sentir lo que siento. No sería justo para ti que te mintiera y me casara contigo por hacer lo correcto.

—Yo jamás querría eso, Stefany.

—No me odies, por favor.

—No puedo odiarte... te quiero y deseo tu felicidad. Si él te la da, yo solo puedo echarme a un lado y perder con elegancia. Ahora me voy, comprenderás que no me quede a almorzar.

—Claro que lo comprendo. Yo tampoco puedo tragar bocado.

Henry se levantó sin haber comido nada del plato que tenía delante y se dirigió a la puerta.

—Guarda mis cosas y llévalas a casa de Scott; yo las recogeré allí dentro de unos días. Ahora necesito poner distancia.

Y sin añadir nada más salió de su casa y de su vida.

Cinco minutos más tarde su vecino cruzaba la puerta trasera y le abría los brazos. Stefany se refugió en ellos y le empapó una vez más la ropa con sus lágrimas.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Con la deportividad que le caracteriza. Ni enfado ni reproches, solo me desea que sea feliz.

—Y más le vale a tu español que se esfuerce en ello o yo mismo lo convertiré en astillas para la chimenea con estas manos. Manuel, por muy militar que sea, no tiene ni media hostia mía.

Stefany sonrió entre lágrimas consciente de que tenía razón. Su amigo era mucho más corpulento y tenía unas manos grandes y fuertes acostumbradas al trabajo duro.

—¿Vas a llamarle?

—Hoy no. No me siento capaz de pasar de un hombre a otro en cuestión de unas pocas horas. Lo haré mañana, necesito un poco de tiempo para asimilar los cambios en mi vida.

—Y para ello nada mejor que pasar un rato con la única persona estable en ella, o sea, yo. ¿Qué te parece si nos tomamos la tarde libre y nos vamos fuera de la ciudad? Ser nuestro propio jefe debe tener algo bueno.

—Me parece bien. Tú eres lo que necesito en este momento.

—Y debo aprovecharme porque intuyo que tus cortinas vas a estar corridas durante unos días.

—Probablemente.

Le tendió unos pañuelos del papel que extrajo de su bolsillo, y Stefany trató de serenarse. Scott tenía razón, una tarde con él, lejos de la rutina y de los dos hombres que la habían traído de cabeza durante unos días la ayudarían a poner todo en su sitio. Y la prepararían para la etapa que estaba a punto de comenzar, en la que tendría que tomar una decisión importante. Pero eso sería al día siguiente, esa tarde era para la amistad.

Capítulo 32

El cazador cazado

Manuel aguardó como una fiera enjaulada a que Stefany tomara su decisión. Se había prometido a sí mismo mantenerse al margen y darle el espacio que necesitaba para elegir sin presiones entre Henry y él, y eso no le resultó nada fácil. Era un hombre de acción y la inactividad le volvía loco, y más si lo que estaba en juego era su futuro y su felicidad.

El primer día lo soportó con estoicismo; luego, a medida que transcurrían las horas se preguntaba por qué tardaba tanto en decidirse. Varias veces cogió el teléfono dispuesto a llamarla, pero lo soltó con la seguridad de que eso no contaría a su favor. En cambio, telefoneó a Alice con la esperanza de que ella supiera las intenciones de su hermana, pero esta le confesó que no tenía noticias de Stefany desde hacía días.

Se había alojado en un hotel cercano a la casa para llegar a ella en poco tiempo cuando recibiera la llamada. Si la recibía. No quería imaginar que deseara casarse con aquel tipo pelirrojo, y las pocas veces que se planteaba la posibilidad las entrañas le ardían de angustia. No estaba acostumbrado a perder y no quería hacerlo en la cuestión más importante de su vida.

Durante los tormentosos días de espera se había imaginado demasiadas veces su vida con Stefany, las tardes y las noches compartidas, ella embarazada, un bebé como los de sus primos, ruidoso y llorón, pero suyo y de la mujer que había logrado hacerle desear cosas de las que siempre huyó. Sí, se dijo, era el cazador cazado y sabía que su primo Hugo se burlaría de él a conciencia en cuanto le

viera, pero no le importaba. Lo único que deseaba era que Stefany le telefonease y abriera la puerta a todos sus deseos.

A menudo miraba el móvil con expresión asesina instándole a sonar y por supuesto, a darle la noticia que deseaba oír. Cuando al fin, al cuarto día este sonó y la pantalla se iluminó con el número de Stefany, que tenía más que memorizado, un sudor frío le cubrió las manos mientras se apresuraba a responder.

—Hola... —Jamás en su vida la voz le había sonado más insegura y más asustada.

—Hola, Manuel.

La de ella le pareció fría y controlada. El temor se apoderó de él y la impaciencia le instó a preguntar:

—¿Has tomado una decisión?

—Sí.

Contuvo el aire en los pulmones antes de preguntar:

—¿Y?

—No me gustaría hablar de esto por teléfono... preferiría hacerlo cara a cara. ¿Puedes pasar por casa, por favor?

—Claro... claro. Pero ¿no puedes adelantarme nada?

—Nos vemos ahora.

Y colgó.

Con el corazón a punto de salirse del pecho y mientras se colgaba a la espalda la mochila que tenía preparada desde hacía días, trató de analizar la voz de Stefany. ¿Fría? ¿Divertida? ¿Enamorada? Todas las opciones le parecían acertadas si las pensaba con detenimiento, por lo que recorrió la distancia que le separaba de ella en tiempo récord. Saltó la valla blanca con agilidad y a punto estuvo de romperse la cabeza, calculando mal la distancia a causa de los nervios.

Desde la ventana y a través de la cortina descorrida a medias, Stefany le observaba con una sonrisa en los labios.

Él abrió la puerta trasera con ímpetu y entró en la estancia. Un primer vistazo le hizo comprobar que la fotografía de Stefany y Henry que días atrás había presidido la chimenea ya no estaba.

Ella se dio la vuelta y enfrentó su mirada, trató de mantenerse seria, de hacerle vivir un poco más la incertidumbre, pero no fue capaz. Su sonrisa y sus ojos chispeantes le hicieron comprender para qué le había llamado. Tiró la mochila al suelo y en dos zancadas se acercó a ella. Sin mediar palabra la abrazó y empezó a besarla. Stefany rio contra su boca, mientras respondía al beso con la misma impaciencia que mostraba él. La besó una y otra vez, hasta que ambos sintieron los labios magullados. Después, Stefany advirtió:

—Las cortinas están descorridas.

—¿Y qué? Dejemos que el cotilla de Scott sepa cómo están las cosas.

—Ya lo sabe.

Manuel enmarcó con ambas manos la cara de la chica y protestó.

—¿Y te parece justo que él lo sepa antes que yo?

—Es lo que hay. Scott es Scott... y debes saber que en todo momento ha apostado por ti.

—¿En serio?

—También ha amenazado con convertirte en astillas y alimentar la chimenea con tus restos si no me haces feliz.

—Y yo le ayudaré. Te haré feliz, Stefany, voy a poner en ello mis cinco sentidos.

La voz ronca en su oído haciéndole promesas era más de lo que podía soportar después de los días terribles que había vivido.

—Corre las cortinas —pidió deseosa de arrancarle la ropa y besarle centímetro a centímetro.

—Aún no, primero tenemos que hablar.

—¿Hablar? ¿Ahora? ¿Quién eres? ¿Qué has hecho con mi Manuel?

—Dímelo tú, que eres quien me ha cambiado hasta hacerme desear cosas que siempre me hicieron salir corriendo. Pero hay temas que aclarar.

—Quieres vengarte, ¿es eso? Por tardar tanto en decidirme.

—No, solo quiero hacer las cosas bien. Que no te queden dudas de mis intenciones —Metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó una bolsita de terciopelo gris. Stefany la cogió con mano temblorosa y sacó un anillo de oro blanco, un aro sencillo con pequeños brillantes engarzados a su alrededor—.

Stefany Barrow... ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí... ¡Sí! ¡Sí!

Dejó que se lo colocara en el dedo y después le echó los brazos al cuello para besarle de nuevo. Mientras lo hacía, Manuel le agarró la mano y la alzó en dirección a la ventana, mostrando el anillo al hombre que con toda seguridad les observaba desde la casa de al lado. Después, la soltó y se fue a correr las cortinas.

Abrazados y a trompicones subieron la escalera en dirección al dormitorio. Catorce meses habían transcurrido desde la última vez que estuvieron juntos, en Sevilla. El deseo acumulado se desató al instante, por ambas partes. Se arrancaron la ropa uno al otro y se dejaron caer en la cama sin siquiera deshacerla. Mientras las manos de Manuel la recorrían y su boca jugaba con sus pezones se preguntó cómo había tenido dudas. Jamás nadie le había hecho sentir lo que él, ni física ni emocionalmente.

Deslizó las manos por la espalda morena y las subió hasta el cuello para evitar que dejara de acariciarle los pechos. La sensación era embriagadora, todo su cuerpo reaccionaba al contacto. La impaciencia se apoderó de ella, pero trató de contenerla. A pesar de que tenían todo un largo día por delante, también quería hacer las cosas bien y aquel encuentro, el primero que podrían llamar «oficial» en su relación, debía ser memorable.

Se acariciaron despacio, con manos y bocas y se susurraron palabras de amor, algo que siempre habían tratado de evitar en sus encuentros anteriores. Los dedos inquietos de Manuel exploraron el interior de Stefany como sabía que le gustaba, en círculos y despacio mientras ella se agitaba contra su mano pidiendo más. La sonrisa ladeada le dijo que no se lo daría, que jugaría con ella llevándola al borde del orgasmo sin permitirle alcanzarlo hasta que él quisiera. Ese no saber nunca cómo ni cuándo acabaría la excitaba muchísimo y lo había echado de menos sin percatarse de ello.

Pero también él acusaba la separación y el deseo acumulado. Sacó los dedos despacio y se situó sobre ella con las rodillas a cada lado de sus caderas, dispuesto a colocarse un preservativo.

—Sin condón —pidió ella.

—¿Quieres hacerme padre ya? —preguntó arrojando el envoltorio sobre la cama y dispuesto a complacerla.

—Tomo la píldora desde hace meses; pero sí, también te haré padre algún día. Yo también sé amenazar.

Empezó a penetrarla despacio. La sensación fue abrumadora. Desde su aventura con Daniela, Manuel había sido cuidadoso en extremo con sus relaciones sexuales y muy raramente se había acostado con una mujer sin protección. El interior de Stefany le acogió cálido y suave minando su autocontrol. Apretó los dientes con fuerza y cerró los ojos para que la expresión de placer de ella no le distrajera. Era un hombre y no iba a correrse al primer envite como si fuera un crío. Casi lo consiguió, logró moverse en su interior lo suficiente para que Stefany, que se hallaba excitada al máximo, alcanzara su clímax y a continuación se dejó ir en uno de los orgasmos más potentes de su vida amorosa. Mientras se sostenía con los antebrazos temblando por el esfuerzo, se dijo que todo eso había quedado atrás porque nada podía compararse con el momento maravilloso que acababa de vivir.

Cuando abrió los ojos vio los de Stefany clavados en la cicatriz de bala de su brazo. Salió de ella y se dejó caer a su lado, dispuesto a responder a sus preguntas. Los dedos de la chica rozaron la piel rugosa.

—Esto no estaba aquí hace un año.

—Ha sido después. Me alcanzó una bala en una emboscada.

—¿Fue grave? —preguntó con temor.

—No, una herida limpia que sanó sin problemas. —No dijo que también sin calmantes y sin el reposo debido. Aquello iba a quedar atrás, de nada servía preocuparla sin motivo. Aunque continuara en el ejército su vida ya no correría más riesgo que la de cualquier otra persona.

—No tienes que preocuparte, todo eso ha terminado: las misiones, las largas ausencias, las emboscadas y el peligro extremo. Ahora, juntos, decidiremos cómo queremos vivir nuestra vida en el futuro.

Stefany alzó hacia él una mirada provocadora.

—¿Tiene que ser ahora?

—Hum, eso depende de si tienes un plan mejor.

Ella acarició de nuevo la cicatriz con la yema de los dedos.

—De momento pensaba aplicar a tu herida el remedio con que mi madre solía curar las mías, cuando era niña.

Agarró el brazo y colocó los labios sobre la cicatriz, en un beso tierno.

—Alivia mucho —gimió Manuel cuando la punta de la lengua acarició la piel rugosa y blanquecina.

—Ya te lo dije.

—Eh... si quieres seguir ejerciendo de enfermera tengo otro daño que necesita cura urgente.

Alzó los ojos y encontró los de él oscurecidos por un brillo travieso.

—¿Dónde?

—Ahí abajo... está un poco hinchado, seguro que con tu cura milagrosa...

Stefany rio al comprobar que el sexo de Manuel volvía a cobrar vida.

—Parece grave... creo que necesitará algo más que un besito para sanar.

—Tú eres la enfermera... haz lo que consideres necesario.

Stefany se inclinó sobre él y se dedicó a su tarea curativa con entusiasmo.

Era muy tarde ya cuando se levantaron. De madrugada habían saqueado el frigorífico y tomado un tentempié en la cocina, para regresar a la cama a continuación.

Tras una ducha larga y relajante, compartida, se sentaron a tomar un desayuno tardío o un almuerzo temprano.

—En tus misiones —preguntó Stefany curiosa—, ¿cómo son las duchas?

—Inexistentes.

—¿No te has lavado en un año? —preguntó incrédula.

—Claro que sí, a veces en un río helado; otras, arrojándome un cubo de agua por la cabeza, también frío. El agua caliente es un lujo en determinados sitios.

—¿Y qué más es un lujo?

—Todo. ¿Por qué quieres saberlo ahora? Nunca me habías preguntado al respecto.

—Porque ahora ya se ha terminado y no estaré preocupada pensando en ello.

Hablabas en serio al decir que se habían terminado las misiones, que quieres dejarlo, ¿verdad?

—Sí, hablaba en serio.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Hay varias opciones. Puedo continuar en el ejército español, pero sin seguir participando en misiones fuera del territorio, presentándome a los correspondientes ascensos y terminar gordo y barrigudo detrás de un escritorio.

Stefany arrugó la nariz y negó con énfasis.

—O aprovechar mis conocimientos y experiencia para dedicarme a instruir a otros GOE. Eso me mantendría en forma, pero debería llevarlos de maniobras y pasar fuera dos o tres días en determinadas ocasiones. Siempre en territorio nacional y sin más riesgo que una excursión de senderismo dura. Esas dos opciones implicarían residir en España, pero resulta que mi chica vive y trabaja en Richmond, de modo que eso es algo que tenemos que decidir juntos. También puedo abandonar del todo el ejército y buscar trabajo como instructor aquí, en el sector privado. Soy bueno en lo mío, no engrosaré las listas del desempleo.

La miró con atención mientras daba un gran bocado a una rebanada de pan con mantequilla.

—¿Me estás dando a entender que debo decidir yo?

—Ya te he explicado las opciones. Cualquiera de ellas me vale, de modo que sí, deberás decidir tú.

—La de la mesa de despacho la descarto por completo. Te morirías en ella.

—Pienso lo mismo. ¿Y las otras?

—No lo sé... Por una parte, me gustaría estar más cerca de Alice y su familia, pero si me voy a España contigo tendría que dejar a Scott atrás.

—No tienes que decidir ahora, tengo un mes de vacaciones después de la última misión. A lo peor cuando termine ni siquiera me soportas...

—No lo creo. Te he echado mucho de menos.

—No lo parecía.

—¿Celoso?

—Mucho.

—Trataré de compensarte. Me pensaré lo de irme a España... si tú has dejado

los GOE por mí, yo debería corresponder y marcharme contigo.

—¿Y Scott? También estoy celoso de él, que conste.

—Ya es mayorcito, tendrá que crecer y buscar también su camino. Acabará por encontrar a su media naranja, tarde o temprano. A lo mejor para ello lo que necesita es que yo salga de su vida, o al menos eso piensa Alice. Y por supuesto si me decido, vendría a verle con frecuencia, por muy celoso que estés de él. Eso no es cuestionable.

—Ya lo sé. Yo seré tu pareja, tu marido, el padre de tus hijos, pero Scott es Scott.

—Exacto.

—Bien, iremos madurando todo esto; como ya te he dicho tenemos todo un mes para hacerlo. Y nunca le quitaré a Scott su sitio en tu vida, hasta dejaré que si un día tenemos un hijo le pongas su nombre; porque Manuel no me gusta nada —rio.

—¿Y si tenemos una niña?

—Entonces se llamará Lupe. En cierto modo fue ella quien nos unió —dijo decidido.

—Me parece bien.

Stefany sintió que todo aquello que un día había deseado tomaba forma. Su vida con Manuel, la familia que quería formar con él. Y daba igual dónde vivieran, siempre que estuviesen juntos. Se perdió una vez más en los ojos oscuros que le brindaban un montón de promesas, o quizás eran amenazas, de felicidad. Con él nunca estaba segura.

Capítulo 33

Despedidas

El mes de vacaciones pasó muy rápido. Una vez decidido que Manuel se convertiría en instructor de los cuerpos especiales del ejército y que Stefany viviría con él en España, tuvieron una gran labor por delante, que consistía en cerrar la vida de ella en Richmond. Scott hizo reformas en la casa para trasladar la empresa al espacioso garaje y separarla de la vivienda que permanecería cerrada en espera de sus esporádicas visitas. Juntos entrevistaron personal para que se ocupara del trabajo en Estados Unidos; bajo la supervisión del hombre y tras una cuidadosa selección, contrataron a una mujer que les pareció muy competente. Lástima que fuera bastante mayor que él y no demasiado atractiva, porque a Stefany le hubiera gustado que su amigo encontrase el tipo de amor que ella tenía en Manuel. Sabía que una vez se marchase, se iba a sentir muy solo, aunque tuviera previsto regresar cada tres meses para revisar la empresa y, sobre todo, verlo a él.

Isaac, el hermano de Manuel, les tenía preparadas varias visitas a pisos amueblados para cuando llegasen, y alquilarían uno en espera de un destino que llegaría en unos meses. Debía asumir que la vida con un militar implicaba cambios de domicilio cada pocos años, hasta que el destino fuera definitivo. No le importaba, el mes transcurrido había sido el más feliz de toda su vida y le daba igual dónde viviera, siempre que fuera con él.

Cerró la maleta tras dar un vistazo general y asegurarse de que no se dejaba nada importante. El resto, y como bien le había dicho Manuel, podría adquirirlo

en España.

Contempló la casa que había sido su hogar con un velo de nostalgia. Había sido feliz en ella, había vivido una infancia idílica junto a sus padres y a Scott, una adolescencia relativamente tranquila y una vida adulta muy gratificante. En ella había fundado su empresa junto a su hermana y había conocido el amor.

No le pesaba abandonarla para comenzar una nueva etapa; sin embargo, no pudo dejar de sentir un pinchazo de nostalgia por los años vividos en ella y que iban a quedar atrás.

Sintió los brazos de Manuel acariciar los suyos despacio desde atrás. No le había sentido llegar, nunca se acostumbraría a su caminar felino y silencioso.

—¿Triste? —le preguntó con un susurro.

—No, triste no. Es solo que en este momento me vienen los recuerdos de todo lo que he vivido aquí. Momentos felices... tristes también. La mayor parte de mi vida ha transcurrido en esta casa.

—Quizás no he debido permitir que renuncies a todo por mí.

—No me has pedido nada, ha sido decisión mía. Tú también has hecho tu renuncia.

Las manos morenas seguían acariciándola, reconfortándola y tratando de transmitirle calor y seguridad en el futuro.

—Yo siempre he sido un trotamundos, nunca he echado de menos un hogar ni me ha importado dónde viviera ni si tenía un techo sobre mi cabeza.

—Porque siempre lo has tenido. La casa de tus padres es tu hogar, y lo abandonaste para cumplir tu sueño, pero sabes que sigue estando ahí, que siempre estará.

—Eso es verdad. Ahora vamos a crear el nuestro, y no te imaginas la ilusión que me hace.

—Ni tú el miedo que me da a mí.

Se había mantenido a su espalda, pero al escuchar el temblor en la voz de Stefany la hizo girar para que lo mirase.

—¿Tienes miedo?

—Mucho —confesó.

—¿De qué? ¿De no adaptarte a la vida en España? No es tan diferente de la de

aquí.

—No, sé que eso no será un problema. Tengo miedo de no ser suficiente para ti. De que echés de menos lo que tenías antes: las misiones, la vida de soltero, las otras mujeres. Nuestra relación ha sido muy intensa, pero muy esporádica y muy corta. ¿Cuánto tiempo real hemos estado juntos?

—El suficiente para que yo sepa lo que quiero. Y lo que quiero eres tú, Stefany, para siempre. Llegar a casa por las noches, encontrarte en ella, tener hijos contigo. —Con la palma abierta acarició el vientre plano imaginándolo hinchado algún día—. Quiero una Lupe y un Scotty, no me conformaré con menos.

—Todavía no, antes tengo que asegurarme de que esto funciona.

—Por supuesto que funcionará, yo no tengo ninguna duda. Y nunca me equivoco, ¿verdad? Te dije que te besaría y se cumplió. Del mismo modo que ahora te digo que vamos a ser muy felices juntos, que tendremos el tipo de vida que siempre has soñado y que me has hecho desear a mí también.

Los ojos oscuros brillaban intensos y Stefany supo que sentía cada una de sus palabras.

—¿Eso es una promesa o una amenaza?

La sonrisa ladeada la llenó de calidez.

—Lo que prefieras.

—De acuerdo, me doy por amenazada.

Se alzó sobre la punta de los pies y le besó. Después, Manuel se separó y, señalando hacia la ventana, le susurró:

—Ahora ve a despedirte de Scott en privado, antes de que venga para llevarnos al aeropuerto. Y por si te sirve de consuelo, yo también tengo miedo de no estar a la altura de un amigo de toda la vida.

Stefany sonrió y deshaciéndose del abrazo se dispuso a cruzar por última vez en bastante tiempo la puerta trasera hacia la casa de su amigo.

Este sonrió al verla entrar.

—Ya pensaba que no podría darte un achuchón sin la mirada vigilante de tu hombre. —Abrió los brazos y la acogió en ellos.

—Te voy a echar de menos —susurró contra su amplio pecho.

—¡No será tanto! Llevas un mes con las cortinas corridas más tiempo que abiertas. ¿Cómo vas a echar de menos a un cascarrabias que amenaza con castrar a tu novio a cada paso?

Stefany miró a su amigo a los ojos. A pesar de su tono de humor sabía cuánto le costaba la despedida, tanto como a ella. Scott había estado en su vida desde siempre, a un cruce de acera. Las buenas notas, los suspensos, los amores y desamores, las discusiones adolescentes con sus padres, la muerte de estos los había compartido con él. Lo único en que se había mostrado más reservada había sido en su búsqueda de Alice, porque intuía que podría tratar de disuadirla. Scott, por aquella época se mostraba demasiado protector y cualquier cosa que pensara que pudiese hacerle daño, la apartaba de su vida.

—Dime que vas a buscar una buena chica y a sentar cabeza —dijo librándose de su abrazo de oso.

—Más que una buena chica, buscaré una chica buena, o varias, ahora que no tengo a la mirada de águila de mi vecina fija en cada mujer que cruza mi puerta.

—¡No presumas de Casanova, que no son tantas!

—¡Porque tú me las espantas! Todas creen que estás loca por mis huesos y celosa a muerte.

—Manuel pensaba lo mismo al principio. Nadie entiende el tipo de relación que tenemos.

—¿Y qué más da? Mientras lo tengamos claro nosotros...

—Eso siempre. Da igual que nos separe un océano, siempre estaremos ahí cuando nos necesitemos. Y hablando de eso, tengo que pedirte una cosa.

—Lo que quieras.

—Cuando me case, tendrás que llevarme al altar.

El corazón de Scott se volvió de gelatina y amenazó con derretirse. Estaba tratando de mantener la imagen de tipo duro que sabía que no engañaría a la chica.

—¿Yo? ¿Me vas a hacer vestirme con esa ropa ridícula que se usa en las bodas? Estás abusando de la amistad, Stefany.

—¿Ahora te das cuenta? —dijo mientras le acariciaba la cara—. Siempre lo he hecho.

Un nuevo abrazo, y el hombre le dio una palmada en el trasero para meterle prisa.

—Cuenta con ello, y ahora vámonos o vosotros perderéis el avión y yo llegaré muy tarde a la merienda de cumpleaños de mi tío. Mi primita me tocará las narices más de lo habitual y hoy no estaré para nada diplomático y la mandaré al carajo, lo que desencadenará algo parecido a la tercera guerra mundial. O le daré las dos hostias que se está buscando desde que tenía cuatro años.

—¿Dos hostias? Si eres más blando que un bizcocho y no eres capaz ni de mirar mal a una mosca. Como mucho le soltarás alguna de tus pullas y eso cuando tu tío no esté delante, para no disgustarlo.

—Tienes razón, esa arpía se saldrá con la suya una vez más, y me humillará y me sacará de mis casillas como ha hecho siempre. Yo me aguantaré por mi tío, y esperaré a mejor ocasión para cantarle las cuarenta, también como es habitual — admitió resignado.

Llegaron a casa de Stefany donde Manuel les aguardaba impaciente. La puntualidad era una de sus manías más exacerbadas.

—Vamos justos —comentó.

—Ya nos marchamos.

Stefany cerró la casa donde había vivido desde que tenía memoria, le dio unas llaves a Scott para que cuidara de ella en su ausencia, y echó un último vistazo a la de al lado. Subieron al coche las dos maletas llenas a rebosar con las pertenencias que la acompañarían en su nueva vida, entre las que iban una camiseta azul y un sombrero mejicano, relleno de prendas para que se deformase lo menos posible. Manuel, como siempre, llevaba su escaso equipaje en la mochila que le colgaba del hombro.

El camino hasta el aeropuerto lo hicieron en silencio, en una despedida muda de la ciudad y sus alrededores. Una vez en él, los dos hombres sacaron el equipaje del vehículo y se enfrentaron uno al otro con un apretón de manos.

—¡Cuídala! —advirtió Scott.

—Por supuesto, sé que mi integridad corre peligro si no lo hago. Y tú no me odies por llevarme a una de las personas que más quieres.

—No lo haré siempre que vea en ella esa mirada brillante y feliz que tiene

ahora.

—Dedicaré mi vida a que la conserve, te lo aseguro. No hace falta decir que tienes una habitación en casa para cuando quieras venir a vernos, que espero sea a menudo.

—Faltaría más. No te librarás de mí.

Se volvió hacia Stefany, que trataba de contener una lágrima y la abrazó de nuevo.

—Cuídate mucho y si este capullo no se comporta, llámame y le ajustaré las cuentas. —La voz ronca del hombretón le dio la medida de lo emocionado que estaba—. Adiós, Stefy.

—Eh, hace muchos años que quedamos en que no me llamarías así... Scotty. Y tú compórtate esta tarde, no pierdas la paciencia.

—No te prometo nada.

Una amplia sonrisa iluminaba la cara de la chica, en contraste con sus ojos ligeramente empañados, cuando cruzaron el control de equipajes. Una vez dentro de la zona de embarque y mientras esperaban el anuncio de la puerta, Manuel preguntó:

—¿Qué le pasa a Scott esta tarde?

—Es el cumpleaños de su tío y se lleva fatal con su prima. Se odian desde pequeños. En realidad, él no es su tío, sino el mejor amigo de su padre, así que ella no es su prima, aunque él la llama así. Los dos hombres se criaron juntos y se quieren como hermanos.

—¿Scott odiando a alguien? Eso es imposible. A mí me mira mal a veces, pero no es más que una bravuconada.

—Él siempre quiso a los padres de Oliva tanto como a los suyos, estos no tenían hijos y quisieron a Scott como propio, hasta que a la edad de siete años adoptaron a una niña de cuatro. Olivia era todo lo que él aborrecía en una chica, según decía, pero la verdad es que se sintió el príncipe destronado. Menudita, rubia y delicada acaparó parte de la atención que él recibía hasta entonces. Se cayeron mal desde el principio, y su enemistad no ha hecho más que aumentar con los años. Cada vez que tienen que coincidir en una reunión familiar no dejan de lanzarse pullas más o menos envenenadas, según estén solos o no. Eso es lo

que le ocurre a Scott esta tarde.

—Entiendo. Esperemos que no llegue la sangre al río.

—No será así, se le va toda la fuerza por la boca. Se comportará.

En el panel electrónico anunciaron la puerta de embarque de su vuelo. Cada uno tirando de una maleta, enfilaron el largo corredor que les alejaba de toda la vida que Stefany había conocido. También Manuel se enfrentaba a algo nuevo, tanto profesionalmente como en lo sentimental. Nunca pensó, cuando amenazó a Stefany en México con que un día la besaría, que además querría compartir la vida con ella. Aquella última noche en Richmond había vuelto a tener el sueño de la escalera, pero en esa ocasión no fue una pesadilla, porque ella se dio la vuelta y comenzó a bajar hacia él.

Epílogo

Un año más tarde

Tras su llegada a España, Manuel y Stefany se instalaron de forma provisional en Sevilla en espera de un destino para él como instructor, que aún se demoraría unos meses. Mientras, ambos se dedicaron a afianzar su relación y a disfrutar de la familia, algo que tendrían difícil en el futuro.

La convivencia había resultado más fácil de lo que ambos habían pensado y el amor que se profesaban había limado todos los roces que se presentaron en una pareja tan diferente entre sí.

Cuando el destino llegó al fin, supieron que le llevaría de nuevo a Valencia. Salcedo, el anterior capitán de Manuel, no quería prescindir de sus inestimables conocimientos para adiestrar a futuros miembros de los GOE y había conseguido que le destinaran a su antiguo emplazamiento.

Estaban organizando la mudanza cuando Manuel recibió la llamada de su primo Hugo pidiéndole que pasara por el bar que regentaba junto a Inés, su mujer, para despedirse. A pesar de que en el pasado ambos habían tenido sus roces, se querían entrañablemente y aceptó encantado la invitación.

Acompañado de Stefany se dirigió a la zona de Triana, donde estaba situado el local y, tras aparcar en los alrededores, se encaminaron al mismo.

Empujaron la puerta, pero esta no cedió como solía por lo que, tras comprobar que la moto de su primo estaba en la puerta, llamó con fuerza con los nudillos.

Un Hugo sonriente acudió a abrirles.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que te roben? —preguntó dándole una

palmada en el hombro.

—Hoy el bar está cerrado al público. Hay fiesta privada.

—¿Y nosotros podemos asistir?

—Por supuesto, sois los invitados de honor.

Dentro, sentados en taburetes en la barra, y en las escasas mesas del local, estaban los Figueroa y los Arroyo al completo.

Todos se apresuraron a saludarles. Besos, abrazos y risas les acogieron. Stefany, que había crecido con la única compañía de sus padres y de Scott, se veía a veces abrumada por las muestras de cariño que la familia de su novio les prodigaba.

Tras dar un vistazo y comprobar que solo estaban los adultos, Manuel preguntó:

—¿Qué habéis hecho con la prole?

—Están todos en Espartinas, en casa de mis padres —dijo Miriam—. Los de Marta, ayudados por la canguro de Inés, se han ofrecido a cuidarlos esta noche. Inma y Raúl se niegan a hacerse responsables de Alejandro, y puesto que la chica está acostumbrada a cuidarle, todos nos quedamos más tranquilos.

Alejandro Figueroa, el hijo de Hugo, era un auténtico diablillo que siempre estaba inventando travesuras sin la más mínima sensación de peligro. Había pasado ya dos veces por Urgencias a sus dos años y medio y solo su madre y la chica que lo cuidaba mientras Inés acudía al trabajo, conseguían controlarlo.

—¡De modo que nos habéis organizado una fiesta sorpresa!

—Es lo menos que puedo hacer —bromeó Hugo sirviéndole una cerveza a su primo—. Librarme de ti otra vez bien merece cerrar el bar una noche.

—Jamás vas a librarte de mí, zopenco, por muy lejos que viva.

Stefany rio ante el continuo intercambio de frases insultantes que Manuel intercambiaba con su primo. Al principio las había tomado en serio y se había preocupado, pero pronto comprendió que aquellos dos se tenían más cariño que el resto de los Figueroa y los Arroyo juntos.

Sergio, el primo marino y que también había renunciado a navegar para casarse con Marta, el amor de su vida, se les acercó.

—¿Cómo llevas la ausencia de aventura?

—¿Ausencia de aventura? ¿Eso existe cuando vives con una mujer? ¡Nunca sabes lo que te espera al llegar a casa! Hay que estar continuamente desarrollando estrategias... si tiene la regla, si se ha peleado con el frutero, o un cliente ha rechazado un logo perfecto en el que ha trabajado toda la tarde... Tienes que acercarte con cautela hasta ver por dónde viene el peligro.

—Eso es cierto — admitió su primo.

Stefany alzó los ojos al techo.

—Creo que esta noche el peligro te va a venir cuando te caigas del sofá donde dormirás, si sigues por ese camino—rio. Manuel le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Y quién necesita un comandante viviendo en pareja? Cualquier orden de un superior se puede ignorar; la de una mujer, jamás —continuó Sergio.

—Sergio... —amenazó Marta riendo a su vez—. Nuestro sofá es demasiado cómodo para castigarte en él, pero siempre están los escalones del porche...

—¡No, no... los escalones no que me hacen moretones en la espalda!

—¿Y tú, Inés? ¿Cómo castigas a Hugo cuando no se comporta? Porque aquí todos tenemos claro que mandan ellas.

—Le enseño las tijeras de podar.

—¡Jolín con la mosquita muerta! ¡Para caparlo!

—No, para cortarle la melena. Aunque creo que casi preferiría que lo capara. —Acarició con la mano el suave cabello de su marido que le caía liso y brillante sobre los hombros.

—Ya me contarás luego qué preferirías perder...

—Si quieres castigarlo de verdad —insinuó Marta—, vente a Cádiz un fin de semana y déjalo solo con el niño.

—¡No, no...! —protestó Hugo—. ¡Capado, capado!

—¿Tan terrible es? —preguntó Stefany.

—¡Síííí! —respondieron todos a coro.

—Ya lo hemos sacado de la lavadora, del horno, apagado por fortuna, de los armarios... Se sube al respaldo del sofá para tirarse de cabeza...

—Hemos puesto una valla el doble de alta en la piscina —añadió Susana— porque la de siempre la escalaba.

—Espero que cuando nosotros tengamos uno se parezca más a Javi, que es un niño tranquilo y pacífico.

—Pues no sé, porque si va en los genes, Manuel es el más parecido a Hugo —dijo Miriam que se había acercado al escuchar las risas. También Alice y Javier se incorporaron al grupo.

—Os vamos a echar mucho de menos —admitió su hermana—. Ya me había acostumbrado a teneros por aquí, y los niños también.

—No hay nada lejos, nos veremos a menudo. Tenemos una boda que preparar para el año que viene y eso conlleva mucho trabajo y presencia frecuente.

—Eso depende. Si la haces a lo Figueroa, vale todo. Desde irte a la playa, sin nadie más que el novio, hasta vestirte en los servicios de la estación.

—Incluso servir «chochitos» en el banquete.

A Stefany ya le habían contado las particularidades de las bodas de los primos de Manuel.

—¡Ni hablar! Yo quiero una boda tradicional, con vestido blanco y Scott de traje llevándome al altar, banquete, invitados y toda esta gran familia que Manuel ha traído a mi vida. Y esperándome en el altar el militar más guapo de España.

—Me pondré el traje de gala para recibir a la chica más preciosa que he conocido nunca. Y te amenazaré con besarte durante toda la vida

Stefany se giró y le besó en la boca, como anticipo.

—¡Tío, creo que ya no duermes en el sofá esta noche! —se burló Hugo.

Manuel le guiñó un ojo y le sonrió de medio lado. Como siempre, Stefany se derriñó mientras sus primos seguían bromeando a su costa.

Agradecimientos

Cuando decidí desarrollar parte de esta novela durante el terrible terremoto que asoló Ciudad de México en el 2017 y me puse a documentarme sobre ello descubrí que no encontraba exactamente lo que quería. Entonces recurrí a mi buena amiga Gaby que, siendo mexicana, me asesoró e indagó por mí todo lo que necesitaba saber. Sin su ayuda, todo me habría resultado mucho más difícil y, sobre todo, más alejado de la realidad. ¡Gracias Gaby!

Nota de autora

Manuel es un personaje secundario de la serie Amigos. Como en todas las novelas en las que aparece es militar y trabaja en misiones de riesgo, he tenido que hacerle miembro de los GOE, Grupo de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra, para adaptar su profesión a la trama de la historia que ideé para él. He tratado de buscar toda la información posible sobre ellos para ser lo más fiel posible a la realidad. Pero esto es una novela, y algunas situaciones he tenido que adaptarlas al argumento, por lo que es posible que no coincida al cien por cien con lo que son las misiones que realizan. Espero que nadie se sienta ofendido por haberme tomado algunas licencias.

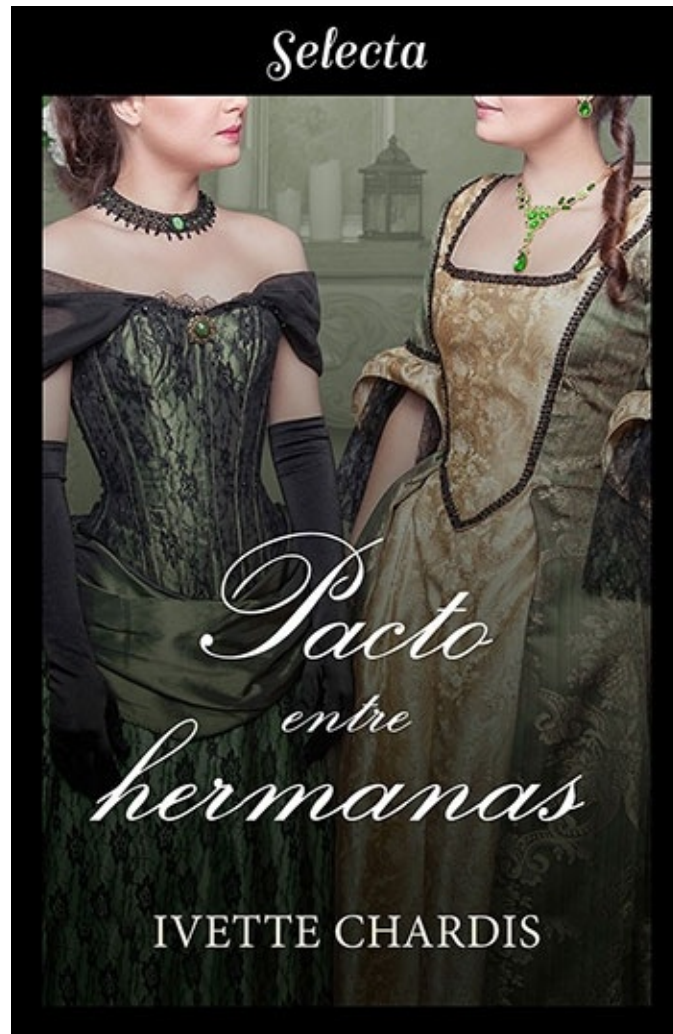
Si te ha gustado

Algún día te besaré

te recomendamos comenzar a leer

Pacto entre hermanas

de *Ivette Chardis*



Prólogo

«No se ha de jugar sin arriesgar nada, que es majadería y aun enfado, ni se ha de apostar tanto que te inquiete el juego y te sepa mal perder, porque así no sería juego, sino tormento» (Luis Vives, 1538, *Las leyes del juego*).

*B*arcelona, febrero de 1675

Beltrán Corbera de Prado, barón de Senan, no podía entender por qué todavía permanecía en aquella habitación oscura sentado ante dos mujeres que le hablaban de matrimonio. Cierto que estaban de buen ver, pero ya se les había pasado la edad de engendrar, por eso, aquella locura no cobraba ningún sentido por más que la repitieran una y otra vez.

Su hermano mayor había muerto hacía poco, y la baronía de Senan había caído en sus manos. Pese a que siempre menospreció lo que implicaba ese título, nunca pensó, al convertirse en barón, que debería contraer nupcias, y menos conseguir una esposa de treinta años, aunque esos fueran precisamente los que él había vivido hasta entonces.

Miró a la que parecía la hermana mayor, vestida de negro, con el pelo castaño recogido en un moño y un mechón blanco que recorría su frente hasta esconderse sujeto con una horquilla tras su oreja. Sus ojos semicerrados creaban desconfianza y su porte erguido lo mantenía en constante alerta. La otra acosadora, la que parecía un poco más joven, tenía el pelo brillante y del mismo color –pero sin esas canas que afeaban el rostro de la primera–, bien estirado, con una raya en medio y dos tirabuzones que caían hasta los pómulos marcados. Su sonrisa era entre inocente y pícara, algo que le llamó la atención.

Las conocía desde hacía años, pero nunca había tenido el placer de cruzar una palabra con ellas, pese a que eran la esposa y la cuñada del señor Cortés, el dueño de una de las casas de juego más famosas de Barcelona.

Esa noche lo habían cogido desprevenido, no tan borracho como otras; no obstante, nunca hubiera imaginado llamar la atención de la hermana menor, Clara, a la que había intentado meter mano sin conseguirlo cuando se dejaba ver en la sala de juegos. Lo sedujo para que la acompañara hasta un oscuro y diminuto despacho. Al principio había creído que se dirigían hacia las habitaciones que utilizaban las meretrices. En Can Cortés solo arrendaban las alcobas, no ejercían de proxenetas, algo que estaba penalizado por ley, pero que todo el mundo se saltaba, excepto ellos. Una de las extravagantes decisiones de la señora Cortés, antes conocida como Matilde Vidal, que se había erigido dueña de esa casa. La veía tan seria y encorsetada, y aun así le era difícil tratarla como una señora. Conocía la historia de esa loca que había pasado de ser una huérfana que vivía en la calle a una de las mujeres con más poder en el barrio del Born. Había contraído matrimonio con Carlos Cortés después de hechizarlo; las malas lenguas decían que, además de bruja, era una asesina. Por eso su primer esposo la había repudiado, por matar a la hija de ambos. Que no estuviera recluida o ahorcada era un misterio, y Beltrán había decidido darle una oportunidad. Sabía por experiencia que todas las historias tenían dos versiones.

Volvió a escuchar la palabra «matrimonio».

—Perdóneme, señora, sé que su esposo está enfermo, pero ¿no es algo pronto para sustituirlo? —Beltrán torció los labios, acostumbrado a burlarse de todo y de todos, hasta en las peores circunstancias, un rasgo o una manía que había adquirido con los años para esconder sus verdaderos sentimientos. Y, a base de hacerlo, había olvidado lo que sentía.

—¡Qué bobo! ¿No es obvio que es conmigo con quien debe contraer nupcias?

—Rio como una chiquilla la joven de las hermanas Vidal, muy conocida por sus triquiñuelas con los hombres.

—Pero, verán... aunque ostento un título estoy en quiebra.

—Somos conscientes de ello, barón —contestó la mayor, ofendida.

—Matilde, ¿verdad? —Se atrevió a pronunciar el nombre de pila para que el trato no fuera tan formal. Al fin y al cabo, estaba en una de las dependencias de una casa de juego, no en las de un notario.

—Para usted, señora Cortés, si no es molestia. Y como las noticias en esta

ciudad corren más que la pólvora, no creo que sea buena idea hacerse el tonto. Mi marido no está enfermo, sino de viaje por negocios, y me ha dejado a cargo del *triquet*.

—¿Me lo cuentan por alguna razón? —Beltrán hizo otra vez ostentación de su humor al volver al punto inicial de la conversación.

Le había sorprendido atravesar la puerta de ese cuarto de la mano de Clara y toparse con la estirada Matilde, que juzgaba cada uno de sus movimientos y de sus palabras. Era consciente del control que ejercía en la sombra, siempre al acecho desde lo alto de las escaleras, mientras Carlos Cortés se codeaba con los clientes, bebía con ellos, jugaba y, junto con sus secuaces, los sacaba a patadas si pretendían aprovecharse de alguna ventaja a los naipes, a los dados o bien al billar.

Las cartas eran la pasión de Beltrán. Por culpa de ellas vivía en constantes altibajos de emociones: la sutileza del primer amor cuando uno se sabía poseedor de la tirada afortunada; el palpar de una erección a punto de estallar cuando el oro llenaba sus bolsillos gracias a una jugada maestra; la culpa y el remordimiento de un cuerpo sucio y demente al perder cuanto poseía.

Matilde abrió un libro lleno de anotaciones. Repasó con el dedo hasta dar con su nombre.

—Nos debe exactamente cuatrocientas cincuenta y cinco libras.

—¡No tengo tanto dinero!

—Negociemos. —El intento de sonrisa de la señora Cortés se volvió siniestro.

—¡Lo que me proponen es una locura!

—Lo hemos investigado y tenemos constancia de que es un mujeriego, egocéntrico, adicto al juego y, lo más importante para nosotras, un buen luchador; no olvidaremos nunca cómo dejó tuerto a uno de nuestros clientes más bravos. Y ahora la mayoría lo temen.

Beltrán alzó la barbilla, satisfecho ante ese acertado examen de su carácter.

—¡Tal vez sea demasiado impulsivo, hermana! —habló Clara, compungida.

—¿Te estás arrepintiendo? —Matilde bajó la voz, y eso hizo que Beltrán se interesara aún más por la esperpéntica situación en la que se encontraba—. Decidimos que era el adecuado después de recibir el informe de...

—¿De qué informen hablan? ¡No permitiré ninguna clase de chantaje!

El barón de Senan se levantó, airado. Esas féminas tenían un trato con las autoridades. No estaba dispuesto a que jugaran con él y lo amenazaran con denunciarlo. Ya tenía bastantes deudas.

Clara se tapó la boca mientras en sus ojos marrones chispeaban virutas de fuego. Sus bucles bailaron al compás de su ahogada risa.

—Se trata solo de las chicas. Ellas hablan bien de usted, y su médico asegura que su salud, tanto física como emocional, es estable.

Beltrán se paseó de un lado a otro de la claustrofóbica habitación. Estaba claro que habían sobornado a su galeno, qué fácil le había sido traicionar la confianza de su familia. Él había atendido los partos de su madre, la agonía de su hermana, la enfermedad de sus padres —la misma que los llevó a la muerte—, la bala en el estómago de su hermano durante el duelo que convirtió a Beltrán en heredero de un título que detestaba. Y ahora, por unas míseras libras que le debía, había cambiado de bando sin pestañear. Y las chicas, como ellas las llamaban, las meretrices con las que se distraía de vez en cuando, también le habían fallado. ¡Por Dios! No era un pecado para un soltero disfrutar un poco del amor de esas experimentadas mujeres.

—La charla me parece un divertido entretenimiento, pero no tengo más tiempo que perder. ¿A dónde están dispuestas a llegar con este disparate?

Clara contoneó sus caderas hasta él, su aliento rozó su oreja.

—Si esto le parece placentero, espere a que nos casemos.

—¡Compórtate, Clara! ¿Qué pensará el barón?

—Que eso de desposarme es una tontería, y más cuando la dama que me ha sido asignada no es virgen.

—¡Cómo se atreve! Mi hermana es pura, y lo que usted considera inmoral solo es fruto de su inocencia. ¿No le parece de lo más ingenuo pensar que después del matrimonio uno puede divertirse?

—¿Por qué no le cuentas toda la verdad y acabamos con esto, Matilde? —La voz de Clara sonó caprichosa e infantil, y Beltrán notó que ese podría ser el punto débil de la señora Cortés, ya que su rostro se ablandó para recuperarse segundos después, como si hubiera incurrido en una falta.

—Está bien. —Bajó la cabeza y tomó aire—. Necesitamos a alguien que se ocupe de los altercados y que no tenga miedo a enfrentarse ni se amilane ante una disputa. Le ofrecemos el diez por ciento del negocio con la condición de que se case con mi hermana Clara. Lo que es de la familia debe quedarse en la familia, ¿no cree?

—Para qué tanto jaleo si el señor Cortés volverá tarde o temprano.

—¿Sabe lo lejos que está Asia? Se ha empeñado en exportar personalmente opio de allí, y no puedo esperarlo una eternidad mientras nosotras permanecemos indefensas y algunos quieren aprovecharlo para quitarnos el negocio.

—¿Por qué yo?

—Ya se lo he dicho... El informe...

—Hay muchos otros con deudas a los que poder manipular. ¿Por qué yo? — volvió a preguntar Beltrán, esta vez sin un ápice de burla.

—Mi marido así lo quiso, y me dejó a cargo para que se hiciera su voluntad durante su ausencia —masculló Matilde entre dientes.

—Debe de confiar mucho en usted para haberla dejado el cuidado de sus posesiones. —Matilde palideció—. ¿Su actitud es una muestra de lo mucho que lo echa de menos? —Su tono era irónico, pretendía ofenderla, pero su rostro pétreo no le dio ninguna pista. La supuesta aflicción no engañaba al barón; era consciente de que era su segundo matrimonio, y, según decían, cada vez los buscaba más viejos y más ricos. ¿Qué podía esperar de Clara? Aunque la explicación que le habían dado era convincente, no las tenía todas consigo.

—Pagaremos sus deudas y anularemos la que tiene con esta casa. —La furia de la señora Cortés sepultó los sentimientos melancólicos por su esposo, si alguna vez los había tenido.

Beltrán se miró en el espejo que había encima de la repisa de una chimenea apagada. Las pocas velas que iluminaban el despacho le devolvieron el reflejo de un joven de complexión atlética, de abundante pelo azabache, orgulloso de no tener que usar peluca, de ojos negros y encantadoramente perversos, un gran reclamo para las féminas. No creía que discutir sobre su carácter infiel fuera algo imprescindible, teniendo en cuenta que aquellas arpías lo tendrían en sus

informes. Bebió de golpe el vaso de licor que le habían preparado. Le hubiera gustado ingerir dos tragos más antes de tomar una decisión. Bien pensado, una esposa no era tan dañina como acabar en la cárcel por impago. Y, si además le permitía vivir de su pasión, el juego, ¿qué mal podía suceder?

Tendió su mano para sellar el acuerdo y salió de la alcoba pletórico. En una noche se habían solucionado todos sus problemas monetarios. Y eso significaba que volvía a tener crédito para seguir jugando.

Saltó de dos en dos las escaleras que lo separaban de aquel antro que olía a orina, alcohol y tabaco, el aroma de la diversión. Un barón dueño de un *triquet*. Sus padres se revolverían en su tumba.

Él dijo que la besaría, y ella no supo si era una promesa o una amenaza.



Manuel es un militar de los cuerpos especiales del ejército. Cuando conoce a Stefany en una boda familiar el primer encuentro entre ambos no es muy afortunado.

Sin embargo, un año después se vuelven a ver en unas circunstancias muy diferentes, lo que les hacen descubrir a las personas que son en realidad. Los días compartidos dan lugar a unos sentimientos profundos e intensos que no se hubieran desarrollado en otra situación.

Pero pertenecen a mundos diferentes, separados por miles de kilómetros y también por los objetivos que ambos desean conseguir en la vida. Por otra parte, la profesión de él es un escollo para mantener una relación, por lo que deciden vivir el momento sin plantearse nada más...

Si te quedaste con ganas de saber más de Manuel, el primo sexi y donjuán de los Figueroa, esta es su historia. No te la pierdas, ¡te va a enamorar!

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Ha escrito durante toda su vida, y desde los veinte años siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez. Fue ella quien le animó a publicar en Internet, y las muchas lecturas y comentarios que recibieron sus escritos le animaron a autopublicar y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde fueron publicadas. A partir de este momento, su trayectoria como escritora del género ha sido imparable vendiendo miles de ejemplares de cada una de sus novelas y recibiendo una excelente acogida por parte de los lectores.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Ana Álvarez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-61-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Algún día te besaré

Prólogo. Boda de Javier y Alice

Capítulo 1. México

Capítulo 2. Terremoto

Capítulo 3. Stefany

Capítulo 4. Continúa la búsqueda

Capítulo 5. Merche

Capítulo 6. Alta de Stefany

Capítulo 7. Las mejores amigas

Capítulo 8. Daniela

Capítulo 9. No es tan fiero el león...

Capítulo 10. La casa vacía

Capítulo 11. Una ciudad devastada

Capítulo 12. De camino

Capítulo 13. Arrepentido

Capítulo 14. Atlanta

Capítulo 15. Richmond

Capítulo 16. El regreso

Capítulo 17. Volver a empezar

Capítulo 18. Reconquista

Capítulo 19. Café para dos

Capítulo 20. No puedo olvidarte

Capítulo 21. Lupe

Capítulo 22. Sorpresa

Capítulo 23. Días felices

Capítulo 24. Una cita en toda regla

Capítulo 25. Navidad

Capítulo 26. Nochebuena

Capítulo 27. Ya no me besarás

Capítulo 28. La vida sigue

Capítulo 29. Pesadillas

Capítulo 30. Decisiones
Capítulo 31. Entre dos amores
Capítulo 32. El cazador cazado
Capítulo 33. Despedidas
Epílogo. Un año más tarde
Agradecimientos
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro
Sobre Ana Álvarez
Créditos